

Corazones Infieles y Sumisos

Arik Eindrok

*La naturaleza del ser es la infidelidad
y todo aquello relacionado con lo inmoral.
No ha sido creado el mono para amar y construir,
sino para destruir y esparcir su miseria
hasta que la muerte ponga fin
a su intrascendente existencia,
misma que posee solo por simple azar.*

I

La tragedia se presenta comúnmente aunada con la incertidumbre. El vivir por el simple hecho de tener consciencia de ello no denota una superioridad racional en los cerebros estrechos. Pasa que los humanos se aferran a cosas sin sentido, a personas cuya esencia no pueden ni deben atrapar, cuya fragancia se impregna en sus vomitivas garras y adorna la falacia. Con la impertinencia de los seres ignorantes surge una especie de búsqueda absurda, una empresa tal que cavilar sobre su convergencia resulta efímero. No se crean vínculos divinos, sino tan solo ataduras y una empecinada monotonía. Se trata, pues, del mayor impedimento en el progreso y del error cometido en todos los siglos a través de las diversas civilizaciones decadentes en el halo del vacío. Indudablemente, se ha obviado la destrucción de los órdenes mundiales y se ha adorado un régimen tan nauseabundo como ningún otro, pero la culpa es solamente del mono.

La belleza y la sexualidad se han amalgamado en la mayor quimera de los espíritus beatos, en meras bagatelas sin interés alguno. Nuevamente, se encierra la libertad y se enmohece la creación del destino. ¿Quién sospecharía en su vaga concepción del cosmos que existen realidades irrelevantes y otras incomprensibles? Nada queda para el ser acondicionado; todo el posible atavío

de trémulas mareas se reserva para el sacrificio del poeta y la creación de los inmortales a través de la conquista del yo principal. Y así es como, triste y aborto, el muerto se levanta para vivir y retroceder en la ilusión del devenir, para sobornar las estultas creencias en la blasfemia del ser. La explosión interna no deja dudas sobre el sacrilegio cometido por los perseguidores de aquellos insanos en la vulgaridad del tedio monumental. La encarnación hace imposible el amor supremo encabezado por la deserción de este.

Ciertamente, el patetismo de la evolución hace impensable la progresión infinita de la humanidad en su estado actual. No queda, de hecho, otro camino que no sea el del suicidio masivo a favor de un nuevo amanecer donde la justicia y la libertad imperen por encima de todo, principalmente sobre la ambición y sed de poder que tanto atosigan la infame existencia humana. La infidelidad y la sumisión han conquistado todas las posibilidades y han sellado el ciclo del apocalipsis, aniquilando cualquier vestigio de lo que aún se cree que pueda ser el amor.

...

El día menguaba entre la sórdida sensación de la inutilidad inherente a la existencia. Alister tenía que partir, después de todo no le agradaba la idea de encontrar tanto tráfico de vuelta a su hogar. Sería lo mismo de cada noche: mirar a las personas, repugnarlas y sentir asco de todo, incluso de su propio yo. Pero así era la vida en el mundo humano, todo se trataba de soportar la estupidez del rebaño y de hacer un magistral esfuerzo por no suicidarse al despertar. ¿Por qué serían las personas tan imbéciles e hipócritas? Esa era la pregunta que se repetía diariamente en la cabeza de Alister. ¿Tenía sentido alguno? Es decir, ¿por qué un mundo como este existía? ¿Por qué continuaba la especie humana, tan adoctrinada y ominosa, reproduciéndose y contaminando este planeta? ¿Cuántas de las personas que existen merecerían hacerlo? ¿Por qué no matarlos? ¡Eso es! ¿Por qué no acabar con todos?

Esa era, al menos para Alister, la verdad desde la cual miraba todo; era ese el punto de referencia desde el cual había decidido observar y juzgar: el mundo estaba podrido, las personas eran cada vez más estúpidas y vacías, y, si

se quería realizar un cambio verdadero, no había de otra más que destruirlo todo para luego construir un paraíso. Pero ¿quién merecería habitar en tal idilio? Indudablemente, mientras hubiera humanos, volvería a ser lo mismo. Tal vez al principio todo estuviese bien, pero, con el paso del tiempo, volvería la ambición, la sed de poder y todos los elementos que ahora hacen de este mundo un lugar horrible. Entonces ¿qué hacer? Tristemente, no había elección: solo quedaba suicidarse. No obstante, Alister aún no quería hacerlo. Creía, ilusamente, que había algo; o alguien, mejor dicho, por quién valía la pena soportar esta existencia de porquería.

–Espero que regreses con bien –insistía Erendy, su novia, quien lo apreciaba sobremanera y lo cuidaba tanto como podía, más de lo que hacía por ella misma.

–Sí, no te preocupes. Sé cuidarme solo, te prometo que la próxima vez me iré mucho más temprano. Ahora solo abrázame, no hay algo que me importe más que estar contigo, pues eres la mujer que quiero a mi lado y con quien puedo entenderme –arguyó Alister con los ojos ilusionados.

–Me hacen muy feliz tus palabras, mi mayor sueño es permanecer contigo cuando todo lo demás caiga. ¿Puedes prometerme tú lo mismo?

–Desde luego que sí. No entiendo por qué lo preguntas, estaré contigo porque te amo. Sin importar lo que ocurra, yo te cuidaré.

Aunque bucólico e idealista, nada resulta más fantasioso para el humano que prometer aquello que no le pertenece ni jamás lo hará. Los sentimientos, las emociones y las voliciones son cosa sumamente inextricable. Se puede prometer todo menos amor, amistad y cualquier otro sentimiento desconocido y fuera de control en nuestro actual estado. No cabe duda de que el ser representa la exégesis de sus tormentos manifestados mediante quiméricos sueños futuros.

–Hasta pronto, amor mío –decía Erendy mientras veía partir a su caballero plateado a lo lejos–. Espero que llegues con bien.

Se habían conocido en la cafetería de la escuela, de un modo inusual, casi guiado por la casualidad. Ahora que estaban enamorados todo era destino,

así se distorsionaba la percepción a causa de un idílico sentimiento supuestamente llamado amor.

–Nunca pensé que Erendy algún día llegaría a representar esto en mi vida
–meditaba Alister al viajar en el metro que lo llevaba de vuelta a casa.

Alister amaba demasiado a su musa dorada, sentía por ella algo que no podía controlar. Cuando no estaban juntos, una desesperación infernal le corría las entrañas. Este era su onceavo mes en su apacible relación y todo lucía bien hasta ahora. Sus vidas parecían coincidir de un modo inverosímil y fantástico. No había duda de que la suerte y el destino usaban la misma máscara.

–Ya llegué –dijo Alister descolgándose la mochila para saludar a sus papás, quienes aguardaban impacientemente.

–No me agrada que llegues tan noche, pasas mucho tiempo con esa jovencita
–replicó su madre.

–Mamá, yo la quiero y disfruto su compañía. Además, tú seguramente hacías lo mismo cuando veías a papá, o él contigo.

Justo cuando la madre de Alister estaba por soltar una nueva y más feroz reprimenda, su padre intervino.

–Déjalo ya, a su edad tú y yo hacíamos lo mismo. Él tiene razón. ¿Recuerdas la vez que nos fuimos por una semana al bosque y se infartó tu padre?

–¡Cállate! Ni siquiera me lo recuerdes; sin embargo, ahora las cosas son diferentes. Yo lo hago por el bien de nuestro hijo, pero, si eso piensas, entonces déjalo que haga lo que quiera, solo no me culpes después.

El papá de Alister no dijo una palabra más y este se retiró a su cuarto. Una vez ahí, no esperó ni un momento para escribir un poema a Erendy; era algo que le resultaba más que natural. Ya le había dado casi una colección completa y esperaba el momento de contactar a una editorial y publicarlos, no por dinero, tan solo por amor a la literatura. Ciertamente, veía con tristeza como cada vez los escritores eran más simples y los libros más mediocres,

pero en eso se había convertido la literatura actualmente: en un negocio más donde cualquiera se sentía con el derecho de escribir estupideces y darlas a conocer a un público aún más estúpido. Pocos eran los escritores que todavía preservaban esa magia en sus escritos, y Alister soñaba con ser un poeta de verdad.

En fin, así de peculiares eran aquellas dos estrellas binarias, aquel par de locos enamorados. Y así de fugaces eran los campos elíseos donde retozaban sus anhelos. El brillo se había encendido con una ferocidad inquebrantable que incluso el viento más mortífero no significaba riesgo alguno para el sublime resplandor de dos espíritus enloquecidos e inflamados por la falsa llama del romance.

El día siguiente llegó y la misma rutina enfermiza se repitió, pero Alister no lo atisbaba porque aún estaba enamorado. Incluso, su misantropía había menguado un poco. Mientras viajaba en el metro hacia casa de Erendy, pensaba en sus últimos meses. Antes de conocerla le parecía que todo lo que hacía carecía de sentido, pero no era tan simple. Había leído algunas cosas, había adquirido ejemplares de Camus y Cioran, pero ahora la situación iba más lejos. Pensaba intensamente que la vida podía ser bella y ahíta de sentido, pero que los humanos mismos se encargaban de diseminar ese sentido con su absurdo comportamiento. A final de cuentas, lo que cada persona atribuía como el sentido de la vida estaba condicionado a situaciones terrenales, y por ello temporales; no existía un sentido que pudiera ser impertérrito, o al menos que no estuviese basado en la posible existencia de otra persona. Por este cauce iban los pensamientos de Alister cuando el metro finalmente alcanzó la estación en que bajaba.

—Por fin rozaré los labios de mi amado retoño con los míos, y nuestras bocas encajarán tan magníficamente como jamás otras lo hicieron —pensaba Alister, que ya no podía esperar más para abrazar y acariciar el rostro suave y bello de Erendy.

Y es que Alister era atractivo en todo sentido. Físicamente era de estatura mediana, tenía ojos color marrón, el cabello chino y radiante como el sol; además, era de piel blanca y barba tupida, aunque siempre se rasuraba.

Entre sus pasatiempos favoritos estaban tocar la batería y ayudar a los animales heridos a encontrar un hogar. Por otra parte, siempre se sentía en constante peligro, tenía una especie de alucinación de que alguien lo seguía. Estudiaba física e inglés, practicaba calistenia; también leía a Camus, con tendencia existencialista, sabía la verdad sobre el mundo y le gustaba platicar sobre conspiraciones. No muchas personas lo entendían, y menos aún podrían considerarlo un ejemplo a seguir. Por otra parte, Erendy era muy curiosa. Sus ojos eran negros, muy profundos. Sus cabellos eran muy lacios y cafés, casi rojos. Su piel era muy suave, ligeramente clara. De estatura baja y con cuerpo delgado, bien trabajado debido a que entrenaba *crossfit*. Lo que le interesaba era la lectura, particularmente la teosofía y el misticismo. A veces se complicaba la existencia preguntándose cosas sobre temas muy diversos, le parecía que las personas debían hacer mucho más que conformarse con la trivial vida que llevaban. Estaba por ingresar a la universidad e iba a estudiar criminología.

—Hola, ¿cómo se encuentra usted? —expresaba tímidamente Alister frente al señor Franco—. Vengo a ver a Erendy, no sé si pudiera ser tan amable de llamarla.

—Sí, claro. Pero pasa por favor, ahora mismo es la hora del desayuno. Yo ya casi me marchó, llevaré a arreglar esta bicicleta vieja, espero no tardar. Mi esposa preparó unos deliciosos pastelillos especialmente para ti.

—¡Oh vaya, eso no lo sabía! Erendy no me avisó ni me comunicó algo sobre eso ayer, debí intuirlo por su actitud tan sospechosa cuando mencioné que llegaría más temprano que de costumbre.

—Sí, pero tú no te preocupes y, por favor, pasa, que mi esposa tiene un carácter horrible y, si la haces esperar, tendrás dos mujeres de las cuáles preocuparte —respondió el señor Franco.

—Alister, mi amor, ya estás aquí. ¡Qué felicidad! No te dije algo sobre esto ayer porque quería que fuera una sorpresa —dijo Erendy, que usaba un conjunto rojo de muy bella tonalidad, que combinaba a la perfección con sus cabellos color sangre.

–Te ves bien; bastante..., diría yo –exclamó Alister sobresaltado por la belleza de su novia–. ¿Es nuevo o no lo habías usado?

–Sí, es nuevo, de hecho. Mi madre me lo compró ayer, es único. En verdad la tela es tan fina y además tiene grabado mi nombre en la parte interior, fue cortesía de la tienda.

–Vaya, eso sí que parece interesante –replicó Alister mientras se deleitaba con uno de aquellos pastelillos rellenos de fresa y cubiertos con chocolate.

–Y ¿a dónde irán hoy? –inquirió el señor Franco.

En ese momento la mamá de Erendy, la señora Laura, entró en la sala, interrumpiendo la respuesta de Alister.

–Pero ¡qué gusto me da verte por aquí, muchacho! Hace tanto tiempo que no te veía.

–Mamá, pero si ayer vino y fuimos con Vivianka a comprar sus vestidos nuevos para el cumpleaños de su amiga –dijo Erendy rápidamente.

–¡Oh, cierto! Perdona mi torpeza, es que últimamente me he sentido muy despistada con estas pastillas que estoy tomando.

–¿Qué pastillas? Y ¿para qué específicamente las toma? –preguntó Alister curiosamente.

–Bueno, no estamos aquí para hablar de enfermedades, mujer. Mejor vayamos a desayunar –interrumpió esta vez el señor Franco.

De ese modo, los padres de Erendy se adelantaron a preparar la mesa para el desayuno y los dos enamorados pudieron disfrutar una agradable plática.

–¡Buenos días a todo el mundo! –exclamó una angelical voz.

–¡Buenos días, princesa del sueño! –exclamó la madre de Erendy–. Ahora sí se te pegaron las cobijas.

–No es eso, es solo que ayer me acosté muy noche por planchar los

uniformes –respondió Vivianka, adormilada.

Vivianka, la hermana de Erendy, era la que apoyaba a sus padres en todos los gastos concernientes al despilfarre, tales como ropa que no requerían y joyería innecesaria, también era quien más involucrada estaba en la religión. Físicamente era blanca, de estatura baja, de complexión normal, más delgada que robusta, con grandes senos. Su cabello era corto, negro y lacio. Sus ojos eran de un tono café oscuro, casi negro, y su cara guardaba un halo de angustia. Profesionalmente era excelente en su labor, aunque hubiese querido ser química. Tenía dos hijos pequeños y su matrimonio era un completo desastre. Su meta era conseguir una bonita casa en algún país de Europa y comprarse un automóvil del año.

Alister no le dio la mayor importancia, aunque le pareció bonita la voz, era muy dulce. Ahora estaba demasiado ocupado contemplando a su querida princesa.

–Bueno, y entonces ¿a dónde irán? –inquirió el padre de Erendy, retomando la pregunta que había sido interrumpida por su impertinente esposa.

–¡Iremos al bosque de los árboles rosas! –replicó Erendy muy emocionada.

–¡Ah! Muy romántico para mi gusto –interfirió nuevamente la señora Laura–. ¿Ese en donde hay bugambilias regadas por todo el lugar?

–Sí, precisamente ese –afirmó Alister–. ¿Usted lo conoce o sabe algo acerca de él? Dicen que es un lugar mágico, se cuenta una leyenda sobre él, parte de una maldición para ser precisos, aunque no sé mucho.

–Desde luego, es un lugar legendario conocido por todos aquí. Yo sí sé de qué trata esa supuesta leyenda de la que dices. Te puedo contar si gustas... –expresó la señora Laura.

–¡Ah, bueno! Es que yo vengo desde lejos y no conozco mucho de las tradiciones de este lugar, por eso decía que solamente he escuchado, pero no he horadado en tales asuntos.

–Eres solo un niño –exclamó Vivianka, quien, a decir verdad, simpatizaba con Alister, pues le parecía muy inteligente y lo miraba con ojos extraños, casi pasionales.

–Bueno, en ese caso, te contaré. Se dice que en aquel singular bosque las cosas tienen voluntad propia, no obedecen a los designios del destino. En especial, se comenta bastante sobre esas extrañas flores violetas que seguramente has visto al pasar. De estas hay muchos relatos, pero el más común e intrigante habla sobre un joven enamorado que hace eones juró amor eterno a su princesa.

–No se trata sino del clásico cuento de amor convergiendo en tragedia –arremetió nuevamente Vivianka, para quien esas cosas del amor no eran más que quimeras.

Todos se miraron y enmudecieron, pero luego se animaron nuevamente y rieron. Vivianka era escéptica con respecto a asuntos amorosos, y parte de ello se debía a su maltrecha relación, a un casamiento absurdo que ahora la había sumergido en la desgracia. Y eso, quizá solo eso, bastó para que codiciara algo que, en principio, no le pertenecía.

II

La señora Laura no prestó atención a Vivianka y siguió hablando, ya estaba acostumbrada a la indiferencia de su hija en estos asuntos. Su fracasado matrimonio había diluido cualquier sensación de cariño y amor hacia las personas, o eso creía su madre.

–Se cuenta que este joven era filósofo. Pasaba todo el día planteándose teorías extrañas y ajenas a su época, cavilando los misterios del universo y del

libre albedrío, inquiriendo sobre el destino, los universos paralelos y, sobre todo, planteando explicaciones concernientes al amor y al deseo. Al final enloqueció, presa de ira, tristeza y decepción. La razón nadie la sabe, pero se sospecha que fue a causa de la muerte del amor que sentía hacia aquella princesa. En un principio ellos dos se amaron más que nunca, pero, después de un tiempo, aquel amor fulgurante que arrasó con toda la existencia se tornó igualmente sinsentido, destruyendo la fuente de inspiración del joven. A partir de ese día ya no pudo filosofar, todo se tornó de un gris terriblemente amargo. Así nada más, tan inesperada y raudamente como se había enamorado, también se había extinguido su amor. Esto llevó al joven al delirio, pues había prometido amar a la princesa para siempre; sin embargo, jamás sospechó que los sentimientos son lo más parecido al azar, que no pertenecen a los humanos, que representan el caos en la vida, que cambian, que van y vienen de un lugar no profanado aún. Sí, esas sensaciones tan intrínsecas no pueden ser prometidas, arrebatadas, otorgadas ni forzadas. Y todo lo que podía hacer este joven era atisbar la decadencia de lo más inefable en su vida. Se cuenta que su final llegó en un día cualquiera, cuando la última chispa de su amor terminó en brazos de una mujer totalmente ajena al amor puro, que, en cambio, satisfizo los deseos sexuales que por su amada no pudo alcanzar. Todo lo que encontraron los que se percataron de su muerte fue un gran amasijo de poesía bañada con la sangre del joven, quien se había apuñalado el corazón con una daga. Lo último que escribió fue:

Las bugambilias se han congelado sin que el hielo las haya alcanzado, han sido arrojadas por un gélido matiz más infernal que el desamor. Ya nada tiene sentido en un mundo desprovisto de libre albedrío, donde todo cambia cuando más impertérrito se cree es el dudoso destino. La contradicción enferma y obnubila la vida que me ha sido negada.

Esa misma mañana, al ver su cadáver, la princesa se suicidó arrojándose al lago helado adyacente al árbol más sublime del bosque. Y esto sin sospechar que aquella mujer ajena que danzara con su amado la sinfonía prohibida, imposible para ella, había sido su propia hermana.

–¡Qué triste! Pero, si la amaba, ¿por qué haría algo así el joven filósofo? Entonces no se trataba de tal sentimiento –replicó Erendy, un poco ensimismada.

Ninguno de los ahí presentes sospechaba entonces lo que había sido trazado, o al menos esbozado para ellos. El destino, o lo que fuera, no se doblegaba ante la voluntad de los seres inferiores. La naturaleza enseñaba lecciones que ningún dios se atrevía a cuestionar, en caso de existir. El cambio y la transformación mediante la destrucción daban lugar a un ser mucho más refulgente en las sombras de la agonía más execrable.

–¡Alister, ya se nos hace tarde! ¡Es hora de irnos! –dijo Erendy, rompiendo el incómodo silencio.

–¡Oh, cierto! Había olvidado la hora. Disculpen, pero ahora nos vamos. Muchas gracias por el desayuno y los pastelillos, todo estuvo exquisito.

–Sí, no se preocupen. Solo les pido que tengan cuidado, el mundo es un lugar cada vez peor, e incluso respirar es peligroso –argumentó la señora Laura.

–¡Mamá, ya sabemos! No tienes por qué espetar tan absurdas palabras.

Erendy y Alister viajaban en el tren mientras ella se recargaba en su hombro. Esta salida no era otra más, sino que iban a festejar el medio año que ya llevaban juntos. El tiempo transcurría misteriosamente, con un tinte incisivo de sarcasmo mal disimulado. Al llegar al bosque de los árboles rosas, caminaron tomados de la mano y cavilaron por separado. Ese era el lugar en que todo había comenzado, en ese lugar Alister había prometido amor eterno a Erendy y habían compartido momentos mágicos. El aroma, el sol, el viento, los árboles, y esas misteriosas flores llamadas bugambilias, con su raro matiz centelleante de sentimientos encontrados. Todo había sido idílico desde que se hallaron, sus vidas habían sido atadas por el mismo destino, o eso creían ellos. Finalmente parecían tener una razón para existir, solo que Alister no sacaba de su cabeza aquella historia sobre el joven enamorado que halló la muerte en el velorio del amor.

–Eres lo que más amo y atesoro, nunca quisiera privarme de tu esencia

divina. Eres la fuente de energía de un corazón en estado decadente.

–Y yo me solazo entre tus brazos, estar a tu lado es abrazar la pureza reservada solo para los iniciados y los dioses.

Fue entonces cuando ante ellos apareció un bucólico lago. Era demasiado bello e, incluso, parecía no pertenecer al ya de por sí ataviado paisaje que venían contemplando. No era tan amplio, pero estaba ahíto de bugambilias que brillaban intensamente en el fondo. Alister pensó si en el fondo se encontrarían los restos de la princesa.

–Es demasiado bello, tanto que no parece pertenecer a nuestra realidad –expresó Erendy, que constantemente mostraba una nostalgia sin igual por la belleza tan distorsionada y olvidada en el mundo. Resaltaba en todo momento lo oculto de las cosas, le agradaba señalar lo que nadie más podía atisbar.

–Sí, mucho. Y, de hecho, dudo que sea real, parece de otra dimensión.

Entonces Erendy se apresuró y con un rápido movimiento envolvió los labios de Alister con los suyos. Era una sensación única sentir esos labios carnosos y esas sensaciones etéreas, sin duda era amor.

–Estos meses han sido los mejores de toda mi vida. Quiero que me prometas que me cuidarás por siempre, como prometiste amarme eternamente al comienzo de nuestra historia –dijo Erendy.

Alister dudó por unos momentos, pues pensaba en cómo hace un año aproximadamente se encontraba en una de sus crisis existenciales. Ahora todo era distinto, pues tenía esas sensaciones perfectas que le proporcionaban al menos un placebo. Aunque, por otro lado, se aferraba al vacío con todas sus fuerzas.

–Sí, te cuidaré por siempre, Erendy. No me alejaré nunca de tu lado, pase lo que pase ahí estaré eternamente,

Los ojos de Erendy centellearon y nuevamente unió su boca con aquel hombre que ni siquiera podía intuir la intensidad de los sentimientos de aquella joven. Finalmente, la tarde acaeció y la pareja de enamorados regresó. Una vez en el hogar de Erendy comieron una deliciosa y misteriosa pasta

verde, luego Alister recordó que tenía que volver a su casa. Al despedirse de Erendy, ésta lo miró detenidamente y preguntó:

–Y en un año ¿tus sentimientos hacia mí permanecerán impertérritos?

–¿A qué te refieres, Erendy? No comprendo a qué viene esa cuestión.

–Y, si en un año te repito la misma pregunta, ¿me amarás igual? Solo eso quiero saber, pues añoro la certeza de tu calor. Deseo mirarme por siempre en el dulce y armonioso resplandor de tus enormes e inmarcesibles ojos.

–Simplemente no podemos saberlo, tal vez incluso el más grande amor sucumbe en esta execrable realidad. Sin embargo, te amaré por siempre porque nada podría disolver nuestros sentimientos.

–Siempre tienes respuestas interesantes e inesperadas. –exclamó Erendy con algo de vergüenza, y luego ambos caminaron en silencio– No te quito más tiempo, es hora de que regreses a casa, cuídate mucho. Espero verte el próximo viernes, mi vida. Te amo tanto.

Fue así como, tras un beso donde se intercambiaron hasta el alma, Alister partió dejando atrás a su amada en la noche de las almas estrelladas. Y también fue así como un año pasó, tan rápidamente como si la concepción humana del tiempo se tambaleara ante algo supremo e incomprensible. Alister y Erendy se vieron cada día tanto como pudieron, todo fue acomodándose poco a poco. Ambos conocieron un pedazo más del otro, pelearon, lloraron, perdonaron, durmieron juntos. Todo seguía su paso, pero para ellos el resto del mundo no importaba, las galaxias que podían separarlos habían estado hasta entonces tan cerca como sus bocas y tan bien habían sabido alejarlas. Podrían haber vivido ese año una y otra vez por siempre. Pero es demasiado pendenciero querer eternidad en un mundo temporal, y, como todo aquello que simplemente muere, el amor de aquellos enamorados se fue extinguiendo sin que siquiera lo notaran. Y, tan súbitamente como llegó, así un día se fue para jamás volver, o al menos no de la forma en que anhelaban.

–Hola, pasa. Pensé que llegarías un poco más tarde –replicó Erendy.

–No, es que tenía que terminar mi trabajo de cuántica.

–Sí, pero, si estabas ocupado, no tenías por qué venir. Alister, no me gusta que te distraigas conmigo.

–Está bien, no importa. Puedo hacer mis cosas aquí.

Hace unas semanas Erendy y Alister habían discutido dado que ambos estaban más ocupados últimamente. Él estaba en la parte final de su carrera, le apasionaba el mundo de la física y deseaba desentrañar los secretos del tiempo y de la vida. Ella, por el contrario, estudiaba criminología y recién había comenzado, no le interesaba lo económico ni esperaba vivir de lo que estudiaba, pues creía ser buena y lo hacía solo por gusto.

–Pues ya que estás aquí, le diré a mi hermana si puede checar lo de tu muela.

–No me gustaría incomodar. Además, sabes que no tendrá tiempo, tiene que cuidar a sus pequeños.

–No debes preocuparte por eso. Tú le agradas demasiado, ya te lo había dicho.

Alister reflexionó un poco y eran ciertas esas palabras, pues siempre que Vivianka lo veía solía entregarle una hermosa sonrisa y buscaba hacerle la plática. Le parecían muy interesantes sus ideas sobre la vida en sí misma, lo escuchaba casi con una atención igual con la que le prestaba Erendy, pero había algo raro en eso.

–Sí, claro. Entonces esperaré aquí hasta que venga. De cualquier modo, algún día se lo pagaré.

–No tienes que hacer eso –intervino una voz angelical–, ya te había dicho que para mí no es alguna molestia atenderte; al contrario, me gusta ayudar a la gente. Pasen, aprovechen ahorita que no tengo gente, porque si no luego me ocupo demasiado; además, debo hacer unas placas para un niño con severos problemas, quizá hasta necesite operación.

–¡Vamos Alister, no tengas pena! Vivianka es la mejor dentista en todo el mundo, incluso estudió un año en el extranjero –mencionó Erendy.

–No es eso. Es solo que, es extraño. Hace años que no iba al dentista, nunca me traté la boca y tengo algo de pena por lo que pueda hallar.

De pronto, Alister observó un extraño cuadro en la pared del consultorio. Sin recostarse en la silla para ser atendido, todavía la vergüenza lo invadía. O se trataba de algo más, tal vez...

–¿Qué es eso? Jamás vi algo igual, parece contener un recuerdo muy melancólico y a la vez encierra un toque especialmente grotesco.

–¿Qué? ¿A qué te refieres? –respondió raudamente la dentista.

–Esa pintura, es muy extraña... Esa, la que se alza sobre las demás en la pared frente a la sala de espera.

La dentista volteó, sonrió ampliamente y luego respondió:

–¡Ah, sí! Me la obsequió uno de los pacientes. Me pareció muy representativa y decidí colocarla ahí sin sentido alguno.

La pintura en cuestión mostraba una niña desnuda con cabellos negros y alas azules como de mariposa. Se hallaba sentada sobre la ancha rama de un árbol cuyas flores parecían arder en un violeta parecido al del bosque de las bugambilias. La niña miraba un increíble atardecer y el cielo estaba totalmente despejado, bañado de un tono rojizo ahíto de tristeza.

–Pero ¿qué significa? Causa una impresión sumamente inexplicable, ¿no tiene alguna explicación? –preguntó Alister, totalmente poseído por la curiosidad.

–Bueno, ciertamente, no lo sé... Hay una explicación, pero... El paciente que me la regaló era muy extraño, solamente vino una vez aquí y jamás ha vuelto. Ella no tenía cómo pagar y, aunque yo no le cobré, se empeñó en darme esa pintura a cambio de mis servicios.

–¿Ella? ¿Acaso era mujer la artista tan maravillosa? –intervino Erendy.

–Sí, era una muchacha invidente y de comportamiento muy taciturno. Tal como les digo, nunca ha vuelto. Me agradó su dibujo y lo coloqué ahí, todos mis pacientes piensan que yo lo hice.

–Pero ¿qué significa? Debe tener algo oculto, no puede ser así de simple. No lo sé, me identifico con él de alguna forma –agregó nuevamente Alister.

–¡Ah, cierto! Lo había olvidado. La extraña muchacha dijo que era un dibujo que englobaba, en esencia, tres sentimientos: angustia, decepción e inconformidad. También dijo que representaba la destrucción y el renacimiento vinculados en el mismo origen.

–¡Muy interesante! Parece estar vinculado con algunas ideologías ocultistas y esotéricas que he analizado –expresó Erendy.

–Sí, además es muy profundo y bucólico –complementó Alister, como hipnotizado por aquella fantástica pintura.

–Y también me contó otra cosa que ya había olvidado –agregó Vivianka.

–Ah ¿sí? Y ¿qué es? –inquirió apresuradamente Alister.

–Representa la muerte del amor y un violento despertar sexual. Ella mencionó que la niña retratada era solo un sueño que se repetía una y otra vez.

–Y ¿te contó de ese sueño? –cuestionó Erendy, quien igualmente se dedicaba a leer cosas sobre el posible significado de los sueños y sus consecuencias.

–Bueno, eso está más borroso en mi memoria. Ya no logro traer a mi mente aquellas explicaciones tan confusas.

–Trata de recordar, Vivianka, por favor –rogó Alister.

Justamente en ese momento la madre de las dos mujeres entró en el consultorio para avisar que ya estaba lista la comida. Había preparado una exquisita lasaña y un sávido flan napolitano para completar el deleite.

–Y ahora ¿por qué esa comida? –preguntó Erendy sorprendida.

–No puedo creer que lo hayas olvidado. Es el cumpleaños de tu abuelo y ya no tarda en llegar.

El resto del día fue irrelevante, tan desesperante para las almas concomitantes en el lugar preciso donde el tiempo y el espacio convergían

súbitamente. Los ánimos se apagaron, cada criatura tomó posesión del descanso merecido y la oscuridad reinó en los confines del mundo. Lo que no comprendían los integrantes de aquel juego absurdo era la insensatez y contrariedad con que los sucesos ocurrían, ese caos que en sí mismo no representaba sino una guía en el camino al futuro infinito en sus diversas formas.

...

–¡Déjà-vu! ¡Déjà-vu! El sonido rasga la creencia en el ímpetu.

–¿Qué dices? ¿Quién está ahí? ¿Dónde estoy?

–¡Déjà-vu! ¡Déjà-vu! El placer seduce al encarnado en la experiencia fútil.

Alister despertó y se hallaba en una extraña casa donde las paredes parecían distorsionadas y se mezclaban con una esencia púrpura, de la cual emanaba un funesto gas que jamás en su vida había percibido; su olor era nefando, parecía una mezcolanza de rosas y muerte.

–Por aquí, ven por aquí si saber quieres sobre tu conocimiento.

Alister siguió a la voz. A decir verdad, no tenía opción. La casa era muy rara en todo sentido, pues parecía que el suelo no existía y que flotaba en una dimensión donde todo estaba supeditado a los designios de la conciencia. La casa tenía dos pisos, todos los cuartos eran seguidos y había otros dos unidos por un estrecho pasillo. Lo más extraño fue cuando llegó al baño, pues al abrir la puerta se liberó una inmensa cantidad de sombras amorfas y pestilentes que impregnaron todos los rincones de la casa envolviéndola en una incipiente oscuridad.

–Pero ¿qué demonios es eso? –cuestionó Alister al vacío.

Para comprobarlo entró al baño y en la pared estaba escrito: Belz, la oscuridad que nace allí donde quiera que se contamine la sabiduría divina y la conciencia suprema de los elegidos que reencarnan en la eterna cadena.

–¿Qué es esto? ¿Quién vivió en esta casa? ¿Por qué estoy aquí? –

continuaba Alister torturándose con esas preguntas.

El joven se acercó a una puerta que separaba la regadera del resto. Al abrirla quedó perplejo, pues contempló a un hombre con cabeza de pescado que boleaba sus zapatos mientras el agua lo bañaba y le despellejaba la piel sin que él mostrara signos de dolor. Cuando Alister intentó tocarlo, éste comenzó a desvanecerse y solamente, quizá en su locura o su confusión, al muchacho le pareció que aquel ser murmuraba algo como *Silliphiaal*.

—¿Qué dices? No entiendo a qué palabra te refieres. ¡No te vayas, vuelve aquí!

Pero aquel ser había desaparecido completamente. Alister notó que, en la parte superior, había dos crucifijos calcinados. Igualmente, le pareció interesante que la pared estuviera tapizada con azulejos blancos y negros al haber entrado, pero ahora todos eran de este último color. Justamente cuando iba a tomar uno de los crucifijos, todo dio un giro y se esfumó.

—¿Qué pasa ahora? Nunca había vivido algo así, debo estar alucinando.

Alister despertó vestido de sacerdote y, aunque su físico era distinto, se sentía él mismo experimentado otra realidad. Fue conducido por una fuerza misteriosa hasta un subterráneo que parecía no tener fin, mientras podía atisbar extrañas estructuras con una geometría impensable en su mundo y figuras que parecían representar deidades existentes hace eones, o al menos así lo percibió.

—¡Vaya, ahora solo espero que esto se termine pronto! —pensaba el joven sacerdote en su inocencia.

Cuando finalmente todo se calmó, Alister apareció frente a cuatro encapuchados y un ataúd. A su lado se agrupaban ángeles con espadas, uno de los cuales se le presentó como Mateo.

—¿Tú puedes explicarme de qué se trata todo esto?

—Yo no puedo hacer eso, puesto que yo no existo y tú tampoco. Solo somos creaciones sin sentido en un universo perdido y colapsando por tanta degeneración y miseria, donde el tiempo se ha fortalecido y el bajo mundo

engrandecido. Ahora que ha sido liberado, se ha roto el sello que en una sociedad lejana alguna vez fue enmarcado a la bestia.

–No entiendo ni una sola palabra de esas extrañas profecías que parece conocer, solo quiero salir de aquí.

–Imposible, nadie puede salir. Solo echa un vistazo y tu mente vibrará.

Cuando Alister miró hacia atrás, contempló horrorizado una sombra con alas gigantescas y que de alguna forma completamente inhumana le parecía familiar. Pero lo que más lo amilanó fue que detrás de esa cosa parecían hallarse millones de galaxias amontonadas y burbujeantes hoyos negros surgían de todos lados. Por otra parte, al subir la mirada, un extraño e imponente ojo lo observaba atentamente mientras fulguraba de un azul extraño, uno muy oscuro. Alrededor de dicho ojo había pirámides que chocaban unas con otras, y de esos choques emanaban unos relojes con manecillas y notaciones totalmente ajenas a la percepción normal del tiempo.

–¿Qué demonios es este lugar? –gritó sobresaltado Alister.

Pero justo en ese momento el ataúd se abrió y una blasfemia se levantó. Su piel era gris y sus cabellos andrajosos, tenía los dientes podridos y parecía más una carroña vieja que algo existente. Se contorsionaba de forma horrible, brama incoherencias y de su boca brotaba espuma. En una de esas, totalmente fuera de control, brincó sobre Alister.

–Tenga cuidado, yo lo protegeré –exclamó Mateo, al tiempo que se lanzaba contra aquella repulsiva criatura.

–¡No, no lo hagas, por favor! –replicó Alister.

III

Pero ya era demasiado tarde, aquella vieja carroña había destrozado a Mateo y se había enrollado sus intestinos por todo el cuerpo mientras soltaba pavorosos gritos que parecían desgarrar la realidad en que se hallaba. De algún modo, Alister sentía una fortaleza espiritual que sabía no tenía, así que buscó en sus bolsillos y halló uno de los extraños crucifijos.

–Y ahora ¿qué debo hacer? ¿Cómo detener esto? –se preguntaba.

De pronto, estrepitosamente, sonó de nuevo esa singular voz:

–¡Déjà-vu! ¡Déjà-vu! –retumbaba en cada oquedad del infernal escenario.

–Es otra vez esa macabra voz con ese mensaje –farfulló Alister.

Sin darse cuenta, lo murmuró un poco más fuerte, y la criatura cedió en sus contorsiones alocadas.

–¿Acaso ese juego de palabras es la debilidad de esta cosa?

Alister no lo sabía, pero repitió con más fuerza aquellas palabras y algo misterioso hizo que moviera su brazo hasta colocar el crucifijo frente a la criatura y repetir con más fuerza:

–¡Déjà-vu! ¡Déjà-vu!

En ese momento, la criatura abrió los ojos que hasta ahora habían estado cosidos y Alister contempló que parecían ser púrpuras, pero de una tonalidad única y ostentosa.

–¿Cómo es posible? ¡Tiene los ojos más hermosos que puedan existir!

En ese instante, el ojo en el espacio arrojó una llama de un azul sumamente oscuro y la criatura gimió de dolor; aunque el cambio más notable eran sus pupilas, pues ahora eran de un negro profundo.

–¡No puede ser, se parecen demasiado a los ojos de Erendy! –adujo con horror Alister.

Cuando quiso acercarse, la ominosa criatura se había derretido y ahora solo quedaba un capullo del mismo color que la llama que acabó con ella.

Alister se aproximó e intentó tocarla, pero tres de las cuatro encapuchadas exclamaron al unísono:

–¡Quiero que me preñes con tu miembro y que la criatura sea entregada al infierno!

Alister ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar, pues las cuatro encapuchadas revelaron su identidad. Eran nada más y nada menos que sus hermanas en su anterior reencarnación, o eso sabía sin saber por qué. Ahora estaban semidesnudas, pues su cuerpo estaba cubierto por esas amorfas sombras que Alister había contemplado antes. Se trataba de los nuevos representantes de los jinetes del apocalipsis.

–Pero ¿por qué están aquí? ¿Qué significa todo esto? ¡Respondan inmediatamente!

Sin embargo, las mujeres no dijeron nada y comenzaron a vomitar una mezcla centelleante ahíta de moscas a partir de la cual se formó una ser con apariencia humana pero que tenía cabeza de toro y usaba guantes anaranjados. Este ser comenzó a penetrar salvajemente a las mujeres al mismo tiempo, pues tenía múltiples falos en uno. El espectáculo era tan demoniaco que parecía que las vaginas de las hermanas eran una misma.

–¿Qué te pasa? ¿No te gusta? –inquirió una de las encapuchadas.

–Tu voz me es familiar –expresó Alister–. Siento que la he escuchado en algún lugar, estoy seguro.

Entonces la encapuchada reveló su identidad y resultó ser la mamá de las jovencitas, ¡era la señora Laura!

–¡No puede ser! ¡Esto debe ser una pesadilla!

La señora Laura tenía la piel sumamente flácida y de su vagina salían gusanos, sus pies tenían pezuñas y, además, traía un crucifijo con el cual comenzó a picarse asquerosamente su nauseabunda cosa mientras exclamaba:

–¿No quieres metérsela? ¿No quieres metérsela?

Repetía lo mismo una y otra vez. Todo comenzó a realizarse más rápido

y el ser de cabeza de toro eyaculó en las mujeres, las cuales explotaron al no resistir toda la cantidad de esperma, mientras la señora demolía sus órganos con el crucifijo y lo sacaba por la boca. El resto del escenario se encimaba contra Alister y, justo cuando estaba por aplastarlo, una mano tomó la suya.

–¡Alister! ¡Despierta ya!

Súbitamente, Alister abrió los ojos y contempló los de Erendy, quien tenía la mano en la suya.

–Pensé que nunca los abrirías, desde hace unos momentos te estoy observando y parecías estar teniendo una pesadilla. Cuéntame ¿qué estabas soñando?

Alister miró a Erendy y sonrió, sabiendo que nunca en su maldita vida podría contarle ese sueño.

–Solo estaba soñando que era devorado por leones alados.

Erendy echó a reír y, aunque quizá no creyó ese cuento, al menos lo disimuló. A continuación, se preparó el desayuno y se reunieron todos para degustarlo.

Los primeros en aparecer fueron Vivianka y Mundrat. Venían ambos de hacer ejercicio, o eso aparentaban, pues físicamente no se notaban resultados. Saludaron a todos y en especial a Alister.

–Y ¿qué tal va todo en la escuela? ¿Ya cuándo te integrarás formalmente como investigador?

–Muy bien, las cosas transcurren apaciblemente. Eso no lo sé; de hecho, ya tendría que estar haciendo un listado de los institutos a considerar.

–Y ¿qué estás estudiando, Alister? Siempre lo olvido.

–No te preocupes, Mundrat. Estoy estudiando física, también voy a una escuela de inglés, pues necesito saberlo si quiero enfocarme en la investigación.

–Y ¿cómo es que te da tiempo de hacer todo eso? –inquirió nuevamente Mundrat, que siempre parecía celoso de Alister.

–Bueno, solo es cuestión de organización. También practico artes marciales y tomo cursos de guitarra en línea.

–Ya veo. Esa es la razón por la cual cuidas tanto tu alimentación –dijo Vivianka–. Tú deberías de hacer lo mismo querido, de ese modo bajarías esa barriga tan voluminosa.

–En ese caso, vamos los dos –replicó Mundrat sarcásticamente.

Vivianka era en realidad delgada, aunque no tanto. Sin embargo, últimamente su ansiedad la había llevado a comer desmesuradamente. De hecho, desde pequeña había sido así, gustaba de comer comida chatarra en demasía.

–Haces muchas cosas –replicó Vivianka–. A mí me hubiera gustado tener un novio como tú. Lástima que ya es demasiado tarde.

–Pero ¡qué cosas dices, Vivianka! –gritó la señora Laura, sobresaltada.

Inmediatamente Mundrat se sobresaltó también. Siempre estaba celoso de todo cuanto Alister contaba y hacía; además, ahora un pensamiento totalmente ilógico lo invadía. Sabía que Vivianka estaba bromeando, pero algo muy en el fondo le parecía extraño, tenía una fuerte corazonada.

–Pero no te enojés, querido. Sabes que solo juego, a mí me gustas tú.

–Pues más te vale –contestó Mundrat sobresaltado y todavía afectado por la tremenda borrachera que se había pegado la noche anterior.

Todos rieron y convivieron tranquilamente. El día transcurrió como cualquier otro, sin sentido y con matices perfumados de irrealdad. El arrebol de aquella tarde era hermoso pese a la no concomitancia de planos. Cada quién se dedicó a sus labores terminando el desayuno, el mundo fue igual de absurdo para todos. Alister regresó a su casa, y, una vez en su cuarto, comenzó a elucubrar sobre lo ocurrido en el día.

–Pero ¿qué demonios me está pasando? –se preguntaba–. Nunca había tenido esta sensación tan vertiginosa, todo pasó tan rápido, todo cambia quizá.

Alister recordó también cómo era su relación con Vivianka, la dentista.

Hacía algunos meses que platicaba con ella cada que podía, y es que Alister se había convertido en uno de sus pacientes más asiduos pese a su vergüenza. Constantemente reían y parecían congeniar. Además, ella siempre le hacía alguna caricia mientras lo revisaba o, incluso, cuando pasaba junto a él, le acariciaba la cara y los cabellos rizados los envolvía entre sus dedos finos y blancos. Una ocasión casi se besaban en la boca al despedirse; de hecho, sí pasó. En aquellos momentos Alister lo atribuyó a su paranoia, pero más tarde no pudo evitar sentirse conmovido al percatarse de que sus labios habían sido rozados por aquellos rosados y finos pedazos de algodón. Mientras cavilaba todo eso, un gran calor empezó a invadir la habitación y Alister cayó en un profundo sueño. Además, por la ventana podían atisbarse extrañas sombras amorfas que revoloteaban.

–Te deseo, te deseo demasiado. Quisiera comerte las entrañas y embadurnarme tu sangre en mis senos –susurraba una voz.

Alister despertó cuando aquella voz se hizo más intensa, pero al instante esta desapareció. Le parecía que hacía demasiado calor y decidió quitarse la ropa. Encendió la luz y se miró en el espejo, sonriendo al notar que su cuerpo lucía cada vez mejor.

–Parece que está dando resultados –afirmaba mientras se miraba fijamente en el espejo.

Entonces fue que algo ocurrió. Reflejada en el espejo podía atisbarse una mujer con un vestido negro. Alister volteó rápidamente y, por causa del “destino”, la luz se fue. Sin embargo, incluso en la oscuridad, le pareció que algo se movía de forma ominosa, algo más oscuro que la misma oscuridad. Por lo que fuese más ínfimo que la unidad de tiempo más pequeña observó una figura alada con una cara hermosa y blanca, que no supo definir como hombre o mujer. Cuando recobró el sentido, se sentó en la cama sorprendido.

–No entiendo qué me pasa. Últimamente todo parece sin sentido y ahora esto. ¿Por qué no logro comprender qué pasa conmigo y con estas voliciones demenciales?

Justo en ese instante la luz regresó. De algún modo, Alister miró el

espejo y le pareció que la mujer con el vestido negro estaba ahí. Se acercó, pero nada, todo era la fachada de un corazón compungido.

–Debo estar volviéndome loco. Juraría que observé a una mujer aquí, se parecía tanto a... ¡Imposible!

Alister apagó la luz y se disponía a dormir cuando una gran erección surgió. Sin siquiera quererlo, la imagen de Vivianka luciendo ese atuendo tan provocador apareció como algo inevitable en su mente.

–Pero ¿por qué? ¿Qué relación tiene ella conmigo? ¿Acaso la deseo tanto?

Ni siquiera Alister pudo hablar, pues una sensación que jamás llegaría a explicar lo invadía de nuevo. Su sangre hervía y estaba temblando. Ni siquiera cuando se follaba a Erendy podía sentir una excitación similar. Estaba vez era incomparable, y, por más que intentaba bajar su miembro, este parecía más duro que nunca.

–¿Qué ocurre? Parece como si mi cuerpo deseara esto a pesar de que mi mente se opone.

Alister no pudo contenerlo más y comenzó a masturbarse. Pero no pensaba en Erendy, sino en Vivianka. Era algo incontenible e inusual. Llegaban a él los recuerdos de esas veces en que Erendy estaba ocupada, pero Vivianka siempre estaba en la sala, luciendo esas blusas de tirantes tan escotadas, las cuales reflejaban unos senos que, aunque pequeños a primera vista, parecían sumamente exquisitos cada vez que se agachaba a recoger algo. Le parecía además que sus piernas, aunque delgadas, eran bastante sexis. Por otra parte, algo que lo excitó sobremanera fue pensar en sus hijos. Sí, en Vivianka siendo penetrada como una maldita puta. Imaginaba su caras, sus gestos y gemidos, sus posiciones, sus senos y piernas, sus pies, sus manos, sus palabras candentes, su boca derramando esperma. Y lo que más le prendía era imaginar cómo le llenaban toda la vagina de semen, preñándola. Todo se combinó de un modo alucinante hasta que Alister eyaculó como nunca. El semen salió como fuente, sumamente espeso y en una cantidad demencial. Jamás Alister se había venido así, incluso hasta le pareció haber tenido un

orgasmo. Finalmente, cayó en un profundo sueño con toda la mano batida de esperma.

—¡Ya es hora de la escuela, se te va a hacer tarde! —gritó su madre, despertándolo con su aguardientosa voz.

—¡Con un demonio, lo había olvidado! Hoy es el primer día de clases...

Alister había olvidado que empezaba un nuevo semestre en la universidad y su madre estaba ya lista para pasar a dejarlo.

—Ya voy. Solo dame unos diez minutos. Ya casi estoy listo, solo debo peinarme.

Entonces fue que recordó cómo se frotaba el miembro por la noche. Pero le pareció que había sido solamente un sueño, pues él quería a Erendy y no podría tener relaciones con alguien más. Pero grande fue su sorpresa al notar que las sábanas efectivamente estaban manchadas, en verdad había pasado. Hubiera querido reflexionar más sobre ello, aunque ya su madre esperaba.

—¿Por qué tan serio? —inquirió su madre mientras conducía a Alister a la escuela.

—Nada, es solo que me he hartado de estudiar. Ya nada tiene sentido en esta escuela; de hecho, en el mundo.

—Pensé que te gustaba la escuela. Siempre has sido un alumno excelente.

—Sí, antes era interesante, pero ahora pienso que todo esto es absurdo, Se trata solo de más acondicionamiento.

—¿Por qué lo dices? ¿Cómo acondicionamiento? No te entiendo, pareces otro.

Alister sabía que hablar de ello con su madre sería una pérdida de tiempo, pero, aun así, lo hizo.

—Hace un tiempo comencé a leer algunas cosas que me han parecido más interesantes que los libros escolares.

—¿De qué cosas hablas? ¿Acaso te drogas o eres nihilista?

Alister metió la mano a su mochila y sacó un libro titulado *El extranjero* de Camus.

–De cosas como estas y otras tantas que, si te lo dijera, seguramente pensarías que he enloquecido.

–Bueno, cuéntame. Aún falta para llegar a tu escuela.

Al principio, Alister no se decidía a entablar semejante coloquio con su madre, pero finalmente se animó.

–¿Qué sentido crees que tiene tu vida? Ese es el punto de partida.

–¿Qué clase de pregunta es esa? –inquirió sobresaltada su madre.

–Bueno, te dije que no te agradarían mis conversaciones.

–No lo decía por eso. Es solo que jamás me había cuestionado algo semejante.

–Entonces ¿qué respondes? ¿Tú a qué atribuyes el sentido de estar aquí y ahora?

Su madre meditó un momento, recordaba sus sueños juveniles de ser modelo y cómo se habían visto frustrados por el embarazo y posterior nacimiento de Alister. Finalmente, contestó:

–Pues nunca lo había pensado sinceramente. Nadie me lo había cuestionado. Yo pienso que mi vida tiene sentido gracias a ti y a tu padre. Vivo por y para ustedes.

Alister simplemente esbozó una irónica sonrisa, ya se esperaba algo así, eso respondía toda la gente. Esperó unos instantes y dijo:

–Esa es la clase de respuesta que esperaba, eso se contesta usualmente.

Su madre lo miró y se extrañó con tal afirmación. No lograba captar cuál era el objetivo de aquella peculiar plática.

–Bueno, y ¿qué se supone que debería de contestar? No sé qué más añadir.

–Me refiero a que eso es lo que contesta la mayoría de las personas. Desde hace un tiempo he preguntado lo mismo a quienes puedo.

–Y ¿qué has obtenido? ¿Alguien ha respondido correctamente?

–No se trata de responder bien o mal, solo nada alentador he recibido. Mira, ya no sé qué soy. Hasta hace algunos años me sentía parte de este mundo, pero ahora todo ha cambiado. Me he dado cuenta de que esta realidad es una farsa, solo un complot gigantesco. Al fin y al cabo, pienso que la vida humana carece de todo sentido, pues todos lo atribuimos a situaciones pasajeras o a personas igualmente temporales, y sé que todo es intrascendente. Por construcción, nos vemos reducidos a una falacia, es nuestra naturaleza.

IV

La madre de Alister estaba acostumbrada a este tipo de arranques por parte de su hijo, que desde hacía un tiempo venía exagerándolo todo. Al menos ella así lo creía, pues jamás en sus días había cuestionado lo más mínimo el sentido de su existencia. ¿Por qué lo haría ahora? Era feliz sin complicarse demasiado las cosas, prefería, como muchos tantos, centrarse en asuntos banales y no en divagaciones filosóficas.

–Ese es un punto de vista interesante, pero solo una opinión, a fin de cuentas.

–Sí, eso ya lo sé. Pero me parece correcto de algún modo. La gente vive estúpidamente y eso jode todo. Las personas solo se preocupan por el dinero, cada vez más esclavizados abandonan sus sueños. Ese es el punto de este sistema, quebrar las esperanzas y las cosas valiosas que las personas pueden lograr a través de falsas ilusiones y cosas materiales.

–Y ¿en dónde leíste eso? ¿En una novela o es parte de una teoría de

conspiración?

–Sí, sé que las personas piensan eso constantemente. Pero en este mundo los locos son los más cuerdos si uno reflexiona bien el modo de vivir que tenemos.

–Entonces ¿yo soy una persona no cuerda de acuerdo con tu lógica?

Alister permaneció callado un tiempo y luego cambió la temática.

–Hay tantas cosas que me gustaría no saber. Pienso incluso que ni siquiera existimos realmente. Me vienen a la cabeza muchas dudas que creo son cosas que las personas sensatas piensan alguna vez en su vida, solo que no les dan la importancia suficiente.

–¿Puedes ser más explícito? No estoy captando tu punto.

–Bueno, hablo de temas como el sentido de la existencia, el infinito, los universos paralelos, el tiempo, el espacio, los agujeros negros, las galaxias, los extraterrestres, las naves misteriosas, las casas embrujadas, los fenómenos parapsicológicos, la meditación, la espiritualidad, el misticismo, el ocultismo, la metafísica, la mente humana en toda su expresión, las personalidades múltiples, los síndromes extremos, las manifestaciones extrasensoriales, los mensajes y voces incomprensibles, los fenómenos extraños, los lugares ocultos y donde pasan cosas ominosas, las personas desaparecidas, la manipulación genética, las conspiraciones, las guerras, el dominio del mundo, los rituales, la magia y otras tantas cosas que constantemente me sumergen en un profundo mar de donde ya no es posible salir, pues me he perdido en los abismos y no logro atisbar un rayo de luz que me indique la salida.

Su madre se quedó con la mirada fija en el semáforo que ahora cambiaba a verde. Nunca había conocido a alguien con tantas cosas en la cabeza, y el que su hijo fuese esa primera persona la tenía consternada. Por un lado, le parecía increíble, pero por otro terrible. Le recordó un poco a ese novio loco que tuvo en sus épocas juveniles, siempre hablando de conspiraciones y cosas raras, hasta que un día desapareció sin dejar rastro alguno; Harman se llamaba, o algo así.

–Y ¿hay alguien con quien puedas hablar de todo esto?

–Sí, con Erendy siempre hablo de esas cosas. También con el profesor G, ese del que te ha hablado que, de hecho, cultivó tantas cosas y dudas en mí.

–Y ¿qué piensa ella? ¿No cree que te haga falta un tornillo?

–No, al contrario. Ella es la única persona que ve más cosas en el mundo que yo. Me refiero a que ella sabe la verdad que tanto busco, puedo percibirla en los destellos de sus miradas que no podría encontrar en alguien más.

–¡Qué mujercita tan extraña, me gustaría conocerla algún día!

Erendy y la madre de Alister no se conocían, pues Alister en realidad vivía con sus tíos y le avergonzaba la idea de no tener un lugar digno que mostrarle a su novia, razón por la cual nunca la llevaba.

–Algún día, cuando tengamos casa propia... –farfulló con cierto odio y rencor.

–Ya te dije que tu padre y yo trabajamos muy duro, verás que pronto tendremos nuestra casa.

Alister se mostró contento, aunque, en el fondo, veía muy lejana la posibilidad. Justamente en esos instantes llegaban a la escuela.

–Ya me tengo que ir, luego platicamos, al rato te veo –dijo Alister, mientras partía rumbo a su clase.

Su madre lo miró con un halo de respeto. Aunque no entendía la forma de pensar de aquel joven arrogante, se enorgullecía de que su hijo fuera tan inteligente y pensaba que podría hacer grandes cosas.

...

Finalmente era la última clase y ya todos estaban hartos, había sido un día pesado, y eso que era el primero. El séptimo semestre se asomaba ya, ahora empezaban todos a meditar sobre su futuro y qué querían lograr más allá de un título universitario. Sin embargo, para Alister era solo otro absurdo más. De hecho, se sentía aún más confundido que cuando empezó. Creía firmemente que había perdido el interés por la escuela, aunque sus notas

seguían figurando como las mejores. Todos esperaban que hiciera algún doctorado en una universidad extranjera y que fuera un investigador de renombre, tal era también el sueño de sus padres, pero para él todo eso no era otra cosa sino basura, una deliciosa basura que la mayoría recogía, pero él no encontraba qué recoger, pues estaba ciego y sus manos eran torpes para coger cosas pequeñas.

—¿Qué tal te va, Alister? Últimamente ya no te vemos en las fiestas escolares, pienso que deberías de ir, ya es nuestro año final.

Era un compañero de Alister quien hablaba, su nombre era Carlos. Vivía obsesionado con el fútbol y soñaba ser futbolista; además, adoraba los videojuegos.

—No puedo. Estoy muy ocupado con todo lo que tengo que hacer.

—Y ¿qué es todo eso que tienes por hacer? Solo deberías de disfrutar la vida sin amargarte tanto. ¡Sé feliz y ya!

Alister no dijo nada y se marchó. Paseaba solitario mirando a sus compañeros de clase, a los cuales detestaba por ser tan normales. Todos adictos a la televisión, los bares, las fiestas y todo aquello que él consideraba una distracción. Sin embargo, de pronto, algo llegó como un fogonazo a su mente. ¡Él también pertenecía a ese mundo! ¿Acaso no se había masturbado pensando en Vivianka?

—¿Es también el sexo un intento por desviarnos de este mundo? —se cuestionó.

Había leído los primeros tomos de *La Doctrina Secreta* de Blavatski, y también filosofía budista y misticismo hindú. Era un asiduo perseguidor de la verdad, aunque todo esto era reciente en su vida, también lo era sentir que estaba siendo un depravado. No pudo sacar esos pensamientos de su cabeza nunca más... En ese momento escuchó una voz:

—¡Qué milagro! ¿Cómo te ha ido? Pensé que vendrías en vacaciones a charlar.

Al voltear Alister, su semblante cambió. Era el profesor G, tan admirado

e inteligente, y despreciado y odiado por otros.

–¡Hola, profesor! Me ha ido bien, y ¿a usted? Perdóneme, lo que pasa es que estuve ocupado estudiando.

–Igual me va bien. No te preocupes por eso, a ver si mañana puedes pasar a mi cubículo para platicar. Me dejaste pensando en lo que me contaste el último viernes que charlamos.

Alister solía asistir al cubículo del profesor G cada viernes del semestre pasado para entablar plática de diversos temas. Platicaban a veces hasta por horas. Sentía que el profesor estaba totalmente de acuerdo con sus ideas, y no por seguirle el juego, sino que él sabía la verdad también, esa misma que había sido escondida a los ojos vulgares y que solo unos cuantos elegidos podían dilucidar.

–¡Sí, claro! Ahí estaré a la una y media, puntual. Yo también quiero contarle bastante, espero poder hacerlo.

–Bien, ahora me retiro que voy a una junta. ¡Gusto en verte!

–El gusto es mío, profesor –dijo Alister, mientras veía al profesor partir y extrañamente contempló algo raro, era como si una sombra rodeara su cuerpo.

Talló sus ojos para ver mejor, pero ahora el sol se había ocultado y no le fue posible comprobar si, en efecto, una rara sombra seguía al profesor o era la común. Decidió retirarse ya cansado, además tenía tarea.

–¿Qué es esto? ¿Solo hay muslos de pollo empanizados de comida? ¡Odio esta comida! –expresó Alister al abrir el refrigerador.

Era momento de poner en práctica esos videos de cocina que miraba ocasionalmente. Se preparó una deliciosa carne asada que sobraba con queso, arroz y nopales, era perfecto después de un día de entrenamiento duro. Mientras comía nuevamente caviló sobre su conexión con la mediocridad, entonces se hundió en largas y penosas reflexiones.

–¡Ya llegué, ahora sí que estoy fundida! –exclamó una voz.

Era su madre. Llegaba ahora con unas bolsas enormes, pues le fascinaba comprar ropa que nunca se ponía.

–¡Eso también es consumismo y del más absurdo! –exclamó Alister.

–¿Por qué lo dices? ¿Qué hay de malo en comprar lo que me gusta? Yo lo pago. Últimamente te tomas todo a mal. ¡Disfruta la vida ya!

–Todas las industrias son una porquería. Todos nuestros alimentos están contaminados. Todo aquello que venga en una lata o paquete no puede ser bueno, de ahí el alto crecimiento de las tasas de cáncer y diabetes.

–Y ¿eso a qué viene? ¿Cómo estás tan seguro? No tienes pruebas de ningún tipo. Además, ¿qué hay con la ropa? No le veo algo de malo.

–Bueno, las empresas que hacen ropa buscan mano de obra barata, lo cual significa que van a países pobres donde esclavizan gente, sin importar si son niños o mujeres ancianas o embarazas. Les pagan, y eso si es que les pagan, una centésima parte de lo que trabajan, y eso es mucho. Es parte de la esclavitud moderna. No puedo hacerte creer en lo que digo. Tienes que darte cuenta por ti misma, solo tú puedes abrir los ojos, solo tú puedes descubrir la verdad del mundo.

A continuación, Alister subió a su cuarto y ahí continuó las meditaciones. Prometió que no volvería a mirar con lujuria a Vivianka ni a las putas de los videos en internet, pues evidentemente era algo malo. También recordó cómo fue cuando conoció a Erendy. Se acababa de mudar y odiaba estar en ese lugar, ya que sus tíos siempre hacían mucho ruido. Se conocieron gracias a una amiga que tenían en común, los presentó y desde el primer momento tuvieron conexión, pero de forma extraña. Su segundo encuentro, el primero a solas, transcurrió en las canchas de la escuela, entre olor a marihuana y alcohol, común en ese lugar. Alister platicó a Erendy todo lo que creía era la verdad del mundo, y esta, contrariamente a todas las personas, escuchó atentamente. En el fondo, consideraba a la familia gente mediocre, salvo a sus padres. Los demás no eran sino simples zombis que vivían de acuerdo con los parámetros del sistema. Fue cuando se preguntó:

–¿Cómo podría preferir a Vivianka en vez de a Erendy? Ni siquiera

pensarlo –se respondió inmediatamente.

Erendy era todo para él, lo había apoyado tanto tiempo, conocía demasiado y a la vez tan poco de él; era la única persona en quien confiaba. Sin embargo, ahora surgía un sentimiento renovador e intenso: el deseo sexual. Lo atisbó en su clase, cuando su compañera Cecilia cruzó las piernas y él miró, e inmediatamente su falo se estremeció. Pero era extraño, pues con Erendy no podía sentir tal sensación, tan imponente e inmarcesible, un deseo sexual totalmente apolíneo y execrable a la vez, una dualidad. Por una parte, deseaba follarse a todas las mujeres, y por otra solo deseaba estar con una. ¿Qué diablos pasaba? Acaso era posible desear a otras mujeres sexualmente y a la vez amar a alguien, pero amarla sin desearla y desearlas sin amar escapaba a toda lógica. Además, Erendy era la mujer más inteligente que conocía, ella sabía la verdad del mundo. ¿Cómo podría cambiarla por una mujer cualquiera que vivía mediocrementemente en su forma de pensar, que era esclava del sistema? Y, pese a ello, era algo contra lo cual no podía luchar, pues su pene se alzaba automáticamente. Fue entonces como recordó cuando recién era novio de Erendy y no le interesaba ninguna mujer.

...

Otro banal día en la escuela transcurría, las clases eran igual de aburridas que siempre, y Alister se sentía hastiado de existir. Pensaba si realmente era esto lo que quería; es decir, si aquel sistema educativo tan corrompido como todo podría ofrecerle algo que apaciguara el deseo de suicidarse por un tiempo. La respuesta era contundente: no. Estudiar en una universidad no significaba nada, era solo parte de lo mismo, de un sistema nauseabundo enfocado en adoctrinar las mentes hasta convertirlas en otro eslabón de la matrix. Los pensamientos de Alister fueron silenciados por una voz:

–Vamos, ¿no te tirarías a Cecilia si la tuvieras enfrente desnuda? –inquirió Carlos con descaro.

–¡No, claro que no! No me interesa tener algo con ella, es una persona igual que las demás: materialista y absurda.

–Pero solo será una vez, no puedes desaprovechar la oportunidad.

—No, estoy bien así —exclamó Alister mientras un sentimiento sublime lo invadía al pensar en Erendy. Le parecía casi impensable traicionarla algún día. Claro que pensaba cosas malas con otras mujeres, pero jamás las haría. Además, no era el del todo quien lo hacía, era esa otra entidad dual en su interior.

—¡Ahora sí que me preocupas! Creo que esta vez te hemos perdido, pues parece que te has enamorado de un modo totalmente ilógico.

Sí, Alister estaba enamorado. No, quizá no era eso. Tal vez lo estuvo antes, pero ahora.... Era solo que, lo que rápido llega, rápido se va. Y, con profundo pesar, sentía que ese amor antes magnificante y puro se había desvanecido casi por completo. El tiempo había pasado, las flores se habían secado y las pieles desgastado. Y, aunque deseaba a otras mujeres, su interés y ese sentimiento que le convulsionaba todo el interior le venía cuando se trataba no de la imagen de Erendy, sino de... ¡Vivianka! Era una maldita obsesión que le atormentaba durante los últimos días. De ninguna manera podría ser que deseara con tal pasión a la hermana de su novia. ¡De verdad que no era sano aquello!

—No puedo, no quiero, no es correcto. Yo busco el progreso espiritual, no debo obrar así.

Y, ante la atónita mirada de Carlos, Alister se retiró de la clase bastante confundido. Últimamente le dolía la cabeza en todo momento y todo le fastidiaba. Antes Erendy había remediado su malestar, pero ahora... ¿Qué quedaba sino solamente un montón de cenizas de lo que alguna vez fuese un amor tan incandescente? Llegando a aquella maldita casa de sus tíos que tanto odiaba, se mantuvo callado y pensativo. Luego, se recostó a pensar hasta que finalmente pudo conciliar el sueño.

Pero, en cuanto despertó, Alister se sintió sumamente afligido: había soñado con Erendy y con aquellos tiempos cuando todo era más que ideal. Rompió en llanto al recordar los nobles y vítreos ojos de aquella pequeña mujercita que tanto lo había cautivado. Había sido tan tierno y encantador acariciar sus manos mientras se recostaba en su abdomen... Ahora ese recuerdo estaba corrompido por la lujuria y la duda. No era merecedor de

Erendy, o ¿sí?

—La cena está lista, solo recuerda no comer de más —comentó su madre.

Alister dejó de lado esas meditaciones, secó sus lágrimas y bajó lentamente, un poco molesto por el ruido que hacían sus tíos en el piso superior. Sin embargo, sabía que algo se había roto en él, que ahora una dualidad surgía: el bien y el malo juntos, tal como en el inicio. El joven confundido devoró su cena y fue a dormir para olvidarse de la congoja que laceraba cada rincón de su ser. Su mundo estaba cambiando, sobre todo el interior, y él no podía hacer nada para evitarlo. “Todo cambia”, había escuchado decir una vez a un viejo pringoso que se enfadó en el metro porque nadie le había dado una limosna. Y, antes de bajarse del vagón, aquel vagabundo posó su mirada en Alister, para sonreír y enseñarle su dentadura podrida. Alister intentó entonces darle unas monedas, pero el viejo negó con la cabeza y repitió: “Todo cambia, y hoy es el momento para el ave cuyo despertar interno trastornará su exterior”. Pasó el resto del trayecto intentando discernir el significado de tan enigmática sentencia, pero no le gustaba lo que creía dilucidar. Era como un presagio, pues curiosamente ese día fue el primero en que comenzó a desear de verdad a otras mujeres que no fuesen Erendy. Ese día, por vez primera, se masturbó recordando a sus excompañeras de la secundaria. Y, para su sorpresa, resultó mucho más exquisito y placentero que cuando lo hacía pensando en su novia, aquella pobre niña a quien creía amar, pero a quien no podía desear sexualmente.

...

Los demás días trascurrían con normalidad, en un sinsentido total, una vida común, una falsa existencia; un volcán que estaba a punto de hacer erupción se levantaba entre miles de sombras amorfas, acaso si se les pudiera llamar *Belz*. Finalmente, llegó el día del encuentro con el profesor G. Para Alister ya nada podía llenarlo por completo, y lo que otrora fuera un amor sin precedentes ahora se tornaba en una angustiosa carga, en la necesidad insulsa de soportar y resistir las embestidas de la furiosa tempestad que representa el sentirse atado y no amado.

—¿Se puede? ¿Está ahí, profesor G?

Alister tocó la puerta con tibieza, temiendo interrumpir la quietud de aquel cubículo donde yacían esos asientos viejos que tanto le fascinaban.

–Adelante, la puerta está emparejada solamente. Empújala, si eres tan amable.

–Buenas tardes, profesor G, espero no quitarle el tiempo. Usted siempre tan ensimismado en sus proyectos.

–No, para nada. Solo estoy preparando unas clases. Tú pásate, con confianza. Siéntate, cuéntame ¿qué buenas nuevas hay?

–Pues hay mucho, supongo; aunque nada considerablemente importante.

–Eso es bueno, soy todo oídos. Dime ¿qué ha acontecido en tu vida durante este periodo en que no te he visto?

Alister estaba ahora frente al profesor G, ese tan querido para él; no obstante, tenía dudas sobre si contarle acerca de sus nuevos sentimientos. Al fin, decidió que lo haría si la conversación se prestaba.

–Pues he estado en una lucha interna nada agradable. Digamos que mi corazón está dividido.

–¡Ah, caray! ¿A qué te refieres con eso? Se trata de algo sumamente delicado y peligroso.

–¿Usted puede darme algún consejo acerca del amor? –vociferó Alister con desesperación, como si aquel profesor fuese su salvación.

El profesor G frunció el ceño, y luego, en su envejecido y sabio rostro, apareció una ligera sonrisa. Era raro, casi nunca sonreía, siempre mantenía ese halo de seriedad. De pronto, recordó que también sonreía cuando aquel joven de ojos grandes y penetrantes asistía cada viernes a su cubículo para mantener extrañas y secretas conversaciones, pero hacía meses que estaba desaparecido.

–¿Profesor? ¿Está usted bien? Espero no haberlo incomodado.

–Sí, estoy bien, disculpa. Es que estaba pensando en un joven que me visitaba y ahora tú me lo has recordado, pero da igual. No creo poder ayudarte en esos asuntos, mi amigo, viniste con el menos indicado; no obstante, puedo

escuchar tus ideas, si es que así lo deseas.

–Me parece perfecto. Sin embargo, debo advertirle que no creo conveniente que comente a alguien sobre lo que aquí expondré, pues son ideas que la mayoría de la gente consideraría impuras.

–No tienes de qué preocuparte. En este lugar han tenido lugar coloquios mucho más oscuros e indecentes de lo que te imaginas. Claro, indecentes para las personas comunes.

–Bien, eso me reconforta. Comenzaré por hacerle una pregunta. ¿Usted participaría en un trío sexual?

El profesor G sonrió nuevamente y ya casi se le imaginaba que aquel muchacho misterioso de hace unos meses estaba frente a él.

–Bueno, creo que no lo haría, pero tampoco lo descartaría. No lo considero algo malo, solo diferente de lo comúnmente establecido.

Es lo que yo digo. Las personas se engañan con una falsa moral, en el fondo todos somos así, somos animales y de los más insaciables. La religión y la moral han hecho creer a las personas que actos como esos son incorrectos, pero todos, muy en el interior, lo anhelamos.

–Y ¿qué te ha hecho pensar que todos los deseamos?

–Porque es parte de lo que el sistema nos ha impuesto. Imagine lo siguiente: están un hijo y su madre encerrados en una habitación, totalmente aislados del mundo. Poco a poco comienzan a provocarlos para que interactúen. Primero se les ordena desnudarse y luego, bajo más presión, copular. Parece simple, pero día con día se verán sometidos a un mayor nivel de estrés, hasta que no puedan resistirlo más y, entonces, ¡cometerán un irremediable acto de incesto!

–Muy interesante, aunque esa idea tiene un grave error. No hay muchas posibilidades de que un hijo y su madre quieran participar en un experimento así. Además, se necesitarían condiciones específicas que los conllevasen a necesitar la realización de tal acto.

–Pero esas condiciones se pueden simular, incluso crear de un modo sencillo. Solo se necesitan métodos para desquebrajar su personalidad, como el que usa la agencia del país más rico.

–Eres bastante curioso y eso representa un arma de doble filo. Pero ¿cuál es el punto final de tu planteamiento?

–Aún no está claro. Incluso en la biblia podemos encontrar referencias a actos sexuales ilícitos que dios aprobó. En todas las culturas hay eventos de esa calaña. Le aseguro que un padre cambiaría todas sus sotanas por poder follarse a una prostituta, aunque fuese la más barata. Una pareja que ha sido fiel toda la vida podría dar sus anillos de matrimonio por hacer un intercambio de parejas, aunque fuese solo un cuarto de hora. Una delicada y religiosa jovencita vendería sus libros y sus lentes porque un negro enorme la penetrara.

–Ya voy entendiéndote mejor.

–Y eso no es todo. También está la historia oculta de Lilith. Recuerdo que lo mencionó en una clase, pues la investigué. Pero no solo eso, nos estamos olvidando de las parafilias más ominosas y de las aberraciones sexuales más execrables. Pues, de alguna forma, eso forma parte fundamental de todos.

V

El profesor G no supo qué decir, simplemente se limitó a meditar y observar. Para él, realmente el amor era un mero cuento de hadas. En los últimos tiempos se dedicaba a fornicar con prostitutas y a centrarse en sus clases. Hace mucho tiempo había estado casado, sí, pero había sido solo una gran pérdida de tiempo. Luego del divorcio, comprendió que nadie puede comprender a nadie, que las personas no son para las personas, y que, en todo caso, lo único que pueden hacer dos personas juntas que dicen ilusamente amarse es follar. Después, no queda nada, cada uno puede volver a su habitual ritmo de

actividades. ¿Para qué engañarse con tonterías de amor y romances inútiles? No, él no estaba para eso. Prefería satisfacer sus impulsos sexuales con las más finas putas y luego refugiarse en las matemáticas para mitigar su soledad, la cual tampoco le disgustaba tanto.

—Sin embargo, he aquí mi más inquietante cuestión: ¿es incorrecto todo eso que le he comentado? ¿Sería abominable hacerlo? Y, si así fuera, entonces ¿por qué tenemos tales pensamientos? ¿Acaso dios los quiere ahí, o somos pecadores, o estamos influenciados por un demonio? ¿Se está demente o se es un depravado por concebir tales cosas?

—Dios es tan fútil que ni siquiera creo que querría ponerlos ahí. Ese tipo de cuestiones realmente son intrincadas, lo más que puedo decirte es que experimentes. No hay otra forma de alcanzar la comprensión, tienes que vivirlo y sentirlo en carne propia.

Alister quiso hablar, pero se contuvo. Ahora solo absorbía aquellas palabras como si bebiese un ingente vaso de agua renovadora.

—Y es que... hay algo más que no le he contado —dijo finalmente, con cierta angustia.

—¡Ah, caray! Y ahora ¿de qué se trata? ¿Algo aún más extraño? —inquirió el profesor G con sorpresa.

—Bueno, no diría justamente extraño, creo que más bien es execrable y a la vez conmovedor.

—Suéltalo de una vez, si lo contiene te será más difícil expresarlo.

—Primero deseo saber algo. ¿Usted qué piensa de las prostitutas? ¿Son solo ramera sin sentido o algo más? ¿Se puede aprender de ellas?

—Son buenas personas, excelentes, diría yo. Eso me han contado, claro —exclamó desternillándose el profesor G.

—¿En verdad lo cree así? O ¿acaso será que la moral es la mayor falacia en los humanos, tan bien enmascarada en valores arcaicos y nefandos?

—Naturalmente —afirmó el profesor mientras se acomodaba sus lacios

cabellos canosos—. No podemos fiarnos de la moral, sería como aventarse de un avión creyendo que los ángeles nos salvarán; e, incluso esperando que los demonios lo recibieran, pero no, simplemente se estrella uno contra el suelo. De ese modo funcionan las cosas, no se llega a lo correcto e incorrecto, únicamente se encasillan y se juzgan los actos tomando como base lo que es socialmente aceptable.

—Pero las personas dicen... —exclamó Alister sobresaltado—, la gente dice que no son buenas, que están sucias y que no tienen alma.

Ahora el profesor G fruncía el ceño y se masticaba una uña al tiempo que con su dedo índice enrollaba sus canosos cabellos una y otra vez.

—El conocimiento está en todo, pero no sabemos apreciarlo. Dime tú, ¿acaso aquellos que no se dedican a la prostitución sí tiene alma? ¿Están más vivos por el hecho de ser moralmente correctos?

—¡Oh, no lo sé! Yo solo necesito respuestas. Eso simplemente complica más las cosas, no lo había abordado desde esa perspectiva.

—Pues claro que no. Todos estamos sucios en el fondo; como dices, la moral es un muy bonito cuento de hadas en el que muchos viven, pero solo eso, un cuento y nada real. Además, no se puede tener buena moral en un mundo tan injusto como este. Las prostitutas son solo un mensajero de la naturaleza expresándose de forma inmoral, pero no incorrecta.

—Parece gracioso cómo es el mundo y la importancia que se le adjudica a sucesos y conceptos tan dudosos. Cada vez me pareciera que esto llamado realidad se trata de una intensa y continua chanza hacia el espíritu. Ni siquiera creo que vivamos, tan solo absorbemos ilusiones y las enfocamos en el plano físico que conocemos. La vida no puede ser tan miserable, y, si así lo fuera, entonces ¿qué remedio que devolverle la ilusión a la muerte!

—La única justicia quizá posible es esa: la muerte y la extinción. Volviendo al tema —preguntó con más curiosidad que antes el profesor G—. ¿Por qué ese desmesurado interés en las prostitutas? ¿Qué hay en esas mujeres que se relacione contigo?

–Usted es la primera y quizá la última persona que deba saber esto. Usted sabe que no confío en la gente y menos en mí mismo, pero se lo contaré. Solo no lo mencione a nadie, que seguramente esos tipos con mentes huecas que son mayoría allá afuera no sabrían interpretarlo.

–No debes preocuparte, sé escuchar y guardar secretos. Sé entender los corazones y eso es algo que casi nadie puede hacer.

–Bien, le contaré entonces. ¿Recuerda usted que hace unos meses le conté sobre una chica que había conocido extrañamente y con la que llevo una relación?

–Sí, te notabas muy entusiasmado. Pensé por un instante que ya hasta habías formado una familia.

–¡No, ni loco! Lo que quiero decirle es que desde hace un tiempo siento que algo se perdió, que esa magia se esfumó, pero la sigo queriendo demasiado. Podría decir que el enamoramiento se fue, pero llegó algo más supremo y riesgoso.

–Ya veo, suele pasar a menudo. Yo ¿qué podría decirte? Tan ignorante soy en los sentimientos que preferí suprimirlos. Lo mejor es que tú hagas lo mismo si quieres vivir en paz.

–Sí, pero ahora –Alister dudó unos instantes y luego retomó la palabra–, ahora en verdad siento que deseo tener relaciones con otras mujeres. Y no me refiero solo a un deseo vago, en realidad es algo que está en mí.

–¿Te refieres a tener relaciones con prostitutas? O ¿algo así entiendo?

–Sí, algo así. He visitado los lugares en que se encuentran y surge algo en mi interior que me produce un constante deseo de poseer a alguna de esas mujeres. Mi mente lo niega, pero mi cuerpo lo pide.

–¡Qué curioso! Y ¿qué hay de tu novia? ¿Ella sabe algo de esto someramente?

–Bueno, es raro. No se trata solo de ser infiel, va más lejos. Puedo afirmar, aunque suene paradójico, que amo a mi novia con todo mi ser. Sin

embargo, el deseo que siento hacia ella es nulo. No anhele poseerla físicamente, sino de otro modo. La quiero para compartir días y momentos, para progresar y meditar, pero no para tener sexo. Sé que parece una locura, pero creo que puedes amar a alguien y mantener relaciones con otras personas sin que eso necesariamente afecte su relación.

El profesor G parecía enfrascarse en inexpugnables luchas internas, tratando de hallar algo sensato que expresar.

–Ya te lo dije –respondió al fin–. Nadie puede decirte lo que está bien o mal, ese concepto es erróneo y se ha impuesto solo para acondicionarnos más. Quizá tus actos ni siquiera tú mismo puedas elegirlos, solo los vives y ya, como si tu libre albedrío fuera un juego de niños.

–Entonces ¿quiere decir que esto que siento y vivo ya estaba predestinado?

–Es una posibilidad solamente, no podría afirmarlo de manera concisa. Hace algunos años indagué en libros y lugares desagradables las respuestas a la desmesurada hambre que sentía mi ser por el conocimiento de lo oculto. Al final, abandoné esos estudios, pues sentía me llevarían a la locura. No sé qué pueda ocurrirte a ti si continúas en estos senderos.

–¿Con qué probabilidad podría ser que no decidiéramos?

–Con la misma que tienes de vivir diferentemente en otras realidades.

Alister pensó por un momento en mencionar lo de Vivianka. Sí, ahora más que nunca ardía ese deseo lascivo en su mente, se retorció como una lagartija en su interior. Pero no, no lo hizo. Pensó que el profesor G no podría soportar otra locura más y decidió guardárselo. Se despidió cortésmente y afirmó que regresaría pronto para continuar con la charla.

–¡Qué extraño muchacho! –pensaba el profesor G–. Me recuerda tanto a aquel otro que venía hace ya un tiempo, ese con tantas dudas y con ideas tan intrigantes. Siempre me sentí identificado con él y su forma de ver el mundo, con su destreza, su habilidad y rareza. Pero hace unos meses que no sé nada de él, simplemente desapareció sin dejar rastro.

El profesor G continuaba meditando profundamente hasta que alguien llamó a su puerta, era uno de sus compañeros profesores en aquella triste escuela. Luego, tomó sus cosas, abandonó sus elucubraciones y salió felizmente para ir a comer con su compatriota y disfrutar de la compañía de una buena amiga, una de las que Alister le habló.

...

El tiempo, o esa concepción mundana que tenían los humanos, transcurrió normalmente. Parecían eones, y eran realmente segundos, tan fugaz y sutilmente las nubes taparon el sol. Era un sábado por la noche, Alister venía de la casa de Erendy y se sentía algo agotado. Hacía unas horas habían estado en el Hotel de los Presagios y habían disfrutado de una intensa jornada íntima, o al menos ella.

—¿No vas a cenar? —inquirió su madre desesperada por acostarse y descansar, su trabajo constantemente la fatigaba sobremanera—. Te dejé la comida en el horno de microondas, ya me acostaré.

—Sí, desde luego, muero de hambre. Tú no te preocupes, yo la caliento

—Pues no te tardes, porque luego se enfría y no quiero que comas cosas frías, de por sí quién sabe qué tantas ideas se te han metido en la cabeza.

Alister se tendió sobre la cama y se engolfó nuevamente en su realidad. Una pregunta rondaba por su mente: ¿por qué tenía que ser así la vida? Evaluó y replicó tanto como pudo, para finalmente llegar a su miserable existencia, tal cual como la de todos. Hace unas horas se había acostado con Erendy, no era la primera vez y le parecía normal. La amaba como en el comienzo, incluso más, pues le parecía única. En cierta forma, no podría ver en alguien más todo lo que en ella, esa forma de pensar y de ser, de comprender y de escuchar. Erendy era una de las escasas personas que podían ver muchas más cosas de las que él podría, ella tenía los ojos muy abiertos.

—Entonces ¿por qué? ¿Qué significa esto? ¿Cómo entender las emociones internas que vibran con tanta vehemencia?

Alister no lograba comprenderlo. Durante los primeros meses de su

relación no tenía ojos para nadie más, vivía para Erendy, incluso eso le había ocasionado muchos problemas con sus padres. Ella era su inspiración, lo máximo, se sentía totalmente satisfecho. Sin embargo, ahora todo cambiaba, y, aunque apreciaba y amaba estar con ella, el sexo no era satisfactorio, no lo llenaba, no lo disfrutaba; era para él más una obligación de complacerla que de hacer lo propio consigo mismo. Lo que más le dolía era notar cómo Erendy gozaba en sus brazos, no le era complicado llegar al orgasmo. De hecho, le parecía fantástico, pues sabía que era muy extraño que una mujer tuviera tantos orgasmos con tal facilidad. Todo parecía perfecto hasta que imaginaba a Erendy entregarse a otro hombre.

—Sería exactamente lo mismo si yo me entregara a otra mujer, o ¿no? —se cuestionaba confundido.

En sus últimos encuentros íntimos Alister había tenido problemas para desempeñarse, se le dificultaba. Lo que más le dolía era que Erendy estaba muy activa últimamente; de hecho, el próximo sábado habían acordado su próximo encuentro. Él, por su parte, se encontraba ensimismado con sus asuntos y era incapaz de analizar la situación, solo sentía que el sexo había acabado con ese sentimiento tan puro que al comienzo fulguró mucho más que las estrellas.

—Iré a descansar, debo hacer tarea —afirmó con voz cortante tras devorar la cena, mientras que sus padres observaban la televisión insaciablemente.

—Pero ¿qué te pasa? Últimamente no te entiendo, te la pasas todo el día encerrado en ti mismo cuando estás aquí —interrumpió su madre.

—No importa, es por la edad, así son los jóvenes —argumentó su padre, quien miraba el fútbol como siempre. Pues aquello era lo que, tristemente, creía le daba sentido a su existencia. Una lesión lo había alejado muy joven del deporte que adoraba, pero verlo en la televisión lo consolaba.

Una vez en su cuarto, Alister continuó con sus indagaciones. Trató de analizarse a sí mismo, pero le resultaba imposible. Fue así como de nueva cuenta volvió a aquel asunto que lo martirizaba, que hacía de su mundo un lugar gris y desolado. ¡Oh, cielos! ¡Qué no hubiera dado por recuperar ese

ahínco, esa alegría de estar con Erendy, como al principio, cuando no importaba otra cosa que verla, sentirla y adorarla! Sin embargo, ya eso no era pertinente, pues un nuevo dilema había surgido en su mente.

Lo más extraño para Alister es que no sabía cómo ni cuándo su amor por Erendy, o su enamoramiento, mejor dicho, había sucumbido. Así de rápido como llegó se fue. Es que eso era el amor, solo un pestañeo. Pero solo eso podía y debía ser, ya que una locura como esa, de durar mucho tiempo, podría acabar por volver loco a todo aquel que osase pasar las noches en sus aposentos y los días en su vigilia. De ahí entendió Alister que el amor era locura, y una incomparable, solo que él ya pertenecía al mundo de los cuerdos, de los que razonan, de los que desean, de aquellos que han muerto por dentro. Sin duda alguna lo que más hería su ánimo era que no podía complacer quizá a Erendy. No, eso no era, más bien no lograba complacerse a él mismo. Tendría algo que ver con el espíritu o lo mental, quién sabe, pero su deseo por aquella mujer tan intelectual que siempre había estado para él, con quien siempre había soñado, a quien había amado y cuidado, era nulo. Finalmente, Alister decidió apagar la luz e irse a dormir, pues al siguiente día tendría que hacer bastantes cosas. Ya eran las tres de la mañana y todo se encontraba en total calma, cubierto por la ingente oscuridad de la sublime oscuridad.

—¡Ven por aquí, vamos! Ven, corazón en llamas azules...

—¿Quién está ahí? —replicó Alister sobresaltado por la familiaridad de aquellos susurros cervales.

—Ven aquí, tu destino es conmigo... ¡tú serás mío!

—Un momento, esa voz me resulta más familiar cada vez —pensaba Alister mientras caminaba—. Ya lo sé, esa es la voz de...

Aquel muchacho de sentimientos revueltos caminaba ahora por un laberinto donde las paredes tenían muchos espejos, todos los caminos estaban tapizados por estos. El suelo era endeble, como si se tratara de algo gomoso y húmedo. El cielo ardía en llamas, o esa impresión daba, como si el sol se hubiera expandido por todo el lugar. Alister caminó y caminó hasta que los pies no le dieron para más, se sentía exhausto y con náuseas debido al

pestilente olor de aquel vertiginoso laberinto.

–Pero ¿en dónde carajos podré estar ahora? Nuevamente parece ser otro de esos extraños...

–Por aquí, mi fiel amante. Por aquí, mi dulce amor –clamaba la voz aguda a lo lejos.

–Entonces ¡sí es tu voz! Sabía que eras tú. ¿Qué estás haciendo aquí? –gritó Alister al vacío sin respuesta alguna.

Hubo un abrumador silencio y, después de un periodo que le pareció descomunadamente extraño, se produjo un estrépito y una lluvia de sangre cayó, empapando a Alister de los pies a la cabeza.

–¿Qué demonios? ¿Acaso esto es sangre? Parece como si me estuviera quemando, pero no la piel o el cuerpo, sino algo más profundo, algo como el alma.

Alister recién había terminado sus elucubraciones cuando en el suelo surgieron miles de vaginas que se abrían y se cerraban, succionando toda la sangre que se había cernido sobre el lúgubre lugar. Se contorsionaban demasiado rápido, eran inmensas, como las de una prostituta muy experimentada. En los espejos se podían atisbar adustas sombras que revoloteaban, como queriendo escapar. Todo el lugar temblaba y la tormenta de sangre aumentó su magnitud, corrió más y más rápido sin rumbo alguno, hasta que, al detenerse, pudo escuchar cómo los espejos crujían y cientos de sombras amorfas se acumulaban frente a sus ojos, formando la figura de una mujer, una que él conocía y muy bien.

–¡Vivianka! Pero ¿qué demonios estás haciendo aquí?

No hubo respuesta alguna, Vivianka parecía sin vida, tan solo un maniquí.

–Vivianka, en verdad eres tú. ¡Estoy seguro! Pero ¿por qué no respondes? ¿Acaso esto es un sueño solamente?

Justo después de que Alister hubo terminado de inspeccionar a Vivianka,

surgió del centro del laberinto un ominoso e inmenso tentáculo de tonalidad azul oscuro, uno muy raro, por cierto, el cual fue a incrustarse directamente en la vagina de la mujer y la penetró hasta desgarrarle los intestinos, los cuales escurrían combinados con un líquido nauseabundo, viscoso y negro que había soltado aquél tentáculo, que parecía más un falo. Alister permaneció boquiabierto, aunque, en el fondo, sintió una divinidad increíble proveniente de aquel miembro execrable. Para cuando recobró la conciencia, y totalmente invadido por un temor sin comparación, Vivianka se tragaba sus intestinos hechos porquería por aquella blasfemia, mientras su vientre se regeneraba.

–Vivianka, ¿acaso no me reconoces? Tú me has traído hasta aquí.

–Sí, sé quién eres. Pero ¿qué demonios ha sido todo esto que acaba de acontecer? ¿Cómo pude yo haberte traído?

Vivianka sonrió y dio media vuelta, acto seguido tomó de la mano a Alister y recorrieron juntos un pedazo enorme del laberinto, hasta que finalmente se detuvieron frente a una vieja y desabrida puerta que se suspendía en el aire.

–¿Qué es todo esto, Vivianka? Necesito una explicación y pronto. ¿Cómo es que llegamos hasta aquí y por qué ocurrió ese sacrilegio contigo allá atrás?

Vivianka no respondió, se limitó a sonreír nuevamente y abrió la puerta, de la cual Alister sintió cómo emanaba un olor que jamás había sentido, como si se mezclaran las rosas más bellas y de mejor fragancia con el aroma de la muerte. Vivianka entonces lo jaló y ambos desaparecieron, acto seguido unas alas majestuosas se izaron destruyendo todo el lugar.

–Y ahora ¿en dónde demonios estoy? ¡Ya me estoy hartando de estas cosas!

Alister caminó y exploró el sitio. En esta ocasión se hallaba en una mansión de dos pisos donde todos los cuartos estaban vacíos, o eso parecía, pues al asomarse cuidadosamente se podía observar en la penumbra un ligero revoloteo de sombras traviesas.

–Todo está vacío, me pregunto en dónde se hallará Vivianka y por qué estaba actuando tan extrañamente.

Ahora solo quedaba una puerta por revisar, era la más pequeña y justamente se ubicaba en el centro. Al aproximarse, Alister pudo escuchar cada vez con más fuerza unos gritos atroces y desgarradores que provenían del interior. Sin esperar ni un minuto más resolvió empujar la puerta y más que grande fue su sorpresa al contemplar aquel galimatías impregnado de impudicia. Pudo observarse a sí mismo masturbándose hasta que el pene le sangraba y se mezclaba con el semen, aunque su miembro no perdía nunca la erección. Pero eso no era ni por mucho lo más grotesco, también se hallaba ahí Vivianka como nunca la había visto.

–¡Hola bienvenido a tu deseo, este día serás recompensado con mi jodido y putrefacto coño! –dijo Vivianka, quien parecía arder en llamas y tenía ahora unos cuernos gigantescos en vez de orejas.

Del coño de Vivianka salían cucarachas y una mezcolanza imposible de identificar, parecía más como agua pantanosa y espumosa. Y ella se masturbaba exactamente en la misma sintonía que Alister. Fue ahí cuando este último no pudo evitar mirar al techo, descubriendo otra voluptuosa sorpresa. Totalmente lacerados y con los rostros quemados, además de crucificados, se hallaban ahí los dos hijos pequeño de Vivianka, atacados por las moscas y con los pies amputados. Casi se desmaya Alister de no ser por las lujuriosas palabras que Vivianka pronunciaba:

–¡Soy tu puta, soy una pérfida ansiosa de tu miembro hirviendo! ¡Cógeme, maldito cabrón! ¡Cógeme como lo deseas! ¡Haz conmigo lo que no puedes con mi hermana! ¿Qué estás esperando? ¡Ven y préñame! ¡Échame tu leche caliente y hazme un hijo! ¡Soy tu puta por la eternidad!

Alister, el que contemplaba, miró atentamente cómo el Alister que participaba en la endiablada escena se acercaba a Vivianka y comenzaba a embarrar el semen con sangre en sus cuernos, los cuales comenzaban a emitir un destello enloquecedor. Acto seguido, ella comenzaba a masturbarlo con una habilidad increíble. ¡Era realmente toda una jodida puta en todos los sentidos!

VI

El Alister que era masturbado gemía como nunca y se venía una y otra vez en las manos de Vivianka, quien ahora masticaba las cucarachas que salían de su propia vagina mientras se untaba el semen con sangre. Finalmente, Vivianka comenzó a chuparle el pene y, en un acto irrefrenable, arrancó el trozo para meterlo en su vagina y absorberlo, al tiempo que dedicaba una mirada inolvidable al Alister espectador.

–Ya ha pasado media hora desde que se apagó el calentador, ¿qué no piensas despertar hoy? –inquirió una imponente voz desgarradora de ilusiones.

–Ya voy, mamá. Ya estaba despierto, es solo que... –mintió Alister, quien recién abría los ojos.

–Pues no te tardes, que tu papá hoy quiere ir al estadio en la tarde.

–Gracias al cielo que todo fue un sueño, aunque lo recuerdo tan claramente. Ha sido uno de los sueños más locos; bueno, en fin, ya van varios... –pensaba Alister mientras se alistaba.

Entonces el muchacho se percató de algo innombrable. Resulta que estaba desnudo, tal como en el sueño, y en las sábanas había marcas de una gran cantidad de esperma, como si hubiera salido a chorros en la noche. Era extraña tal cantidad. Alister no lograba explicarse qué había pasado, estaba seguro de que era un sueño, solo que aquello reflejaba lo contrario, incluso se recordaba y sentía a él mismo masturbándose con la imagen de Vivianka. Decidió no hablar nunca con nadie de ese incidente y alistarse para la escuela, sin embargo, muy en el fondo, sospechaba que nunca podría volver a mirar a aquella talentosa dentista del mismo modo.

...

Pasaron algunas semanas, y Alister ahora ocupaba su mente en los exámenes parciales. Todo parecía avanzar correctamente este semestre, los profesores eran estúpidos y acondicionados, la escuela solo un centro de adaptación a este enfermo mundo y lo sabía perfectamente. Por otro lado, solía enzarzarse con sus compañeros en discusiones abstrusas. En la casa de Erendy todo transcurría como en un lugar donde ronda la decidía, con peleas ocasionales y constantes reclamos.

Erendy, por su parte, se pasaba largas horas estudiando misticismo y filosofía, solo de vez en cuando descansaba y la imagen de Alister con esa figura tan distintiva inundaba su etérea cabeza. Su mayor sueño sin duda era poder sentir que era útil para él, sentirse querida, respetada y amada de forma ajena a la que comúnmente las personas acostumbraban. La idea que ella tenía del amor era la de algo irreal, fuera de este mundo contaminado por los humanos. Era la idea de un amor infinitamente más divino que una simple unión terrenal, razón por la cual el matrimonio carecía de total sentido para ella, y sabía que para Alister era de igual forma. Se torturaba meditando tantas cosas y al final del día su mente era un tornado que arrasaba con toda buena intención. Recordaba, además, con una ternura inigualable, cómo había conocido a su caballero plateado, todas las circunstancias tan improbables que habían convergido para que su encuentro se produjese le parecían más que eviternas. Deseaba estar con Alister el resto de esta miserable existencia, pues no podría atrapar eternamente eso que solo en él atisbaba y que a la vez no podía dilucidar qué era, solamente sentirlo en su más profunda esencia.

A unos cuantos metros de distancia de Erendy, aquella tarde lluviosa y con un halo extraño de nostalgia, se hallaba Vivianka, quien no lograba conciliar el sueño por nada del mundo. Se preocupaba demasiado y consideraba al mismo tiempo tan importante su existencia, dado que era la hija modelo, la que siempre ayudaba a sus padres, la que siempre estudiaba y era benevolente. Sin embargo, sabía que su himeneo era un cataclismo. Ahora, años después de ese bello momento, todo parecía salir a flote, todo se iba a la basura y sentía cada vez más deseos de otro hombre, de alguien inteligente y atlético, alguien que la apoyara y compartiera momentos, alguien que no

viviera mediocrementemente acostado en un sillón desempleado y mantenido por ella, alcoholizado, alguien como...

...

Siguieron pasando las semanas, el tiempo terrenal continuó su ciclo, tan irrelevante y relativo como en los días en que las extrañas y soberbias deidades conjuradas al olvido pulularon en nuestra tierra. Las vidas de aquellas personas tan relacionadas e ignorantes de sus destinos, los cuales parecían ir ahora a un lugar oscuro, se hacían cada vez más absurdas. La existencia era carente de sentido, trivial, banal, intrascendente. No importaba la posición, estudios, cultura, fama, dinero, condición física o social, incluso sexual o económica; no importaba el tipo de persona ni de alma. O ¿no era así la vida de Vivianka, Alister y Erendy, de todos sus conocidos y, en general, de toda la sociedad? ¿Acaso ellos igualmente se veían imbuidos en ese mar del absurdo existencial?

Alister se hallaba en la escuela, aburrido como siempre. Si no llegaba tarde, se quedaba dormido, o bien se salía a la mitad de la clase para caminar y pensar cosas. Ahora conversaba con Yosex, y esto le distraía someramente de su constante angustia mental.

—La vida no es absurda, absurdas son las personas que viven de esa forma.

—Interesante frase. Es como siempre digo y afirmo, solo que nadie se percata de ello —respondió Alister.

—Y ¿quién te la dijo? Ya me has hablado de eso antes, ¿en verdad no existe esperanza en la existencia? —preguntó Yosex.

—Eso es lo extraño. No recuerdo que alguien me la haya mencionado, me parece más bien haberlo soñado. Como sea, ¿la esperanza, dices? ¡Qué bonita y falsa canción para adormecer los espíritus en rebelión!

—Y ¿por qué diría alguien ese tipo de cosas sobre la vida y las personas?

—No sé quién lo dijo o en donde lo leí, pero me queda claro que fue alguien muy inteligente y despierto.

–¿Por qué lo dices? ¿No es absurdo incluso estar despierto en una soledad flagrante donde todos duermen estúpidamente por voluntad propia?

–Porque esa frase resume en gran parte de la verdad. Quizá tú no puedas notarlo Yosex, pero el mundo está podrido, las personas son corruptas y, en general, todo es injusto. Los ancianos son un claro ejemplo de lo que trato de ilustrarte, tan solo míralos y date cuenta de su mediocridad. ¿Qué hace sabia a la gente según la sociedad? Absolutamente nada, nada que no sea irrelevante. Siempre se vive anhelando una inexistente libertad, se trabaja absurdamente para conseguir un pedazo de papel y así no morir de hambre. Ya nadie crea ni imagina, no inventa ni medita. Sin duda, todo está bien planificado para derretir el ansia intelectual y espiritual, pues a nadie le interesa un progreso en tales asuntos. Constantemente he creído que la existencia misma es absurda, pero podría ser que en realidad no, sino que los humanos, dada su estúpida forma de vivir, la transformen de ese modo. La inexistencia tiene entonces más sentido, y, cuando finalmente existimos, el sentido gradualmente va desapareciendo.

–Tú siempre dices cosas muy raras, pero respeto tu punto de vista. Ahora dime ¿cómo te va con Erendy?

Alister hizo una pausa en el camino para observar un anuncio acerca de un club de meditación, el cual le fue bastante sugestivo a primera instancia, aunque ahora creía que solo era charlatanería. Era un debate que combatía furtivamente, el creer o no en lo no comprobable, terminando por no ceder ante ningún aroma. Ambos jóvenes prosiguieron su camino a la estación del metro, había sido un día aburrido de escuela, como cualquier otro.

–Me va bien, ya sabes..., lo de siempre.

–Me da gusto. Al menos tú tienes a alguien, no como yo.

Alister, por un breve instante, tan breve como la vida efímera cargada de pestilentes adornos, estuvo a punto de confesar a Yosex lo que venía sintiendo. Y es que eso era algo que no podía salir de su cabeza. Ese deseo que recorría sus venas cada vez que pensaba en cómo podría follarse a otras mujeres que no fueran Erendy, en las piernas de Vivianka que nunca había visto, pero que

imaginaba fervientemente. Todos estos deseos eran inmediatamente contenidos, era imposible su realización. A continuación, venía la culpa y una reafirmación de que esas mujeres eran mediocres y su existencia no podía compararse con la de Erendy, su querida novia, la inteligente y sincera, la que lo adoraba más que a nadie. Todos esos sentimientos encontrados formaban un tropel que terminaba por colapsar en Alister masturbándose con furia antes de dormir. Ya no necesitaba pornografía, el hecho de imaginar a Vivianka succionando su falo erecto hasta el tope y otras cosas más le enloquecían como Erendy nunca podría hacerlo. Faltó muy poco para que todos estos pensamientos y sentimientos fueran expresados a Yosex, pero, al final, Alister se los guardó nuevamente.

–Bueno, tú podrías tener a alguien también. Es cuestión de tiempo.

–No lo sé, amigo –replicó Yosex con desaire–. Todos dicen lo mismo, pero yo creo que moriré virgen.

–No digas eso, que para ese entonces ya habrás tenido algunas aventuras, y, si no, siempre están las putas. ¿No has considerado esa alternativa?

–¡Oh, sí! ¡Las putas, claro! Pues ¿en qué crees que invertiré mi primera quincena cuando salgamos de esta cárcel?

–Muy bien, me parece adecuado. De todos modos, la vida no tiene ningún sentido. Todo termina por ser patético y absurdo.

Los dos amigos conversaron de muchas otras zarandajas más hasta que su camino se separó, no sin que antes Yosex tuviera oportunidad de invitar a Alister a la fiesta del viernes, donde recalcó que irían casi todos los de la generación al ser el último viernes del mes y del parcial. Incluso Cecilia iría, quien era considerada como antipática y con un culo enorme, el cual todos contemplaban con el pene hecho un fierro y sin olvidar ese par de melones que cargaba en el pecho. El único detalle con ella era su novio, aunque ahora estaban disgustados y se decía que ella se emborracharía totalmente, por lo cual sus compañeros buscarían aprovechar la oportunidad.

–Sí, lo pensaré. Yo te aviso... –dijo Alister dubitativo–. No creo que

pueda ir, no sé, tendré que ponderar lo absurdo de esa proposición, y eso me llevaría a ir.

–Deberías de ir, nada te lo impide. Seguramente se pondrá muy bueno el asunto. No te esfuerces tanto, pues, como dices, todo es absurdo. ¡Solo diviértete y ya! En eso puede que se base la vida. Y, así, quizá te sientas menos hastiado de existir.

–Sí, quizá. Puede que entonces sí vaya. Últimamente todo me ha dado igual, y con mis sentimientos muertos sería más fácil existir sin culpa o arrepentimiento. Eso sería, ciertamente, muy liberador.

Ambos se despidieron y, ya una vez en su casa, Alister se desternilló. De ninguna forma iría a esa fiesta, era solo acondicionamiento, una vulgar distracción. Él era diferente y no se contemplaba a sí mismo en una mesa rodeado de sus asquerosos compañeros.

Al mismo tiempo que Alister se descalzaba, en el bosque de los árboles rosas un fenómeno extraño ocurría, extrañas ramificaciones más parecidas a tentáculos y arañazos aparecían sobre el tronco de los árboles. Además, algunos vigilantes afirmaban tener visiones de una deidad con alas gigantescas y con ambos órganos sexuales, así como también percibir un olor a muerte y a rosas que impregnaba el lugar. Lo más insólito era que las bugambilias se marchitaban tan pronto como salían, producto de un hielo cervical y maldito. Para algunos eran cosas serias, aunque para otros solo especulaciones sombrías.

Más tarde, Erendy y Alister charlaban acerca de sus planes para el fin de semana y de lo bien que se sentían estando juntos, al menos uno de ellos no vivía anhelando el fin del mundo.

–Y entonces ¿qué harás el viernes por la tarde? –inquirió Erendy con el celular en la mano y una sonrisa pícaro—. Yo no tengo clases y sé que tú tampoco.

–Sí, así es. En realidad, no tengo planes. Podría verte, si así lo deseas –respondió Alister.

Ambos acordaron un encuentro en un café cercano. Platicarían y ya luego verían hacia dónde partirían, aunque bien sabían lo que querían. Para Erendy representaba una oportunidad de deleitarse escuchando a su amado; no obstante, para este no era sino el desencadenamiento de la profunda y vertiginosa caída. El tiempo había mermado, aún con su misteriosa y dudosa corona, los sentimientos que otrora despertasen cierta fragancia que, aunque ficticia, podía entrometerse en las llanuras de la mente inconsciente.

...

Ese viernes tan cargado de pretensiones llegó y nadie sospechaba lo que significaría especialmente en las vidas de Erendy y Alister. Sin duda era un momento totalmente decisivo, un día que lo cambiaría todo para siempre.

La tarde se acercaba ya y Alister lucía pensativo. Días atrás estaba totalmente convencido de lo que quería, y no solo días, tal vez meses. Hace algún tiempo habría preferido absolutamente pasar la tarde con Erendy por encima de cualquier cosa, nada más le importaba en ese momento. Era bello e inmensamente apolíneo recordar esos días para él. Sin siquiera notarlo, aquella bugambilia incandescente había llenado cada espacio de su ataviada mente derritiendo todos sus traumas.

¿Cómo olvidar además ese día de su primer beso? Una experiencia inolvidable. Podía percatarse ahora de la extraña sensación que paulatinamente se había ido consumiendo, ya nada era como al comienzo. Pero ¿qué sería ahora de todo lo que había pasado en cada rincón de su cuerpo al conocer a Erendy? ¿Acaso, como ya se lo había planteado antes, era así de endeble el amor? Quizá no era amor. No, tenía que serlo. Así era como pasaba cuando te enamorabas, eso decían todos. Venía de pronto una marea de sentimientos y sensaciones mezclados con miles de colores anormales y sinfonías que tomaban formas inexplicables, con figuras de una geometría imposible. Las olas te absorbían y golpeaban por todos lados, te invadían y se impregnaban en cada rincón de tu cuerpo y alma. Así era todo el galimatías que Alister había llegado a sentir por Erendy, al menos una aproximación. Sin embargo, ahora el mar se había secado. Ya no era mar; de hecho, solo quedaba un amplio desierto.

Alister no podía sentir más aquella marea inmarcesible. Ni siquiera ahora podía preferir estar con Erendy como antes lo hacía. ¿Qué significaba eso? ¿Se había ido su amor? ¿Solo había sido enamoramiento? ¿Todo era pasajero como la existencia, hasta el amor? Sí, eso debía ser. El amor era igual de absurdo que todo en cuanto podía pensar como parte de esta realidad mundana. Como sea, aquel día se sentía extraño. El ambiente parecía anunciar que la fiesta estaba por comenzar. Todos lucían ansiosos por emborracharse, divertirse y, seguramente, fornicar.

—Entonces ¿sí vas o no, Alister? —preguntó Héctor, uno de los compañeros de Alister—. Ya casi nos vamos, todos están listos para partir. Irán muchas mujeres, incluida Cecilia.

Alister casi responde que no, casi se entonaba en su mente el recuerdo de la cara de Erendy, con esos ojos llenos de ternura, tanta que era incapaz de lastimarla. Quizás era eso lo que sentía por ella solamente: lástima y compasión. De alguna forma, aunque Erendy era la persona más fuerte que conocía, sabía que, si él se iba, ella estaría destrozada. ¿Quién sabe? Probablemente hasta terminara por quitarse la vida...

—Entonces Alister, ¿qué dices? —inquirió una sensual voz femenina—. ¿Vas a decirme que no irás porque alguien te lo prohíbe? O ¿es acaso porque tú lo has decidido así?

Sin embargo, Alister seguía engolfado con sus elucubraciones, no podía entenderse. Sabía que había amado a Erendy, aún la amaba. O, tal vez, ¿ya no? ¿Cómo descifrar lo que realmente uno siente? No podía explicárselo. Otra cuestión surgía nuevamente: el amor que había entendido como una marea embriagante era mucho más complejo de lo que suponía. Quizás era algo que lo había envuelto en una nube hermosa y preciosa, que lo había llevado a lo más alto, hasta donde ningún humano podría haber llegado. Sí, había tocado el paraíso con los besos de su amada, se había regocijado entre la pureza de su alma; sin embargo, ahora esa magia se había consumido. Lo había elevado para dejarlo caer más allá del infierno que vivía día con día, con su constante incertidumbre e indecisión y su falta de convicción al momento de definir sus sentimientos. Pero ¿cómo definir algo que no podía controlar? Finalmente,

Alister reaccionó y volteó hacia Cecilia.

—Pues... no lo sé. Todavía no estoy muy seguro, tengo un compromiso.

En esos instantes, Alister experimentó una ingente erección de un modo repentino. Todo era ocasionado por Cecilia, mujer a la cual quiso y deseo desde el comienzo de su universidad. Ella tenía un trasero enorme, tan inmenso y delicioso, tan ostensible y jugoso, pero eso no era todo; sus senos también eran gigantescos, tanto que toda la escuela se regocijaba al mirarla trotar en el equipo de baloncesto. Su piel era morena y sus cabellos quebrados y castaños.

—Y ¿qué es ese compromiso? ¿Es tan importante que no puedes ir ni siquiera porque yo iré? —dijo Cecilia tentadoramente.

Era intrincado para Alister aquella situación, aunque no tanto como ocultar la inmensa erección que había tenido. Ya casi se imaginaba el culo de Cecilia tendido en la cama, listo para que él.... Sin embargo, se aferró a una irreal pureza y luchó por imponer esa personalidad abundante en espiritualidad y no dejarse caer en esa otra que tomaba el control cada noche y lo arrinconaba en la masturbación, el pecado y la culpa.

—Bueno yo, en realidad solo quise decir que...

—¡Ya vamos! No seas así de difícil. Nos amaneceremos en la casa de Héctor, ¿no sabías?

Fue de ese modo en que Alister olvidó aquella mirada ahíta de ternura de Erendy, con sus manos dulcemente recorriendo sus mejillas. En su lugar, se matizó un animal deseo sexual de poseer a aquella morena rabona, ya podía imaginársela gimiendo de placer. Incluso, le parecía extraño a la vez, pues no estaba seguro de que pudiera tener una oportunidad con ella aquella noche, pero algo despertaba más fulgurante que cualquier otra cosa, incluso que Erendy, cuyo recuerdo ahora era arrastrado por un huracán de deseo y locura concupiscente. No podía controlar lo que ocurría y pasaba por su mente, entonces cayó en cuenta y supo qué era aquello. Era el mismo deseo que consumiese todo el amor que sentía por Erendy. ¿Pudo haber sido eso lo que acabó con ese amor tan poderoso? Ahora había cambiado el mar bucólico y agradable por el huracán, el amor por el deseo, la eternidad por la temporal

lascivia.

Eso no importaba, pues, de cualquier modo, no era tiempo de enfrascarse en reflexiones sin sentido. Todo lo que Erendy representaba estaba ahí, guardado y en el fondo de su corazón. Sin embargo, Cecilia representaba la parte sexual que no podía encontrar en su ser. Pero ¿por qué le pasaba esto a él? Conocía a muchos de sus amigos y eran felices con sus novias, disfrutaban su intimidad. A diferencia de ellos, él no podía lograrlo, solo que su caso era mucho más complejo. En resumen, no deseaba a Erendy, simplemente la disfrutaba de otro modo, veía en ella una ternura incomparable. Sin embargo, ese deseo que no era capaz de fulgurar con su novia emergía como una cascada en otras mujeres, incluso de forma natural, y ni siquiera lo deseaba, simplemente se daba.

—¡Iré! ¡Sí que iré! —afirmó Alister.

—¿En verdad? ¿Correrás ese riesgo? —preguntó Héctor sorprendido, pues sabía de su relación con Erendy, y era extraño que asistiera a alguna fiesta con los compañeros del salón.

—¡Sí, iré! —reafirmó Alister—. Ya hace bastante tiempo que no lo hago, y creo que no me vendría mal ahora.

—¡Muy bien, te aseguro que no te arrepentirás! —expresó Cecilia con un tinte de lujuria mientras se remarcaba los labios de un intenso tono rojizo.

Los tres se marcharon rumbo a aquella peculiar fiesta donde, sin sospecharlo, su percepción de la vida y del amor estaba a punto de cambiar para siempre. Muy en el fondo Alister se alejó con la cabeza hecha un galimatías, mientras hablaba con Erendy para comunicarle que tendría un compromiso con sus padres y, lamentablemente, no podría ir a verla. Le sorprendió la naturalidad con que ahora rechazaba a aquella persona que tanto significase para él y para quien él lo era todo. Finalmente, se reunieron con los demás asistentes y partieron juntos hacia aquel abominable destino, no sin que antes Alister sintiera como si un extraño roce le lastimara el alma. Era como algo alargado y divino, como un tentáculo. Además, pudo atisbar unas alas majestuosas en su visión. Al fin y al cabo, no prestó atención, lo atribuyó a un

dolor temporal por no haber comido y, de forma indiferente, miró el trasero de Cecilia, imaginando mil cosas a la vez, matando su anterior yo para suplantarlos con el yo que recién emergía, uno más real y humano, más natural y poderoso.

Posiblemente, no era real ni auténtico para el ser rehusarse a la idea del sexo con otros seres. La monogamia era tan solo una francachela de las mentes débiles que, en su interior, añoraban más que nada la infidelidad ¿Era una necesidad verdaderamente? ¿Se trataba de un capricho del cuerpo? ¿Cómo se podían explicar tales acontecimientos en la mente inconsistente? La sexualidad con el ser no amado brindaba la liberación temporal en un mundo donde reinaba la miseria, de ahí que el placer experimentado a través de tal acto resultase imprescindible. Por otro lado, la muerte del amor no ofrecía tregua ante los designios del libre albedrío. En fin, la única elección era el cómo, el por qué y el cuándo.

VII

En tanto Alister se dirigía hacia aquella fiesta de perdición, absolutamente confundido y sin deseos de nada más que de abandonar este mundo, Erendy se había visto con una amiga de tiempo atrás. No sospechaba siquiera que Alister pudiera engañarla de ese modo, y, ciertamente, no le incumbía. Confiaba ciegamente en él y no lo cuidaría cada hora del día. No, para nada, sino que lo dejaría hacer lo que quisiera. Si verdaderamente se amaban, debían respetarse y confiar el uno en el otro. Y, a pesar de que todos sus novios anteriores la habían engañado siempre, y de que no era nada perspicaz para percatarse de una infidelidad, permanecía tranquila. Amaba ciegamente a Alister, o lo que sea que fuesen aquellos sentimientos tan fuertes que hacia él surgían en su interior como un torbellino imponente.

—Entonces ¿cómo vas con tu novio? —inquirió Zelia, una de las mejores y

pocas amigas de Erendy.

–Bien, todo va bien. Disfruto sobremanera nuestra unión en esta realidad. Tratamos de ser sinceros y eso ayuda, creo que podríamos trascender.

Al ser rechazada por Alister la propuesta de Erendy de salir el viernes por la noche, ésta optó por salir con una de sus amigas de antaño. Al fin y al cabo, tenía ya bastante que no la veía.

–Él es ideal, al menos así lo atisbo. Para mí no existe algo más beato que su resplandor. No me refiero a nuestra unión en términos mundanos, creo que compartimos algo más profundo.

–¿A qué te refieres con eso? ¿De nuevo son tus ideas extrañas?

–Algo así... Pienso en nosotros como algo divino, etéreo y temporal. Sin embargo, lo admiro tanto y su luz significa todo en la oscuridad de mi interior, en una tal que el simple hecho de cerrar los ojos destruye todo en absoluto. Intento apoyarlo y sería feliz si al final, aunque muriera nuestro amor, al menos pudiese ser de ayuda para él.

–Eso es una forma de pensar muy poco común y bastante intrincada. Yo no podría ser así, yo tengo otras perspectivas.

–¿Cómo cuáles? Digo, si se puede saber...

–Conocí a mi novio en una página de redes sociales. Ahora ya tenemos más confianza y lo que hacemos es tener relaciones, queremos viajar y pasar todo el tiempo cerca. En un futuro me encantaría formar una familia con él, darle esos hijos que queremos ver crecer. Comprar una casa, un auto y conocerlo todo a su lado.

–Ya veo, me parece bien. Eso es lo que las personas suelen hacer.

–Sabía que dirías eso, pues tú eres así, siempre ajena a los ideales sociales.

–No es eso, es solo que nuestras perspectivas son distintas. Para mí, nada de eso es valioso; resulta absurdo, como casi todo. Lo que yo deseo es trascender y elevar mi espíritu, con o sin Alister. Lo amo demasiado y por eso

mismo quiero su emancipación, incluso de mí. No podría atarlo o someterlo a mi compañía. La mayor prueba de un amor real es la libertad. Sé muy bien que el día en que él y yo nos separaremos para siempre llegará inexpugnablemente, y tengo miedo ante eso; sin embargo, estoy preparándome para soltarlo, para dejarlo ir y atisbar desde las sombras su increíble evolución. Confío en que él será sabio y vencerá las tinieblas. De algún modo, sé que así ha sido antes, que en otro momento ya nos hemos separado y que ahora una fuerza o ente desconocido ha vuelto a colocarnos ante esta prueba.

–Yo te admiro, Erendy. Tu capacidad y visión están lejos de mi comprensión. Solo espero que ese hombre pueda percatarse de lo que eres y lo que estás dispuesta a hacer por él, ya que tú sí sabes qué es el amor.

–No quisiera verlo de ese modo, no sé qué sea el amor ni me interesa. Quizá no existe, pero yo quiero ver a Alister libre y resplandeciente, elevándose hacia el infinito. Lo único triste es que no podremos conseguirlo juntos, solo nos estorbaremos. Cada uno debe buscar su propio destino en su ostracismo y en el misticismo del ser interno. Daría mi vida a cambio de la inmortalidad de su muerte, para que así no deba volver a incrustarse su esencia en el ciclo de la reencarnación producto del karma. Solo quiero liberarlo de las ataduras mundanas, y eso es más poderoso que el amor y el sexo, que la justicia y la moral.

Zelia no supo qué decir, no lograba comprender tales meditaciones ahora expelidas ante su mente acondicionada. Pasaron unos cuantos minutos en silencio y ambas regresaron a la estación del tren, recordando vivencias y riendo, sintiéndose por unos instantes libres y en plena exégesis de la naturaleza mustia. Para cuando Erendy llegaba a su hogar, algo en sus adentros le anunciaba la decadencia del altar.

...

Al llegar al lugar, Alister percibió algo extraño, sentía que alguien lo seguía y muy de cerca. Pero eso no era todo, era más grave. Ese alguien o algo que lo perseguía estaba en su interior, no lo había dejado dormir desde hace un par de días. Cuando ya estaba recostado podía sentirse observado por una sombra amorfa. De hecho, le parecía que eran varias. También tenía extraños

sueños con tentáculos ingentes que entraban por su recto y con unas alas tan sublimes, tan majestuosas, que solamente serían dignas de un dios, aunque uno malvado, pues su presencia inspiraba malestar en todos los sentidos.

—¡Bien, jóvenes, deben abrir sus mochilas antes de entrar! Recuerden que, si traen agua simple, se irá a la basura —exclamó el guardia de seguridad de aquel antro.

—Pero ¡eso es injusto! —replicó Alister— ¿No podemos pasar y dejarla encargada?

—No, claro que no. Esas son las reglas del lugar y, si no les parece, pueden retirarse.

A Alister le pareció peyorativa aquella actitud y simplemente bebió el agua restante tan rápidamente como pudo. En el agua podía ver reflejada a Erendy, podía sentir una vibración, muy parecida a aquella que surgió entre ellos el día que se conocieron. Le pareció triste, pues pudo rememorar lo mágico que había sido aquello. Ahora se percataba de que quizá no la merecía, de que solo se había acostumbrado a ella, de que era dependiente, de que la necesitaba para darle un sentido a su vida, pero no la amaba. Y no lo hacía porque realmente los humanos no podían amar, salvo Erendy. Ella era diferente, no era humana, ella sí que tenía sentido. Le había dado todo desde el primer momento, había cuidado de él y lo había parapetado del mundo y de su sufrimiento en una cueva custodiada por la fuerza espiritual de su unión. Pero ahora había una oquedad por la cual él había escapado y se había unido a aquello que detestaba y que siempre juraba destruir. Ahora era, al fin y al cabo, parte del sistema.

Tras esta meditación y tal desapego de la realidad, Alister estuvo a punto de retractarse, a nada de cambiar las cosas; su destino pudo haber sido distinto. Pero esa elección realmente estaba fuera de su alcance.

—¿No me digas que ya te vas? —inquirió una voz conocida para aquel joven de cabellos rizados.

Al voltear, Alister se percató de quién le hablaba. Era la causante de que él estuviera ahí.

–Si apenas vas llegando... No estarás pensando en arrepentirte, o ¿sí? Pero si ¡aún hay mucho por hacer! –afirmó Cecilia mientras tomaba a Alister del brazo.

–Bueno, en realidad solo quería ir al baño –replicó este tímidamente.

–Muy bien, más te vale. Tienes que quedarte, ¡porque esto va a estar de locos!

En unos pocos segundos la percepción de Alister se distorsionó, en parte imbuido por aquellas ominosas sombras tan hambrientas de existencia. Finalmente, optó por quedarse, nada malo podría ocurrir.

–¿Qué van a querer de tomar? El día de hoy todos tienen que emborracharse. Nadie puede estar aquí sin tomar –dijo Cecilia, tomando el liderazgo de aquel conjunto de bebedores ansiosos de saber lo que era la vida.

–Yo quiero un tequila y una pizza –vociferó uno.

–Yo quiero un vodka y una hamburguesa –exclamó otro.

–Yo un ron y unos nachos con mucho queso –indicó un tercero.

Y así, poco a poco se fue llenando la lista de aquellos infames y triviales deseos humanos, aquellos deleites sin sentido. Hasta que le tocó el turno a Alister, quien sabía que aquello no ayudaba a su ejercicio y su buena condición, pero no quiso quedarse fuera de sintonía y se limitó a pedir un vodka y ya. Ya ni siquiera se trataba de su yo medianamente distorsionado, sino de otro totalmente enclaustrado en su actual estado en el tiempo.

–Muy bien Alister, así me gusta –exclamó Cecilia–. Tú no te contengas, que la vida se hizo para disfrutarla en compañía de las personas que amas, o así lo creo yo. El sentido de la vida está en vivir el momento, en hacer lo que te gusta y viajar, en poseer lo que otros no, en ser tú mismo.

En su mente, algo no concordaba con su propio yo ante tales cuestiones. Sin embargo, Alister no sabía a qué se debía tal desprendimiento. La fiesta fue progresando, el ambiente se podía sentir en todo el lugar. Había chicas muy guapas que restregaban su trasero contra unos gorilas o unos flacos

depravados. Por otro lado, existían aquellos desconsolados que ya estaban muy embrutecidos por el alcohol y otras tantas cosas, queriendo buscar pleitos o rompiendo en llanto. Era un lugar para todo tipo de personas, menos para él.

–Oye tú ¿cómo te llamas? –cuestionó una voz de mujer detrás de Alister.

–¿Quién yo? ¿Acaso me hablas a mí?

–Sí, tú –respondió la vocecita un tanto alterada por la ebriedad.

–Soy Alister –replicó sobresaltado–, y tú ¿quién eres?

–Mi nombre es extraño, pero puedes llamarme Pamhtasa, así es como todos me dicen de cariño.

–Mucho gusto, Pamhtasa. Y ¿qué te trae por aquí?

–Pues no mucho. Sabes, ya son vacaciones para mí, mi ciclo escolar ya casi se termina y ahora es tiempo de divertirme –afirmó la joven, algo exaltada por las copas que había bebido sin control.

Pamhtasa era la clásica mujer que mentía a sus padres a cambio de diversión. Siempre pedía dinero para libros o cualquier cosa que se le ocurriera, le gustaba bailar y beber, además de fumar y meterse algunas líneas o piquetes. Físicamente, era de estatura mediana, con un cuerpo regular y llamativo, delgada y atractiva, blanca y con cabellos castaños. Tenía pecas en la cara y sus ojos reflejaban un aire de infelicidad endiablada, solo encubierta por su imbécil forma de pensar. Esa noche estaba ataviada con un vestido negro pegado que dejaba al descubierto sus delgadas, pero bien formadas piernas.

–Ya veo, supongo que cada quién se divierte a su manera –exclamó Alister, quien, en el fondo, pensó inmediatamente que Pamhtasa era una vil estúpida, pero una muy bonita.

–Y a ti ¿qué te trae por aquí? No pareces un chico de fiestas.

–Sí, en realidad esto es casual. Vengo con unos amigos de la carrera, y, de cualquier modo, hoy no tenía algo que hacer.

Nuevamente Alister mentía, él sabía que tenía mucho por hacer. Él iba a

reunirse con Erendy, con la mujer que amaba, que amaría hasta que desapareciera el mundo.

–Genial, ya somos dos. Por allá están mi amiga y mi hermano. Bueno, casi hermano, es nuestro gran amigo. Me estás cayendo bien, aunque noto algo raro en ti.

–Ah ¿sí? Y eso ¿por qué?

–Siento que ocultas algo. ¿Qué es lo que no has querido mencionar?

–Pues no creo, solamente estoy pasando el rato como todos aquí.

–Bueno, eso está bien. ¿A qué te dedicas? ¿Cuántos años tienes?

–Soy físico. O, bueno, lo seré una vez termine con todas mis asignaturas. Tengo veintidós años, y no muy bien soportados.

–¡Qué interesante? Cuéntame más sobre eso.

–¿En verdad quieres hablar sobre eso?

–Sí, no te preocupes, estoy aburrida ya –exclamaba la joven maliciosa al tiempo que bebía descaradamente otra cerveza.

Mientras tanto, los hilos del destino se movían, guiados probablemente por una dualidad inexorablemente divina, lejana de todo humano acondicionado. Por la puerta del bar entraba la siguiente marioneta, una que ocasionaría un despliegue enorme, que volcaría para siempre los hechos, y que, en su supuesto libre albedrío, modificaría el destino de múltiples entidades.

–Bien, pues yo estudio física y estoy muy interesado en aprender nuevas teorías y diseñar algunas. Pienso en si realmente las dimensiones son reales.

–Eres todo un genio amigo mío, me caíste bien. Yo no entiendo nada de eso, siempre he odiado las matemáticas.

–No son tan complicadas, el punto está en agarrar práctica y entender ligeramente la teoría. El interés también cuenta bastante; de hecho, es el punto de partida.

–Y ¿en dónde podrás trabajar al terminar?

–Eso es algo que me tiene sin cuidado. Podría trabajar de lo que fuese.

–Pero ¿cómo crees? Por algo estudiaste, no me digas que no quieres cosas buenas.

–Primeramente, veo el estudio como una forma más de acondicionamiento. Lo que quiero decir es que toda institución, sin excepción alguna, forma parte de un orden preestablecido por ciertas mafias y sectas mezcladas con empresas, bancos, religiones y demás porquería. Ellos se encargan de mover los hilos del destino en el plano terrenal, o quizá hay algo más detrás de tales poderosos infames.

–Nunca había escuchado eso; de hecho, eres el primero que lo menciona.

–Sí, las personas no se interesan demasiado en cosas así de abstrusas. Prefieren ver el fútbol todo el día, ir al cine o cualquier otra actividad innecesaria y trivial.

–Eso sí que no lo apruebo –respondió la joven en tono desconsolado–, yo adoro las fiestas. Además, no me respondiste de qué piensas trabajar.

–Ah, ¡cierto! Decía que de lo que fuera, en parte por lo que ya te comenté. El auténtico estudio es personal, nadie puede meterte cosas en la cabeza que tú no quieras reflexionar, nadie puede romper con los prejuicios y el conjunto de falsa cultura que se nos ha inculcado. Por tal razón, no me es interesante conseguir un gran puesto, eso solo demuestra una carencia total de verdadero despertar. La escuela solo sirve para ganar dinero y es otro moldeamiento, tú puedes aprender lo que sea con dedicación y constancia. Mis planes son otros, desearía obtener un progreso diferente.

–Muy interesante, aunque no creo que lo consigas en un lugar como este.

–Sí, eso ya lo sé. Solo vine porque estaba aburrido, aunque podría estar leyendo algo más intrigante en vez de estar aquí, ni siquiera sé bailar.

–Tú sí que eres raro, de algún modo me caes bien. Yo no pienso

complicarme la vida. A diferencia tuya yo sí quiero bailar, ganar mucho dinero para viajar, comprarme mucha ropa, casarme y tener una idílica luna de miel, adquirir un carro del año, una casa en alguna colonia decente, tener hijos y darles lo mejor, ser directora de una compañía importante. Quiero sentirme alguien, que las personas vean y admiren lo que soy.

Lo primero que pensó Alister al escuchar a Pamhtasa pronunciar aquellas palabras fue que el sistema había hecho bien el trabajo con ella, que estaba perfectamente acondicionada, que era incapaz de atisbar la verdad. Le recordó a aquel profesor fanático del fútbol para quien los profesionales de ese deporte sí merecían los sueldos tan descarados e injustos. Sin embargo, tal caudal le llevó de vuelta a sí mismo, percatándose de que él no era diferente de aquellos peces incapaces de sentir el agua inmunda que los rodea, los absorbe y les da vida. No, él no era diferente, esa noche era otro más, otro maldito esclavo.

–Supongo que cada uno busca cosas distintas, aunque tengo la idea de que, a final de cuentas, la mayoría de esas búsquedas conllevan a un cofre vacío.

–Deberías de verle el lado positivo a la vida –exclamó la muchacha dándole una palmada a Alister.

–Sí, eso dicen todos, pero yo no logro engañarme así de fácil.

–Tú solo disfruta. ¿Sabes? De cualquier modo, te vas a morir.

–En eso tienes razón. Es solo que necesito saber tanto, necesito reflexionar, encontrarme.

–Puedes empezar por sentirte parte de esto. No es malo ir a fiestas, tampoco viajar ni perseguir dinero o casarse. Yo lo veo como algo que todos hacemos.

Justamente ese era el problema, Alister no quería ser otro más. En su mente sabía que Pamhtasa era un estúpida sin remedio, pero ¿no era acaso más estúpido él que, conociendo la verdad, se involucraba con aquellos patéticos naufragos del carcomido mundo?

–No sé cómo hacerlo. Trataré de pensarlo y de establecer nuevos criterios.

–Sí, tú no te compliques. Solo vive y ya, que venimos aquí a gozar. Cualquier persona con la que platiques te dirá lo mismo, lo cual quiere decir que tenemos la razón.

Algo no cuadraba en aquellas explicaciones y Alister lo sabía. De pronto, guiado por un impulso extraño, por un roce espiritual con una forma gigantesca de naturaleza bisexual, sintió fuertes deseos de probar cómo sabía la boca de aquella mujer. Luchó tanto como pudo, recordando la imagen de Erendy, esa misma que ahora aparecía distorsionada, pues la había convertido en una más, en una mera existencia vacía. Y él era ahora un idiota también. Sin embargo, cuando Alister se dispuso a capturar los labios de Pamhtasa, esta lo alejó rotundamente. A pesar de lo mucho que había bebido, la patética garrapata aún conservaba juicio suficiente para negar la irrealdad.

–No, no es lo que quiero contigo –replicó la joven con asco.

–Lo siento. Yo no quise..., en verdad, no sé qué clase de fuerza me obligó.

–Eres un buen chico, no deberías de estar aquí. Tú debes ser diferente a mí y a todos, debes buscar tu propio camino entre las tinieblas de tu corazón.

Alister sintió como si una sabiduría más elevada se apoderara de aquella imbécil adolescente y comunicara aquel epigrama, así que simplemente se alejó y resolvió no prestar atención a la situación. Se confundió más cuando, unos minutos más tarde, un incontenible deseo de mirar a Pamhtasa, pues le había parecido atractiva, lo llevaría a presenciar cómo esta estaba en un rincón con un tipo alto y moreno quien levantaba su vestido negro, acariciaba sus muslos, comía sus labios y arrimaba su pene contra la seguramente húmeda y cachonda vagina de la desdichada.

En el fondo, sintió coraje, aunque no debería. Incluso, apreció cómo los compañeros de aquel sujeto se intercambiaban el trasero bien definido de aquella pérfida malnacida. Un sentimiento de culpa invadió a Alister, quien recordó a Erendy y cómo siempre había sido prioridad para ella. Recordó su

inteligencia y ternura, esos ojos que solo estaban para él, esa boca y esa dulzura. Y ahora ¿él qué hacía? Buscaba las migajas de un pan ahído de moho. Igualmente, cayó en cuenta de que estaba excitado, cosa que Erendy no producía en él. Se cuestionó si realmente el problema era él, ella, ambos. O era quizá que sencillamente no estaban destinados a estar juntos, pero ¿qué estaba destinado entonces?

VIII

Todo era extraño para Alister, pues creía que, al final, la existencia era mero azar. Y, de ser así, entonces verdaderamente no había ningún sentido. No obstante, las personas se sentían con el derecho de existir. Pero eso era únicamente porque a todos, como parte del adoctrinamiento, se les inculcaba desde el nacimiento que debían aferrarse a la vida. Es más, que, a pesar de todo, a pesar de que el mundo fuera una basura, ellos debían vivir. Y por eso se les metían tantas mentiras y estupideces en la cabeza: para que amaran su esclavitud. Porque, en efecto, ¿cómo podría alguien que nace en una prisión percatarse de que está en ella? ¡Imposible! ¿Cómo intentar ser libre cuando se está tan a gusto en la ignorancia y la privación más sórdida? Además, ¿a quién podría importarles la verdad, la consciencia y la libertad cuando todo lo que interesa es tener poder, dinero y materialismo? En este mundo, por desgracia, esos eran los ideales con los que se intentaba moldear a las personas, y que, en su mayoría, resultaban bien implantados.

Alister lo sabía a la perfección, y ahora se sentía mal por haber caído en lo que creía era parte de aquella miseria. Pero ¡él también era un miserable! No solo ya había intentado engañar a Erendy y había sido rechazado, sino que realmente ya nada le importaba. Si se emborrachaba en aquel antro era solamente porque estaba aburrido y hastiado de su existencia, del mundo y la humanidad. Elucubrando así, se bebió algunos tragos más de vodka hasta que

se sintió un poco más alegre y con la percepción muy distorsionada. Ahora verdaderamente podría matarse y todo sería ideal, todo habría terminado de la mejor manera posible. Pero no, interrumpiendo sus tendencias suicidas una persona se dirigió hacia él.

–No pensé que vendrías, cariño –exclamó una voz más sensual que de costumbre.

Al voltear, Alister pudo observar a Cecilia, la misma tipa que hace unos meses había sido tan cercana en sus pensamientos sexuales.

–Pues, ya ves... ¡Aquí estoy! ¡Aunque ni siquiera sé si por voluntad propia!

–Y ¿qué haces hasta acá? Todos nuestros compañeros están por allá.

–Es que vine a despejarme un rato, ya sabes...

–Muy bien, pues vamos para allá, que está bueno el ambiente –dijo Cecilia, al tiempo que jalaba del brazo a Alister. En el fondo, tal vez ambos se sentían víctimas de un destino irremediabilmente ensordecedor.

El coloquio comenzó y ambos charlaron de todo cuanto pudieron, especialmente sobre fútbol, cosa que le pareció llamativa a Alister, pues él siempre había querido ser futbolista, solo que no era muy bueno. Contrariamente, Cecilia había estado en varias escuelas en muy poco tiempo, estaba al tanto de cuanto se debía saber de fútbol, sabía traspasos, jugadas, mundiales, campeonatos, ligas, etc., era realmente una apasionada. Y, también, verdaderamente una víctima más del nuevo orden mundial, un zombi servil.

–Eso es admirable. Jamás había conocido a una mujer tan interesada en el fútbol y que conociera tan bien las ligas –afirmó Alister, ya exaltado por los tragos tan cargados que había ingerido.

–Pues es normal. Yo tengo varias amigas interesadas en ello.

–Tal vez para ti lo sea, pero no para mí.

Ambos se miraron fijamente y luego rieron, sin darse cuenta de que era la primera vez que se conocían y entablaban un coloquio tan agradable.

Además, sus compañeros estaban ya borrachos a estas alturas de la fiesta y se perdían entre aquellos cuerpos que se contraían al ritmo de la execrable música.

–Tú ibas en mi grupo el semestre pasado, ¿cierto? –preguntó Cecilia mientras lanzaba una penetrante mirada a Alister.

–Sí, eso es correcto. Recuerdo que un par de veces nos vimos.

En realidad, fue más que eso. Alister constantemente miraba a Cecilia, y ésta a él. Había cierta atracción, por así decirlo. Ella era de estatura baja, de complexión normal, con un trasero enorme y unos senos muy grandes. Sus cabellos eran castaños, su piel ligeramente canela, sus labios carnosos y sus ojos grandes y negros.

–Y ¿por qué nunca me hablaste en ese entonces?

Alister caviló un poco, como buscando un pretexto, algún subterfugio que lo salvara de la inevitable verdad. Y es que, entre más buscaba y horadaba en los recovecos de su ser interno, más encontraba algo de esos impertérritos pensamientos que lo asfixiaban constantemente.

–¿Sigues ahí? –inquirió Cecilia un poco preocupada.

No hubo respuesta. En un santiamén, Alister pudo atisbar eventos tan raudamente que le parecía como si la vida se desvaneciese. Rememoró el día en que conoció a Erendy, aquella muchacha tímida. Era simplemente una visita que hacía al colegio de su mejor amigo, lo había invitado tantas veces y se había negado por tanto tiempo. ¿Cómo era posible tal coincidencia? Simple y sencillamente no podía ser una de esas cosas producto de la casualidad. Tenía que ser algo más divino, alguna especie de extraña ley de la naturaleza o de algún destino inusual, de algo celestial e inhumano. Llegó ese día en que por fin decidió ver a su amigo de la secundaria, dudándolo dada la lejanía de sus escuelas, de la inutilidad de su visita. Este amigo era el único que no había sido un mediocre como sus otros compañeros, los cuales yacían en las fauces del sinsentido, contribuyendo así a incrementar el rebaño de la bestia.

Y aquel bendito o maldito día fue cuando conoció a Erendy. Incluso,

estuvo a punto de regresar, de no ir, de hacer cualquier otra cosa, pero algo en él le dictó que fuera. ¿Acaso fue su libre albedrío o fue dirigido por algo o alguien más allá de los tergiversados límites humanos? No podría saberlo en ese instante ni ahora. El punto es que, tras caminar y recordar con aprecio sus aventuras en la secundaria, aquellos días mágicos donde nada más importaba que existir, pasó de pronto algo inesperado. Alister y su amigo se hallaban en la partición de un camino, cada uno tenía pensado ir por un lado distinto. Uno de ellos daba a la cafetería y el otro a las canchas de fútbol. Había una graciosa querrela debido a que su amigo ya quería ir a jugar fútbol, mientras que Alister deseaba ir primero a engullir algo. No se podían poner de acuerdo y decidieron dejarlo a la suerte.

Pero ¿qué es la suerte? ¿Acaso esa fuerza tácita en aquellos que logran doblegar el destino a su voluntad? ¿Tan solo una distribución de probabilidad donde, de alguna forma, se inclina hacia nosotros el resultado favorable? ¿Un capricho del destino que actúa misteriosamente? No podemos quizá saberlo hasta que se produce el movimiento, nuestra capacidad de predicción es precaria. Nuestro entendimiento del destino, del libre albedrío y de la suerte queda reducido a un diminuto grano de arena en un desierto plagado de animales improbables y sin orden.

Fue así como se decidió la ficticia elección de un camino, todo con un volado. Un simple, pobre y patético volado. Nuevamente el dinero jugaba un papel determinante y sin siquiera ser usado. ¿No es extraño cuántos sucesos se desencadenan de un simple juego probabilístico? Hay un 50-50 de probabilidades de modificar nuestro futuro, de cambiarlo todo, de vivir o morir, de amar u odiar, de triunfar o perder, de fallar o anotar, de ser o no ser. En realidad, las posibilidades se extienden hacia el infinito, nada limita la ocurrencia de lo irracional y su imperante destreza para relucir. Quizás esa cadena de sucesos ya sea determinada por el libre albedrío de las cosas que creemos incapaces de tener una conciencia o movidas por una celestial presencia, es lo que nos conduce a dios, a la energía sublime.

El problema de esta civilización es la toxicidad de sus habitantes, la irrisoria voluntad para oponerse al antípoda del libre albedrío, a un absurdo innegable, a un sacrilegio más allá del tiempo y el espacio. Gracias a nuestra

estupidez e ignorancia hemos sido acondicionados y desprovistos de aquello que tanto necesitamos para vencer a la muerte y al eterno sufrimiento. Hemos sido consumidos por las sombras burlonas y rapaces que braman en la oscuridad, y por el nombre de aquella criatura, si es que así se le puede llamar, cuyos tentáculos han doblegado toda posible combinación de situaciones favorables para el elegido. Se dice que ella misma quitó el sentido de la existencia apoyada cada vez más por el decaimiento de la raza humana. Su nombre ni siquiera debería de ser pronunciado por seres tan inferiores, pero una antigua civilización y cultura diseminada en el multiverso conoció a tal demoniaco ángel, logrando encerrarlo temporalmente con un sello que se rompió dada la curiosidad de un hombre cuyo nombre es igualmente maldito y extraño, y así será por siempre. Lo único que se sabe es que con sangre mundana se estableció en el sello: *Shilliphial*.

Ese nombre resonaba en la cabeza de Alister, pues sabía que, en algún lugar muy lejos de él mismo, conocía aquel vocablo. La mente es lo más sagrado que podemos intentar elevar, sus límites escapan a esta terrenal existencia, su poder puede convertir a gusanos en dioses y a dioses en dementes. Finalmente, en ese volado el ganador fue Alister, ya sea por causas determinísticas o estocásticas, por todo lo anterior mencionado que igualmente nada explica, incluso por la influencia de aquel hermafroditismo desmedido, pero él ganó. A partir de ese momento comenzaba un universo nuevo, que se creaba tan pronto como las decisiones se convertían en hechos. Así igualmente con la vida de las personas, se crean universos donde se pueden experimentar cosas distintas, todo dependiendo del ángulo y la perspectiva, del observador y la perturbación del sistema.

Ya una vez en la cafetería, nuevamente la combinación de una suerte compleja hizo que abandonaran la mesa en la que estaban, debido a que un sujeto colocó ahí su vaso de jugo y, al voltear, torpemente lo tiró, derramándolo todo, posiblemente solo otro factor de ese misterioso juego de cartas que se da entre el destino, el libre albedrío, la criatura más sublime y la suerte, todas imbuidas por la mente y la energía divina. Resulta cansado repetir la misma lógica para cada suceso, solo se puede ver como una consecuencia, causa y efecto, el principio universal. Cuando los dos

muchachos se vieron obligados a cambiarse de mesa, no encontraron lugar, hasta que amablemente una mujer de cabello lacio y castaño, con ojos negros y una voz inconfundible los invitó a compartir la mesa. Y su nombre era Erendy.

Alister recordaba más y más cosas, todo pasaba tan rápidamente que había colapsado el tiempo, se había hecho fehaciente la conciencia cósmica de un modo inverso. El resto de los sucesos él los conocía a la perfección: su primera salida, su primer beso, ese que hizo despertar una llama poderosa como la flor rosa de la sabiduría envolvente, sus salidas a lugares extraños, lo que habían visto, sentido, oído, compartido, llorado y disfrutado. Absolutamente todo estaba ahí sumergido, enterrado y sin poder horadar la jaula maestra, tapizado como meros recuerdos irrisorios. Esas cosas tan humanas y alejadas de nosotros a la vez, nuestra debilidad y fortaleza, la paradoja más enigmática, el fulgor de la muerte y el elegante traje del suicidio.

Pero ¿por qué recordaba eso? Todo se mezclaba y convergía en una execrable masa burbujeante, una especie de desperdicio del cual salían brazos y piernas bañadas en pútrido líquido rosa. Alrededor se amontonaban unas sombras amorfas que le parecía igualmente recordar de algún sitio, aunque era incapaz de precisarlo. Una de aquellas erupciones lo golpeó transportándolo a un templo, uno muy extraño, con la figura de un león de dos cabezas y con patas de cabra, la cual estaba perfectamente tallada en cada rincón. Al salir se hallaba a la orilla de un lago que contenía un brillo inusual. Cuando se acercó contempló un suceso que nunca había conocido hasta ahora. En el lago se podían ver dos cristales gigantescos. En el primero, Alister vio a Erendy con la misma vestimenta del día en que la conoció en la cafetería. Pero ¿qué tenía que ver eso? Inmediatamente lo comprendió cuando, al desear regresar el tiempo, este en verdad retrocedía.

Resultaba ser que ese mismo día el profesor de matemáticas faltó, se enfermó. Era la segunda vez que faltaba desde que trabajaba en ese colegio. Todos sabían de su seriedad y de su puntualidad, de su carácter formal y vigoroso. Pero ese día una salmonelosis lo incapacitó totalmente y, así, Erendy pudo salir antes de clases y asistir a la cafetería justamente en el tiempo en que Alister también fue. Además, su amiga casi la convence de ir a beber a un

antro cercano. Sin embargo, cuando se encontraron las dos almas, se pudo percibir el nacimiento de un frondoso árbol al costado del templo y frente al lago, uno muy enorme y con frutas negras, de tronco dorado y de hojas anaranjadas.

Al mirar en el otro cristal, Alister atisbó un futuro que había sido eliminado, además de estar envuelto en un extraño tentáculo lacerado, con un azul muy particular, como si el negro lo invadiera sin llegar a teñirlo por completo. En este nuevo futuro, vio más hechos ligados, los cuales desencadenaban una acción distinta cuya probabilidad resultó ser mayor a pesar de titilar en el borde del destino. Para empezar, vio cómo un niño fallecía en un trágico accidente automovilístico, lo cual ocasionaba que otro niño ganara un concurso de karate al haber muerto su contrincante en la final, luego una señora que parecía ser la madre de aquel pequeño preparaba unas maletas para más tarde tomar un avión, al parecer iba a competir a otro país. A continuación, un señor, que identificó como el profesor de matemáticas, se lamentaba de la partida de alguien, seguramente la señora y el niño eran su familia, sin más remedio preparó su comida del día siguiente él mismo, tan solo para despertar tarde al día siguiente y olvidarla, lo cual lo obligó a comer una torta de pierna en la cafetería de la escuela, lo cual le produciría una fuerte infección, ya que Alister lo observó mientras él entraba al consultorio. En el diagnóstico de la médica se leía claramente la palabra salmonelosis, correspondiente al registro del último paciente.

De pronto el cristal se fracturó y un humo pestilente formó nuevas imágenes. Esta vez era Erendy con su amiga, saliendo de la clase de matemáticas, con el profesor recuperado y con todos los hechos anteriores tergiversados, el niño salvándose del accidente, el otro perdiendo la competencia de karate, la señora preparando la comida de su esposo y este sin enfermarse. Todo esto hacía que Erendy nunca conociera a Alister y en su lugar, en el momento en que en su universo normal se conocían, en ese otro ella se veía en un antro, bebiendo algunos tragos. Las cosas se salían de control cuando un joven conocido de la amiga de Erendy les hacía compañía. Alister pudo observar cómo entre ambos agregaban algo en la bebida de su futura compañera cósmica; a continuación, esta aparecía inconsciente y ambos

se aprovechaban de ella, la violaban una y otra vez, el chico se venía adentro y finalmente un gran rayo de luz anunciaba el nuevo día, con muchos policías tratando de abrir la puerta de una casa abandonada tras recibir varios reportes de ruidos extraños. Al entrar la mayoría se desmayaba, pues lo que hallaban era una joven con la cabeza golpeada y la lengua cortada en tiras, los ojos machacados, las orejas perforadas y todo el resto del cuerpo aparecía destazado. Cada parte contenía un mensaje que decía: *el destino no es tuyo, sino suyo*.

Alister palideció y, en ese instante, la putrefacta inmundicia que antes lo había golpeado devoraba el humo y se fundía con las sombras malditas, para después ir y pegarse al árbol, el cual ahora podía notarse con un cambio sustancial. En una de sus ramas, la más alta y sobresaliente, se encontraba colgando una especie de capullo con algo adentro. Cuando trató de dilucidar qué se hallaba ahí, le pareció ver una silueta humana con alas, parecía y sentía como absorbía sus recuerdos, su esencia, su alma. Además, las hojas del árbol habían tomado un color más oscuro, hasta pasar a uno morado combinando con un rosa exquisito, parecían ser bugambilias. Cuando viró para mirar el lago, éste se había congelado al igual que el tiempo. Poco a poco sintió que era devuelto a su realidad, hasta que, con la mirada fija en uno de los hielos de la bebida que sostenía en su mano, reconoció a Cecila. De pronto, sintió desmayarse y, para cuando creyó haber despertado, se encontró en aquel antro, rodeado de aquellas personas ciegas y con Cecila observándolo. Extrañamente su reloj marcaba las 9:01, la misma hora en que comenzó aquella locura, sueño, universo o lo que haya sido.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —inquirió nervioso.

—Pues no mucho. A decir verdad, menos de un minuto —respondió Cecila bebiendo otro trago de ron.

—¿De verdad? —replicó Alister—. Pues yo sentí que fueron milenios.

—¿De qué hablas? Solo te pregunté algo y te quedaste callado. Y, aunque poco, fue lo suficiente para que me preocupara, parecía que estabas en otro mundo.

Alistar no entendía qué estaba ocurriendo, solo pensaba en aquel enigmático y execrable capullo, y en Erendy. Estaba tenso, pues ese sueño o visión le indicaban algo, posiblemente malo, que acechaba sus vidas. Sintió que era humillado por una entidad milenaria que se solazaba con su existencia, manejando los hilos a su antojo.

–Bueno, eres raro, pero no me has respondido –insistió Cecilia.

Alistar parecía conmovido, lo que atisbó era increíble. Sin embargo, en parte debido al alcohol, decidió que resultaba absurdo aquello y que lo más viable era seguir con la plática.

–Eso es mentira, fuiste tú quien nunca me habló.

–Claro que no, yo siempre te sonreía y tú te volteabas.

–Mentira, no te creo nada. Pero ya no importa, pues, de cualquier forma, ahora nos estamos conociendo mejor.

En este punto todo el lugar era un caos, había un descontrol total. La mayoría estaban ya muy tomados y tenían poco control sobre sus acciones, y apenas iba a empezar lo bueno de la noche, como se anunció en una pantalla. Alistar y Cecilia llevaban ya un buen rato platicando y haciéndose preguntas, hasta que ella decidió atacar primero.

–Y... ¿tienes novia? –preguntó a secas–. Hace un tiempo te vi con una muchacha en la escuela, pero no estoy segura. Quizás es mi imaginación, pero ahora mismo tú me lo corroborarás.

Alistar dudó como nunca. ¿Qué pasaba con él? Erendy flotaba en sus pensamientos más que nunca. Seguramente, en esos momentos ella estaba ya recostada, dibujando, leyendo o haciendo alguna cosa interesante, podía sentir su ternura e inocencia. Por otra parte, pensaba en Pamhtasa, aquella desdichada acondicionada que ahora miraba a lo lejos, restregando ese exquisito culo en quien fuese, totalmente ebria y vomitada, sin conciencia alguna de sí misma, y que tan solo disfrutaba instintivamente de ser embestida por un fallo; seguramente terminaría en algo más el asunto ese, daba igual. Finalmente, miró a Cecilia y fijó su mirada en sus hermosas y salidas tetas.

¡Qué hermosas eran, qué excitantes, y no podía olvidar ese trasero enorme! Con gracia se acordó del día en que Yosex confesó hacerse la paja con Cecila, aquel Yosex que ahora yacía inconsciente debajo de la mesa, bestialmente ebrio.

–¿Por qué tardas tanto en contestar? ¿Hay algo que me quieres ocultar?

–No es eso, – replicó Alister– solo es complicado. En realidad, no sé si tengo o no.

Incluso sin quererlo, negaba a Erendy por primera vez en toda su relación. Jamás creyó llegar a tal extremo, pero no se sentía culpable. Por su cabeza atravesaron las piernas soñadas de Vivianka y sus rechonchas y caídas tetas que tanto le ponían duro el falo. Se imaginó a las 3 fusionadas en una sola mujer: Vivianka, Cecila y Pamhtasa, dando como resultado a Erendy. Se sentía muy mareado para proseguir con disquisiciones de esa calaña, su capacidad de razonamiento estaba trastocada.

–Mejor respóndeme tú primero –cuestionó tratando de devolver el golpe.

–Eso es trampa, yo te pregunté primero –exclamaba Cecila con una picardía imperante en su mirada.

Como por arte de magia, apareció una amiga de Cecila en escena, interrumpiendo la plática. Estaba totalmente alcoholizada y tomada de la mano de un fortachón vanidoso que no era su novio. Cecila, ya acostumbrada a los deslices de su amiga, se limitó a sonreír.

–Y ahora ¿qué hace aquí tu novio? –preguntó Alister.

–No es mi novio. Bueno, no exactamente. La verdad es que apenas lo conocí hace unas cuantas horas –respondió la amiga de Cecila despreocupadamente, ignorando cualquier clase de ficticia moral.

–Ya veo, y entonces ¿quién es? –cuestionó Alister de nuevo.

–Solo un buen amigo, ya sabes, algo para pasar el rato.

El celular del fortachón sonó y este muy apresuradamente se alejó, al parecer era su auténtica novia. La amiga de Cecila se quedó sola, aunque no

por mucho, pues un tipo cuya fealdad era sacrílega tomó el gigantesco culo de la zorra, quien sin dudarlo comenzó a embarrarse en aquel blasfemo, sin siquiera mirarle la cara; a tal grado llegaba su embriaguez. En su actual estado lo único que deseaba era ser penetrada sin importar por quién, ese era el poder del vicio humano combinado.

–Pues sí, ¡sí tengo novio! –finalmente contestó Cecilia.

La percepción de Alister se hallaba ahora nublada, su hermosa visión del mundo de la cual tanto solía pregonar párrafos y discursos enteros se encontraba horadada y contaminada por una peste insaciable. Ya antes había experimentado los efectos del alcohol en su cuerpo y deseaba profundizar en el tema de las drogas, pero ahora estaba alcanzando límites insospechados. Todo daba vueltas y sentía como si nada más importase. Erendy se difuminaba cada vez más, al igual que todo lo que habían vivido. Una lascivia anómala lo invadía y hacía que su pene se pusiera duro como una piedra al contemplar a Cecilia.

IX

–¿Y por qué no lo invitaste el día de hoy? –preguntó Alister mientras vaciaba el décimo vaso de ron.

–Él es un tipo aburrido. Tú sabes, se la pasa pensando en sus estudios. Está totalmente abstraído con su carrera y sus problemas.

–Y ¿qué estudia? ¿Acaso es de la escuela?

–No, es algo gracioso. Realmente, no lo hace. Bueno, es que ya van tres veces que ha sido expulsado de la universidad, todo debido a sus ideas tontas.

–¿Vaya cosa! ¿Qué ideas? Háblame de ellas, si se puede saber.

–Piensa que el socialismo es la solución a los problemas del país. Lo han echado de ciencias políticas por enzarzarse en querellas innecesarias con los profesores; de hecho, una vez golpeó a uno.

–¡Qué estupidez! Ninguna corriente podría corresponder a la liberación del ser.

–¿Qué dices? ¿Tú sabes de esas cosas de filosofía?

–Pues no mucho, solo he leído muy poco sobre el tema –afirmó Alister sonriendo, sabiendo de antemano que Cecilia nunca comprendería sus teorías, solo Erendy lo había hecho, esa misma chica que ahora negaba.

Al mismo tiempo que esto ocurría en aquel nauseabundo lugar, Erendy se solazaba con el recuerdo de Alister en su hogar, y, en su honor, dibujaba un hermoso colibrí verdiazul, tan artístico y bien plasmado que parecía querer escapar en cualquier momento, huir del papel para posarse en los cabellos de aquella niña interesada en la filosofía y en el progreso espiritual, sin saber que aquel ser cuya existencia era la única con algún sentido para ella se hallaba ahora en las garras del absurdo.

Los compañeros de Alister se habían esparcido, desperdigando su inutilidad en ese irresistible y funesto bacanal de pestilente estupidez. Algunos se habían retirado ya, entre náuseas y gritos incoherentes, otros continuaban vacilando y tratando de pescar alguna presa, alguna mujer descuidada, una como Pamhtasa, quien, en su delirio, ahora amontonaba todo un conjunto de simios hambrientos de su trasero. La pobre infeliz daba vueltas alrededor de los penes erectos de esos malnacidos y se pegaba tanto como podía. Su figura diminuta y angelical se había transformado en la de una perra ansiosa de esperma. En una de esas, el mareo fue tanto que, mientras giraba, un líquido espeso, caliente y nauseabundo emergió de su boca chorreando a todos los presentes. Uno de éstos, molesto, soltó una cachetada a la pobre ramera, quien cayó en su propio vómito, para reincorporarse y bramar.

–¿Qué ocurre aquí? –inquirió imponentemente uno de los guardias de seguridad.

–Nada grave. No tiene por qué preocuparse –respondió uno de esos

sinvergüenzas cuyo pene se notaba erecto en demasía—. Es solo que esta niña se ha vomitado, ya sabe cómo se ponen.

La amiga de Pamhtasa llegaba en ese instante, con otro sujeto quien no quitaba la mirada de su trasero.

—Pero ¿qué es lo que te ha ocurrido, Pamhtasa? —colegió la recién llegada al ver a su compañera de fiesta totalmente acabada—. Apenas te dejo un momento y ve, se te ha caído todo el maquillaje y estas en un pésimo estado.

—Estoy bien, tú no te metas en mis asuntos —contestó difícilmente la desdichada.

—¡No estás bien, nos iremos ahora mismo!

—¡No quiero! ¡Tú no me mandas, maldita putipuerca ramera! —replicó Pamhtasa con más fuerza.

—¡Ya no estás bien, no te reconozco! —exclamó su amiga, la del trasero deforme, y, dirigiendo una mirada de rabia a los hombres alrededor, gritó con furia: — ¿Qué le dieron? Esto no puede ser obra solo del alcohol. La conozco demasiado, hemos ido a bastantes fiestas y ella nunca había terminado así.

—Nosotros no le hemos hecho nada, perra. Tu amiga es solo una puta, eso es lo que pasa, quizá no puedas entenderlo —replicó el hombre que había dado la cachetada a Pamhtasa.

—¿Qué fue lo que dijiste, imbécil? Seguramente tú eres el responsable de esto.

Justo cuando estaba a punto de estallar la situación, el guardia de seguridad intervino, calmando un poco tal algarabía.

—Bien, no tenemos toda la noche —dijo con voz grave—. Si te vas a largar con tu amiga, hazlo ahora, y, sino, ve por un trapeador y limpien este desorden.

—No necesitas decirlo dos veces. ¡Nosotros ya nos vamos!

—¡Yo no me iré! —contestó Pamhtasa— Y, en un acto de sórdida y repugnante locura, ante la mirada de todos los que se habían amontonado para

presenciar el espectáculo, aquella mujer con cuerpo delicado y cara de niña, con facciones finas y la cara cubierta por el lápiz labial diseminado, comenzó a lamer su propio vómito y a sonreír como una maldita demente, hasta que concluyó gritando:

—¡Yo solo quiero una verga que me saque la mierda del trasero y el vómito por el hocico salvajemente!

El grito desgarró la garganta de la joven, quien escupió sangre, pero no dejó de tragar su propio vómito. Guiados por tal atrocidad, Alister y Cecila, al igual que la mayoría de los asistentes, pudieron atisbar lo que ocurría.

—Pero ¿por qué lo hace? —cuestionó uno de los observadores al otro—. Ella es tan bella, daría lo que fuera por tener a esa chica, ¿cómo puede rebajarse a ese nivel?

—No lo sé, pero me está gustando lo que hace.

—¿Qué dices, hermano? ¡Estás demente! ¡Tú no debes tomar más tragos!

Alister escuchó la conversación de aquellos pelagatos y nuevamente entró en trance, lo que ocurría tan continuamente. Observó cuidadosamente a todos los ahí presentes, incluso, recorrió el lugar e inspeccionó cuanto pudo las miradas de aquellos seres, así como sus pensamientos, fue ahí cuando se asombró. A pesar de que la mayoría, en su simpleza, aceptaban lo presenciado y a la vez expresaba angustia, repugnancia y lástima, en el fondo todo ellos lo deseaban, les excitaba sobremanera la simple idea de penetrar a aquella malograda mujer. El verla ahí postrada, maloliente, como una vil ramera, con esos tacones y ese vestido negro manchados de cerveza y vómito, esos labios besados por tantos, ese trasero ya cansado de tanto embarrarse, pero, sobre todo, imaginar en sus cabezas la vagina de la pútrida mujer, que seguramente estaría ardiendo dadas sus palabras y su comportamiento, los trastornaba. En general, esa era la forma en que la mayoría de los que observadores del horripilante suceso pensaban. Tan solo lo ocultaban en lo más profundo, por miedo a una reprimenda, a no actuar conforme a los patrones de la sociedad, a ser desequilibrados. Si tan solo eso fuese bien visto, no dudarían en hacerlo. Su criterio y ellos mismos no eran justamente ellos mismos, sino tan solo un

producto de lo que es moralmente aceptado, de lo que la civilización considera adecuado y les ha impuesto.

Tal deducción de Alister lo dejó anonadado. Pero ahora regresaba a él, entraba en ese cuerpo y lo primero que pudo sentir fue a Cecilia, quien, horrorizada, se había ceñido a uno de sus brazos.

—Ya me está resultando cansado esto. Por mí, pueden hacer lo que gusten, siempre y cuando no alteren el orden —afirmó el guardia, al tiempo que daba media vuelta.

La amiga de Pamhtasa se encontraba desmayada después de tal sacrilegio, y su amigo la sacó para llevarla a casa. Los demás integrantes del pandemonium continuaron alentando a Pamhtasa, quien parecía Lilith en persona. Se había quitado el sostén y lo había arrojado a sus espectadores, quienes corrían en círculo cada vez más rápido. E incluso algunas mujeres se habían apiñado también.

—¡Mejor vámonos de aquí, regresemos a nuestra mesa! —expresó Cecilia, presa del disgusto.

—Sí, claro —contestó Alister, preocupado por saber en qué terminaría aquella mujer que hace unas horas intentase besar.

Nuevamente su mente daba vueltas. En especial, cuestionaba si este fuera desde el comienzo de aquel día el destino de Pamhtasa, ¿qué hubiera pasado si ellos dos se hubiesen besado? ¿Habría cambiado totalmente lo que ahora veía? ¿En algún universo podía ser posible?

—No te preocupes por lo que dijiste hace unos minutos. Yo misma he considerado dejarlo, pero quizá solo temo estar sola.

—Entonces ¿no lo quieres en serio?

—Sí, sí lo quiero. Es solo que, bueno, no sé cómo expresarlo...

Las miradas de ambos se encontraron, todas las copas que habían bebido antes ahora surtían su máximo efecto. Ambos pensaban en las cosas que tenían en común. A ambos les gustaba el soccer, ambos hubiesen deseado conocerse

antes, quizás en otro universo fue posible.

–Entonces ¿qué es? –insistió Alister–. Sea lo que sea, no te juzgaré.

–No es eso... Bien, lo que pasa es que él depende mucho de mí, quiero decir que para él soy todo lo que tengo, pero no me llena en ningún sentido. Creo que yo necesito otro enfoque.

–Ahora comprendo, estás con él por lástima.

Cecila sirvió otro trago de vodka para ambos, con una cantidad desproporcionada de alcohol, luciendo unas hermosas uñas postizas.

–Posiblemente sea verdad. El hecho es que no logro quitármelo de encima. Él es tan noble, y no quiero lastimarlo.

–Pues eso es mejor que solo fingir amar a alguien.

–Sí, pero ¿qué me dices de ti? La otra vez te vi con una muchacha caminando por el pasto de la escuela– inquirió Cecila con picardía.

Alister palideció. No podía olvidarse completamente de Erendy, aunque lo intentase. El recuerdo permanecía ardiendo en su interior, pero había sido obnubilado por su creciente irritabilidad y falta de deseo sexual hacia ella, por la inmensa lascivia que había nacido en él, que lo consagraba como un elemento del sistema. No sabía desde hace cuánto Erendy había pasado a formar algo sublime en él, y que, sin embargo, no conseguía ahora imponerse. En su lugar prefería caminar como los perros blasfemos y absurdos del mundo, como los hombres vulgares y corrientes.

–Era tu novia, ¿cierto? Yo los vi demasiado juntos.

–Sí, ella y yo éramos novios.

Nuevamente negaba a Erendy. Algo en él parecía dividirse y fragmentarse.

–¿Eran? O sea que ¿ya no andan? O ¿sí?

–Sí, bueno..., en realidad no. Es complicado, algo raro nos pasa.

–Pues explícame, tonto. Al fin y al cabo, tengo toda la noche, tú ¿no?

Alister solía ver a Erendy todos los fines de semana, pero podría inventarse cualquier cantaleta con tal de seguir ahí, en ese infierno de terrenales demenciales.

–Sí, claro que sí. De hecho, mis padres no esperan mi llegada.

Al terminar de pronunciar esta frase, sintió remordimiento. Él sabía que a sus padres no les gustaban las fiestas, ni mucho menos que él llegara noche. Su padre detestaba la idea de emborracharse en un antro y de la infidelidad. Pero ¿qué importaba ahora lo que su padre opinara? ¿Qué importaba la vida misma? ¿Qué no todo era absurdo, a final de cuentas? ¿Qué importancia podría tener la miserable situación de una persona en un universo con más galaxias que personas?

–Pues el hecho es que hemos tenido algunos problemas últimamente... Ella es muy rara y creo que yo también. Pensamos que nos estorbamos, que estaríamos mejor separados, que cada quién podría hacer sus cosas.

Hubo algo, sin embargo, que Alister no mencionó: su insipidez sexual hacia Erendy. Era evidente que no podía negarlo más ¡Su novia, esa que tanto creía amar, no hacía que se le parara en lo más mínimo? ¿Era acaso un infiel sumiso? Tal vez el amor verdadero y sublime no compaginaba con el más incandescente deseo sexual. Esa era la sumisión que conllevaba, irremediabilmente, a la infidelidad más repugnante y, a la vez, indispensable.

–¡Qué triste, se veían muy alegres ese día! Pero supongo que, en general, tienes razón. Yo, por ejemplo, he jugado muchos partidos mientras no he tenido novio, pero cuando tengo me ocupa todo mi tiempo.

–Exactamente, es difícil lidiar con eso del tiempo y el dinero. Además, yo debo hacer muchas cosas. Soy un hombre muy ocupado.

Cecila rio y luego dio una palmada a Alister en la espalda. Ambos voltearon cuando repentinamente el tumulto de monos sudorosos y pestilentes vociferó con más fuerza.

–¡Eso es! ¡Así nos gusta, tú sigue haciéndolo! ¡No te detengas, mami!

–¡Qué bien te mueves! Pero ¡mira qué hermosas están!

Era Pamhtasa. Se había bajado el vestido y ahora sus senos botaban una y otra vez mientras un sujeto barbón y obeso se pegaba a ella, llevándola casi hasta el suelo dado su enorme físico. La joven se separó y se pellizcó los senos, ofreciéndolos a quien fuese, incluso los guardias se habían unido a la diversión. Uno a uno todos pasaban y manoseaban esas tetas tan bien formadas, tan rechonchas para una mujercita tan delgada; otros metían sus dedos puercos en la boca de Pamhtasa, quien los chupaba y gemía. Algunos otros avezados levantaban su corto vestido, dejando al descubierto la vulva rosada, pues la joven también había arrojado sus bragas momentos antes. Sin duda, estaba en el clímax total.

—¡Vaya mujercita tan puta! Se ve que venía caliente y con ganas de coger como una vil perra malparida —replicó Cecila.

Todo el lugar era un endiablado gimoteo, había risas, carcajadas, gemidos y las personas se esparcían por doquier, regresando siempre a donde se hallaba la pérfida niña de tetas salidas. Algunos comenzaron a perder el interés por el espectáculo y volvían a sus mesas, otros se animaban más y más, entre esos Yosex, quien parecía haberse recuperado de la tremenda borrachera que se había pegado horas antes.

—Mejor sigamos con nuestros asuntos —dijo Cecila.

—Sí, claro. Aunque ya no recuerdo en qué nos habíamos quedado.

Ambos se hallaban muy tomados, y fue Cecila quien decidió dar el gran paso. Le gustaba Alister, y no podía perder la oportunidad de besarle, abrazarlo y fornicarlo.

—Bajo el entendido de que no buscas una relación seria, ¿qué es lo que quieres entonces?

Alister se había llenado de impudicia, y ni siquiera el recuerdo de Erendy le bastaba ya para controlarse. Ahora miraba a Cecila y la deseaba infinitamente. Sí, deseaba fornicar ese culo inmenso y lamer esas tetas que parecían melones. ¡Maldita sea! Justamente eso que no podía lograr con Erendy con Cecila sí que lo conseguía. El pene casi le estallaba de lo caliente que estaba.

–Pues estoy abierto a cualquier cosa, supongo.

–¿De verdad? Siempre me pareciste tan serio.

–Ya ves, las cosas no siempre son como las pintan.

Sin embargo, algo extraño ocurría con Alister. Parecía que no fuese él mismo, que alguien más lo reemplazaba. No le importaba ser parte del sistema que aborrecía, incluso era él mismo quien entraba gustosamente por la puerta de los seres viles y bastardos.

–¡Qué atrevido, así me gustan! –expresó Cecilia terminándose su trago.

–Tú también eras muy seria, solo que no lo admites.

–No, yo no, esa es la verdad. Tú no conoces de lo que soy capaz.

–Pues... ¿podrías mostrarme! –afirmó Alister, mientras hacía lo propio con su trago.

–Sería interesante... Pero dime, y sé sincero, ¿alguna vez has sido infiel?

Al escuchar aquella palabra algo se mezcló en Alister, una sensación horrible, una fragancia ominosa, un ruido estrepitoso. Un día la mujer que significaba todo para él, Erendy, fue engañada por la única persona que había querido. Ahora la historia se repetía, ahora era él quien nuevamente daría una bofetada a aquella niña perdida, tan necesitada de comprensión, amor y respeto, tan inteligente, tan perfecta, tanto que él no podía contener tal perfección y, como parte de la matrix, buscaba rebajar lo divino y etéreo a lo terrenal y lo banal.

X

La infidelidad, vaya concepto más intrincado y malentendido. No obstante, Alister tenía claro que ser infiel era algo inmanente y natural en el humano. De

hecho, quizás era tan normal como respirar, comer o dormir. Sí, claro que lo era. Y, ciertamente, no había elección, pues, aunque lo negásemos, siempre había alguien que nos atraía. No importaba cuántas promesas se hicieran ni cuánto amor se jurase, pues, llegando el momento y con una buena dosis de alcohol, cualquiera podía ceder fácilmente. Además, era incluso deseable ser infiel, porque así el humano aceptaba una faceta inherente que socialmente no era aceptada, pero solo por hipocresía. Además, nada era bueno ni malo en el fondo, solo cuestión de perspectiva. El adulterio, por ejemplo, que tan castigado era en la civilización, realmente era algo hermoso. Y lo era porque confería a sus protagonistas una nueva esperanza para sentirse vivos. ¿Por qué conformarse siempre con coger la misma vagina, besar la misma boca, recostarse en los mismos brazos, acariciar la misma piel, meterse la misma verga? ¿Por qué no se podía aceptar que el humano tenía una inclinación muy natural a querer fornicar con otras personas más allá de aquel a quien decían amar? Alister ahora reflexionaba, pero quizá todo era solo debido al alcohol. No, no podía ser solo eso...

—No, nunca he sido infiel. La verdad es que me intriga el concepto mismo, más quizá que la simple y tediosa acción.

—¿Es en serio? ¿En verdad nunca? Yo no he conocido a ningún hombre que alguna vez no haya cedido ante tales perversiones.

—No, nunca. Y ¿tú? ¿Qué hay de ti?

Alister no mentía. A decir verdad, no había tenido muchas novias, Erendy era quizá de las primeras oficiales. Por su parte, Cecilia rio maliciosamente, ya tenía amplia experiencia en tales empresas.

—Pues yo sí. Y debo decirte que muchas veces. ¡Ha sido estupendo, lo más bello de la existencia!

—Y ¿por qué lo haces? ¿Qué te impulsa a ello?

—Porque no lo sé. Parecerá imposible de creer, pero encuentro mucho más placer en un simple encuentro sexual que en una relación duradera. Y me excita aún más saber que lo estoy haciendo con otro mientras tengo novio, y aún más si ambos tenemos nuestras parejas. Ser infiel es algo que me

reconforta demasiado. Lo veo como una necesidad intrínseca, y no me interesa ser juzgada por ello.

Alister recordó inmediatamente, como un rayo, aquella teoría tan extraña que no sabía si había leído en alguna biblioteca o si tan solo lo había soñado. Incluso el nombre del autor era un insólito misterio. Dicha teoría versaba sobre la infidelidad, la constante forma en que los humanos reprimen sus más profundos deseos, como lo que presencié hace unos instantes con Pamhtasa. También hablaba algo acerca del amor, del apego, del flujo de sentimientos y de recuerdos. El enfoque era muy peculiar, asignaba un gran peso a la moral supeditada por la sociedad, a la sumisión de la libido en el ser por una reprimenda social, al deseo sexual hacia una persona no amada, al júbilo y placer obtenido de la infidelidad. A final de cuentas, quizá una justificación, pero una muy interesante sobre la imposibilidad del amor y el innegable destino de las relaciones.

—Yo no sé qué decir, pero me pareces muy atractiva— susurró Alister casi sin querer, sin poder contenerlo más.

Cecila lucía fenomenal. A decir verdad, con esos tacones y ese culo tan apretado, era imposible no sentir deseos de metérsela. Tenía sus lonjas, sí, pero eso excitaba aún más a Alister por alguna razón. Llevaba un escote ostentoso, se podían contemplar y admirar sus pesadas tetas, casi tan grandes como las de una embarazada. Y su cara era bonita, sus cabellos castaños, sus labios rojizos y gruesos, su expresión carismática y sensual. Era el prototipo de mujer acondicionada por el sistema, tan hermosa físicamente, pero tan horrible espiritualmente. El punto es que ahora todo convergía en un atroz destino y las sombras humanas y aquellas amorfas, apenas perceptibles, impregnaban el lugar.

—Y ¿qué hay de tu novia? ¿No tendrás problemas por esto?

Alister ni siquiera contestó, ahora ya se abalanzaba sobre los labios de aquella puta informal, manchándose de su lápiz labial y saciándose con su saliva, dejando caer sobre ella todo su marchitado deseo sexual. El beso duró casi un minuto, ninguno de los dos se despegaba. En realidad, Cecila lo deseaba también. Siempre se fijó en Alister desde que lo conoció, y a este le

parecía muy hermosa y con grandes atributos la mujer que ahora devoraba. Ambos sintieron una transición, un traspaso de algo no físico, un intercambio de algo más que simples miradas. Sus órganos sexuales inmediatamente respondieron. El pene de Alister se agrandó como nunca y se endureció a un nivel extremo. La vagina de Cecila se dilató tanto que sentía abrirse ahí mismo, sus pezones se hincharon a un grado tal que resaltaban por encima de su blusa.

–Te deseo, siempre he anhelado tus manos recorriendo mi cuerpo ardiente –exclamó Cecila presa de una calentura sexual incontenible.

–Yo a ti te deseo más de lo que te imaginas, ¡estás bien buena! En la escuela no dejaba de contemplar ese culo sublime que posees, y me trastornaba pensando en cómo te fornicaría.

–¡Quiero que me la metas ya! Tengo una idea: vamos a los baños, y ahí podremos cogernos. Si pagamos la cuota, nos dejan un rato libre. Yo me encargo... ¡Anda, vamos! ¡No te resistas, yo sé que quieres!

Sin pensarlo, Alister aceptó, al tiempo que apretaba las nalgas de Cecila, toqueteándolas por doquier. Asimismo, apretó sus enormes senos y casi saca uno. Ni hablar de los besos, estaban ardiendo ambos. Ella, por su parte, pudo sentir el erecto pito del que otrora fuera el motivo de sus masturbaciones el semestre pasado. En realidad, lo deseaba tanto, más de lo que se imaginaba. Se pegaba a él y gozaba con aquel miembro enorme rozando el cierre de su pantalón, quería sentirlo en carne propia.

Mientras tanto, el escenario se ensombrecía aún más. Pamhtasa había vomitado algunas veces más, estaba completamente desnuda y se metía la pata de una silla por la vagina. El espectáculo hacía que llovieran billetes por todos lados. Conscientes de esto, los encargados del bar decidieron no decir ni una sola palabra al respecto, solo se limitaron a recoger aquellos símbolos de esclavización humana. Sin duda alguna, el poder embriagante y distorsionador de las drogas daba una total demostración de su poderío en todos los ahí presentes. La mente y el alma de los seres inferiores no se hallaban preparadas para afrontar tales empresas, eran demasiado débiles y las plantas de los dioses los habían acercado no a la divinidad, sino a la locura, destino de los

mediocres materialistas. En un rincón del lugar, apenas visible, se hallaba Yosex, quien se contorsionaba sin despegar los ojos de Pamhtasa, y una de sus manos agitaba su pene ya chorreante de esperma. El maldito cerdo se había ya corrido dos veces y parecía que no iba a detenerse por nada del mundo.

–¿Cuánto por un rato a solas en el último baño? –preguntó Cecilia al encargado.

–Yo no hago ese tipo de favores, ni los permito aquí.

–Vamos, debe haber algo que se pueda hacer.

–Posiblemente, pero... –replicó el encargado sonriendo con musculatura infame.

Cecilia bajó el cierre de su pantalón y llevó la mano del encargado hacia su vagina, haciendo que éste introdujese un dedo. Al instante, brotó un chorro hirviendo. A Alister, más que molestarle, le excitó sobremanera tal acción.

–Bien, pero solo unos minutos. No se tarden más de la cuenta o entraré yo mismo por ustedes. Son 250, rápido.

Cecilia ni siquiera se subió el cierre, consciente de que estaba a punto de empalarse en el joven que tanto le atraía desde hace meses. Esculcó en su bolsillo y otorgó un billete al encargado, quien, gustoso, lo tomó y observó a aquella perra de vagina ardiente y a ese joven de cínico aspecto, al tiempo que lamía los dedos introducidos en la vagina de Cecilia.

–Pasa tu primero –indicó Alister–. Yo cerraré la puerta.

Una vez adentro, Cecilia comenzó el juego sexual que no podía conseguir sin ser infiel, que hacía de ella una vil puta y a la vez le otorgaba un falso sentido a su vida. Alister ahora ya ni recordaba a Erendy, tan solo un desolado sitio ocupaba ella en su mente.

–¿Quieres que te la chupe primero? –inquirió Cecilia, temblorosa por tanto pudor.

Alister no tuvo tiempo de responder, pues, cuando quiso hacerlo, ya Cecilia había sacado su rígido miembro.

Por otro lado, en una desolada casa, en habitaciones separadas, en vidas unidas por un destino quizá miserable, o por la simple travesura de un ser divino, se encontraban dos mujeres cuyas existencias eran carentes de todo sentido. O, al menos así de patéticas se sentían con sus actuales situaciones y problemas. Por una parte, estaba Vivianka, ¡aquella pobre desdichada! Guardaba tantos efímeros recuerdos que solo en su interior parecían tener algún valor, recordando al hombre que tanto amó, aquel que hizo pedazos su corazón, ese en quien confiaba, su amor pasado. Las lágrimas botaban de sus ojos incluso naturalmente. Miraba a sus hijos, tan bellos y tan apaciblemente dormidos, esos que la llenaban de infelicidad y de dicha al mismo tiempo. Aunque, por otro lado, ¡cómo hubiera deseado no tenerlos! O, al menos, haberse percatado del engaño en que vivía, de que ese hombre tan querido por ella solo se divertía. Pero ahora estaba jodida, con dos bocas por alimentar, sin tiempo ni fuerzas para ejercer aquellos sueños desgarrados por el tedio universal que impregna la vida.

En el interior, Vivianka anhelaba regresar el tiempo tanto como todos los mendigos que quisieran tener una vida distinta. Sí, tan solo eso, ni siquiera mejor, tan solo un poco menos aburrida. Soñaba con un hogar para ella y para Mundrat, y, aunque en el fondo no podría amarlo, ahora tenía que conformarse con eso, pues era ese hombre el que la apoyaba, o tal vez ni eso. En verdad deseaba no incomodar más a sus padres, no ser una carga, no existir. En su mente se veía a sí misma como una niña que añoraba el regazo de su madre, que era absuelta de todas sus responsabilidades, que tan solo comía sus alimentos en el recreo, que sacaba buenas notas, que nunca se convertía en una mujer. ¡Cómo le dolía la vida, qué bien se había acoplado al absurdo de su propia miseria!

Separada por un muro de su hermana estaba Erendy, quien, a estas horas de la madrugada, no lograba conciliar el sueño. Era ya casi la una de la mañana y algo le incomodaba, podía sentir una inseguridad como nunca. Así que decidió levantarse y tomar los poemas que tiempo atrás Alister le escribía. Le parecía que algo había cambiado entre ellos, que él no la amaba en verdad. Sí lo había hecho, pero ahora se había desvanecido. Tan solo estaban juntos por compromiso, costumbre, apego, miedo y dependencia. Todas esas cosas

solían sumirla en una profunda crisis. Aunque adoraba estar con Alister, no era tonta. Ella sabía muy bien que todo era distinto, pero no tenía el valor de confesarlo. Quizás en el fondo solo era su locura, últimamente tenía visiones muy peculiares y atroces.

—¿Te gusta así, mi vida? —preguntaba Cecilia mientras se masturbaba y se ahogaba con el trozo de su trágico amante.

Alister, en cambio, estaba tan excitado que no podía hablar. Un delirio de placer y locura se incrementaban en él. Podía sentir esa pasión, ese anhelo y deseo sexual, esa magia que no podía sentir con Erendy, y que ahora la hallaba en Cecilia. Tan solo ver sus ojos, su cara, sus gestos, sus senos salidos y atisbar esos enormes pezones hinchados, puntiagudos y café, escuchar esos gemidos y observar ese trasero y esos tacones que le daban un halo de prostituta cara. Su antigua diosa estaba eliminada de su mente, ahora era presa de aquellos oscuros deseos que reprimía día a día.

—¡Qué bien lo haces, adoro cómo la metes en tu boca! —afirmaba Alister, al tiempo que apretaba la cabeza de Cecilia para introducir su miembro hasta su garganta.

—¿Acaso tu novia te la chupa tan rico como yo?

—No, tú eres la mejor. ¡Tus labios son los más exquisitos!

Sin poder contenerlo más, Alister eyaculó en la cara y boca de Cecilia, chorreando también sus gigantescas tetas. Nunca había sentido tal placer y había arrojado tal cantidad de esperma. La puta de Cecilia gimió como una perra en celo y se atragantó con el semen, deleitándose con su sabor, su olor y su viscosidad. Acto seguido, embarró el restante en sus senos y, tomando el pene de su conquistador, comenzó a agitarlo. La excitación era tal que la erección del pecaminoso no tuvo tiempo de ceder siquiera.

Paralelamente, mientras Alister descubría su verdadera naturaleza, en casa de Erendy las cosas estaban muy deprimentes.

—No tengo nada... Al fin y al cabo, mi vida está empedernida y maltrecha. Ya no me importaría morir hoy mismo —cavilaba Vivianka con su

característica angustia—. Todo por lo que he luchado y lo que creía valioso se ha reducido a cenizas.

Pero lo extraño es que exactamente esas mismas palabras pasaban por la mente de Erendy, como si una tergiversada y retorcida lógica en el sinsentido de las probabilidades se hubiera alineado y la meditación entre las dos aciagas mujeres se hubiera sincronizado.

En aquel antro de perdición, Alister gozaba como nunca al estarse cogiendo con Cecila, la mujer que siempre había deseado, la poseedora de ese culo tan divino que ahora ya había terminado de lamer. Jamás había saboreado algo tan succulento y rico como aquel rabo mierdoso y sucio. Pensaba que podría olvidar a Erendy, que toda su sublimidad no era nada frente a las nalgas paradas y perfectas de aquella putipuerca golfa que ahora le suplicaba porque la partiera.

—No pares, lo haces maravillosamente —exclamaba Cecila—, quien ahora mojaba los dedos de Alister, que estaban hundidos en lo más recóndito de la vagina de la mujer cuyos gemidos deleitaban y regocijaban sus oídos.

Por primera vez, el desquiciado maniático sentía ser quien debía ser. Toda esa angustia y esa falta de orgasmo, esa falta de sentido sexual, eso que desataría en él aquella fiera salvaje que tanto mantenía aprisionada en su psique, estaba fulgurando. Era como si la luna llena despertara al lobo hombre, como si aquella mujer estúpida y acondicionada con tacones y labios de ramera pudiera romper las cadenas y liberar su verdadero yo sexual, la bestia blasfema que todos llevamos dentro y que, por razones sociales, morales y hasta personales, nos limitamos a soltar.

—¡Quiero que me cojas de una vez, ya no aguanto más! Traigo la panocha hecha agua, mi amor. ¡Estoy más caliente que cualquier puta! —dijo Cecila, totalmente borracha y enloquecida.

—Yo también quiero penetrarte y cogerte ese culo tan hermoso y grotesco que solo tú posees —respondió Alister, tan cambiado que parecía que no fuese él mismo, sino otro yo de algunos múltiples individuos conjuntos en un solo universo diminuto.

–¡Quiero que me la metas completa! ¡Ya métela y regocijémonos al cogernos! ¡Introdúcela en mi pepa de ramera, que la tengo bien mojada y abierta! ¡Está lista solo para ti, mi amor! ¡Párteme de una buena vez!

Alistar se excitaba cada vez más y más, y su pene se erguía como queriendo zafarse de su cuerpo. Ahora solo tenía ojos para Cecila y para nadie más, así que, en un acto desmesurado, la tomó por los cabellos y la besó con violencia, tratándola como a la vil perra que era, lo cual evidentemente prendió a Cecila aún más, si es que se podía. Se su vagina escurría ya líquido como cascada de un río. Se lanzó hacia sus senos redondos y los hizo suyos mientras metía su mano entera en la vagina tan abierta de Cecila, quien pedía más y más. Ambos parecían olvidar a sus respectivas parejas, el respeto quedaba muy lejano, tan solo pensaban en devorarse y experimentar ese cielo del que les habían hablado, siendo realmente el infierno disfrazado de divinidad celestial.

Las ideas ocultas en el abismo del ser son extrañas, quizá ni siquiera sean ideas, o tal vez no pertenecen como tal a nosotros, no de forma común, sino que están ahí, recluidas en algún oscuro sitio, donde han sido arrojadas por las mentes acondicionadas a las cuales se les ha hecho creer en lo moralmente correcto y lo sociablemente aceptable. Las reglas impuestas por esta civilización carecen de validez y de sensatez en su forma más simple, todo es una mera fantasía de personas enfermas que, en su delirio, buscan absorber los sueños y perversiones de otros. Tal como el equilibrio en todo lo que existe y puede que en lo que no también, existe el bien y el mal, no definido de manera tan estrecha como hoy en día se toma.

El humano que aspire a convertirse en la máxima energía que representa la divinidad, habrá de mediar en su camino con ambas fuerzas, y ese es el gran reto, el gran viaje del que tanto hablan los dioses del inefable universo parapetado entre los planetas lejanos. El que niegue su lado oscuro solo estará reprimiendo lo que adoraría llevar a cabo si no fuese detenido y controlado, no por él mismo, sino por la falsa cultura y la formación tan precaria de que fue presa cuando recién albergaba una mente. Las perversiones, los delirios, las locuras, las enfermedades, las visiones, los deseos prohibidos, suicidas o incestuosos, las excentricidades y todo lo que a aquellos muertos vivientes les

parece molesto, inmoral, irritante y purulento, es exactamente lo que somos en nuestro interior todos sin excepción. El tratar de reducir esa oscuridad y emparejarla con la luz es el verdadero reto y el progreso realmente valioso. Sin embargo, la mayoría vivimos con la oscuridad abatiéndose sobre nosotros, con tan solo un ínfimo rayo de luz del cual nos sujetamos y, por ello, experimentamos la vida misma de manera intrascendente.

–¡Así, muérdeme las tetas, hijo de perra! ¡Chúpalas, saboréalalas! ¡Quisiera que me arrancaras los pezones y te los tragaras! –manifestaba Cecilia con los ojos en blanco por tanta excitación.

–¡Eres la mayor puta que alguna vez haya conocido! ¡Tienes la vagina muy abierta y jugosa! Dime, mi putita adorable, ¿cuántas vergas te has metido por ahí? –inquirió Alister en tono sarcástico.

–Muchas, mi amor. Fue mi primo quien me desvirgó a los diez años y sin condón, acabando dentro de mí. ¡No sabes cuánto me vuelve loca la verga! ¡Soy una maldita puta! ¡Quiero ser tu puta por la eternidad! ¡Quiero que penetres este rabo que supera por mucho al de tu insípida nova!

Las ropas iban cayendo poco a poco, hasta que ambos quedaron totalmente desnudos, incluyendo el hilo dental de Cecilia y una foto de su novio, la cual ahora pisaba.

Muy distancientemente, en las ventanas de la casa de Erendy, se podía contemplar, tras una minuciosa observación, cómo un tropel de execrables sombras se regocijaban e, incluso parecían desternillarse. Se azotaban unas contra otras e iban y venían de un agujero en la realidad actual. Asimismo, en un lugar que no podría ser llamado lugar, unos tentáculos repugnantes se alborozaban y retorcían con una rapidez y agitación impensables para la mente humana, desbordándose y atravesando universos, alcanzando misteriosamente el planeta azul en la dimensión etérea. El supuesto tiempo y espacio del presente actual no representaba limitación alguna.

Y así, mientras Cecilia recibía tan abrupta y espiritual cogida de parte de Alister, Vivianka continuaba con sus oscuros pensamientos.

–Si tan solo mi vida fuese distinta, si tan solo pudiese retroceder y

cambiar en algo las cosas, si tan solo fuese más joven, más atractiva, más inteligente. Si tan solo..., si tan solo..., hubiera conocido una persona diferente, alguien como una forma de pensar y de vivir como..., alguien con sueños, metas, cosas por hacer, que me apoyase, que pudiera comprenderme y que me complaciese, que me llenase de la vida tan escasa para mi alma muerta, alguien como...

Nuevamente la sincronización se daba, ambas mujeres, Erendy y Vivianka, parecían hacer que sus pensamientos convergieran y dieran nacimiento a una blasfemia; en su actual estado de podredumbre nada importaba ya. Como la explosión y liberación de destellos inapreciables por la velocidad con que son lanzados, Alister, Erendy, Cecila, Vivianka, Yosex y Pamhtasa sintieron cómo algo entraba en ellos. La sensación fue la más singular y exótica que alguna vez hubiesen sentido, parecían tener una ligera percepción de los hilos que los unían en una existencia absurda. Las mujeres sintieron cómo una especie de colorido y espeso cuerpo, como de un pulpo, entraba por su vagina, mientras que Alister sintió como si su miembro fuera reemplazado con alguna otra asquerosidad, como si se tratase de un demonio con tamaño desmesurado el que pendía ahora.

—¡Si tan solo hubiese conocido a alguien como él! —exclamó con quejidos la mujer angustiada con tal desolación que sus huesos traquetearon—. Él es inteligente, guapo, cordial, con sueños e ideas tan distintas a nosotros, a la gente en general, con esa soltura y frescura, con esa energía y halo de sabiduría y hambre de conocimiento. Si tan solo yo fuese quien lo hubiese conocido primero, podría haber sido interesante. Sin embargo, él está con Erendy. Ellos son felices y, evidentemente, nunca se fijaría en alguien como yo. ¡Soy un asco por tan solo considerarlo! —pronunció sollozando aquella musa con velos negros, que era Vivianka y a la vez no.

A pesar de todo, esta idea quedaría plasmada en ella para siempre, deseando tener a Alister y conocer a fondo las locuras de aquel magnífico muchacho de ojos grandes y vigorosos, anhelando recibir de él una migaja, un escupitajo que ella pudiera deglutir y que alejara un poco, tan solo un poco, la penuria de su tétricas existencia, si es que así podía referirse a su vida actual.

En paralelo, Alister enloquecía con el inmenso e idílico culo de Cecila. Casi le parecía que podría matarse después de haberlo cogido.

—¡Qué rico se siente, mi demonio! La tienes tan gruesa, dura y poderosa que quisiera sentirla hasta los pulmones —dijo Cecila al sentir la primera penetrada por parte de Alister, quien parecía un maldito trastornado.

Todos los diversos escenarios en las mentes de aquellos personajes, víctimas tan solo de la influencia de la criatura más ostentosa, divina y diabólica, se matizaron. La máxima dualidad, el destino y el libre albedrío se habían tergiversado, pero no era solo eso, no bastaba con referir una criatura, eso que fuese lo que nadie sabía, solamente era la viva encarnación de una energía más siniestra y sublime, una creada por los humanos mismos en su fase anterior. Era la existencia en su máximo absurdo, la cueva de los impíos, la etérea acumulación del cruel ser que en cada uno habita, el ocultismo del que se sabe nada en el todo, de eso que nadie ha alcanzado y que, en su forma más pura, ha de conducir al dios de la tristeza y el sacrificio.

La pobre mujer sublime, aquella que a Alister no le ocasionaba la más mínima señal de excitación, pero a quien realmente amaba con sinceridad, no dejaba de pensar en él.

—¿Qué estará haciendo ahora Alister? —se preguntaba Erendy—. Quizá componiendo otro de esos fantásticos poemas, donde la belleza y el arte se mezclan tan perfectamente, o tal vez escribiendo locuras.

Aquella pobre ingenua también se cuestionaba qué había sido esa extraña energía, ese mortífero artefacto o execrable flagelación que sintió violar su sexualidad de forma inmediata. Seguramente otra más de sus alucinaciones, pues últimamente tenía muchas. Mientras tanto, lejos y paralelamente, Alister arremetía contra Cecila llenándola de todo su ser, descargando esa ira y ese coraje por tanto tiempo acumulado, esas ganas de sentir cómo era realmente ese acto humano llamado hacer el amor, eso que Erendy jamás podría proporcionarle. Y le parecía extraño, con cada embestida se regodeaba más y más, atisbando la cara de Cecila, que parecía la de una auténtica zorra. Aquella pecaminosa mujer le conmovía, pero ¿qué más daba? Lo único que importaba era follarle el coño hasta que el semen inundara su

interior.

Y Vivianka, impulsada quizá por aquel imaginario tentáculo, sentía estallar algo dentro. Un calor imposible de eliminar la condujo a tocar sus partes íntimas, incluso pese a que su marido dormía a su lado, pero ¿qué más daba? Si sus vidas eran absurdas de cualquier modo. Ahora no importaba si se masturbaba pensando en alguien más, en alguien como...

XI

Alister continuaba endiablado, como aborto, como si su anterior yo hubiese sido reemplazado y diseminado por una entidad sexual incontrolable. Besaba a Cecilia con furia, mordía sus labios y sus pezones, le lamía todo el cuerpo incluida la vagina tan jugosa, la cacheteaba, la escupía, la pisoteaba y todas esas cosas violentas provocaban que le ardiera el alma. Sus gritos estaban fuera de control, y, sin embargo, gracias al alboroto de afuera, no eran escuchados. Ambos estaban totalmente pegados e intercambiaban posiciones como expertos, en todas las formas habidas y por haber, mostrando su increíble flexibilidad y conocimiento erótico. Era un encuentro bestial entre dos cuerpos cuyas necesidades se solventaban. No ocurría lo mismo con sus espíritus, pues, contrariamente a lo que sus elementos físicos absorbían, éstos se quedaban con las energías transmitidas y permutadas, contaminando de esa forma los puntos vitales de ambos.

Erendy cayó en un adormecimiento sutil y, poco a poco, su subconsciente fue víctima de un cambio de realidad. Fue transportada a una dimensión que ella de alguna forma podía sentir como familiar. Se hallaba a la orilla de un río, existía un árbol ahí cuyas hojas parecían carcomidas por un raro matiz violeta de muerte. A un costado de este árbol había un templo, muy peculiar en su construcción, con una geometría no apta para los seres de las

dimensiones inferiores. Decidió entrar y lo que vio acabaría con la poca cordura que le quedaba.

Vivianka, mientras tanto, había mojado las sábanas y su ropa íntima. No recordaba haberse venido tanto hace años, ni siquiera en sus pocos deslices durante su juventud poco promiscua. Ahora parecía que la vagina misma se le hacía agua y era imposible detener esas sacudidas, estaba excitada como una diabla con el simple recuerdo de Alister.

Este último follaba a aquella diabla como un sátiro, sintiendo que incluso su pito se desdoblaba hasta tocar la boca del estómago de Cecila, quien parecía empalada en su joven y atractivo amante. Finalmente, el escenario concluyó y todo cesó, los destinos convergieron, las sombras amorfas bramaron, la divinidad personificada en el demonio precioso abrió sus hermosos y morados ojos para vislumbrar las almas reencarnadas.

Vivianka sentía que se partía en dos y, no resistiendo más, soltó un gemido espeluznante que no logró, por suerte, despertar a alguien más. Erendy se hallaba viajando, totalmente fuera de sí, y la escena tan vomitiva y ominosa que quedaría por siempre grabada en su mente representaba a infinitas mujeres en avanzado estado de putrefacción, con mierda embarrada en todo su cuerpo, con llagas sangrientas y moscas alrededor. Supo que, por alguna extraña, razón se hallaban vivas y su rostro le era familiar también, tanto que sintió un nexo de sangre, una conexión, ¡una hermandad!

Alister se corrió adentro de Cecila, quien ya había aflojado el cuerpo después de tan bestiales embestidas. Sus gemidos fueron superiores a los de Vivianka, sentía en su interior aquel semen que tanto deseó por meses. Por fin había sido preñada. Paralelamente al esperma de Alister que inundaba el interior de Cecila, Erendy salió corriendo y con lágrimas en los ojos, solo para descubrir que, en una de las ramas del árbol, colgaba un capullo, y que parecía albergar a un ser con forma semihumana, o eso percibió en su esquizofrenia. Palpitaba una y otra vez y una corriente de energía oscura lo alimentaba. En tanto, el río se congelaba, mostrando en su superficie los momentos en que ella y Alister habían sido, o creían que lo eran, felices.

De pronto un pajarillo voló y la sacó de su aturdimiento, era un colibrí

verdiazul como el que dibujara para Alister esa noche. Dicho animal parecía supremo, libre de la polución y la sombría esencia de aquel lugar. Fue descendiendo y se posó a la altura su corazón. Acto seguido, profirió algunos sonidos y, con su pico, sacó algo de la joven, algo imperceptible y divino, algo así como el espíritu. Nuevamente emprendió el vuelo, y aquella suprema luminiscencia fue depositada en el capullo, dándole una radiación sobrecogedora, a tal punto que parecía sobrecargarse de algo como energía o lo que sea que fuese transportado por el colibrí. El capullo se rasgó sorpresivamente y, en ese instante, Erendy despertó. De su vagina salía sangre, espesa y fría.

...

Un nuevo día comenzaba, y el orden de todas las dimensiones estaba a punto de cambiar. Todo se reconfiguraba en las sombras, donde ningún ser sospechaba el intercambio tan denso y significativo de energía que acontecía. Los destinos habían cambiado, así como las prioridades. Pero ¿ser infiel acaso implicaba no poder amar? Infidelidad y amor parecían dos conceptos tan opuestos, pero eso era solamente porque así lo había querido el humano en sus absurdas reglas sociales. En realidad, se podía amar a una persona y cogerse a muchas otras sin dejar de amar precisamente. Es más, en la mayoría de los casos la infidelidad era indispensable para preservar el bienestar del matrimonio tan consumido por el tedio y la banalidad. Eran los amantes quienes hacían que los esposos volvieran a sentirse a gusto estando juntos.

—¿Hoy no irás a ver a Erendy? —preguntó una voz femenina deslizando las cortinas—. Ya es algo tarde, será mejor que te apures, nosotros iremos con tus abuelos al bosque de los árboles rosas.

—Ya voy, estoy muy cansado. Quizá hoy no la vea, solo quiero dormir —respondió Alister, quien se encontraba semimuerto después de la noche tan agobiante que había vivido. La palabra *bosque de los árboles rosas* lo despertó ligeramente. Por alguna razón desconocida, se había quedado muy dentro de su mente aquella historia que contase la madre de Erendy.

El sol irradiaba con todo su esplendor, el día recién había nimbado y la lujuria del ayer ahora elevaba a una reflexión y una pureza conocida solo por los infieles arrojados al abismo del infierno después de haberse aburrido en el cielo de lo eterno. En un rincón del tenebroso y escabroso limbo, se hallaba uno cuya mente retorcida no daba cabida a una idea preconcebida. Alister dormía placenteramente, como si acabase de salir de un cuento de ciencia ficción. No despertó sino hasta el mediodía, era sábado y caluroso. Erendy no sospechó en lo más mínimo lo acontecido, y es que le había otorgado a Alister toda su confianza, no dudaba de él en lo absoluto, tal era su concepción del amor. No entendía cómo seres tan efímeros como los humanos podían vivir tan erróneamente y ella solía confiar en las personas que no debía. Sin embargo, con Alister era diferente, sentía que verdaderamente era algo sincero lo que compartían, fuera amor o no.

Así, Alister acordó ver a Erendy al día siguiente. Lo que restaba del sábado deseaba cavilarlo en soledad. Acomodó un poco su habitación, tomó una ablución, se preparó un rápido desayuno y salió a caminar, tan solo eso deseaba. Sus pensamientos se asemejaban a una barahúnda de perros salvajes que corren a toda velocidad tras su presa, todo daba vueltas y se mezclaba en una luminiscencia de matiz embelesador. Al fin y al cabo, estaba solo como siempre. Erendy era interesante, pero el progreso era personal. Ahora se cuestionaba si él merecía ese progreso, el cual simplemente lo había hecho ser más miserable. Todo cuanto los humanos podían pervertir estaba ya declarado, y el sexo no era la excepción. Incluso sin notarlo, se fue sumiendo poco a poco en una extraña jaula con barrotes de acero inquebrantables. Pero ¿por qué debía ser así? Él solo anhelaba ese cambio y ese despertar tan difícil de hurgar.

Mientras caminaba sin rumbo y miraba los letreros y anuncios consumistas que las personas idolatraban, le parecía que ahora el cielo ya no era más azul y el sol no destellaba como siempre. El primero poseía un tono rojizo y gris, como si estuviera ulcerado. Por su parte, el segundo despedía una clase de rayo más opaco que brillante, en el que imperaba una rara mezclanza de azul y negro. Alister decidió no prestar atención a ello, sin siquiera intuir que nunca más volvería a contemplar el mundo como antes. Le atraía sobremanera elucubrar sobre los misterios sexuales del ser humano, y es que

se apasionaba con muchos temas no tocados por la ciencia y referentes a la mente. Para Alister eran pocos los que lograban entender que la mente humana y sus más entrañables misterios se hallaban a años luz de seres tan atrofiados. Misma suerte había corrido al intentar discutir el tema con sus padres y profesores. La única persona, de hecho, que había logrado comprenderlo, era Erendy, como siempre.

Entonces ¿por qué? ¿Por qué se había cogido a Cecila? Y ¿por qué sintió ese alivio? ¿Por qué lo necesitaba y anhelaba tanto? ¿Era cierto acaso que los humanos nos empeñábamos en crear ideas y necesidades ficticias? No era su caso. Cada día que pasaba sentía un deseo que le quemaba toda el alma, una lascivia que no podía calmar con el acto de tocarse en su cama. Y ahora lo principal, todo podría ser ideal salvo esto, que no era Erendy la que ocasionaba ese deseo sexual tan agresivo. Era sumamente intrincado de desembrollar, nadie podía realmente ayudarlo. Estaba tan perdido, tan solo y afectado. Jamás llegó a imaginar una situación tal. Recordaba cómo había conocido a Erendy, podía incluso vislumbrar, a través de recuerdos borrosos, esos días en que se sentía enamorado, en que no podía hacer algo más que estar con ella, donde hubiera dado todas sus reencarnaciones con tal de abrazarla eternamente. Además, y lo más peculiar, había dejado de sentir esa emoción, esa simpatía y conexión. Ya ni siquiera se sentía excitado cuando Erendy lo besaba con pasión o recorría su cuerpo con sus caricias. Tan solo fingía un falso placer, simulaba el orgasmo en cada ocasión.

Se retorció en el tiempo, se estrangulaba en el espacio, se cuestionaba el porqué de sus acciones y su naturaleza. ¿Acaso era algo que debía aprender y superar? ¿Era un castigo o tan solo algo no funcionaba adecuadamente en su mente? ¿Cómo podía ser que ese fuera él? Por una parte, adoraba a Erendy, la apreciaba con el alma, la magnificaba, era todo lo que él había soñado, tan inteligente, comprensiva, rara y hasta presumida; sin embargo, no ocasionaba que él se sintiera atraído en el acto sexual, no lograba unificar la transmisión de energía vital. Por otra parte, estaba Cecila, que ahora era la materialización de su impensable, aunque ya no tanto, locura. No podría jamás en la existencia absurda llegar a comparar a Cecila con Erendy. Y es que la segunda lo tenía todo, la primera nada tenía que él pudiera apreciar, y, aun así, el deseo sexual

que experimentaba al atisbar a Cecilia con ese porte de piruja, esos labios rojos, esos cabellos castaños y sedosos, esas cejas contorneadas, esa expresión de inmensa concupiscencia, esos senos tan bien formados, esas nalgas tan ardientes, esa vagina tan pegajosa, esos besos tan hermosos y esas caricias tan ostentosas... Todo aquello no podría hallarlo nunca en su amada.

Y no era porque no quisiese, lo había intentado todo durante esos actos con Erendy, esos tremendos arrebatos donde ella parecía enloquecer y él sabía que lo disfrutaba al máximo. No obstante, para él era una tortura sin comparación, podía sentir que algo en su cabeza se bloqueaba, algo no funcionaba correctamente. Amaba a Erendy, o eso creía, pero no la poseía, no lo quería así. Finalmente, se resignaba pensando que algún día pasaría, que podría volver esa llama a arder en él, que todo sería como antes, que desearía poseer a Erendy, pero no.

Lo que nunca fue capaz de dilucidar es que no hay unión en el amor verdadero, la falsedad le quita el sentido, como a la humanidad en que vivimos. Lo concerniente es que el acto sexual no puede ser la más intensa y magnífica representación del amor, pues, si hemos de hallarnos en espíritu en algún reino tras la muerte, será sin un cuerpo. Y entonces ¿cómo podría reducirse ese inefable, inmarcesible e inclasificable sentimiento, magia, ciencia, rareza o lo que sea que entendamos por amor, a un simple acto carnal? Alister no entendía un carajo de lo que le ocurría, no concebía tal dualidad en él. Cualquiera pensaría que era un asqueroso infiel, que había cedido a los placeres mundanos y a la tentación. Y quizá sí, pero era más que solo eso. Nadie podría comprender el porqué de aquella adoración hacia Erendy y, al mismo tiempo, el rechazo sexual. Y más extraño aún el que Cecilia ocasionase lo contrario. Pensó entonces que existían dos personas en él, que se podía fragmentar su personalidad. Sin embargo, pasados unos minutos, se apresuró a rechazar tal imprecación, solo estaba él ahí, o ¿no?

Ya sin aliento para continuar aquella querella interna que lo mantenía preso, y sin la más mínima pista de la llave que sería su liberación, resolvió sentarse bajo la sombra de un árbol, que inconscientemente eligió, uno de bugambilias. Extrañamente, en cuanto se sentó, un frío de los mil demonios se lanzó contra el lugar, envolviéndolo todo en aquel gélido espectáculo. Cuando

todo se hubo calmado un poco, recogió una de aquellas hermosas flores, tan solo para percatarse de que estaba congelada. Súbitamente, rememoró aquella ocasión en el bosque de los árboles rosas, cuando juró amar a Erendy sin importar el precio. Pero esa endiablada helada trajo como consecuencia algo distinto. Nuevamente, se podría cuestionar si fue obra de una voluntad divina, del destino, de una casualidad bizarra, del libre albedrío o solo una eventualidad más. El hecho es que ese aire helado despertó en Alister la memoria de una singular teoría que, para incrementar el enigma, versaba sobre la incapacidad de sentir atracción sexual hacia el ser amado. El experimentar el sexo con una persona que en su totalidad se repugnaba, pero que ocultamente se necesitaba para satisfacer los ocultos apetitos, denotaba el punto central. Se daba una explicación tremendamente innovadora de por qué el humano tendía a ser infiel, y se cuestionaba si tal conducta era intrínseca, si realmente se tenía algún control sobre nuestro ser en situaciones extremas.

Era exactamente lo que atravesaba Alister, no se podría haber trazado mejor su angustiosa situación. Lo incomprensible vino cuando no recordó si era verídica aquella teoría, si existía en papel, o si tan solo lo había soñado en aquellos oscuros vericuetos de su alma. Hasta donde lograba recapitular, el título de esa obra era la *teoría de la sumisión*.

En las primeras páginas se ampliaba el título y se explicaba someramente la tesis. Además, le causó curiosidad el rememorar que el autor no era conocido en el campo, pues incluso lo buscó en internet y jamás halló información al respecto. Justo en esos instantes de profunda cavilación, vino a posicionarse a un costado de Alister un niño, ya parte adolescente, que pedía algo de limosna y, a cambio, pregonaba predecir el futuro. Vestía unas ropas sucias, su aspecto era enigmático, con facciones ligeramente distintas al resto de los humanos. Se le notaba espantado y hambriento, hablaba muy calmadamente, y, lo más llamativo y lamentable, era que no poseía uno de sus brazos, mientras que el otro estaba como cubierto casi en su totalidad por una podrida carroña.

—Hola. ¿Cómo estás? ¿Por qué vienes aquí? Ya casi ninguna persona se interesa por su futuro, ¿cierto?

Alister no supo qué responder ante aquel niño tan pútrido. Se sentía asqueado, tanto de la existencia en general como de la suya. Los deseos sexuales se mezclaban con los suicidas, y eso definía su destino de mejor manera que como lo haría el amor.

—No tengas miedo, no es contagioso, es solo que mi nave se estrelló y caí en esta dimensión. Mis brazos quedaron así cuando intenté tocar la sangre humana.

Alister siguió sin responder, en parte sorprendido y en parte asustado por el aspecto tan garrafal de ese niño. Parecía que un camión lo había arrollado, ni siquiera podría pensarse que fuese real su existencia.

—¡Vamos, amigo! —exclamó el niño con una sonrisa lúgubre—, no debes temer en lo absoluto. Solo necesito unas cuantas monedas, tú sabes cómo es este lugar. No eres alguien sin ese falso dios llamado dinero.

—Eso es una estupidez —afirmó Alister—, pero tienes razón, por eso quiero irme de este mundo.

—Eso suena complicado. Yo llevo no sé cuántos siglos atrapado aquí, creo que todos ustedes lo están también.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alister, que por primera vez se interesaba en la plática del mocosito carroñero.

—Sí, supongo que ya lo has intuido. Tú solo estás dormido, solo es una impresión de la mente, como el pincel de un artista que plasma lo inefable de su espíritu. Todos los seres dependemos de una realidad, de un sistema, de una maquinaria para subsistir.

A Alister le llamó mucho la atención aquella sentencia y decidió prestar atención. El niño continuó:

—No creas que es tan fácil. Nadie puede escapar de las garrapatas que nos atan al núcleo de esta abominación. Te podrá parecer exagerado, pero de donde yo vengo se ha descubierto la forma de mezclar el espíritu y la tecnología, se han hecho avances que jamás comprenderías en tu estado actual, se ha abarcado un amplio espectro sobre la conciencia, la subconsciencia, la

metaconciencia y, en general, sobre la mente.

Tales vocablos ocasionaron un éxtasis en Alister, quien rogó al carroñero proseguir, y este le obedeció:

–De donde yo vengo no existe el dinero ni las sociedades ocultistas, políticas, económicas o cualquier otra blasfemia. ¡Cuánto me encantaría que pudieras observar mi mundo!

–Y ¿cómo se llama tu mundo? ¿Acaso podrías llevarme? Quisiera conocer tu origen –inquirió desesperadamente Alister.

–Mi memoria se ha desfragmentado desde que llegué aquí. No sé cómo se traducen los vocablos, los tengo en mi cabeza, pero tu idioma es complejo. ¿Llevarte dices? Ni siquiera yo sé cómo regresar.

–Entonces ¿tú no eres humano? ¿Qué eres? ¿Puedes en verdad leer el futuro?

Alister estaba enfermo de curiosidad, añoraba justificar su presente con la especulación absurda.

–Soy más humano que tú y que todas las personas que habitan esta civilización. He visto bastantes cosas desde que llegué aquí, y no es un lugar en el que se debiera concederse la vida. Algunos compañeros han venido aquí y...

En esos momentos, el niño miró hacia el cielo y pudo reconocer que se agitaba algo, eran unas sombras amorfas.

–¡Son ellas! ¡No puede ser! ¿Cómo han llegado hasta aquí?

–¿Quiénes? ¿De qué hablas? –exclamó Alister, sobresaltado por el sobresalto del niño.

–¡Belz! –pronunció aquel infante, totalmente pálido–. Jamás podría olvidarme de ellas.

–Y ¿qué es eso? –replicó Alister confundido–. Yo nunca he visto a esas cosas que mencionas, ahora solo atisbo el cielo y su gris inminente.

–¿En verdad no puedes verlas? ¿Ni siquiera en tus sueños? ¿Alguna vez has sentido que algo o alguien interfiere en tu libre albedrío, suponiendo que tengas uno? No conozco mucho de esas cosas en ustedes, por cierto.

Alister casi se desmaya cuando, al hacer memoria, se dio cuenta de que esa palabra estaba ahí en uno de sus más sombríos sueños. Pero también era cierto que le parecía muy sospechoso todo lo que hasta ahora había acontecido. De hecho, estaba obsesionado con saber si existían el destino y el libre albedrío, así como su oposición o conjunción. Lo único que veía era aquel cielo grisáceo y esos haces de luz oscura que eran carcomidos por un azul lúgubre. Además, le parecía que las nubes formaban crucifijos, todo a su alrededor daba vueltas, la sutileza de la existencia no podía matizarse en su forma eterna.

–Da igual, me he acostumbrado a las rarezas en este mundo ahído de paradojas. Lo que te comentaba es que todos los seres están supeditados al tiempo y al espacio, nadie se salva. Es por esta razón que ni tú ni nadie podrán alguna vez escapar de la matriz principal que alimenta a todos los vivos con muertos y, asimismo, los obliga a vivir. En otras palabras, los relojes cósmicos se han dispuesto de forma que nada logre derretirlos, congelarlos, disiparlos o descontrolarlos. Tú, yo ahora, y todos somos víctimas de este control atemporal.

–Y tú ¿cómo sabes eso? Pareces albergar una sabiduría divina – cuestionó Alister, incrédulo.

–Yo lo sé todo sobre este mundo. Aprendí algo de pequeño, ya sabes, mi memoria es confusa. La verdad no sé explicarlo, es un conocimiento abstruso para ti.

–Y ¿puedes decirme mi futuro? ¿Tú acaso has logrado la clarividencia?

–Sí, desde luego. Toma algún tiempo, pero lo sabrás; el pago es voluntario. No sé si he alcanzado eso que conoces como clarividencia, da igual. Nada es tan simple para ser aprendido por los estultos, aunque tampoco tan complejo para no ser obsequiado a los iluminados.

Alister aceptó la oferta y se colocó en la posición indicada, aflojando el

cuerpo, reposando y abriendo su ser.

—¡Ya está! —barruntó el niño—. He acumulado aquí tu imagen interior. Es momento de que recorra lo que fuiste, eres y serás...

Y, como en un acto de magia, el niño se tornó impasible. Ni siquiera una mosca lograba moverlo, estaba impertérrito frente a Alister. En su frente se apreciaban ligeras arrugas, que dieron paso a una abertura inverosímil. ¡Era el ojo omnipresente!

—¿Estás bien? ¿No sientes dolor o incomodidad alguna? En mi dimensión es ilegal hacer uso de estas técnicas para seres inferiores, ¿te parece que funciona? —preguntó en vano varias veces el niño, pero Alister ya reposaba en trance.

Se produjo lo que parecía un corto circuito y la dimensión del choque fue como si se quemara una instalación eléctrica, acto seguido el niño se retorció de dolor. Alister no entendía un carajo.

—Y tú ¿quién eres? —colegió el niño, sorprendido al levantarse ensimismado por el impacto de la energía acumulada.

—¿Cómo que quien soy? Ya lo sabes, tú puedes leer el futuro. Ahora dime ¿qué has visto? ¡Por favor, tienes que decírmelo ya!

—Temo decirte que esta vez no fue así.

Alister no podía creerlo y, aun así, se limitó a escuchar sin proferir algún ruido. Aquel niño debía ser un farsante, tal y como lo había sospechado desde el comienzo.

—No te mentaré. La verdad es que no pude ver tu futuro, no logré horadar en tu ser. Existe una barrera que nunca había hallado. No importa cuánto lo intente, me resulta imposible romper tu defensa.

—Y eso ¿qué significa? ¿Es bueno o malo?

XII

Alister estaba un tanto pensativo acerca de aquella situación. Y es que en verdad había algo extraño. ¿Acaso era normal que un simple humano pudiese cuestionarse y asquearse de la existencia hasta el punto de obsesionarse con el suicidio? Porque Alister realmente lo estaba... Sin embargo, pertenecía a la clase de suicidas que no cometen el acto en sí, que no se atreven a cruzar la puerta que permanece siempre abierta. Así es, Alister no era capaz de quitarse la vida, y, quién sabe si lo sería en un futuro, cuando ya no pudiera soportar por más tiempo la tremenda y vomitiva agonía que le ocasionaba sentirse obligado a vivir en un mundo que no significaba nada para él, rodeado de personas a las que no quería ver ni escuchar. Y, por encima de ello, experimentando una profunda sumisión sexual con la persona que creía haber amado durante los últimos años. Por eso, y solo por eso, es que había sido infiel. Porque había sido arrinconado hasta lo más delirantes senderos de su psique, porque no había hallado respuesta a una situación que naturalmente le afligía el alma: el no poder excitarse con su novia.

Y era particularmente desdichado puesto que en su mente lo deseaba con todo su ser. ¡Oh, sí! Claro que añoraba poder penetrar a Erendy, recorrer su piel, sumergirse en su cuerpo y besar su boca mientras la hacía gemir de placer, mientras causaba en ella un desbordamiento de orgasmos infinitos. No obstante, aquello era solo producto de sus fantasías, y es que incluso en ellas no figuraba Erendy. ¡Qué extraño! Ahora que lo pensaba, nada tenía sentido... ¿Cómo concebir que se pueda amar a una persona si no se siente por ella el más mínimo deseo sexual? ¿Acaso sería solo lástima, compasión o, quién sabe qué cosa, lo que causaba en su ser un alma tan sublime como la de Erendy? ¿Podría algún día desearla en lugar de solo cuidarla? ¿No era acaso todo esto solo parte del absurdo en el que estaba condenado a existir? De nuevo, el dolor de cabeza le apabulló y una intensa aflicción le desgarró el corazón, pues nada, según entendía, podía hacer para cambiar su miserable y fatal destino, uno que ni siquiera le era posible apreciar...

—Pues no sé muy bien. Solo un ser con demasiada fluctuación espiritual

es capaz de consagrarse a tales labores internas de protección tan inconscientemente. Puedo no ver, pero sí presiento que existe un camino de penumbras para ti. La divinidad demoniaca parece imponerse, tu fortaleza es endeble en ciertos aspectos. No me lo creas, pero tu destino es la tragedia de existir.

—¿A qué te refieres? ¡Explícame más! ¡No te vayas, vuelve aquí! — parlaba Alister bajo la sombra de un árbol, al tiempo que observaba al niño carroñero perderse en la penumbra. En su delirio, creyó ver que ese niño extraño llegó a levitar.

Durmió sin soñar y, cuando despertó, pensó que todo había sido un sueño, y quizá sí lo fue, solo que todos estaban despiertos para vivirlo en el sopor. El niño no estaba por ningún lado. El cielo seguía triste para Alister, nadie lo había tocado, nada se había desordenado, parecía una especie de traslado a otro mundo, incluso el tiempo se había congelado.

—Pero ¿qué demonios me ocurre? —se cuestionó a sí mismo—. No puedo creer en tales zarandajas, solamente me dormí y ya. Todas esas reflexiones inventadas por mi mente se esfumarán de mi camino.

Se puso de pie y se sorprendió cuando descubrió unas muy telescópicas incisiones en su frente, pero no prestó atención de cualquier modo. Luego, aplastó la bugambilia congelada que se había adherido a su cuello y emprendió el regreso a casa, entre sollozos y llantos, extrañando con todo su ser el regazo de Erendy y su cálido abrazo.

Mientras tanto, en la casa de Erendy sus padres estaban peleados. Discutiendo siempre por zarandajas, toda su familia parecía irse al carajo, no se lograba una armonía en el hogar. Aunque esto era normal en la sociedad actual, la familia siempre estaba en paz cuando llegaba la muerte o la lejanía, de otro modo la guerra nunca perecía. Vivianka no conseguía hacerse de tiempo en su día para culminar sus estudios, siempre ocupada con sus hijos pequeños y recriminándose por no haber conseguido un esposo más adecuado y guapo, más joven y adinerado. Su realidad se reducía a ser abstraída de la realidad en su consultorio, recibiendo regalos, halagos, hipocresías e, incluso, propuestas indecentes. Sin embargo, ella era fiel a... No, no era fiel a su

esposo, era a algo más, una creencia, una fe, una moral.

No, eso no podría ser, en realidad solo había alguien que había cambiado su vida desde que llegó por derroteros impensables, desde que lo escuchó y admiró cada detalle de él. A partir de entonces, aquel hombre para ella se había convertido en su adoración, en el motivo de despertarse, en su luz y su cuidado, en su prioridad, más aún que sus hijos. Tan solo anhelaba tocarlo y presenciarlo, emanciparlo y poseerlo a la vez. ¡Qué lástima! Si no fuera por Erendy, si el destino hubiese sido diferente, si lo hubiese conocido antes, si tan solo Alister fuera su cómplice... Cada idea sucumbía ante la tentación menos disfrazada de indecente arrebató sexual.

...

El domingo llegó sin más ni más, Alister visitó a Erendy y todo transcurrió con tranquilidad. Vivianka se mantuvo como siempre en su consultorio, atendiendo pacientes hasta altas horas de la noche. E, incluso en la madrugada, no quería perderse ni un solo detalle de los dientes que revisaba con tanto ahínco. Después de la comida el padre de Erendy cayó en un profundo sueño en su habitación, su madre se fue con su hermana y no regresaría sino hasta el día siguiente. Todo se acomodó para que Alister y Erendy sintieran su desnudez y el contacto se produjo.

–Te amo con toda mi alma, Alister –fueron las palabras que Erendy pronunció al ser penetrada.

Alister ni siquiera supo qué decir. ¡Qué distinto era aquello de lo vivido con Cecilia! Era incapaz de sentir esa lascivia, ese deseo y ese anhelo de arremeter contra la vagina de Erendy. Pero ¿por qué? ¿Qué clase de extraña condición ocurría en su mente, en su sexo, que impedía lograr el tan añorado encuentro sexual con la mujer que creía amar?

–Te amo, le das paz a mi tormento –fue lo que profirió después de un tiempo de reflexión.

El pene de Alister perdía dureza poco a poco, podía él sentir la flacidez, lo insípido de aquel desliz. No sabía si debía confesarlo a Erendy o mejor esperar. Quizás algún día todo cambiaría y la desearía, tal vez en algún

momento podría cogerla como a la puta de Cecilia. Todo se bloqueaba en su mente, ni siquiera imaginar pornografía servía.

—¡Me embelesa sentirte dentro de mí! —expresaba Erendy, extasiada hasta el límite, ya con varios orgasmos en tan poco tiempo.

Y es que para Erendy significaba todo el estar con Alister. Era su adoración, su dulce tesoro, su parapeto sagrado, su utopía paradójicamente realizada. Empero, para Alister significaba aquello un suplicio, pues él deseaba otra cosa, otro enfoque. En vez de follársela, querría haber estado tan solo recostado con ella abrazándola, atravesando planetas montados en anémonas iridiscentes y riendo eternamente al sentir el polvo cósmico inundando cada milímetro de sus trajes espaciales, mismos que los mantenían atados a la falacia que era la vida, a la fatigosa y tediosa existencia rezagada entre los planos, debilitada entre los antiguos seres fulgurantes. Y ahora todo se reducía a la divergencia, a alimentar al arconte de los gnósticos con lascivias y pudor.

—¡Tócame los senos, hazme tuya! ¡Dame más fuerte, no te detengas! —seguía exclamando Erendy.

Fue entonces que Alister, al sentir cómo su miembro perdía rigidez, optó por sacarlo y pedir sexo oral a Erendy, quien accedió encantada. Alister en verdad estaba inhabilitado para proferir palabra alguna, tan solo se concentraba en no perder la erección. Totalmente fuera de sí, torturado por la distracción de lo que no puede ser por más que se intente, se lamentaba sin control. Sin duda, ¡qué distante era la sensación y el deseo que sentía por Cecilia aquella noche! ¡Qué estupidez que existieran el sexo y el amor a la vez!

—¡Mételo hasta el fondo! ¡Ponlo entre mis senos, sacúdelo! ¡Me encanta, me vuelves loca! —gimoteaba Erendy ahíta de placer, con la vagina hirviendo y escurriendo.

Empero, lo anterior no era tampoco motivo lo suficientemente candente para encender la llama en Alister, quien parecía perplejo, como sustraído en otra realidad. ¡Qué miserable se sentía al saber que tal placer lo disfrutó al máximo con otra mujer que nunca se compararía con Erendy! ¿Acaso la

infidelidad era responsable de explotar y fulgurar todo lo que llegase a sentir la noche en que lo hizo con Cecilia? Tan patético se sentía, tantas parejas cogiendo diariamente, entregándose y besándose. ¿Era eso el amor? ¿Todo lo que quedaba a los animales era la entrega sexual? Entendía ahora que amar a una persona era ajeno a desearla y creía con más vigor en esa teoría rara e insulsa. Podía sembrar un mundo donde la contemplación y no la actuación representase la máxima liberación del hombre esclavizado por la eternidad. El amor, como todo lo demás, terminaba por ser temporal, absurdo e irrelevante. El sexo, en cambio, llenaba el vacío y convertía la razón en la fuerza para destruir el corazón del amor.

—¡Mételo de nuevo! ¡Quiero sentirte hasta adentro! ¿Acaso no me deseas? —expresó suspirando profundamente Erendy, con los ojos ya en blanco.

Ahora Alister la embestía, pero el desgano era latente. No lo gozaba en lo más mínimo, no era adepto al cuerpo del espíritu que tanto apreciaba. Sin embargo, justo cuando su miembro parecía que iba a perder toda su fuerza, ocurrió lo indecible, lo sacrílego, lo injusto e irreal. En un arrebato de locura por sentirse excitado mínimamente, Alister, y su subconsciente quizá, fraguaron poco a poco una silueta.

—¡Más duro, dame más! ¡Así, qué bien lo haces! —vociferaba Erendy, presa de múltiples y dementes orgasmos.

Era una silueta inmensa, como nunca la había concebido. La visión infame duró menos que una milésima de segundo, entonces apareció algo aislado del concepto de tiempo, con una rapidez inimaginable. Alister pudo contemplar una entidad demoniaca y angelical a la vez, hombre y mujer, hermafroditismo existente en licor de rosas. Contempló los ojos más hermosos, puros y despampanantemente morados, parecidos a las bugambilias marchitadas. También unas alas con picos, unas manos con puntos, y, sobre todo, ese execrable miembro doble, esa majestuosidad donde parecía que el negro se había tragado al azul. Alrededor de esta divinidad se revoloteaban incontables sombras amorfas, que daban la impresión de reír y de sollozar a la vez. Lo más peculiar fue cuando el sonido de una trompeta macabra se

escuchó y la divinidad demoniaca levantó sus alas, diseminando un gas dual, insertando sus tentáculos en Alister, quien sentía un cambio de destino, una violación a su libre albedrío. Así fue como en un santiamén pasó todo lo anterior. Incluso, Alister dudaba de su veracidad, pero en sus sueños aparecían remanentes de esta singular quimera, en su falacia había tergiversado la verdad de su destino.

Inmediatamente después de haberse evaporado la quimérica realidad percibida e interactuada en su mente, la viva, majestuosa y bastarda imagen de Vivianka apareció e invadió cada parte de la cabeza de Alister. Su miembro experimentó un realce como nunca, una excitación tal que parecía que su pene iba a explotar en cualquier momento, cosa que Erendy disfrutó soltando un ligero quejido y una venida que empapó las sábanas. En su nueva alucinación Vivianka lucía radiante, ataviada con aquel vestido negro, con esas piernas tan frescas, llamativas y deliciosas, con esa soltura, esa voz y esa sensualidad. Al mirar a Erendy, Alister intercambió su cara y su ser por el de Vivianka. Ahora sentía cómo era follar esas majestuosas y brillosas piernas, quería sentirlo por más tiempo, añoraba penetrarla por siempre, hacerse de su vagina usada. Sin embargo, tal fue el efecto que produjo en él la llegada de la mentalizada Vivianka, que Alister terminó apenas afuera de la vagina de Erendy.

Ambos limpiaron el relajo y se recostaron en los sillones de la sala, se quedaron profundamente dormidos y, minutos después, Vivianka entraba en escena, mirando con envidia cómo Erendy yacía totalmente relajada en los brazos del que ella hubiese deseado fuese su esposo. Al despertar, Alister miró a aquella jovencita que era capaz de morir por él y sintió un vacío y una repugnancia hacia él mismo como nunca. Si tan solo pudiese transformar esa ternura, ese cariño y esa admiración en ansia sexual, todo sería completamente diferente, quizá podría alcanzar en grado mínimo la felicidad. Algunas lágrimas brotaron de sus ojos, escurriendo hasta los cabellos de Erendy. ¡Qué raro era que llorara, qué complejo era que su amor no se manifestara sexualmente!

...

Durante la semana, Alister recobró ánimos y se empeñó en admitir que

el sexo no era necesario, se hundió en la lectura de libros raros, filosóficos y hasta espirituales. Se enfrascó en reflexiones profundas y en pensamientos controvertidos, concluyendo que el contacto sexual resultaba irrelevante. Un día en que se hallaba leyendo apaciblemente, se acercó a él Yosex. Este último era uno de sus mejores amigos, aunque no tenía muchos, quizá fuese el único. Venía de una asesoría, pues, a decir verdad, era muy inteligente, al menos en aspectos escolares. Le agradaba contarle cosas y ambos tenían puntos de vista similares; además, Yosex escuchaba y solía creer en las palabras de su amigo, hasta ya hablaba igualmente del sistema y de los temas frecuentemente disipados por los labios de Alister.

—¿Qué tal? ¿Cómo te va? ¿Por qué tan solo? —inquirió Yosex en tono amigable.

—Es que necesitaba meditar algunas cuestiones. Además, me he propuesto terminar este libro.

Alister mostró a Yosex unas hojas que parecían impresas, el título decía: *El burdel de las parafilias*.

—¿Es en serio? Pensé que era un mito —dijo Yosex sobresaltado y con las pupilas dilatadas.

—Pues ya ves que no. De hecho, fue muy fácil de obtener, ni siquiera tuve que entrar al bajo mundo. Deberías leerlo, te gustará, es de tu estilo.

—Sí, lo haré. Deberías prestármelo —afirmó Yosex en tono malicioso.

—Ten —respondió Alister ante la mirada incrédula de su amigo—. Yo ya lo he terminado, me ha quedado algo bueno de él, supongo.

Sin pensarlo dos veces, Yosex arrebató el significativo ejemplar a su amigo. A continuación, ambos siguieron charlando y acordaron caminar juntos. En unas horas comenzaba su clase, así que tendrían tiempo de ir a comer y comentar sus últimas vivencias intrascendentes.

—Y ¿cómo te va con Erendy? —preguntó Yosex mientras mordía una jugosa pierna de pollo y el caldo escurría hasta sus pantalones.

–Bien, ya sabes. Hay problemas, pero creo que podremos salir adelante.

–Me da gusto. Al menos tú tienes a alguien que te quiera.

–Sí, supongo. Pero ya verás que encontrarás a la persona perfecta para ti. Es cuestión de suerte, ya vendrá...

–Sí, yo igual creo eso. Pero, mientras tanto, podré disfrutar cuanto pueda.

–¿A qué te refieres con eso? ¿Cómo disfrutar?

–¡Sí, ya sabes! Tener relaciones sexuales con varias chicas a la vez sin alguna especie de compromiso. También quiero fornicarme a algunas putas, es mi mayor sueño.

–¡Ah! ¡Te refieres a eso!

–Sí –respondió Yosex frunciendo el ceño–. Tú debes saber que yo soy virgen.

–Lo sé, tú me contaste eso hace ya un tiempo. No tienes de qué preocuparte, no se lo diría a nadie más.

–Eso espero, porque, de otro modo, te golpearía –afirmó Yosex con su característica voz aguda, tan molesta como siempre.

En realidad, era en un sentido irónico lo que ambos solían platicar. Yosex siempre había visto con algo de envidia a Alister por sus características físicas, pero lo apreciaba demasiado para dejar que esa ambición se propagara.

–Y entonces ¿no buscas una relación seria?

–No, bueno sí. Digamos que, si se da, qué bien. De otro modo, pues ¿qué puedo hacer?

–Y, si tuvieras novia, ¿la engañarías o serías fiel? –inquirió Alister contrariado y tratando de sentir empatía.

–Depende, pero yo creo que sí terminaría engañándola.

–Pero ¿por qué dices eso? ¿Incluso si la quisieras mucho?

–Quizá sí, no estoy seguro. Nunca he considerado ese tipo de cosas como algo sagrado. Sabes que platico contigo porque tú no eres un moralista sin remedio.

–Sí, no tienes de qué preocuparte. Me parece interesante eso de las personas, que logren expresar sus deseos más depravados.

–Pues te aseguro que yo tengo muchos, pero los mantengo bien ocultos.

–Todos los tenemos, Yosex. Es solo que la mayoría los reprime para encajar en la sociedad, ya sabes, estamos supeditados a ello.

–Sí, y, como te decía, –interrumpió Yosex–, solo la engañaría si alguien más me lo pidiera. Yo no buscaría a nadie, pero, si ese alguien viniera a mí pidiendo un encuentro sexual, no me negaría.

–Y ¿si te descubre la persona a la que realmente crees amar?

–Tengo mis estrategias para eso; no obstante, en caso de que sucediera, pues ya ni modo, me atendería a las consecuencias.

A Alister le parecía graciosa la plática, incluso hablaba con cierto sarcasmo. En el fondo, sabía que alguien como Yosex, con esa voz y ese físico, con esa condición tan lamentable y esa mente tan cerda, no podría conseguir alguna vez a alguien que realmente lo quisiera, y ¡el muy animal incluso pensaba en la utopía de tener varias chicas! Pero ¿qué no era él igual que Yosex? ¿Acaso lo que tuvo con Cecilia no pertenecía a la situación que su amigo acababa de describir? Lo único que lo separaba de aquel pusilánime estaba representado por su atractivo físico. ¿Yosex era un pobre mendigo? ¿Quién era él para juzgar así a su amigo? Incluso, parecía que este describiese su situación. Recapacitó y dijo:

–Me parece una forma de ver las cosas muy peculiar. No demasiadas personas admitirían algo así con tal naturalidad.

–Pues tú no te imaginas todas las ideas que tengo, supongo que son muy pervertidas.

–No tienes idea de lo que podemos llegar a pensar sobre esos asuntos, el

ser humano es extraño y difícil de entender.

—Ni que lo digas. Hay mucho que la psicología jamás entenderá en nosotros, tantos secretos por dilucidar en nuestras cabezas —se apresuró a responder Yosex, como si eso le proporcionara una especie de alivio.

—Así es. Y, como te decía, —exclamó Alister con ese tinte tan repleto de sabiduría que impregnaba cada palabra emanada por sus sublimes labios—, generalmente seguimos patrones establecidos por la sociedad, todo lo que hacemos es no salirnos del renglón. Por ejemplo, si en la sociedad estuviese bien visto tener varias mujeres, como lo es en otros países, sería permitido y alabado. O, si realizar orgías fuese algo permitido, todos lo haríamos. Si tener amantes estuviese bien valorado, todos tendríamos sin ocultarlo o sentir temor o pena por ello. Si se permitiese, e incluso se promoviese el incesto, ya todos hubiéramos follado y preñado a nuestra propia madre.

—¿Tú crees eso? ¿Cómo es que estás tan seguro?

—No estoy seguro de ello, Yosex, pero es una suposición. Así somos los humanos, no nos importaría y no pararíamos ante nada ni nadie en términos de guerra y sexo, eso nos ha convertido en lo que tanto detestamos. O es algo de lo que interpreto y he leído de las teorías que trato de entender, no me hagas mucho caso.

Yosex parecía pensativo. En realidad, le llamaba la atención todo cuanto tuviera que ver con deseos sexuales prohibidos, pensaba en todo cuanto su amigo decía y se imaginaba a él mismo en un mundo así.

—¿En dónde puedo hallar información al respecto?

—Pues esas solo son mis ideas, a fin de cuentas —colegió Alister otorgando una sonrisa a su amigo—. Pero, si quieres más información, te recomendaré una extraña teoría que leí. Se llama *la teoría de la sumisión*. Y solo he visto un libro de ello en toda mi vida. Al parecer, fue propuesta por algún demente suicida que se limitó a dejar un único ejemplar.

—Y ¿en dónde lo leíste tú? ¿Tienes ese ejemplar?

—Eso es lo singular, creo haberlo soñado, incluso. La verdad me costó

bastante trabajo, lo tenían en una antigua caja de libros que iban a quemar los tontos de la biblioteca de la escuela.

Ni siquiera había terminado de hablar el trágico amante cuando Yosex ya corría a conseguir el ejemplar. Se podía observar que iba excitado por la plática. Cuando Alister recordó un poco más acerca del tema, vino a su cabeza la tesis principal que señalaba que ningún ser humano podía ser totalmente dueño de sí mismo; dicho de forma más práctica, que nadie tenía control de sí mismo y que era, por ende, imposible no tener un amante. La personalidad real se sometía ante la pareja que se amaba, pero despertaba y se incendiaba con quien solo se deseaba. Parecía como una pesadilla, pues ahora resultaba esa teoría cobrar efecto en él. Tomó sus cosas y partió camino a casa, sospechando ser guiado por la indivisibilidad de los pergaminos enmohecidos.

Sin meditarlo un poco, Alister se encerró en su cuarto al llegar a su hogar, y al mismo tiempo que Yosex, ambos se masturbaron tanto como pudieron. Yosex no halló el ejemplar, pero imaginaba tremendas orgías, incluso sexo con animales. Por su parte, Alister no podía parar en construir relatos que terminaban con la hermana de Erendy y él teniendo relaciones. Eso era lo que lo llevaba a la locura en todo aspecto, lo que tanto afligía su ser. Gozar lamiendo el flácido y apestoso coño de Vivianka se había convertido en más que un simple deseo, era ya su sino.

XIII

Pasaron los días y llegó el viernes, ese en que las personas se emborrachan inútilmente y los niños intentan ser adultos. La tristeza de los corazones una vez enamorados pendía en el colgante del visitante añejo, el amor moría mientras los enamorados intentaban arrancarse las cadenas del alma. Los encuentros fastidiaban a las personas, quienes solo deseaban perderse en la

dulce y mortífera fragancia de la sexualidad ataviada con el falso dios y el pantano viviente de los recuerdos melancólicos y subyugados.

–La prostitución es una buena forma de satisfacer los deseos de los hombres y, quizás, igualmente de las mujeres– afirmaba el profesor G durante la clase.

–Y entonces ¿no es tan malo como se cree? Mis padres dicen que sí todo el tiempo, pero yo no lo sé –preguntaba uno de los alumnos que era católico.

–Todo depende de la perspectiva, comúnmente se indica como algo execrable y pecaminoso –exclamó sarcásticamente el profesor G–, pero eso es de gente anticuada. Hoy en día la prostitución es tan aceptable como el ser mismo.

–Pero ¿qué hay de las infecciones? Dicen que esas mujeres tienen muchas y muy graves –inquirió otro de los más avezados que nunca se callaba.

–Y ¿qué el mundo no es una enfermedad? ¿Acaso no todo lo que comemos, respiramos y creemos adorar resulta dañino? El punto es solo tener cuidado, es un placer válido. Pero ¡ustedes qué van a saber, si esas mujeres son excelentes personas! Les apuesto a que deben ser los seres más puros de esta existencia.

En el fondo, Alister no sabía qué criterio formarse respecto a tal coloquio. Seguramente sus padres no lo aprobarían, pero ¿eso qué importaba ya? Él no era producto de las costumbres familiares, o ¿sí? De algún modo, no se sentía libre de las ataduras a las cuales se sometían las personas. De pronto, tan fulminante como aquella noche con Cecila, sintió una insostenible erección, la cual emergía desde su cerebro, incitada por el hecho de la prostitución.

–Y esas mujeres ¿no sufrirán? ¿Cómo puede ser que no se cansen? Mi abuelita dice que son cosas del diablo –exclamó una chiquilla con lentes opacos.

–Nadie dijo que no sufrieran, lo hacen como todos. Pero el mundo es un sufrimiento sin fin alguno, así que esas mujeres solo representan la viva

imagen del absurdo. Y ¿qué si se cansan? Quizá todos estemos cansados de vivir; no obstante, seguimos adelante, ya sea por obligación, ya sea por indiferencia al suicidio y por el rechazo al fulgor del descanso prometido.

Los jóvenes estudiantes nunca entendían la forma de hablar del profesor G. Él no era como ningún otro profesor; de hecho, ni siquiera sospechaban que fuese como algún otro humano, excepto como Alister. Ellos dos eran grandes amigos, siempre charlaban sobre temas incomprensibles para los demás. La chica de los lentes opacos, en una de las asesorías, contó que el profesor G hablaba abiertamente sobre religión, política, ocultismo, misticismo, teosofía, conspiraciones, sociedades secretas, la banca judía, los complots, el existencialismo, la filosofía, la metafísica, libros extraños, viajes en el tiempo, universos paralelos, el alma, los sueños, los alienígenas, entre otros.

—Y ¿cómo es que puede saber tanto? —se preguntaban los demás jóvenes al escuchar las asombrosas historias sobre el profesor G.

—Pues eso no lo sé —replicaba la chica—, pero, si uno va a su cubículo, él habla de cosas aún más raras.

Alister y el profesor G se habían conocido no hace mucho, sin embargo, habían entablado una amistad peculiar. El 11 de septiembre Alister había asistido a una asesoría sobre probabilidad. Ya entrados en la plática, Alister postuló que era un absurdo que todos estuviéramos siendo controlados por personas que ostentaban riqueza, que los alimentos estaban contaminados con químicos, que los animales eran inyectados, que en el aire era esparcida una droga para idiotizar a las personas, que la banca era controlada por sectas cuyo fin era el dominio mundial, que las vacunas eran dañinas, que los famosos hacían rituales para preservar su poder, que el mundo estaba tan jodido, y que los alienígenas y los espíritus realmente existían.

El profesor G miró a aquel curioso con cara de incredulidad en aquel momento. Y fue entonces que su semblante, siempre serio, callado y con un halo de eternidad y tranquilidad, se tornó más frugal, esbozando una ligera sonrisa. Pasó el resto de la tarde discutiendo punto por punto lo que aquel muchacho de cabellos rizados y dorados había expresado. Desde ese día ambos fueron grandes amigos y conversaban al menos cada viernes, al menos

hasta hace un tiempo, pues Alister había dejado de ser constante en sus visitas, parecía distraído.

...

Por otra parte, Erendy pasaba sus días tocando la guitarra, perfeccionando su técnica y su habilidad. Le gustaba dibujar los animales que Alister había ayudado a rehabilitar, aunque últimamente no fuese algo que hicieran seguido. También pensaba en que este había estado muy distraído, parecía siempre cavilar otros menesteres cuando estaba en su compañía. Estaba ansiosa por comenzar ya sus estudios en criminología y sentirse parte de algo, aunque, en el fondo, lo detestaba y lo añoraba. La puerta crujió y alguien entró para interrumpir su libre albedrío, era Vivianka.

–¿Qué haces, hermana? ¿Nuevamente tus melodías raras?

–Pues algo así, es mi distracción. ¿Sabes si mamá ya regresó del mercado?

–Creo que ya, ¿qué necesitabas? ¿Te puedo ayudar en algo? Recuerda que la otra semana te toca revisión.

–¡Ah, sí! Casi lo olvidaba. Oye, por cierto, ¿crees que podrías revisar a Alister? Es que al parecer tiene problemas con una muela.

–¡Oh, claro! Él puede venir cuando quiera, y, además, es gratis. De hecho, puede venir diario, si así lo desea –afirmó mientras sonreía con esos ojos del mismo color que su cabello, creando un contraste con su blanca e impecable piel blanca. Sus cejas lucían radiantes, sus dientes inmejorables, y, en esa bata blanca, incitaba las pasiones de cualquier doctor seguramente.

–Sí, yo le diré. Muchas gracias, eres muy amable.

Erendy no sospechaba, ni siquiera en lo más ínfimo, que, muy en el fondo, más allá de esa amabilidad, Vivianka sentía una enorme atracción por Alister. La máxima intemperie de sentimientos encontrados resaltaba entre la sinfonía de las trompetas doradas.

...

Mientras tanto, en el bosque de los árboles rosas, Alister permanecía recostado y dormido. Súbitamente era despertado por una niña quien tenía un ojo colgando, sus cabellos eran castaños, su piel pálida, su cara triste y con voz entrecortada. Parecía sumamente asustada.

–Pero ¿qué te ha ocurrido? ¿Quién te ha hecho esto? –preguntó Alister sobresaltado por el deplorable aspecto de la chiquilla.

Sin embargo, esta parecía no poder articular palabra alguna, así que se limitó a señalar hacia un rincón de una habitación en la cual se hallaban ahora. Alister abrió la puerta y pudo ver como un laberinto se cernía sobre ellos, parecían estar atrapados en aquel demencial sitio.

–¿Qué diablos? Y ¿en dónde está el bosque? ¿Cómo llegué aquí?

Sin siquiera darle tiempo a la niña de intentar una explicación manual o escribir algo, de la nada surgió una criatura que se partió en varias. Eran como unas sanguijuelas o gusanos que poseían tentáculos y garras con pezuñas, sus dientes sangraban y tenían una infinidad de ellos hasta donde la vista alcanzaba a atisbar. Sus ojos eran rojos y ahítos de odio, se contorsionaba y gemían como una mujer en celo. Además, estaban cubiertas de pequeñas florecitas, parecidas a las bugambilias, y daban el aspecto de ser una primera evolución de algo más elevado, ya que a lo lejos se observaba un árbol, como si estuviese en otro plano. Al parecer, era el origen de todo cuanto se hallaba en esa dimensión totalmente bañada por el gris y sin una sola mancha de esperanza.

Alister sujetó a la pequeña del brazo y corrieron tanto como pudieron, se esforzaron demasiado en verdad, pero fue inútil, aquella oruga casi evolucionada era demasiado rápida. No era una oruga ciertamente, pues sus movimientos eran contrarios a cualquier ley conocida en el mundo físico. Finalmente, el maldito símbolo atroz de la nauseabunda oscuridad alcanzó a los infelices, pescando a la niña con sus pezuñas.

–¡No, déjala! ¡No le hagas daño, por favor! –suplicaba Alister.

La criatura parecía comprender lo que Alister indicaba, pero, sorprendentemente, hizo una especie de mueca, como de chanza, y escupió

ácido en la cara de la niña, desfigurándole todo el rostro en un pestilente escenario. Luego, procedió a machacarla con sus infinitos y vomitivos dientes, destazando parte por parte, lo cual ocasionó un enorme dolor al amo de la tragedia amorosa.

—¿Por qué te la comiste? ¿Qué rayos eres tú?

Una voz profunda, como artificial, salió de la criatura diabólica.

—Yo soy una creación solamente, y existo paralelamente. Tú no sabes si eres creado o solo eres, ni siquiera si existes. Escucha humano, yo soy el símbolo de la angustia y de la decepción, todo cuanto has hecho es caer por error en un plano inferior del astral. Ahora ya nada puede salvarte.

El gusano ominoso se aproximó a Alister, vaciando sobre este un hedor a muerte y a rosas, como si aquella porquería pudiese guardar algo de belleza en su interior. En ese momento, la oscuridad se expandió y refulgió, soltando un haz de luz que impactó en el lomo de la blasfemia, ocasionando que esta enloqueciera y, entre su locura, rompiera una pared de aquella dimensión, mediante la cual Alister se apresuró a saltar. Lo último que pudo atisbar fue cómo de aquella oruga maldita salían unas alas, parecían de mariposa, y su color era azul, uno muy oscuro. Pensó que en alguna ocasión ya había observado esas alas, solo que no llegaba a su mente dónde y cuándo, así que saltó por el recodo que se acaba de abrir hacia el vacío. Descendía por un tubo de colores extraños, nunca vistos en su mundo, parecía que habían sido extraídos de él, pues ahora todo cuanto miraba era doloroso. Despertó de un brinco, percatándose de que todo había sido un sueño, o eso creía.

—Pero ¡qué suerte que todo ha sido un sueño! —se dijo Alister limpiándose el sudor de la frente.

—La vida es un sueño, tan irreal como la existencia y tan abstrusa como la muerte —exclamó una voz muy sabia y profunda.

Alister giró y le sorprendió que no había alguien más con él. Esa voz había provenido de algún lugar, quizás estaba solo paranoico. A un costado suyo, yacía entre el pasto un papel con una dirección. Lo tomó y pensó si sería oportuno ir. Quizá, después de todo, encontraría algunas respuesta a su dolor,

probablemente era un mensaje oculto.

...

En casa de Erendy, los destinos de las personas con energía negativa en su interior se mezclaban con la pureza de una chica que cada vez se sentía más corrompida por pensamientos repugnantes.

–¡Ven a comer, Erendy! ¡Ya está servido! –le gritó su madre, quien siempre parecía preocupada por todo.

–Ya voy, gracias. Solo guardaré unas cosas y enseguida bajo.

Erendy procedió a guardar su libreto de escalas musicales, pero decidió que lo haría regresando de comer, así que fue a preparar el agua. En la ventana, antes de salir, nuevamente sintió alucinar, pues de forma circunstancial pudo observar parte de una sombra que se retorció; no le dio importancia y bajó. En su imaginación, se formaban escenas de una niña con múltiples heridas siendo destazada por una oruga horrible, mientras que alguien observaba. Aunque la cara de este espectador nefando no estaba terminada, tenía todo el perfil y el físico de alguien cercano a ella, muy cercano.

Ciertamente, Erendy siempre se había sentido ajena a su propia familia. Si bien es cierto que se preocupaban por darle todo lo elemental, no creía que en verdad la quisiesen y la apreciaran en todo sentido. Justamente se veía opacada por su hermana Vivianka, pues era esta última quien constituía el orgullo de sus padres y quien siempre se robaba todo el crédito. Era Vivianka la consentida, la que tenía dinero, la que cuidaba y ayudaba a sus padres, la que les pagaba paseos caros y caprichos tontos. Y, precisamente por eso, la querían, porque había actuado tal y como sus padres habían querido, sin jamás cuestionar qué era lo que realmente ella deseaba. No obstante, Erendy sabía que Vivianka, aunque era muy inteligente en cosas académicas, jamás podría tener una visión más profunda de las cosas, y nunca le había hecho saber sus ideas. Finalmente, creía que la quería como su hermana mayor, y que estaba en su derecho para hacer con su vida lo que quisiera. Al menos, si es que teníamos libre albedrío.

...

Alister caminaba sin percatarse de su alrededor, tan concentrado iba que no cayó en cuenta de dónde estaba. Cuando creyó llegar al número indicado, su sorpresa fue inmensa al descubrir que no existía ya esa dirección, pues habían demolido hace años esa casa.

—Pero ¡qué imbécil soy! —expresó al mirar bien el trozo de papel y atisbar que pertenecía a una dirección de hace ya muchísimos años, tantos que incluso parecía sorprendente que estuviese ahí.

Y nuevamente aquí acontecía lo que imperaba en la humanidad, un total egoísmo, una confianza absoluta en un supuesto libre albedrío, una certidumbre quimérica en una realidad defectuosa. Pero solamente es sabido por unos cuantos que en ocasiones las divinidades y los demonios logran unificarse en el máximo esplendor, consiguiendo así abrir paso a una fuerza llamada destino.

—Oye tú, ¿cómo te llamas? ¿Por qué un hombre tan joven viene hasta aquí solito? ¿No quieres algo de compañía? —exclamaban unas voces cínicas y petulantes.

Al virar, advirtió en qué lugar se hallaba. Sin siquiera pensarlo, o quizá imbuido por una fuerza de magnitudes desconocidas, había ido a parar al barrio bajo de su ciudad, al de las prostitutas.

—Vamos a divertirnos un poco, nene, ¿qué te parece? —dijo una de esas mujeres, ataviada con un elegante vestido violeta y perfumada más que una rosa.

Alister la miró y decidió saludarla, para luego huir de ese sitio. Pasó muchos bares y cantinas, escuchando imprecaciones, viendo nítidamente como las personas se pudrían, como el cielo se tornaba más y más gris, ya casi negro. Igualmente, podía percibir esos gemidos tan insolentes y aquellas lascivas frases que provenían de los hoteles y moteles ahí establecidos, donde aquellas mujerzuelas se vendían al mejor postor.

—¿Ya te vas tan pronto? ¿Acaso encontraste a una que te lo hizo

desesperadamente? ¿No quieres más? ¡Te haré ver lo que es una mujer de verdad, mi amor! ¡Aquí está mi panocha caliente!

Las prostitutas se arremolinaban alrededor de aquel joven malgrado y confundido. Para ellas era carne fresca, una excelsa oportunidad entre aquel conjunto de viejos ponzoñosos, apestosos y sinvergüenzas que las visitaban y follaban día tras día, abriendo más y más su desgastada vagina.

—No quiero nada con ninguna de ustedes —sentenció ya molesto por tanta vieja que le cerraba el paso—. Yo no vine aquí buscándolas, estoy en este sitio por otra razón.

Una razón que él no entendía, por supuesto, una que estaba más allá de su concepción. Y entre aquel torvo espectáculo de cuerpos jadeando, de mujeres semidesnudas, de hombres malolientes pidiendo limosna, de perros orinando a algunos despistados dormidos en medio de la banqueta, de labiales, perfumes, esperma, enfermedades, sueños rotos, dinero, tristeza, resignación y demás, entre aquel inmenso castillo execrable, Alister sintió entonces que su falo comenzaba a izarse.

Y no era para menos. Constantemente miraba con repugnancia la masturbación, incluso cuando él mismo lo hacía, que era bastante común últimamente. Además, aquellas mujeres le habían atraído desde hace tiempo, pero había reprimido ese deseo por considerarlo inmoral. Una serie de preguntas surgían ahora: ¿qué había en esos cascarones sexuales que no podía atisbar en la sutil figura de Erendy? ¿Por qué esas pirujas le proporcionaban un goce mayor que el de una etérea presencia que lo cuidaba y prefería por encima de todo? ¿No sería jodidamente feliz si la misma excitación que le producían esas ramera la sintiera con Erendy? Y ¿qué había de Cecilia y Vivianka?

—¡Vamos, no te resistas! ¡Yo sé que tú lo deseas! —manifestó una de esas pudientes maquilladas y perfumadas exquisitamente—. ¡Vamos, toca mis senos! ¡Son auténticos, nada artificial! O ¿es que acaso no te excitan?

Alister no podía ahora resistirse, incluso si su mente lo quisiese; su pene estaba a reventar. Decidió huir y corrió a toda prisa, tanto como pudo, hasta

que, sin más remedio, se adentró en uno de aquellos bares, posiblemente elegido al azar.

–¿Qué se le ofrece, joven? Espero que no venga aquí sin dinero y tomado, porque así empiezan todos y luego para sacarlos es un martirio – declaró un viejo con bigote y un sombrero malgastado.

–No, desde luego que no. Yo solo pasaba por aquí porque esas mujeres querían...

–¿Ellas o usted? –formuló el anciano quitándose el sombrero–. Está bien, conozco a esas arpías. Que no se te ocurra hacerles el favor, o, sino, no vivirás más de unas cuantas semanas, ¡ja, ja!

–Le agradezco, esperaré aquí un poco y luego me iré. ¿Puedo?

–Sí, claro. Pero no te quedes ahí, pasa a conocer el lugar. Ya que estás aquí, aprovéchalo. La diversión está por allá atrás. De hecho, si te quedaste con las ganas, ahí hay mujeres también, pero menos cínicas que esas otras. Diviértete, total estás vivo y eso es todo lo que importa, estás experimentado esta etapa carnal y aprenderás de lo intrascendente mucho más de lo que quisieras.

El anciano chasqueó los dedos y las luces se apagaron de nuevo a sus espaldas. Alister se dirigió hacia allá y encontró que se trataba de un club sexual. Una singular y familiar sensación penetró cada recodo de su ser, traspasando fronteras no reconocidas cuando intentaba ser él. Quizá, se le ocurrió por un momento, ya había estado ahí antes en algún universo tangente. Al menos eso recordaba de las intrincadas teorías no demostradas que gustaba repasar cada noche en la desolación de sus pensamientos, apestando a semen y con el vano deseo de un despertar que nunca llegaba.

–¡Vamos, pasa! Aquí tenemos de todo, cualquier deseo se te cumplirá con tan solo anhelarlo –indicó un señor con sombrero elegante, ataviado de traje y con máscara; de hecho, todos los integrantes del club usaban una.

Y es que ahí se encontraban diversas perversiones que nunca se hubiesen imaginado. Había mujeres que se introducían la parte de una boa en sus

respectivos rectos y luego se pegaban lo más posible. Había enanos que follaban inmensas cerdas y las despellejaban. Había un espectáculo que parecía ser de los más vistosos, se trataba de un grupo de señoras preñadas y maduras que practicaban zoofilia con unos burros, los cuales habían sido inyectados para eyacular aún más allá de su capacidad. Luego, estaban las jovencitas vírgenes que eran desvirgadas por perros, totalmente pegadas y ensangrentadas. También estaban las orgías, donde ya se atisbaba un charco de esperma y otros fluidos. A algunas otras mujeres les excitaba hasta la locura vomitar en el pene de sus parejas y ser penetradas de esta forma. Y otras cambiaban dicho vómito por excremento que ellas mismas hacían y pedían ser folladas con todo el cuerpo embadurnado de este. Había, además, otro espectáculo élite: las mujeres a las cuales se les introducían toda clase de cosas, desde arañas, alacranes, cobras, pájaros, ranas, chiles, ramas, yogur, sopa, guisados, mierda de animales, químicos, etc. A estas dementes se les brindaban pastillas con el fin de que pudieran expulsar dicha mezcla, la cual era recibida por otra mujer que esperaba con la boca abierta y se lo tragaba todo.

Había otras tantas hembras que participaban en orgías con todo tipo de animales, recibiendo al final el semen del anfitrión, un tal Mister Mimick, considerado una deidad. Llevaba una capa roja y vestía de negro, uno más oscuro que la misma oscuridad. Parecía escurrirle una especie de sustancia azul, casi negra, por cada orificio nasal. Sus manos eran pezuñas de cerdo, sus pies patas de caballo, tenía la cola de una rata, cuernos de toro y usaba siempre una máscara de una cara hermosa con signos milenarios y antiquísimos. Se decía que se había injertado el pene de una criatura desconocida hallada en las cavernas y que le medía lo suficiente para destrozarle los intestinos a cualquier especie. Por dicha razón, las mujeres lo idolatraban y solo recibían su esperma como una bendición, pues, de otro modo, morían tras haber sido penetradas por este extraño ser completamente envuelto en el misterio. Al menos su cara al recibir la muerte era placentera, se decía de esas desdichadas zorras como epitafio.

Alister recobró el conocimiento después de un largo rato desmayado. Se percató de que ahora alguien lo había llevado amablemente a una mesa, donde

los invitados esperaban turno para entrar en acción, o simplemente eran espectadores de aquel sacrilegio. Una mujer se acercó a él, parecía igualmente solo observar.

–Hola, ¿cómo te va? ¿Qué tal la estás pasando? –expresó.

–Pues estoy aquí por accidente –respondió Alister.

–Nadie llega aquí por accidente, eso es seguro. Todos caemos en este sitio por nuestros pensamientos, por un libre albedrío imaginario, pero con una mayor carga de probabilidades que las del destino.

–¿Qué dices? –preguntó Alister sobresaltado, mientras levantaba la vista, aunque más fue su sobresalto cuando contempló a aquella mujerzuela.

XIV

Era rubia, pero sus cabellos eran quebrados y hermosos, muy parecidos a los de Alister, pero menos rizados, y brillaban como el sol. Sus ojos de color esmeralda eran los más refulgentes y penetrantes que hubiese mirado. Su cuerpo sencillamente perfecto, sobrepasaba cualquier poesía o arte, con sus caderas tan marcadas, su cintura de avispa, sus senos enormes y firmes, su trasero duro y sumamente definido, sus piernas tan esbeltas y carnosas, sus pies delgados, sutiles, hermosos, su voz angelical y con una soltura inefable para expresarse, una sonrisa única e inverosímil la preñaba de eterna simpatía.

–Pero ¿qué hacía alguien como ella ahí? –se cuestionaba Alister, que no podía dejar de mirar sus labios rojos, tan atrayentes y carnosos, tan manchados por tantas bocas y, a la vez, elevados por encima del resto, tan hermosos y detestables, tan angelicales y demoniacos.

Sin duda esa mujer denotaba a la mayor proeza obviada por el execrable

mundo del absurdo, era la Lilith de sus utopías en los campos elíseos incompatibles con su mortalidad anormal. Aunque, por otra parte, sus ropas estaban gastadas, su escote roto, el vestido apenas cubría su enorme rabo, sus tacones enormes le hacían ampollas, le escurría esperma por las piernas y lo escupía de la boca, el lápiz labial le manchaba las mejillas y el rímel en cantidades nada modestas empañaba su etérea mirada. Parecía la mayor puta de la historia, su cara blanca embadurnada con semen y ese maquillaje corrido le daban un toque especial. ¡Qué parecido guardaba aquello con el amor! Y ¡qué distante era la sensación! El cielo y el infierno lucían mezclados, la perdición y la degradación del ser que lo contorneaban en el limbo y lo proyectaban hacia los sueños más profanos y menos horadados, donde podía su alma rebozar de voliciones y separarse de su espíritu ahído de una pureza pueril para el plano inferior.

–Y esto ¿es real? Ya he tenido varios sueños como este, ahídos de demencia, y no me parece grato despertar para descubrir la grosería divina.

–¿Acaso crees que tú eres real? O ¿crees que este mundo es real? – contestó la prostituta para sorpresa de Alister.

–No lo considero de ese modo. Y, aunque lo fuese, eso no haría que mi existencia tuviera un sentido.

–Buen punto, pero también es importante analizar el por qué debería de tener un sentido nuestra existencia. Es algo que se ha fijado de esa forma, se acepta por conveniencia y, a partir de ello, se construye la falacia llamada vida.

–Sin embargo, generalmente se construye basándonos en viejos preceptos, transmitidos de generación en generación, sin cuestionarse si son o no cosas válidas de seguir.

–Eso se debe a que se ha impuesto la existencia y el sentido de una forma social; esto es, estableciendo que, si uno no encaja en las reglas y costumbres que la matrix adopta y dispersa, entonces está fuera de sintonía.

–Y pasa que todo lo que se realiza en una sociedad moderna, como las de hoy en día, es con el fin de entorpecer a las personas, de destruir sus sueños

y arrebatarse esa identidad que pudiera someramente impregnar la vida de un cierto sentido, aunque fuese solo parcialmente.

—Pero no sé si es eso correcto, quién sabe si pudiésemos atribuir un sentido parcial o únicamente uno total y nada más, en cuyo caso entonces esta existencia no lo posee.

—Aunque, si estamos aquí solo para aprender y no existe algo perfecto porque automáticamente sería extraterrestre o extradimensional, pues se puede decir que es inútil buscar el sentido de nuestra estancia aquí y lo que debemos lograr o superar, ya sea porque se ha olvidado antes de venir, o porque sencillamente todo intento de atribuir dicho sentido resultará en una argucia.

—Y así es como las personas viven —afirmó la prostituta mientras encendía un cigarrillo—, todo cuanto creemos por sentido es solo quimérico, una mera cortina que nos encierra en burbujas casi indestructibles y sostenidas por nuestros pensamientos.

—Es lo que yo he meditado por tanto tiempo. Hay tantas distracciones y falsas apariencias. Este mundo es de los injustos y los impuros, de los impúdicos.

Al instante, Alister reflexionó y quedó boquiabierto cuando, entre las personas que se retorcían en execrables bailes, se pudo observar a sí mismo teniendo relaciones con Cecilia. ¡Él pertenecía a esa clase de personas absurdas! No tuvo tiempo de refutarse porque la puta de cabellos rubios prosiguió:

—La pureza posiblemente sea difícil de lograr, pero no la necesitas. Todo lo que debes hacer es seguir en esta guerra y luchar lo mejor posible, siempre haciendo uso de las armas y provisiones disponibles mejor que otros.

Alister meditó, el humo del cigarrillo recién había penetrado por sus orificios nasales y el lugar se hacía más sombrío; sin embargo, podía sentir cómo el tiempo era diferente. Sintió deseos de fumar, luego inquirió:

—¿Quién eres tú? ¿Cómo es posible que estés aquí?

—¿Por qué preguntas eso? ¿Qué tiene de malo que alguien como yo esté

aquí?

–Bien, tú sabes que generalmente se considera a las mujeres que realizan tu trabajo como malas personas. Por otra parte, tú eres muy sabia para pertenecer a este lugar, pareces más bien como una profesora.

–Yo solía ser profesora –indicó la ramera vaciando su vaso y sirviéndose otro inmediatamente, le encantaba el ron.

–¿De verdad? Y luego ¿qué pasó? ¿Cómo es que terminaste así?

–Solo estás viendo lo que tus ojos te dictan, tal es tu percepción humana. Este lugar puede ser lo que tú creas, solo refleja los colores de tu aura y lo que hay en tu alma. Debes ya saber que las ilusiones son lo más real para tus sentidos, el tiempo y el espacio definidos en un mundo terrenal solo ayudan a no enloquecer. Las diversas formas coexisten y colapsarían si se encontrasen al menos dos, puesto que la energía requerida sería difícil de calcular. Tus lecciones deben ser absorbidas y llevadas al plano superior, tu encuentro conmigo estaba ya pensado desde antes del pensamiento mismo.

Ambos permanecieron en silencio. Por unos momentos muy breves, Alister recordó a Erendy, su suave brisa y su flagrante aroma, la dulzura de su inteligencia, su soltura comparable a la de aquella mujerzuela. ¿Cómo podía ser? ¿Es que amabas compartían, en el fondo, una especie de energía similar?

–Sé lo que te aflige. Entiendo tu dolor, pero nada puedo hacer por ayudarte, así como tú a mí tampoco. En esta sociedad se enseña que la prostitución es incorrecta, pero todo trabajo lo es. Al menos de la forma como actualmente se presenta, como un acondicionamiento y una esclavitud sin fin. Los humanos pasan horas y horas en ello, ingiriendo más y más insensatez y estupidez, hasta que se disuelven en la nada, pagan sus vicios y se solazan con falacias. ¿Cuál es la diferencia con la prostitución? El hecho de sentir un pene dentro de mí y de chuparlo no me quita algo esencial, solo es un pedazo de carne y hueso que poseemos. Al final, todos los caminos convergen en el absurdo. O ¿acaso crees tú que tiene más sentido formar una familia, realizar viajes, poseer bienes, una casa bonita, un trabajo bien remunerado, entre otros, que dedicarse a satisfacer placeres mundanos? El ser, en su enferma

percepción de las cosas, se engrandece mientras está ataviado de la misma basura que arroja constantemente con desagrado.

Alister miró a la prostituta, le parecía que se hallaba frente a una entidad superior, con una manera de pensar demasiado sublime para ser real. Pero ¿qué era real? ¿Qué era el ser y su existencia sino meras presunciones? ¿Acaso importaba ser o no ser? De todos modos, se vivía estúpidamente y, aún en el absurdo, se podía progresar. De hecho, era una condición más que necesaria.

—Y ¿cómo te llamas? —se inquirieron el uno al otro al mismo tiempo.

El joven de los sueños rotos se deleitó al profundizar en los ojos azules de aquella malograda, alcohólica y ramera mujer. Había allí algo que no podía encontrar en su realidad. Por fin comprendía el camino que le había deparado aquel entrelazamiento. Estaba ahí para atisbar la dulzura en el infierno, la belleza de la muerte, la hermosura de lo execrable, la divinidad de lo demoníaco.

—Mi nombre no es relevante, pero aquí me llaman Mindy.

—Ese no es un nombre —replicó Alister mientras contemplaba las piernas de Mindy.

—Y ¿eso importa? Sabes, ya ni siquiera me importa saber el tuyo, mejor sigamos charlando.

Mindy pidió otra botella y el coloquio se extendió, parecía que el exterior se mantenía impertérrito al paso del tiempo. Alister se enteró de que aquella mujer tenía un maestría en filosofía. Había sido una conferencista muy famosa y profesora de colegios eminentes, todo marchaba bien en su vida hasta que.

—Hasta que un día se presentó ante mí el infortunio. Iba en el automóvil con toda mi familia, tenía dos hijos a los cuales adoraba y un esposo instructor de gimnasio. Éramos la familia ejemplar, todo era dicha y las personas nos admiraban. Así fue mi juventud, siempre entre el dinero y las cosas bonitas, sin aprender realmente, sin vivir.

Alister se percató de que aquella extraña mujer hablaba de aquellos

acontecimientos como si se tratase de algo muy lejano, pero, para su sorpresa, aunque sí mostraba señales de envejecimiento, su ser parecía conservar un halo de juventud inmarcesible. Su madurez iba por otro rumbo, su cuerpo parecía tener el aspecto ideal. Esto excitó sobremanera su interior, que deseaba a una mujer madura y en pleno éxtasis de fertilidad.

—Como decía, aquel día el automóvil se descompuso. Y es algo que, día con día, me sigo cuestionando. Si ese incidente fue parte de un destino o si fue casual, si nuestro libre albedrío tuvo algo que ver en decidir no regresar temprano de la casa de mis padres, es algo que aún me atormenta. El hecho está en que, al transcurrir la noche, estábamos varados en la autopista, sin señal telefónica y en espera de que algún viajero despistado pudiese acercarnos a nuestro hogar.

En este punto, Mindy había ya terminado con la tercera botella de ron y el hedor que despedía, entre alcohol y esperma, fue un aliciente para el falo de Alister. Sobre todo, lo calentó el pensar la manera en que ella fue preñada y sus gemidos, sus poses y sus frases.

—Entonces fue que a lo lejos divisamos cuatro caballos, se movían extrañamente, parecían no rozar el piso. Cuando se detuvieron frente a nosotros, vimos que eran montados por cuatro jinetes, los cuales no nos dirigieron palabra alguna, simplemente desmontaron y sacaron unos látigos. Mis hijas tenían miedo, mi esposo trató de protegernos con su musculatura, pero fue en vano, pues uno de esos monjes oscuros sacó un pendiente en forma de cruz y ocasionó que a mi esposo se le salieran los ojos. Acto seguido, lo decapitó frente a nosotras.

El sonido de la música se elevaba en el reino de *Mister Mimick*, y Mindy se acercó a Alister, se sentó a su lado y le ofreció un cigarrillo que este amablemente rechazó.

—Pero lo peor estaba por venir, pues uno de esos monjes oscuros comenzó a violar analmente el cuerpo sin vida de mi esposo, mientras otros se pasaban su cabeza y la azotaban contra los árboles. Recuerdo claramente que con su sangre formaron un círculo en torno de nosotras. Uno de ellos me tomó del brazo y, al observar mis ojos, dijo algo así:

–Tú eres una de las marcadas por la divinidad demoniaca, tú destino ha sido trazado, ahora descansa sobre el espíritu de...

Mindy tenía problemas para recordar el nombre; de hecho, nunca había podido hacerlo.

–Dijo un nombre que jamás había yo escuchado, me sacó del círculo y dos de esos sujetos se dirigieron hacia mí, exploraron mis genitales y luego me incitaron a tocarme mientras contemplaba el más sórdido y cerval espectáculo: mis hijas eran devoradas en vida por esos monjes, uno de ellos las destazaba y el otro devoraba la carne, después intercambiaron roles hasta que mis hijas quedaron reducidas a huesos y pellejo. Deglutieron los órganos, bebieron su sangre y su cerebro lo guardaron en unos frascos, sus corazones los enterraron y recitaron unas extrañas oraciones. Acto seguido, se masturbaron y me obligaron a lamer su manos batidas de sangre y semen. Yo me desmayé y, cuando desperté, me hallaba en un hospital. Ellos negaron todo lo que dije, aunque no conté absolutamente todo, pues sabía que no lo creerían.

Alister permanecía impasible, como abstraído de sí, con la mirada perdida y sus pensamientos vagos, aunque con el pene bien levantado.

–Desde aquel momento, no hay lugar alguno al que pueda ir, ni periodo de tiempo en donde no escuche el llanto de mis hijas al ser devoradas vivas. Tú jamás podrías imaginar todo el dolor que he soportado, las imágenes que se repiten con tanta frecuencia. Pero, al fin y al cabo, agradezco lo que pasó, pues gracias a eso logré liberarme de todo cuanto me ataba, quizá de una forma sumamente violenta, pero no podría haber sido de otra. Abrí los ojos, dejé todo atrás, me hundí en el alcohol y la miseria, me desprendí de todo lo material y ahora veme aquí, sobreviviendo de limosnas, de favores, de placeres ajenos. Así es mi vida. Si esto no representa el sinsentido humano, entonces no sé qué clase de juego es el que plantea este dios o entidad suprema que rige y supera al libre albedrío.

–Y entonces ¿tú consideras que ya superaste ese trágico asunto?

–No, jamás podría olvidarlo. Este dolor es y será parte de mí por siempre. Simplemente, he logrado ser indiferente a ello, me ha dejado de

afectar. Ya no me importa escuchar los gemidos y quejidos de mis hijas siendo destazadas, o recordar la felicidad tan irreal en que me hallaba. Ahora sé que la vida es esto, una blasfemia, una existencia a la ligera, si es que se puede decir eso. Hay desprenderse de todo, obviarlo todo y dejarse llevar por la nada.

Alistar quedó impactado cuando, de las mejillas de Mindy, no escurría una sola lágrima, no había una sola señal de llanto. Aunque su rostro reflejaba tristeza absoluta, su espíritu, contaminado ya por los vicios y la lascivia, permanecía intacto muy en el fondo. Era un ser muy superior, no en este plano, sino en alguno mayor, donde no podía imperar el absurdo.

—Ya me parece suficiente de esto, hemos platicado un buen rato, ahora debo continuar con mis labores —afirmó la mujerzuela, levantándose y sacudiéndose la ropa, tratando de lucir presentable, aunque era imposible en tal estado de ebriedad.

—¡Espera, no te vayas! —exclamó Alistar, tomándola de la mano.

La deseaba, esa era la realidad. Sí, deseaba poseer a aquella desdichada mujerzuela, recorrer su indiferencia y saciarse con su dolor. Sin perder ni un segundo, suponiendo un tiempo en aquel lugar, Alistar tomó a Mindy entre sus brazos y la apretó contra él, haciéndola sentir su endurecido pene y remojando sus labios con los suyos, llevando su lengua al fondo de la garganta de la ramera y subiendo su vestido negro hasta alcanzar sus nalgas, embarrándose en sus pechos y sujetando sus dorados cabellos. Aquel beso resultó uno de los más mágicos para ambos, pues pudieron sentir algo que se unía, que necesitaba encontrarse, que tenía la necesidad de ocurrir.

Mindy recobró el sentido y, aunque el beso había provocado que se le remojara la vagina, se liberó de los brazos del ladrón y le soltó una brutal bofetada, incluso rompiéndole el labio.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco acaso? ¿Por qué hiciste eso? —replicó enfurecida.

—Todos lo hacen, ¿acaso no te besan todo el tiempo? ¿No es eso lo que haces?

Alister sintió arrepentimiento por tales palabras y se disculpó inmediatamente, limpiándose la sangre que ahora brotaba.

—No es así de simple. A mí me cogen muchos hombres, desde jóvenes hasta ancianos, pero nadie me besa, absolutamente nadie prueba mis labios, y menos de esa forma tan descarada.

—Pero solo ha sido un beso, estoy seguro de que pudiste ver mucho, de que tú lo deseabas tanto como yo.

—¡Tonterías! —exclamó Mindy— ¿Por qué querría yo algo así de alguien como tú?

—Porque quizá fue verdadero, algo que no tenías hace ya bastante.

—¿Acaso crees que puedo sentir amor? Yo no hago eso, yo ya soy indiferente a todo, incluso a la muerte de mi familia, y hasta me parece que eso fue lo mejor. Soy indiferente a que un hombre tras otro me penetre, a vivir alcoholizada y a no comer, a la vida que sea que lleve. Yo ya morí hace tiempo, no puedo sentir nada. Mi única esencia es la de estar atrapada en esta realidad marchita.

—Quizás eso que dices sea cierto —manifestó Alister con tristeza—, y te admiro indudablemente por ello, pero yo te aprecio y creo que te deseo.

La mujer de labios intensos miró confundida al príncipe de ningún lugar y se perdió entre la muchedumbre, el espectáculo parecía estar en su clímax. Ahora el piso parecía ondularse y el lugar curvarse. Se sentía una gran presión, pero nadie lo percibía.

Alister decidió seguir a la extraña mujer sin ver por donde caminaba. En el trayecto, fue salpicado por distintos fluidos, con el pito completamente erecto. Preguntó por ella a un gordo, el más obeso que alguna vez hubiese visto, quien tenía una especie de cordón umbilical mediante el cual se le alimentaba con animales recién triturados. Estaba ya enganchado de por vida a un sistema virtual de pornografía, era un adicto que miraba sin parpadear mientras dos negras se tragaban su excremento y él cogía a todas las mujeres candidatas a trabajar en ese sitio. Su pene parecía más bien una bola de cebo

repleta de horribles verrugas y pus. A Alister le parecía interesante y excitante imaginar que Mindy pasó por aquel cerdo blasfemo y comenzó a tocarse sin poder resistirlo ni un momento más.

Finalmente, entró por una puerta roja en cuyo frente se podía atisbar un ojo inmenso que soltaba destellos refulgentes y parecía tener vida propia. En el pasillo contempló mujeres a las cuáles se les habían injertado pies de cabra y dos senos extra, su lengua era de serpiente y llevaban unos cuernos de chivo implantados en vez de orejas, tenían el cuerpo totalmente tatuado y la vagina ensanchada por una especie de artefacto de naturaleza desconocida que presionaba todo el tiempo. Al ver a Alister, las mujeres, si se les podía llamar así, sonrieron y comenzaron a masturbarse. Al parecer era un saludo, como una bienvenida. El muchacho prosiguió y recorrió diversas puertas, hasta llegar a una que decía Mindy.

Recordó entonces el día en que conoció a Erendy, todos los poemas que solía darle, los paseos por el parque, los juramentos, y estuvo a punto de retroceder. Igualmente rememoró su plática con Yosex, acerca de la sumisión sexual hacia el ser amado y la liberación hacia el ser deseado. Tantas discusiones filosóficas sobre el amor y el deseo, tantas cosas sobre el libre albedrío y el destino, tantas sensaciones. Finalmente, decidió tocar la puerta, pero, para su sorpresa, estaba abierta. Cuando entró, vio a la mujer subconscientemente, maquillándose frente al espejo, recién bañada. Le parecía el ángel de la destrucción, el anticristo de la nueva creación. Nunca había contemplado tan irresistible preciosidad encarnada.

—Acabo de recordar algo —dijo ella—, el estar contigo trajo a mi memoria esa sensación de vértigo. Siento que ya te había visto antes, o al menos sentido.

—¿A qué te refieres? Yo nunca te había visto en toda mi vida, y ahora creo que jamás podré olvidarte.

—Ya lo sé, eres como los demás: un niño. Creo que ya lo comprendí, o algo así he formulado.

XV

–Lo lamento –exclamó Alister, inclinando la cabeza y acercándose a Mindy.

Se recargó en su espalda y pidió disculpas nuevamente, mientras acariciaba los brazos de aquella tonta indiferente. Lentamente, pegó su pene al trasero de esta. Se sentía tan bien y tan caliente. Podía oler esos cabellos perfumados y rubios, y eso era exquisito. Con sus manos, tomó los senos de Mindy y los apretujó, los sacó de ese vestido negro tan transparente y los pellizcó.

–¿Qué haces? ¿Por qué sigues con esto? Yo solo intentaba mantenerme al margen. No sigas, te lo suplico.

Pero Alister ignoró las palabras de la mujerzuela de labios relucientes. Su pene ya rozaba la cola desnuda de aquella mujer. Se excitaba más y más al imaginar a Mindy siendo preñada por su anterior esposo, y aún más al imaginarla con aquel cerdo, pues era obvio que tuvo que haberla follado con violencia.

–Espera, tú no sabes quién soy yo. No debes besarme tampoco, tengo gonorrea y sífilis, no querrás que se te forme un horrible chancro. Estoy toda sucia de la vagina, acaban de follarme tres negros ancianos y se corrieron dentro.

El trágico amante hizo caso omiso de aquellas sentencias; de hecho, hicieron de su excitación un mayor delirio. Tomó a Mindy entre sus brazos y la apretó, introduciendo su lengua hasta el fondo de su garganta, rozando una especie de pared rasposa, quizá fuese su enfermedad, pero ¿qué importaba ya? Ahora su mayor sueño se cumplía: cogerse a una prostituta libremente. Mindy soltó la jeringa con la que se estaba proveyendo de una dosis elevadísima de heroína y gimió, se retorció y besó con más intensidad a Alister, quien desgarró su vestido e introdujo su mano derecha en la vagina de la mujer,

sintiendo una verruga, un borde ingente, pero esto no lo detuvo, sino que lo prendió más. Así fue como la masturbó, atiborrando su vagina con su mano entera hasta que Mindy se corrió y gimoteo delirantemente. La tocaba tan desmesuradamente y se pegaba tanto a ella por la espalda que incluso llegó a levantarla. Su mano ya se atisbaba por el estómago de su nueva princesa oscura, cuyos senos revoloteaban más que nunca. El maquillaje le escurría y ella podía tragarlo, sus cabellos mojados se agitaban, su respiración ensimismada era ingente, su posición indignante, y su vagina tan abierta que, llevada por un acto de locura, introdujo todo el brazo de Alister, lo cual le ocasionó un orgasmo demencial.

—¿Te gusta, maldita ramera? —inquirió Alister con lascivia.

—¡Tú qué crees, ni siquiera tienes que preguntarlo! ¡Tan solo cógeme como jamás cogerías a tu novia! Lo sé perfectamente porque tu corazón es infiel y sumiso.

En esos instantes algo en el subconsciente de Alister despertó, un recuerdo ya muy lejano. Eran un rostro y una voz, una figura, pero no reconoció de quién y continuo con el pecaminoso e inevitable acto. Desgarró por completo la poca ropa de aquella hermosa prostituta, toqueteando sus preciosas piernas. Sentía su pito a reventar, incluso le había ya desgarrado el pantalón. Nunca había sentido tal excitación, tal deseo que ni siquiera él era capaz de controlar. Se hallaba temblando y suplicando por sentirse dentro de esa mujer, como si eso compensara una deuda más allá de esta vida.

—Pero ¿por qué hacemos esto, Mindy? ¿Esto es lo que somos solamente? ¿Aquí converge la existencia? —preguntó Alister agitado, mientras se posicionaba sobre ella.

—Esto es lo que tú quieres. Los instintos humanos nos destruyen internamente si no se satisfacen. Nuestra naturaleza no es la pureza ni la divinidad, sino todo lo contrario. Deseamos aquello que nos lastima, mataríamos por abrazar los demonios más oscuros de nuestra mente. Aunque todos los nieguen y lo repriman, muy en sus adentros, más allá de los confines de su subconsciente se hallan deseos y perversiones, incestos, orgías y todo tipo de parafilias y demás. La mente humana es el único lugar donde se

pueden mezclar la belleza y la tristeza, la suciedad y la pureza, la razón y la locura, las personalidades que conforman el ser eterno.

–Y tú ¿cómo sabes eso? ¿Cómo estás tan segura?

–Eso ¿qué importa ahora? ¡Penétrame ya, que no resisto más! ¡Necesito sentir tu pene adentro, moviéndose en todas direcciones, intentando fundir algo más que lo físico!

Alister olvidó esas meditaciones tan ridículas y complejas. Sostuvo los senos de Mindy y los apretujó hasta sacarles leche y sangre. Acto seguido, introdujo su pito con tal violencia que la sometida soltó un grito horroroso. Entonces comenzó a follarla y a desgarrarle lo poco que le quedaba de vida, incluso la cama se rompió. Todo el lugar parecía un infierno, la música sonaba con más fuerza, los cuerpos estaban pegajosos, el esperma de humanos, animales y quién sabe qué otras bestialidades infames soltaba su peculiar aroma. Y el excremento y el vómito adornaban las paredes del lugar. *Mister Mimick* permanecía en su trono, una enorme silla con dos escuadras cruzadas y en la cima una pirámide gigantesca que fulguraba un extraño matiz azul muy oscuro. Al parecer, se estaba preparando para entrar en acción, pues se hallaba levitando.

–¡Más, más por favor! ¡No pares, desgárrame los intestinos! ¡Hazme trizas el útero, revuéntame las ampollas de la sífilis!

Alister se hallaba en un estado de demencia tal que gozaba rozando su pene con las verrugas infecciosas de Mindy, quien ya tenía empapadas las sábanas, pues se había venido más que nunca. Y ni siquiera con esos negros, con ese asqueroso cerdo adicto a la pornografía, con esos animales y bestias, con ninguno de ellos había alcanzado un placer igual. Ahora comparaba la cogida que estaba recibiendo del joven de ojos impecables con la iluminación que sintió al recibir el esperma de *Mister Mimick* en su boquita haberlo tragado todo.

–¡Chúpame la vagina! ¡Hazlo, anda, que quiero correrme en tu boca! ¡Necesito que pruebes mi chancro para poder tener un orgasmo como nunca! –vociferó Mindy empapada en sudor.

Alister ni lo dudó, se lanzó contra aquella asquerosidad impregnada de enfermedad. Lamió una y otra vez, mordió y tragó incluso las excreciones que se mezclaban con el líquido vaginal. Degustó con locura aquella mezcolanza infame y se calentó más, recordando relatos de hombres que irresponsablemente habían hecho lo mismo con mujerzuelas, pero ¿qué más daba ya? Igual la vida no tenía sentido alguno, era preferible aquello que el tedio cervical de su existencia. Finalmente, Mindy acabó y al infiel sumiso le pareció que bebió más de un litro de corrida. Sabía tan delicioso aquello que emanaba a borbotones de esa vagina infectada, quizás hasta tragó una de aquellas ingentes verrugas, pero eso lo prendió más todavía.

Seguido de lo anterior ambos se besaron como nunca, para después Mindy lanzarse e introducirse el pito de Alister en su boquita. Lo llevó hasta su garganta, lo devoró tanto y tan bien. Lo hacía pensando cómo su esposo nunca pudo satisfacerla de ese modo, pero ahora era indiferente a todo, incluso a ser la mayor puta alguna vez conocida. De pronto, fue tan enferma la manera en que arremetió contra ese trozo hirviendo que Mindy regurgitó, vaciando una pestilente mezcolanza de cuanto había ingerido horas antes en el duro pedazo. Lejos de detenerlos, esto los excitó aún más, si es que se podía. Y así, bañado en vómito, la ramera desquiciada se colocó en cuatro patas, para recibir por su ano aquel miembro que la llevaba a la locura.

...

Lejos de aquella depravación en la que había caído Alister, se hallaba una mujer cuyos sueños en la vida se habían visto frustrados por un hombre que jamás había amado. Ahora, creía tener una oportunidad de ser feliz, si tan solo...

—Es muy guapo e inteligente, lo tiene todo para triunfar y ser feliz —pensaba Vivianka en su tiempo libre en su consultorio—. Si tan solo lo hubiera conocido antes... En verdad él tendría que ser mi novio, ¡qué lástima, qué desperdicio!

—¿Qué haces? ¿Tienes tiempo de revisarme? —inquirió una voz que abrió la puerta de golpe ¡Se trataba de ella misma, de Vivianka, pero más joven!

–Sí pasa, ahorita no tengo pacientes –respondió Vivianka sin saber qué hacer.

La Vivianka joven se acomodó y esperó. Vivianka, la dentista aviejada, dispuso todo en orden para la revisión. Al cabo de poco tiempo se percató de que solo era necesaria una ligera curación. Se hallaba en trance ante su mismo yo de hace años.

–Y a ti ¿no te parece que Alister es demasiado guapo?

–¿Para quién? ¿Para Erendy? –replicó Vivianka, la vieja, confundida.

–No, no es eso. Lo que quiero decir es que nosotras nunca hallamos a alguien como él. Yo tuve oportunidad de ser feliz con otras personas, pero quizás el destino me llevó a esto, a esta miseria para conocerlo a él.

–Tú te estás volviendo loca –afirmó Vivianka, la vieja, desternillándose–. ¿Qué acaso no eres feliz con tu marido? Digo, no es lo mejor que hay, pero ya tienes responsabilidades.

–Yo podría decir lo mismo de ti. Además, no tiene algo de malo pensar cosas, es diferente a hacerlas.

–Cálmate, péfida. Yo pienso que eres una mujer madura y guapa, muy responsable, y que seguramente podrás hallar a alguien que te aprecie. Tan solo divórciate o, sino, ¡mátalo! Es preferible eso, que busques a alguien de tu edad y dejes a tu marido, en vez de perturbar otras relaciones.

Vivianka, la vieja, se quedó pensativa, se levantó y se miró en el espejo. Tenía ya arrugas y lucía cansada, pero era hermosa con su piel blanca, sus bellos ojos tan relucientes y negros, sus cabellos y ese contraste que hacían con sus labios rosas y carnosos, sus dientes impecables. Se sonrojó y creyó lo que su yo joven había dicho. En el fondo, sabía que su corazón ahora solo velaba por un hombre.

–Supongo que tienes razón, pero dime algo de forma sincera. ¿Tú no has sentido atracción por Alister, aunque sea un mínimo?

La Vivianka joven se puso seria y guardó silencio, luego recupero su

característica sonrisa y su cara se tornó en una mueca pícara.

–Pues no lo sé. La otra vez lo pude observar mirándonos fijamente las piernas, parecía embobado. No he comentado algo de eso a Erendy, seguramente no lo creería.

–Y a ti ¿te gustó que te viera las piernas? –preguntó Vivianka, la vieja, ahíta de curiosidad.

En realidad, Vivianka siempre había sido muy religiosa, nunca había vestido indecentemente. Siempre seguía los preceptos que le fueron inculcados, asistía a misa, estudiaba, no provocaba de ninguna forma a sus pacientes, era muy seria y comprometida, además de fiel y honrada. De hecho, había perdido la virginidad hasta su luna de miel. Por otra parte, en su interior era todo lo contrario. Había soñado con perder la virginidad tan pronto como pudiese, se acostaría con bastantes hombres y hasta mujeres, según decía. Gustaría vestir provocativamente y coquetear con todo mundo, aunque respetaría las relaciones ajenas. ¡Cuántas cosas se había guardado con tal de perdurar en su falsa moral! Y es que el peso de sus padres en su educación le impedía ser libre y desbordar su imaginación, su potencial estaba siendo contenido por viejos preceptos.

–Pues eso tampoco lo sé. Todos somos un mundo, las sensaciones son peculiares. Pero, si tengo que responder, te diría que sí me excitó un poco que contemplara nuestras piernas, aunque intentar algo con él jamás sería una posibilidad para mí.

–Ya veo, pero esto queda entre nosotras dos, ¿no es así?

Vivianka, la vieja, terminó de curar a la Vivianka joven y se quedó en su cuarto cavilando mientras esta última se marchaba. ¿Por qué ella, que siempre había sido como una monja, ahora deseaba a un hombre prohibido? ¿Qué clase de cosas ocurrían en su mente? ¿Por qué no podía simplemente desechar esas fantasías tan ignominiosas? No lo comprendía por más que lo pensaba. El timbre sonó y ahora un nuevo paciente esperaba. Vivianka entonces interrumpió de momento sus elucubraciones y tan solo suspiró, imaginando qué estaría haciendo Alister en esos momentos. Cuando despertó, o creyó

hacerlo, se aterró al pensar que era víctima de alucinaciones y una demencia mal parapetada.

...

—¡Reviéntame de una vez! ¡Párteme como un demonio! ¡Viólame, malparido! ¡Lléname de ti! —exclamaba Mindy, vuelta una auténtica demonia de la concupiscencia.

Alister ni siquiera podía pronunciar palabra alguna, estaba endiabladamente excitado. Sentía que algo en él iba a explotar, su pene estaba más erecto que nunca. Lo sacó entonces del ano de la floreada, se hallaba embadurnado de excremento, vómito y fluidos. Acto seguido, Mindy lo chupo y ambos volvieron a besarse ominosamente.

—¡Nadie me lo había hecho como tú, y ahora quiero que me penetres la vagina una vez más, tan duro como puedas, tan violentamente que me desangre por dentro!

Diversas posiciones fueron adoptadas: Mindy sentada sobre él, pegando su sudoroso trasero a las piernas de Alister y enterrándose cada vez con más fuerza. Se sentía casi empalada, gemía vilmente como una perra que brama en deseos de ser follada. Luego, evidentemente más versada sobre estas cuestiones, enseñó al sumiso moral otras tantas posiciones que este jamás hubiese imaginado.

—¡No lo saques, por favor! —pidió Mindy con los ojos en blanco y los senos ensangrentados y morados—. ¡Déjalo ahí, échamelos adentro! ¡Necesito sentir tu espermia caliente escurrir por mi vagina!

—Pero es peligroso, ¿qué tal si...? —replicó Alister en tono modesto—, o ¿es que acaso tú no puedes...?

—¡Eso no importa, cariño! ¡No podría tener un hijo, me estorbaría! ¡No te preocupes por eso ahora, solo imagina que me preñas!

Alister dudó, pero no paró. Ya no resistía más, toda esa barahúnda de emociones y deseos habían salido a flote. Incluso su máximo anhelo, su perversión más delirante, se estaba cumpliendo. Ya no se reconocía a sí

mismo, a ese joven poeta con esperanzas de cambiar el mundo, a aquel que conocía la verdad, que distorsionaba la realidad y soñaba con utopías inmarcesibles.

—¡Ya córrete! ¡Ya no puedo yo más! ¡Préñame! ¡Hazme un hijo! ¡Quiero sentir cómo se une tu esperma con mi óvulo! ¡Quiero tener un retoño tuyo y que me violes estando embarazada!

Eso fue lo que detonó en Alister aquella endiablada excitación. Sin resistirlo más, dejó escapar la mayor corrida de su vida, embruteció cada ser interior que en él se hallaba, descargó con todo el ahínco y emoción de que era presa ese líquido espeso y blanquizco, llenó el interior de esa ramera con su semen. Quizá la había ya preñado, o se había contaminado de alguna enfermedad, pero no importaba, era absurdo igualmente. Tal como ambos lo añoraban, el esperma, ya menos espeso, escurrió por las piernas exquisitamente, mientras Mindy seguía aún revolcándose debido a los orgasmos tan inimaginables que había experimentado. Ambos se recostaron unos momentos, muy breves de hecho, para luego mirarse fijamente y ponerse de pie.

Alister entonces observó a Mindy indiferentemente y le pareció una mujer de lo más hermosa, pero sintió lástima por ella, y más por él. Ya había satisfecho su torvo deseo y ¡de qué forma! ¡Ya había cogido a una puta y la mejor de todas! Tal como lo esperaba, su vacío fue mayor aún. Todos los recuerdos de Erendy y esa dulzura, esa sinceridad, aquella beata figura que había presenciado al comenzar a penetrar a Mindy, los besos, las caricias, el entendimiento, el amor, lo había perdido todo. Se había convertido en un humano más, en otro ser común presa de sus pensamientos sexuales.

—No debes sentirte mal por esto —exclamó de pronto Mindy—. Los humanos somos así, ya te lo dije.

—Pero yo no quiero pertenecer a esta humanidad —replicó el joven con lágrimas en los ojos.

—Eso es imposible. Además, alguien como tú debe vivir y aprender muchas cosas.

Alister parecía estar en trance, todo lo que podía ver en su mente era el día en que Erendy y él se habían conocido.

–Pero ¿se puede amar a alguien y, aun así, desear a otra persona?

–Yo no soy quién para contestar esa pregunta. Soy una adicta y una puta ninfómana, ¿por qué supones que yo sabría eso? Búscalos en tu interior, tú sabrás la respuesta y entonces un gran peso caerá de tus espaldas.

Tan pronto como apareció se fue la mujer de las contradicciones, dejando únicamente el fugaz recuerdo de sus besos, su cuerpo y sus ojos rebosantes de laderas eviternas. Tan solo dio un beso en la mejilla de su compañero de cama, impregnando su peculiar perfume, y se largó tan rápidamente como había entrado en su vida, tan indiferentemente como lo era para ella la filosofía, el sexo, el dinero, la vida, existencia, el universo y él. Quién sabe, quizás alguna lección tendría que aprender, tal vez solo estaba mostrándose tal cual debía ser la imaginación envilecida y nublada por la realidad.

Pasado un supuesto periodo de tiempo, sonaron unas trompetas, el cuarto comenzó a vibrar. Alister entonces sintió un sinfín de cosas revolotear en su cabeza, estaba demasiado confundido y mareado. Repentinamente, unos seres entraron, parecían flotar, sus pies no tocaban el suelo. Llevaban unas máscaras de animales, sus cuerpos eran delgados, parecidos a un extraterrestre, sus manos esqueléticas tenían un color anaranjado. Cuando se quitaron las máscaras, el carcomido solitario pudo experimentar un horror más allá del cósmico, pues esos infames hombrecillos representaban lo horripilante en su máxima expresión. Lo sujetaron de los brazos y lo llevaron consigo, se elevaron hacia un mundo distinto. Se alejaban cada vez más y más hacia un desolado paisaje perdido en la inmensa y espesa niebla absurda. Y tal sitio en decadencia espiritual, según escuchó, era llamado el mundo humano.

Al despertar, Alister se hallaba en un lugar que le era familiar. Comenzó a moverse, indagó y halló en las banquetas a muchos borrachos, virando más allá pudo divisar mujerzuelas y clientes ansiosos. Entonces tuvo plena consciencia de dónde estaba, justamente en donde comenzó toda esa aventura. Como un loco, trató en vano de hallar el número del edificio en donde vivió

aquella travesía tan adusta. Se percató de que sencillamente no existía tal sitio, pero quizás él tampoco, así que se tranquilizó. No podía haberse tratado de un sueño, claro que no, pues las sensaciones fueron más bien superiores a las de esta vida. Además, su cuerpo tenía marcas, se sentía adolorido y débil, y su miembro parecía haber sido empapado por una cantidad inmensa de fluidos. ¿Podría ser todo solo una gran confusión? ¿Acaso experimentó una realidad en otro universo? El tiempo, tal como lo imaginaba, se hallaba en su estado irreal tras su desaparición; esto es, se había congelado, y ahora incluso era extraño sentir que su cuerpo obedecía a los mandatos de aquella sugestión. Sin hallar respuestas para tan intrincadas cuestiones, optó por regresar a casa sin ser ya él mismo.

XVI

Mientras el filósofo prosternado andaba hacia su hogar, rompió en llanto. Sus vívidas memorias sobre ese revolcón con Mindy lo atormentaban, y pensar en Erendy no servía ya de nada, pues todo se había ido al carajo. Se consoló pensando que, de cualquier modo, todo era un sinsentido. Sí, todo era una irrelevante mentira que todos solían creer, eso era la existencia. Detrás de él, merodeando como lo que eran, unas sombras risueñas y sátiras se regocijaban, parecían contentas y se retorcían infamemente. Cuando entró en su casa, Alister sintió cómo algo lo atravesaba por el corazón, pero algo no material, como una herida en otra parte de él, una más intrínseca. Miró entonces su pecho y una especie de tentáculo fantasmal, de un azul raramente oscurecido, lo había atravesado en verdad.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué has llegado tan noche? ¿Andabas de fiesta con tus amigos? Erendy te estuvo marcando —comentó su madre, ya más tranquila por la presencia de su hijo en el hogar.

–Es que un amigo nos invitó a su casa –mintió Alister, como últimamente era su especialidad–. Además, no es tan tarde, no debes preocuparte así.

Grande fue su sorpresa al observar el reloj detenidamente, el que colgaba de la pared. Se había duplicado el periodo que había calculado basándose en la hora que miró cuando regreso de aquella inexplicable realidad. Ahora le dolía algo más que el cuerpo, así que no mencionó una palabra, solo se despidió de su madre y se fue a dormir. Esa misma noche, en un lugar lejano, Erendy se durmió preocupada por Alister, pues este no había contestado sus mensajes ni sus llamadas, pero dicho asunto pasó a segundo término debido a que una dolencia de estómago intensa la aquejaba. Cuando finalmente logró conciliar el sueño, tuvo uno muy peculiar.

Se hallaba en una habitación tranquila, parecía ser una reunión lo que se llevaba a cabo. Había adultos y niños, como un cumpleaños infantil, todos reían y se divertían. De pronto, tres niños entraban y solicitaban un juego para comer, compuesto de cucharas, cubiertos y cuchillos. Los adultos afablemente concedían la petición de aquellos inocentes mocosos. Cuando sin poderse reconocerse, tan solo con una visión en primera persona, seguía a los niños, se encontraba con que estos cruzaban un pasillo muy gélido cubierto por bugambilias semicongeladas, llegaban hasta un cuarto y se encerraban. Ella decidía no molestarlos, pero, al cabo de unas horas, le parecía extraño no haber vuelto a ver a esos niños ni a los demás. Se dirigía al cuarto donde parecían estar reunidos todos los infantes, pero, al abrir la puerta, se llevaba una gran sorpresa: los cuerpos de todos los niños estaban mutilados de formas vomitivas e imposibles, destazados de maneras tan diversas y con cortes tan repulsivos que daba la impresión de que algo los había desgarrado desde dentro. Casi estaba a punto de vomitar cuando aparecieron de la nada los tres niños que habían ido a solicitar los juegos para comer.

–Pero ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué ocurrió con esos niños?

Los tres sobrevivientes simplemente mostraban a Erendy los cuchillos y los cubiertos ensangrentados.

–¿Ustedes hicieron todo esto? ¿Cómo es que pudieron?

–No –respondió uno de ellos–. Nosotros no fuimos, solo ayudamos.

–¿A qué te refieres con eso? ¿A quién le ayudaron?

–Ellos estaban sufriendo –afirmó otro de los niños–. Ellos nos pidieron que los ayudásemos, que les sacáramos *la cosa* de su interior, porque los estaba quemando. Nosotros solamente cumplimos su voluntad.

–Ellos fueron desgarrados desde el interior, pero hicimos el proceso más rápido, les evitamos bastante sufrimiento –afirmó el tercero.

–Y ¿qué es eso llamado *la cosa*? ¿Está aquí aún?

–No lo sabemos, quizá sea solo una metáfora. Creo que se referían a eso –indicó uno de aquellos menores señalando detrás de Erendy.

Al virar, Erendy encontró ahí una especie de masa contorsionándose y burbujeando, de un tono muy oscuro, pero a la vez azul combinado funestamente con negro. Se trataba del mayor conglomerado de porquería que alguna vez hubiese visto. Sin duda, lo que más grabado se quedó en ella fue el extraño olor que desprendía esa cosa, mil veces más desagradable y repugnante que oler perro podrido, parecía que lo que se estaba pudriendo eran los sueños de aquellos niños destazados. Despertó sobresalta, agitada, sudorosa y sin poder recordar cómo terminaba aquel quimérico sueño. De algún modo, sabía que no terminaba allí lo que soñó, algo más acontecía, pero era incapaz de sumergirse en su memoria subconsciente para traerlo de vuelta. A final de cuentas, tenía esa clase de sueños y alucinaciones todo el tiempo, no era tan raro, siempre era atormentada por una posible esquizofrenia, o, posiblemente, algo más allá de este plano. Revisó su teléfono y, al ver que Alister no había respondido, decidió volver a dormir. Al fin, logró conciliar el sueño después de mucho esfuerzo, mientras reflexionaba sobre cómo podría interpretar aquel infame escenario.

Un nuevo día se asomaba, el sol irradiaba con fuerza, el día ya nimbaba y Alister, aún afectado por lo sucedido, despertaba sumamente adolorido y con la sensación de que su vida se acortaba misteriosamente. Decidió apresurarse, se bañó, ni siquiera desayunó y partió para ver a Erendy. En el camino, meditaba acerca de sus últimos años, tan controvertidos y en constante

cambio. Para él, cualquier tipo de situación feliz no era sino un espejismo de la necesidad intrínseca del humano por satisfacer sus falsas percepciones del mundo. La espesa bruma que lo envolvía, y todas sus ideas, no podría alguna vez contarle a alguien, ni a Erendy ni a su madre. En el fondo, corroboraba lo que tantas veces había leído: que, a final de cuentas, ningún humano es capaz de entender a otro, únicamente nos acostumbramos a ser escuchados.

—Mira ese periódico, esa noticia no la había visto, al parecer ocurrió apenas ayer. Pero ¡qué clase de funesto loco haría algo así! —balbuceaban unos mocosos que pedían limosna.

—¡Lárguense de aquí, niños! No ven que me espantarán la clientela; además, ustedes ni saben leer —replicaba un viejecillo amargado que era el dueño del puesto.

Pero los niños estaban pavorosos y ensimismados, incluso sin saber leer. Las imágenes eran tan sugestivas que seguramente tendrían con qué espantar el hambre un buen rato. Se leía entonces en el diario lo siguiente:

¡Le traía ganas y se la come!

En la madrugada del día de ayer, la policía, en la persecución de una huella criminal, halló un lugar donde se practicaba la magia negra y se rendía culto a antiguas deidades desconocidas hasta ahora. Al entrar, los agentes percibieron un olor tan pestilente que solicitaron apoyo y cubrebocas. Ya con todo el equipo listo y con los refuerzos, se animaron a entrar con más confianza, pero lo que estaban por atisbar en la profundidad de aquel sitio maltrecho y ruin era digno de una novela de horror de clase mundial. Encontraron ritos, libretas con oraciones en idiomas desconocidos y diversos instrumentos de tortura sexual, tal parecía que alguien disfrutaba explayando todas sus perversiones. Finalmente, en lo que parecía el cuarto principal, al abrir la puerta, fueron atacados por un enjambre de moscas alborotadas y luminosas, para contemplar después los cuerpos de diversas mujeres en avanzado estado de putrefacción; especialmente, una con quien parecía se habían divertido apenas la noche anterior, pues pendía de unas cuerdas, batida en mierda, con los cabellos arrancados, sin dentadura y los ojos se hallaban incrustados en sus senos.

Los análisis posteriores, inmediatamente realizados y publicados esta mañana, han revelado, a primera vista, que se ha practicado necrofilia con aquellos cuerpos putrefactos, pues hay restos de esperma muy recientes, además de que se ha practicado con ellos sexo anal, oral y lo más grave, ¡el depravado se comía a sus víctimas! Había una parrilla y diversos instrumentos de cocina donde descansaban dedos, brazos, piernas, narices, orejas, senos, labios vaginales, sesos, intestinos y toda clase de órganos en un estado tal que parecían estar dispuestos para comerlos, ¡algunos estaban asados y preparados con salsas, cremas y hasta hierbas de olor! Por ahora, eso

es todo lo que han dicho las autoridades, no se tiene más información al respecto, no se ha logrado identificar a las víctimas por razones obvias de descomposición, pero seguramente los posteriores análisis lo lograrán. Únicamente se halló una pequeña esfera azul con un ángel llorando en su interior, pero nadie sabe de su procedencia, se sospecha que podría ser de la última víctima por la cercanía a su cuerpo.

Alister terminaba apenas de leer el informe, pero se ensimismó horriblemente. Había abierto el periódico, pues la curiosidad lo consumía, algo de ello le era raramente familiar, pero ¿por qué? ¿Qué había en toda esa calamidad estrepitosa que se relacionase con él? No lograba comprenderlo, pero tampoco salía de sus pensamientos. Esperó, podría llegar un poco más tarde con Erendy. Al fin y al cabo, ella estaría ocupada con sus labores. Decidió mirar con más detenimiento las imágenes, para lo cual compró el diario, ya vería cómo aprovecharlo más tarde, ahora eran otras sus intenciones.

—¿Dónde he visto esta esfera azul? —se cuestionaba—, en algún lugar cuyo recuerdo me es lejano. ¿Algún sueño quizá? No lo creo, me parece que se relaciona con una mano.

Los chiquillos siguieron pidiendo limosna y Alister dio unos cuantos centavos a alguno de ellos. En el cruce de las avenidas, una chica ciega se proponía atravesar cuando de pronto algo llegó como un relámpago.

—¡Quítate de ahí! Ya viene el camión ¡Oye tú! —gritaba desesperada una ancianilla a una joven de ojos vendados que parecía permanecer voluntariamente en medio de la calle.

El falso profeta se dispuso a salvarla, pero fue el momento en que ese relámpago fulminó su cabeza, llegó como un martillazo de magnitud incomparable e hizo rebotar todo en él. ¡Ya lo recordaba! ¡Ya sabía dónde había visto esa traicionera esferita azul con ese ángel llorando en su interior! ¿Cómo pudo haberlo olvidado? ¿Qué clase de memorias guardaba al igual que esta, tan escondidas en su subconsciente? ¡Esa infeliz mujer, la de aquella fiesta el viernes 24! ¡Pamhtasa!

—Pero ¿cómo carajos había terminado en ese sitio? —se cuestionaba enconadamente.

No lograba recordar con claridad lo acontecido aquel viernes 24. Tenía dolor de cabeza y rememoraba que esa mujer se había comportado de modo extraño después de un tiempo, parecía haber perdido la dignidad. Por esos derroteros discurrían las reflexiones de Alister, quien ya ni siquiera se preocupaba por la hora, se hallaba sumergido en un hondo océano que no lo dejaba tranquilo. No sabía cómo ni por qué, pero presentía conocer algo, un detalle, una memoria diáfana que solo él guardaba en su interior y que le conferiría el dilucidar al responsable de aquel sacrilegio sexual e inhumano. Ni en sus más recónditas fantasías había logrado experimentar tales delirios, o no estaba seguro.

La naturaleza humana se torna misteriosa en muchas ocasiones. Regularmente la ciencia y lo considerado aceptable logran explicar la mayor parte de las cosas mundanas; por otro lado, cuando se trata de trastornos o ciertos aspectos de la mente, se presenta una inmensa gama de posibilidades. La psicología y sus compañeras científicas no son eficaces en casos tan peculiares, pues su método generalista es contradictorio con la complejidad del pensamiento. Así como lo anterior, existían diversas ideas que revoloteaban en Alister, quien se encontraba siempre en un estado de persecución interna. No lograba entender la unión de las diversas corrientes filosóficas, ni tampoco fraguar su criterio respecto al conjunto de religiones y la tan recurrida e idolatrada ciencia. Le parecían banales las metas que las personas argüían tener, únicamente incrustadas en ellos por sus padres y el medio desde el nacimiento. Y, sobre todo, el tema de la sexualidad reprimida y los deseos más intrínsecos y ocultos en los corazones de los humanos lo atormentaban. Buscaba el entendimiento de una fuerza más allá de lo que las simples manos mortales pudiesen sostener.

Su mayor tormento tenía que ver con el azar, la suerte y el destino. Había escrito un ensayo sobre diversos temas, que pensaba extender a un tratado filosófico. Le entristecía saber que actualmente existen procesos rigurosos para la publicación de artículos según científicos, los cuales no contribuían al desarrollo de nuevas teorías e ideas. De este modo, su opinión tan diferente sobre la vida y, en general, cualquier cosa, quedaba de manifiesto en los ensayos que incansablemente escribía mientras todos en su casa

dormían. Su habilidad para aprender era incomparable y constantemente se reprochaba a sí mismo, se exigía demasiado, se avergonzaba de sus deseos sexuales mal reprimidos y manifestados en masturbación excesiva y una excitación desmedida por la infidelidad. Se preguntaba si tales cosas, difícilmente sostenibles, vencían finalmente al cuerpo y lo convertían en un esclavo a merced de cualquier placer carnal y terrenal.

Indubitablemente, analizar el azar era su pasatiempo. Planteaba situaciones intrincadas en las cuales buscaba las respuestas improbables a sus conjeturas. Había estudiado probabilidad y el tiempo, en un primer intento científico por lograr tan anhelada comprensión. Más tarde entendió que esta concepción matemática utilizada por los físicos, ingenieros y demás vulgo científico no le conduciría a algo más allá de lo escrito en libros. Por estas razones se había inclinado al lado filosófico, y, al ver que este lo jalaba hacia un agujero sin fondo, cayó plenamente en las fauces del esoterismo y el ocultismo, donde actualmente buscaba sin descanso la forma de predecir el futuro, de controlar el azar y el caos, de estudiar la entropía y que el tiempo fuese algo más que una dirección, un ciclo sería una mejor concepción.

En algunos de los ejemplos que se planteaba se imaginaba un choque automovilístico. En esta situación, tantas veces pensada, colocaba los factores en cierto recipiente, tales como el estado de ebriedad de los conductores, el clima, el estado de la carretera, etc. Todos esos factores en cierta forma podían depender del humano. Sin embargo, esto resultaba ínfimo a final de cuentas. La cantidad de factores que realmente las personas han dilucidado de la naturaleza es un chiste. Se hallan variables ocultas casi en cualquier parte. Entonces, una vez producido el choque, se cuestionaba si este había ocurrido aleatoriamente o si representaba la convergencia de una clase de destino. Justamente a esa hora se producía el choque, ni antes ni después, justamente esas personas encontrándose, ¿por qué no otras?, ¿por qué ellas? Tanta coincidencia era sospechosa. Al final, el tiempo y el espacio eran fútiles y engañosos.

De análisis como estos desprendían los altos en los cielos si todo cuanto acontecía en las vidas de los humanos era producto del azar o si se trataba de una telaraña o cadena de eventos que iban ligados y en cierta forma estaban

destinados a ocurrir. Se complicaba el asunto si se agregaba el factor de dios o el de la modificación del sistema por parte del observador, si la voluntad jugaba algún papel. Y así, se perdía durante horas el exiliado, en paseos cuyo único fin era el de meditar sus pesquisas mentales, alimentar ese nihilismo y tratar de engañar al vacío existencial. Las dudas lo carcomían tan pronto como despertaba, quizá buscaba algo que no existía en esta realidad.

–Hola, ¿por qué tan serio? –inquirió una voz chillona que interrumpía los pensamientos del joven filósofo.

Al virar, Alister atisbó un rostro conocido, se trataba de Yosex. Qué extraño resultaba la aparición de su amigo cuando exactamente se encontraba meditando y formulando absurdas teorías en torno al azar, un tema intrincado y raro que pocos se atrevían a estudiar. Incluso, el asunto de la buena o mala suerte lo atormentaba día y noche. ¿Acaso azar y suerte eran sinónimos? Y ¿qué hay de la voluntad de nosotros y la de un posible dios? ¿Qué sería el destino sino el límite donde convergían todas las probabilidades para una misma entidad bajo distintos ángulos?

–¡Qué tal, Yosex! Hace ya unos días que te desapareciste. ¿Qué haces por aquí?

–Pues ya ves, amigo. Vengo a una entrevista aquí a la vuelta. Me encuentro buscando trabajo porque debo mantener a mi madre y mi abuela.

–Ya veo –afirmó Alister con indiferencia–. Suele pasar así, que uno debe vivir por otros, quizá sea ese un gran y filántropo engaño.

–Sí, tal vez. Yo por mi parte creo que debemos vivir y ya, siendo indiferentes ante un posible sentido o sinsentido. He estado cavilando acerca de mis deseos más profundos.

–Sí, desde luego, cuéntame más... –exclamó para seguir escuchando a su amigo.

–Me siento perdido, no tengo deseos de hacer algo en la vida, todo transcurre mientras yo me mantengo impertérrito en el absurdo.

–Pues ya somos dos entonces. No sé qué es más triste, si abrir los ojos o

cerrarlos ante la vida.

Como por arte de una fuerza misteriosa, esa que Alister hubiese negado tanto y que probablemente el alma torpemente añora embeber, miró la mano callosa de Yosex. Algo ahí faltaba, algo que Yosex le ensañase con orgullo, un símbolo que ostentaba con placer y vanidad. La charla se prolongó durante más tiempo, conversaron acerca de temas escolares y cualquier otra bagatela. Finalmente, Yosex tuvo que partir para brindar una asesoría, cosa que realizaba extra a su trabajo debido a las necesidades de su familia. Hacía tiempo que necesitaba tiempo para sus proyectos, aunque no tuvo éxito, según contó a su amigo, misteriosamente nunca mencionaba cuáles eran éstos. Alister lo conocía demasiado bien, o eso creía; era un tipo perseverante a pesar de todos sus complejos y muy brillante en los asuntos académicos. De hecho, Yosex había sido mencionado honoríficamente en semestres pasados por ser el mejor estudiante de la universidad.

Ya pasado un tiempo de la partida de Yosex el aire se había tornado denso y una neblina infame cubría los cielos. Alister recordó, al fin, lo que necesitaba, ya sabía en qué sitio había observado esa peculiar esfera azul ¡Era la misma que Yosex portaba como pulsera días atrás! Pero ¿qué hacía ahí? ¿Podría ser una copia o...? Además, ¿por qué Yosex la tenía? Era la cuestión que llegaba nuevamente a su cabeza, como intentado huir de él mismo. Fue entonces cuando recobró plena memoria, y quizá más de lo que debería haberlo hecho. Inmediatamente resolvió asistir personalmente a la casa de Yosex y esclarecer con ello todo este asunto que recién hoy era publicado, olvidándose por completo de Erendy; tan solo envió un mensaje para avisar que quizás ese día estaría ocupado.

Con premura, se apresuró, y, mientras caminaba presurosamente hacia un destino recién originado, se sumió nuevamente en profundas elucubraciones. Abordó el transporte público consciente de que, al bajar, podría confrontar a Yosex y averiguar qué rayos estaba pasando. Una idea funesta surgió en su cabeza y resolvió no pensar en ello ni darle importancia por ahora. Justamente en esas estaba cuando los intrépidos giros que ocasionaba una fuerza misteriosa e imposible de controlar se impusieron. Esa misma energía que Alister suponía podía ser una mezcla entre una deidad

superior, el azar, la suerte, la aleatoriedad, una telaraña de factores y sucesos dirigidos, una múltiple partición de un mismo ser y tantas otras concepciones y términos que invadían sus reflexiones; todo en conjunto se llamaba libre albedrío o, quizá, destino.

XVII

Igualmente, recordaba las teorías de las supercuerdas y cómo se hallaban las formulaciones de la mecánica cuántica en una singular y hasta perpleja concomitancia con lo que algunas religiones afirmaban. El principio de incertidumbre lo cavilaba una y otra vez. En verdad era posible que el observador perturbara el sistema a tal grado de originar con sus decisiones múltiples universos, o ¿era solo parte de la ciencia ficción? Los viajes en el tiempo, pero ¿qué era el tiempo? Al igual que los sueños, tan ahítos de locura y rareza. Muchísimas cosas imposibles de enlistar estaban conglomeradas ahí, en lo más recóndito de su ser, donde nada ni nadie podía extirparlas. Esas inquietantes dudas lo perseguirían hasta sus últimos días. Ya estaba por llegar a la estación donde debía bajarse para confrontar a Yosex cuando se anunció una falla grave en el servicio, mencionando que no sería posible que el tren continuara su rumbo, razón por la cual los pasajeros debían bajar y buscar nuevas rutas en sus destinos. Qué curiosa resultaba la última parte, nuevos destinos o algo así entendió debido a lo distorsionado de las bocinas.

—¡Con un demonio, esto es lo único que faltaba! —farfullaba un viejo andrajoso que se recién se había sentado.

—Siempre, cuando uno más lo necesita, pasan estas cosas. Seguramente se debe a mi mala suerte, eso debe ser —exclamaba un señor pelón ataviado con anillos de oro.

—Por favor, dios mío, haz que el tren avance de alguna forma —clamaba una jovencita desesperadamente—; de otro modo, perderé el examen de álgebra

y seré expulsada definitivamente del colegio.

Algunos otros pasajeros, los menos, se mantenían impasibles. En su mayoría, se podían escuchar maldiciones, reclamos y ofensas. Pero ¿hacia quién eran esas imprecaciones? Algunos atribuían a ciertos dioses la culpa, otros decían que era la mala suerte, otros tantos se ufanaban y culpaban al conductor o a los responsables del servicio en general; también estaban aquellos que se mostraban comprensivos y al abrirse las puertas esperaban tranquilamente con la esperanza de que se reactivase o arreglase aquel asunto y pudieran continuar su viaje bebiendo un café o leyendo zarandajas en los diarios locales. Al observar todo esto, Alister se sintió acongojado. Tal parecía que esa misma fuerza insensata y sinvergüenza nuevamente jugaba con él, se le presentaba en todos lados y lo retaba. Todos los conceptos y teorías se mostraban en un lugar y una situación tan sencilla como esa. Y ¿cuál sería la causa de la falla? Se debía rastrear y buscar un culpable de alguna forma, pero quizás eso sería banal. ¿Las cosas ocurrían así nada más o seguían un patrón; o era una combinación tergiversada de ambas? Todo resultaba en vano, las limitaciones del tiempo y el espacio no permitían a los mortales dilucidar tales conocimientos enmarañados en la esencia del ser, que, pese a conformarlo, no se encontraban a su alcance.

De forma singular le parecía atractivo cómo cada una de las personas en ese tren se había visto afectada por aquel suceso, como cualquier otro, como simples marionetas. Cada uno entendía a su forma aquella situación, atribuyéndole una importancia dependiente de sus vidas, de la prisa que llevaban, de sus trabajos y sus escuelas, de tantos factores. Sin embargo, todo había coincidido ahora en ese escenario, en la falla del tren. ¿Era el destino que eso pasase o surgió de manera aleatoria? Incluso, aunque se supiese que algunas piezas estaban desgastadas, existía una baja probabilidad de conocer en qué momento se descompondrían. Los modelos matemáticos incluso utilizaban un muestreo para asignar una probabilidad, cosa que no terminaba por alejarse de lo humano. Quizás algunas personas corrieron para tomar ese tren, algunas otras solo lo abordaron y ya, sin pensar en lo que acontecería después. De algún modo, sin importar el cómo, todos ellos se hallaban envueltos en aquella querella contra la fuerza misteriosa.

Recordaba entonces, además de engolfarse con lo anterior, que en un extraño libro se hablaba de una deidad que englobaba todo el bien y el mal del mundo, hombre y mujer, ángel y demonio, la dualidad en la unidad que unificaba el universo. Se mencionaba que en una sociedad llamada La Sociedad Oscura, había surgido el culto a *Silliphiaal*, así se conocía a la divinidad demoniaca. La descripción que se hacía de esta físicamente resultaba impensable, tan atroz como hermosa, tan delirante como beata. Y, más allá de esto, se decía que era responsable de torcer los caminos del tiempo y el espacio a su gusto, podía modificar los destinos de quien fuese o de lo que fuese, controlaba cualquier clase de conocimiento a su gusto, nada podía escapar a ella. Se mencionaba su peligrosidad y que existía en un lugar, que no era lugar, sino algo sin limitaciones temporales ni espaciales, pero a lo cual se le atribuía este vocablo por cuestión de entendimiento. Dicho lugar recibía el nombre de Mempherato, y era imposible que algún humano fuese ahí, pues se trataba de una ruptura entre las dimensiones altas y bajas, donde la gran cumbre de la deformación existencial había desgarrado las capas interdimensionales, dando nacimiento a un sinfín de mundos y criaturas cuya existencia debía estar prohibida.

En síntesis, *Silliphiaal* resultaba fundamental en la vida misma, ella era vida y muerte, esencia y vacío, ser y no ser, luz y sombra, existencia y absurdo. Había bastantes detalles que se le escapaban, no había terminado la lectura de aquel interesante libro de páginas desgastadas y borrosas, como si hubiese venido de un lugar extraterrestre. Empero, el libro desapareció misteriosamente de la biblioteca en donde se hallaba para jamás ser visto; los encargados ni siquiera estaban enterados de su existencia. Lo último que Alister recuerda haber leído es que *Silliphiaal* había sido sellado por dos seres muy poderosos espiritualmente, que juraron reencarnar una y otra vez sin importar lo trágico de sus destinos, con tal de evitar el resurgimiento de dicha divinidad demoniaca. Además, como detalle, se comentaba que la entidad tenía los ojos más hermosos que alguna vez hubiesen existido, unos de color morado, púrpura o violeta, no se sabía, una mezcla rara que paralizaba el alma de cualquiera. Curiosamente, a Alister le recordaba el color de las bugambilias cuando se hallaban congeladas.

Abandonando la estación y golpeado por su supuesta mala suerte, Alister decidió abandonar su entrevista con Yosex, pensando que seguramente se trataba de una imaginación sumamente grosera la que se había apoderado de él cuando llegó a figurarse a su amigo en una situación comprometedoras en el caso de las mujeres mutiladas y sometidas. Sin tantos deseos de continuar el rumbo de su vida, partió hacia la casa de Erendy, con una peculiar sensación de ser perseguido por unas sombras y unas risitas que procedían de un lugar vetusto en forma de ecos infames. Los cielos eran grises, más que el color en que se tornaban en sus ojos, ya ese día venía precedido por la tragedia de unos corazones desgarrados. Muchas cosas se avecinaban, el olor del viento hacía sentir el desenfrenado encuentro de tantos sentimientos. Se percibían colisiones entre los seres destinados a la reencarnación suprema. Algunos tentáculos nefandos y unas alas ostentosamente preciosas y demoniacas comenzaban a moverse entre sombras risueñas y hadas verdosas. Se había predicho y escrito un nuevo destino, se había doblegado toda clase de resistencia por parte del libre albedrío y el azar, de los dioses y los eones.

Mientras tanto, en su cuarto, con las luces apagadas, un hombre se masturbaba furiosamente, era Yosex. Al terminar la execrable ejecución de placer, continuo a picarse el ano un buen tiempo, aumentando al máximo esa sensación de placer hermafrodita que experimentaba hace años. Le encantaba sentir cómo sus dedos se hundían cada vez más en su agujero, deleitándose con cada uno de los empujones de daba. En ocasiones, también optaba por introducir alguna fruta o vegetal, incrementando al máximo el placer, gimiendo e imaginando a alguna de esas desdichadas mujeres que destazara en el cuarto infernal. Se reía y, con su chillona voz, lanzaba toda clase de imprecaciones y vulgaridades. Al término de su acto deplorable, sacaba los dedos tan hundidos en su ano y los olía, llenándose nuevamente de un furor producto de la mezcolanza de esperma y mierda que se hallaba embadurnado en sus dedos. Algunas otras veces, unas pocas solamente, el delirio sexual era tanto que terminaba chupándose los dedos al terminar con todo su teatro aborrecible. En su emoción, ya había roto dos de las patas de la cama, lo cual sucedía cuanto pensaba en la jovencita que le gustaba de la universidad y que, bien sabía, era imposible se fijase en él. Pero no le interesaba, pues Yosex la

hacía suya una y otra vez en su mente, e incluso ya habían formado una familia mentalmente.

Yosex realmente pertenecía a otra dimensión, a una tal en la que los hombres no se preocupaban por la moral. Le gustaba platicar con Alister, ya que se entendía con él. Además, le parecía que sus problemas sexuales no eran problemas en verdad, y creía lo que su amigo decía sobre la sexualidad humana escondida en cada persona. En su caso, llevaba demasiado reprimiendo esa libido inhumana que lo poseía siempre que observaba las piernas desnudas de alguna mujer en falda, o cuando resaltaban los senos de alguna otra, imaginándose extrañas fantasías en que las torturaba y penetraba hasta preñarlas. De hecho, la forma en que descargaba su sexualidad mundana era en el cuarto infernal, donde hace algunos meses solía llevar a las jovencitas de clase de las cuales fingía ser su mejor amigo, apoyándolas en todos aspectos, dando la impresión de ser una buena persona para luego devorarlas, literalmente.

Y es que en el fondo Yosex, pese a lo ominoso de sus acciones y su perfil, era un buen tipo. Era brillante en la escuela, leía tanto como podía y disfrutaba solazarse con las banalidades de la vida. Por otro lado, quería ayudar a su madre y a su abuela, y a todos en el mundo. Empero, sus deseos sexuales ocultos lo atormentaban al igual que a Alister. Ambos, a su modo, eran víctimas de un campo no estudiado hasta ahora y en cuyos descubrimientos se podría encontrar una clave acerca de la reproducción humana. Daba igual, Yosex no se preocupaba por esas cosas a diferencia de su amigo, solo sentía cierta opresión hacia su persona cada vez que era molestado por su voz chillona y su aspecto nauseabundo.

Mejor que pasar la tarde masturbándose y bebiendo soda, decidió Yosex salir por un rato, dejando cargado un video xxx para ajusticiarse regresando, por quinta vez en el día. Su olor a esperma y mugre era evidente, llevaba ya semanas sin tomar una ablución y asistir al cuarto infernal ocupaba mucho de su tiempo. No sospechaba todavía que el lugar ya había sido confiscado por la policía, dejando al descubierto a un degenerado y enfermo mental que se comía a las mujeres después de haber abusado monstruosamente de ellas, incluso en la muerte seguía follándolas. Abordó el bus y se sentó en los

lugares reservados, a él no le interesaba respetar lo que las demás personas pensaban. Sin embargo, unas estaciones más adelante, un maldito destino o un retorcido libre albedrío hicieron una jugada desagradable para Cecilia.

El puerco de Yosex recordaba cada noche cómo había gozado de Pamhtasa esa ocasión, cuando sus deseos fueron tales de poseerla que, al término de toda la barahúnda y la fiesta, aprovechándose de su empedernido estado de ebriedad, la había golpeado en la cabeza con un desarmador que siempre traía, dejándola inconsciente. La había tomado y llevado en un taxi hasta la calle en que tenía su cuarto infernal, a unas cuadras del lugar donde *Mister Mimick* habitase paralelamente. Sin embargo, Yosex nunca había notado ese sitio execrable, quizá más que él. Esto pudiese deberse en parte a que Yosex no era un habitante de este universo, tenía el suyo, donde no reparaba en refugiarse cuando surgía algún funesto inconveniente.

Recordaba gustosamente cómo había violado la concha de Pamhtasa una y otra vez, descargando las dos pastillas de viagra que había tomado esa noche. Incluso, trató de penetrarla por las orejas y la nariz, desgarrando dichos miembros. Los pezones los arrancó con los dientes cariados que poseía y los doró, disfrutando embelesado el aroma que aquello producía para degustarlos bañados de la sangre fresca que emanaba de los diversos cortes propinados a la funesta víctima. Los gritos eran bloqueados por una enorme bola de esponja que colocaba a sus víctimas, le fascinaba ocupar instrumental de dentista para torturarlas y se desternillaba cuando estas se desmayaban y él esperaba pacientemente a que despertaran para continuar su sacrilegio.

Dormía poco debido a estas peculiares diversiones, pero no le importaba un carajo. Ya no recordaba si Pamhtasa, tan guapa como zorra, se hallaba con vida después de estos días, le era irrelevante. Y es que creía que, de cualquier modo, el destino de todos era morir, qué más daba si era ahora o después. Se sentía con el derecho de decidir sobre estos menesteres, y a veces soñaba que en vez de brazos poseía unos tentáculos nefandos y de un tono azul oscuro sobremanera perturbador. Le fascinaba innovar en sus torturas, y en su universo se sentía el dios del placer. Ahora, su falo se había izado al ver que Cecilia abordaba el bus. Como ésta iba sola, no perdió ni un minuto y se acercó, se colocó en el asiento adjunto y sonriendo, como si todo lo que fuese

representara un juego de niños. Entonces entabló conversación sin despegar su mirada de los regordetes y voluminosos senos de la jovencita que Alister hiciera suya la misma noche en que Yosex acabara con Pamhtasa.

–Hola, ¿cómo estás? ¿Qué haciendo por aquí?

Cecila se espantó, primeramente, pero, al ver que se trataba de Yosex, se tranquilizó. Lo conocía someramente por algunas asignaturas que habían tomado juntos en la universidad.

–Bien, muy bien, gracias. A ti ¿cómo te va? Yo ando pasando el rato, quedé de verme con un amigo.

–¡Qué increíble! No cabe duda de que eres una chica popular. Y ¿qué van a hacer?

A Cecila le pareció entrometido el comentario, pero decidió seguirle la corriente a Yosex, ¿qué peligro podría ocasionarle contar a aquel hombre sus planes? Le parecía gracioso considerarlo una amenaza.

–Pues vamos a hacer cosas, algunas de esas que se hacen sin preguntar. Iremos a comer, a bailar y luego a ver qué pasa –respondió Cecila concupiscentemente.

Cecila era de esas mujeres a quienes agradaba pasar la noche con diversos hombres. No estaba ni en lo más mínimo interesada en una relación formal, aunque tenía novio. En realidad, esto último lo hacía por el dinero y el automóvil, le encantaba lo caro y asistir a plazas, ir al cine, comer en refinados restaurantes. Se había conseguido a un ricachón tontuelo que soportaba cada uno de sus caprichos. Por otra parte, ella cogía con cuanto hombre atractivo se le apareciera enfrente. Era el prototipo perfecto para Yosex, una mujer acondicionada, si tan solo él no fuese así de horrible físicamente.

–¿De qué cosas hablas? –inquirió con sobresalto, sintiendo cómo su pene, a pesar de tantas jaladas, se erguía lastimeramente.

–Pues de esas, ya sabes, vamos a hacerlo. Lo que la gente grande realiza. Aunque primeramente le tendrá que costar, solo que no es mi novio, tú no digas nada.

Esta última parte prendió a Yosex, quien inmediatamente recordó lo que Alister le contase sobre el deseo de los humanos de ser infieles, sobre ese placer oculto que se logra no con la persona que se ama, sino con la que se anhela con lascivia.

–Ya veo, ¡qué interesante! –exclamó mientras colocaba sus manos sobre sus pantalones para evitar ser visto excitado—. Eres una traviesa, pero está bien. Espero que lo disfrutes.

–Muchas gracias, yo espero lo mismo. Háblame ahora de ti, ¿qué has hecho en estos días?

–No mucho, solo estudiar y dar mis asesorías de cálculo. He estado estudiando programación porque quiero entrar a una buena empresa y eso se pide mucho.

–¡Qué bien, eres súper inteligente! Recuerdo que siempre fuiste el cerebro de la clase en donde íbamos juntos.

Yosex rio y, por unos instantes, en su cabeza se presentó una quimera en la cual Cecila lo besaba y ambos follaban en el bus, incluso sus gemidos eran genuinos. Aplastó tanto como pudo su falo y miró su celular, ya era la hora de regresar, debía llevar a su madre a comprar la despensa y conseguir sus medicinas.

–Yo ya bajo aquí –dijo Cecila, como aliviada de alejarse de Yosex—. Me ha dado tanto gusto verte, ya verás que todo lo que quieras lo tendrás, cuídate mucho y que el resto de tu día sea agradable.

–Sí, claro. Muchas gracias por todo, tú igual cuídate –afirmó con cierta tristeza Yosex, presa de una envidia que se acrecentaba en su interior.

Justo cuando Cecila se levantó, a través de una abertura en su mochila, Yosex vislumbró una tanga exquisitamente ataviada y de un negro elegantísimo. La impresión fue tal que de inmediato apareció Cecila usándola y siendo penetrada furiosamente en su cabeza. No se pudo contener y, sin ser visto por la joven, bajó del bus en el mismo sitio que ésta y prosiguió a seguirla entre la plaza de aquel lugar. Esperó mientras a distancia miraba

revolotearse el trasero perfecto de aquella infiel, sus cabellos tan bien planchados y olisqueando ese aroma que dejase a su paso.

Grande fue su decepción cuando conoció al supuesto afortunado de la noche, se trataba de Héctor, uno de sus otros compañeros de clase. No podía ser posible, debía ser chanza, no era concebible, ese sujeto era el más grande perdedor que conocía, aunque no tanto como él. Héctor solía molestar a Yosex y había surgido una riña entre ellos. A Yosex le parecía patético que su verdugo siempre copiase en cada examen y se mofara de los profesores, representaba todo lo que detestaba y ahora había también ganado su puesto, él debía estar en ese lugar y hacer suya a Cecilia. Se entristeció y, sin más remedio que volver, caminó apresuradamente hacia la estación, hasta que tropezó con la banqueta y cayó estrepitosamente, raspándose la parte superior de la mano. Al instante, las personas a su alrededor se carcajearon de aquel infeliz perdedor, hasta Cecilia estaba ahí.

—Pero Yosex, ¿estás bien? No sabía que también vendrías aquí.

—Sí, estoy bien, gracias por preguntar —afirmó Yosex mientras se recomponía de la vergonzosa caída—. Solo vine a comprar unas medicinas para mi madre, pero no hubo.

—Ya veo, por un momento pensé que me habías seguido. ¡Qué paranoica estoy hoy, debe ser por la calentura!

Hasta Héctor miraba con lástima a Yosex. Era musculoso y negro, alto y risueño, quizá por eso Cecilia lo había preferido. En contraste, Yosex era blanco como un tiburón, chaparro, casposo, maloliente y torpe físicamente.

—No que va, ¿acaso crees que sería capaz de hacer algo así? Ya te dije que solo pasaba por unas medicinas.

—Y ¿en dónde están las medicinas? —inquirió Héctor con ironía—. A mí me parece que nos estabas siguiendo.

—¡Ah, bueno! Es que no había, ya se los dije. Las que había estaban muy caras y no traje tanto dinero.

—¿Sí había o no? Ya me revolviste con todo esto. ¡Mejor vámonos ya! —

dijo Cecilia a Héctor mientras acariciaba sus fornidos brazos y lo miraba con deseo.

A lo lejos, Yosex seguía sobándose el golpe y, con la mano derecha raspada, se levantó y partió de regreso a la parada del bus, lamentándose de su mala suerte. Cosa curiosa que nuevamente se tratase de eso, de la suerte. Parecía burlarse de los mendigos y enaltecer a los ricos. Si es cierto que existía la suerte, buena o mala, daba la impresión de responder a la frase concerniente a que dios actúa de maneras misteriosas. Tales cosas pasaban en el mundo, la injusticia imperaba en cada rincón del globo. La religión que tergiversaba enseñanzas competía con el gobierno para ver quien jodía más a las personas, no bastaba con la mala suerte de estas. Tal conjunto multifactorial en que se conjuntaban los conceptos ya antes mencionados y que influían en los derroteros de las personas, estaba a años luz del entendimiento humano.

El tiempo y su dirección se tornaban superfluos, el espacio una percepción fútil e inútil para tener sentido de la realidad. La verdad seguía ahí, tan visible, tan evidente, tan clara y luminosa, esa verdad que solo los elegidos iniciados dilucidarían en el juicio del mundo para sostener en sus manos la antorcha de la divinidad. La adoración de lucifer para obtener conocimiento y el rechazo a dios quien lo ha negado a los hombres servía de enganche para desarrollar teorías y sociedades avanzadas. Si una persona seguía este camino, debía renunciar a toda concepción religiosa y rebelarse como el ángel caído, pero a cambio obtendría el poder y la sabiduría para atisbar esa verdad que, de tan inmensa, obturaba los ojos de los sacrílegos. La visión y la luz para fundir todo con un fuego purificador era el sueño de los nuevos dioses.

XVIII

En casa de Erendy, al llegar Alister, se encontró con que ese día se festejaba el

cumpleaños de Vivianka. Había adornos por todas partes, la hija predilecta cumplía ya sus 33 años. Qué lejanos eran aquellos recuerdos que sus padres guardaban de ella, tan inocente e inteligente, siempre destacando por ser la mejor estudiante de la clase. Su característica amabilidad disfraza una angustia perniciosa que la carcomía por dentro. Se sentía presionada y creía vivir para ayudar a las personas. Lo que le daba sentido a su vida era el sentirse justamente útil para los demás, para su familia y para ella misma, aunque, en realidad, era otra esclava más de esta matrix, tan acondicionada como el resto, tan difuminada su esencia se hallaba.

Se reprochaba cada noche y odiaba en secreto a su marido, ese obeso huevón y borracho que otrora significase todo para ella. Todas esas salidas al parque, esos paseos y caminatas embelesadoras, los cumpleaños anteriores, los besos y el casamiento, todo ese conjunto de estupideces ya se encontraban en la basura. Ahora se resignaba a una vida mundana, se limitaba a mantener y criar a sus hijos, quienes seguramente seguirían el mismo camino, convirtiéndose en unos sistematizados más. Lo único que lograba ver era el dinero que recibía por ser excelente en su campo, pero, en el fondo, estaba hueca como la mayor parte de los humanos.

En su cumpleaños número 33, no cabía la menor duda de que su existencia estaba conminada al fracaso. Pasaría el resto de sus días manteniendo a su esposo, quien, pese a ser ingeniero ambiental, no lograba hallar trabajo y se la pasaba bebiendo y mirando el fútbol todo el día. Esa ingente carga representaba quizás hasta más que el absurdo envolvente en Vivianka. Sin embargo, ahora tenía algo por qué sentirse viva nuevamente, y era Alister. Desde que por primera vez Erendy lo presentó ante ellos como su novio, le pareció un hombre muy inteligente y guapo, tan atractivo por sí mismo. Poco a poco fue surgiendo entre ellos un entendimiento, platicaba con él tanto como podía, y pensaba en lo feliz que la haría escucharlo hablar todo el tiempo con esa mágica voz. Si tan solo lo hubiera conocido antes, si pudiera tener un esposo como él. Y es que cada noche se imaginaba cosas, al principio las tomaba a la ligera, luego soñaba ser poseída por un hombre que relacionaba con Alister, aunque no era precisamente él. Se masturbaba dada la ausencia de relaciones con Mundrat, su marido, que, debido a su mórbida

obesidad y su embriaguez, era incapaz de mantener el más ínfimo esfuerzo. Como sea, esa era la vida de Vivianka; físicamente tan llamativa, internamente tan vacía.

–Pasa por favor, Erendy se acaba de bañar. Se está arreglando en su cuarto, vendrá en unos instantes –explicaba el abuelo de las tres mujeres mientras introducía a Alister en la casa.

–Sí, es usted muy amable, gracias. Iré por allá a sentarme y esperar.

–De nada. Estas mujeres a veces se tardan mucho y siempre terminan igual.

Ambos se desternillaron y pasado un rato charlando hasta que Alister se fue a sentar en la sala. Pasaron unos minutos y la primera persona en aparecer, descuidadamente y sin percatarse de la presencia del trágico amante, fue Vivianka. Cuando ambos cruzaron sus miradas, enrojecieron. La mujer angustiada únicamente vestía con unos calzoncillos grises que apenas le tapaban el trasero y que hacían notar su vulva, la cual se remarcaba más que nunca, incluso como queriendo escapar. En la parte superior un sostén muy precario sostenía unos senos abultados que se habían desarrollado gracias a la maternidad. Por un momento guardaron silencio ambos y enmudecieron, para pasar a la vergüenza y a algo más.

El incontrolable bajó la mirada instintivamente y trató de pasar desapercibido, pero la verdad es que había guardado para siempre la imagen y la figura tan sensual que Vivianka representaba, ese simbolismo que despertase un furor incontrolable en su interior. Y es que al parecer ella no poseía un cuerpo bien dotado, aunque ahora se entendía que se debía al uso de ropa holgada y un desinterés por verse bien, en parte provocado por la falta de atracción hacia su marido.

–No sabía que estabas aquí, mil disculpas –afirmó Vivianka sonrojada y tapándose como podía.

–No, discúlpame tú a mí. Lo que pasa es que tu abuelo me dijo que esperara a Erendy aquí, y yo no sabía que estabas cambiándote.

–No es tu culpa, es que yo no debí salir así. Pero, en verdad, no te escuché.

–Ya dejemos ese asunto. No es culpa de ninguno, solo pasó y ya, un accidente. Por cierto, ¿sabes dónde está Erendy?

–Salió, fue con mi mamá a comprar unas cosas. De hecho, fueron todos excepto mi abuelo y yo, pero seguro que no tardan, no fueron tan lejos.

–Ya veo, muchas gracias. Entonces esperaré aquí un poco más, o ¿te incomoda?

–No, para nada, estás en tu casa. Tú puedes venir aquí cuando quieras, incluso si no está Erendy.

Un tanto provocativa le parecía la oferta a Alister, aunque posiblemente era solo su imaginación. No podía ser que Vivianka estuviese coqueteando con él dado que era casada y tenía dos hijos.

–En verdad gracias, eres muy amable –replicó Alister otorgando una sonrisa extraña a Vivianka, quien contestó con otra.

Algo en sus miradas fulguraba, un ruin deseo, una ominosa sed de placer carnal. Mientras Vivianka subía las escaleras, tan bien labradas y adornadas con arabescos de triángulos invertidos y círculos dentro de otros, el filósofo sin ceguera no lograba resistir ni disimular las ansias que sentía de alzar la cabeza y absorber nuevamente la imagen de ese enorme y abultado trasero, esas nalgas que seguramente estaban llenas de estrías y de grasa lo excitaban. Además, en su mente imperaban las teorías de aquel loco anónimo que comentase sobre el placer inmundo, pero demencial que se podía experimentar por una persona a la que no se amase, lo cual conducía a su vez a una inevitable condición en el humano por ser infiel, idea que por sí misma era ya excitante y ocasionaba una estimulación sugestiva. Por otro lado, pensar en que tener relaciones con la persona que se amase no lograría una total liberación, lo atormentaba. Las razones eran variadas, pero una que lo asombró sobremanera fue el postulado siguiente.

Para efectos de la teoría de la sumisión, la madre sí representaba un

primer contacto sexual desde que amamantaba al niño, quien en su madurez podría guardar en su subconsciente dichos recuerdos. Luego, en su juventud, el hombre se masturba pensando en su madre y en poseerla hasta preñarla, en imponer su virilidad por encima de la de su padre, quien ahora es ya viejo y descuidado a diferencia de él, que posee el poder de la juventud. Se hablaba de todo un preámbulo, hasta llegar a la parte que Alister destacaba. Era un renglón que decía algo acerca de la imposibilidad de llegar a la locura sexual máxima con la persona que realmente se ama. Esta elucubración se apoyaba en que el hombre busca una mujer parecida a su madre, idea bien conocida, y en todos los aspectos buscará subsanar sus traumas con la sustitución de esa figura materna que deseaba hacer suya y que ahora encuentra en alguien de su generación. Se trataba de una clase de incesto totalmente teórico, de pensamiento. Por tal situación, al hallar el hombre una mujer similar a su madre, le resultaba imposible desatar todos sus demonios y convertirse en el animal hambriento de piel y placer.

La imagen de su madre reflejada en su pareja se imponía con un respeto glorioso difícil de humillar con palabras concupiscentes. Debido a lo anterior, el hombre no desataba toda su fuerza sexual con su pareja oficial, y en cambio sí lo hacía cuando era infiel, cuando se trataba de hacerlo con prostitutas o mujeres por quienes no sintiese algo en absoluto, a quienes no tuviera que respetar como lo haría con su madre; ésta imponía su imagen y sometía la libido fatalmente. Luego de tanto reflexionar en tan poco tiempo, Alister alzó la mirada y su falo terminó de izarse cuando vio cómo el culo exquisito de Vivianka rebotaba mientras subía las escaleras. También sus chichis debían pesarle bastante, eran carnosas e inmensas como pocas. Antes de alejarse por completo, Vivianka dirigió su mirada hacia él, que parecía observarla con algo más que simple aprecio. Este hecho calentó al joven sobremanera, imaginándose tantas cosas que le haría. Al mismo tiempo, cubrió la parte superior de su pantalón con su mochila y esperó, Vivianka ya se iba.

Justo antes de entrar a su habitación, Vivianka volteó impulsivamente y percibió de forma casi animal la sorprendente erección del prohibido incipiente, a quien no podía mirar a los ojos debido al barandal de la escalera. De algún modo, quiso esquivar el material que separaba su mirada de la de él,

y de su vagina sintió emanar algo, una corriente ingente, un deseo reprimido; uno que hacía tiempo no lograba percibir dada la inutilidad de su esposo en la cama. Surgía en ella el deseo sexual, uno que creía jamás volvería, que había dormitado y que, cuando conoció a Alister, había despertado haciendo de ella una fiera incontenible y hambrienta de fornicación. Y es que ese joven tan perfecto en todo sentido también se encontraba absorto con las piernas de Vivianka, pese a que estas eran tan blancas y delgadas como hilillos de nieve. Incluso, eso le provocaba una mayor excitación. La delgadez que en esas piernas atisbaba y su flacidez ocasionaban en él un furor de querer romperlas.

Sin saberlo, ambos fungían como dos ladrones en el recinto sagrado de los dioses vetustos adorados por los desterrados y conminados a la locura. Ninguno hizo movimiento alguno, y repentinamente entró Erendy, rompiendo la utopía. La primera en percatarse fue Vivianka, que apresuradamente entró en su habitación, perdiéndose como una gacela en la oscuridad más allá de las sombras. La joven aspirante a teósofa se había ataviado normalmente, con un pantalón y una playera cualquiera. Le resultaba patético el hecho de arreglarse distintamente para la fecha que fuese. Alister y ella compartían puntos de vista similares, se entendían bien, ambos buscaban conocimiento y progreso.

El único problema residía en la oposición subconsciente del hombre a poseer sexualmente a la mujer que pregona amar. En el caso de Alister, esto se remarcaba aún más por todos los problemas y las ideas que atiboraban su mente. Hacía ya bastante tiempo que prefería masturbarse en lugar de tener relaciones con Erendy, era un camino sencillo, e incluso había experimentado una fascinante y a la vez funesta sensación al ser infiel. En el fondo, amaba a su princesa bucólica, todo lo que ella representaba no le era ofrecido por ninguna otra cosa de este mundo, pero era un amor raro, uno que la elevaba al altar que él construyese tan especialmente y que, al mismo tiempo, atraía a los cuervos devoradores de espíritu con quienes retozaba en sus momentos de locura.

Unos minutos después, Alister pensó en ajusticiarse en el sanitario. Lo necesitaba después de haber asimilado por completo en su interior la imagen sexual de Vivianka. Su falo no se calmaba con nada, sentía que iba a explotar. La excitación fue tal que, sin meditarlo y sin importarle dejar a Erendy en

soledad, subió las escaleras y se dirigió al cuarto de la cumpleañera. Justamente, cuando se preparaba para entrar, se escuchó la puerta y las voces hicieron eco en el pasillo. Lo más que pudo lograr fue visualizar los senos enormes de Vivianka y esos pelos que cubrían su vagina, ocasionándole una erección tan intensa como despampanante. Ya nunca podría olvidar aquel símbolo motivo de sus fantasías más ocultas, esas que yacen en el subconsciente de cada hombre y mujer. Se metió al sanitario y esperó hasta que su falo cediera en sus intentos por escapar del pantalón. Finalmente, no se masturbó.

—¡Qué bueno que has venido, te extrañaba demasiado! Hoy es el cumpleaños de mi hermana y, cómo puedes ver, mis padres han decidido festejarle de forma no tan modesta, ya sabes... —expresaba Erendy con desinterés.

—Yo te extrañaba aún más, cariño. Y sí, es lo que veo. Aunque, en cierto modo, se lo ha ganado, creo. Por otro lado, me parecen absurdos los festejos, la gente solo busca perpetrar antiguas costumbres sin cuestionarse. En fin, así es toda la vida, una ilustración odiosa del pasado adaptada para solazar al humano del presente.

—Tú siempre tan interesante, por eso me gustas. Ahora vamos a dar un paseo a los columpios del parque.

Ya camino al parque, iban los dos seres predestinados a encontrarse por una causa superior. Se tomaban las manos como una forma de demostrar su cariño, se sostenían el corroído espíritu tan maltrecho por los golpes imposibles de esquivar que propinaba sin descanso la vida. Ambos conscientes de su insignificancia y su sed por saber cosas que otros desdeñarían. Todo cuanto sabía Erendy de reencarnación y esoterismo se lo debía a Alister. Por su cuenta, había estudiado más y más, pero siempre recordando los nombres de autores y libros que su querido compañero cósmico le indicaba. Lo percibía tan superior y tan arriba del infierno en que los humanos se apilaban gustosamente. Y creía que, si algún alma podía trascender, era la suya. Esos ojos, esos cabellos, ese porte; empero, más allá de lo físico, era su ser interior el que la apasionaba, pues tenía tantas cualidades que le resultaba tonto no

caracterizarlo con la perfección misma. No entendía cómo podía adorar tanto una existencia, pero lo hacía.

Su cabeza, al igual que la de Alister, se encontraba sumergida en un sinfín de dudas existenciales. A su modo, cada uno descubría que la vida no conllevaba a algún fin por sí misma como muchos creían. Y la tan sonada frase de que el sentido se lo atribuíamos nosotros no la satisfacía tampoco. Se había convertido en una existencialista sin remedio y era gracias a su príncipe dorado, también. Ese muchacho que conociera tan extrañamente había cambiado tanto de ella como jamás pensó que un hombre lo haría. Las peculiares visiones que la atormentaban aumentaban, pero por ese ser beato podría resistir incluso el peso gigantesco de la irrelevancia en su vida.

Actualmente se hallaba leyendo *La Doctrina Secreta* de Blavatsky. Le resultaban incomprensibles la gran mayoría de ideas ahí expuestas, se deleitaba con ese ocultismo vedado para la humanidad. Admiraba a la autora por la elegancia y sensatez con que expresaba su compasión por el mundano ser humano. Le atraía sobremanera el pensar que ella podría realizar estudios de tales cuestiones algún día, pero a la vez la entristecía sombríamente el imaginar un futuro en el cual Alister no estuviese para ella, era todo lo que tenía en su aburrida y vacía vida. Pese a ser considerada una persona con demasiado valor, su temor principal era que se le fuera la vida sin lograr algo. Y con ese algo se refería no a intrascendentes metas, sino a un progreso espiritual. Finalmente, en una de esas reflexiones tan profundas, se cuestionaba si lo que sentía por el filósofo imperecedero era solo admiración, una tan enraizada que superaba la atracción y el amor.

Al regresar, se sentaron juntos y se abrazaron. Alister ni siquiera recordaba su infidelidad con Cecilia, ni mucho menos su encuentro con Mindy en aquel lugar que le parecía más un sueño que la deplorable realidad. Sentía ese calor ahito de belleza y ternura, se regocijaba sintiéndose merecedor de tal amor. ¿No era acaso el amor algo que todos debíamos recibir de algún modo? Para él, representaba la culminación del deseo. Los invitados a la fiesta fueron llegando paulatinamente, ya todo estaba listo para dar comienzo al cumpleaños número 33 de la dentista tan intelectual y que a tantos pacientes había liberado de un torturante dolor molar. Esa que no disfrutaba de una vida

al menos soportable, que nada sabía de filosofía o de ocultismo, que estaba cegada por la banalidad del mundo terrenal, esa que anhelaba tantos cambios y que lamentaba todas las decisiones que había tomado. Pero ya nada quedaba, simplemente resignarse y pasar el resto de sus días en agonía inconsolable mientras se percataba de su trivialidad.

Ya casi estaban todos reunidos y la comida estaba a punto de ser servida. El menú elegido fue lasaña con carne molida y champiñones, además de arroz y verduras. Había vodka para quienes gustaran de tal bebida, quizás así olvidarían por un momento la miseria existencial en que diariamente vibraban sus ilusiones de vida. A todos les importó un bleo esta intromisión en la irrelevancia y lo que añoraban era ya degustar y atascarse del alimento. De pronto, cuando ya todos preguntaban por la cumpleañera, ésta se asomó por el pasillo, luciendo en todo su esplendor como nunca su físico. La mayoría de los ahí presentes se quedaron boquiabiertos, entre los arabescos que adornaban las paredes de esa casa tan bien y elegantemente construida, entre el polvo mal barrido que se arrinconaba en las esquinas, los juguetes esparcidos por los sillones, el fútbol en la televisión y el silencio latente en los rostros impactados de los invitados y los familiares, entre ese hombre gordo, alcohólico, fracasado y mantenido que se hacía llamar su esposo; entre la gran incredulidad de todos, Vivianka lucía un atuendo que jamás en su vida sus padres ni sus pacientes imaginaron.

La mujer inverosímil llevaba un vestido negro elegantísimo, de una seda sumamente delicada, que apenas le cubría debajo del trasero, y que, además, tenía un escote de infarto en el cual sus enormes senos lucían tremendamente apretados, incluso con cada movimiento parecían escapar, pero no, seguían ahí hasta su debido tiempo. Algunas lonjas resaltaban en su cintura, aunque esto incluso resultaba irrelevante ante su imponente aspecto. Calzaba unos tacones grandísimos que difícilmente le permitían caminar; sus uñas pintadas de un negro intenso, tanto en las manos como en los pies, contrastaban a la perfección con su piel blanca. Se había planchado los cabellos y su estilo corto resaltaba su rostro. El maquillaje le asentaba de maravilla, con un fuerte tono oscuro morado alrededor de los ojos y un rojo agresivo y despampanante en los labios. Sus ojos brillaban como nunca, aunque guardando esa angustia

impaciente. En esencia, Vivianka había dejado de ser ella misma, se había convertido en una mujer deseada por cualquier hombre en sus fantasías. Nadie pensó que aquella dentista siempre ojerosa, descuidada y de ropas holgadas podía ser tan atractiva como la más elegante y ostentosa prostituta.

–Pero ¡qué mujer tan hermosa! –exclamó uno de los puercos invitados que inmediatamente se levantó de su asiento para cedérselo.

–Muchas gracias, me halagas –respondió Vivianka enrojeciendo.

–Si siempre te arreglaras así, serías la mujer más hermosa de todo el universo –afirmó el señor Franco.

–Bueno, solo detrás de mí, eso debe aclararse –replicó su madre irónicamente.

Todos rieron y quedaron asombrados con la belleza que relucía en Vivianka. La estética imperecedera en la concepción humana refulgía y opacaba la verdadera y única esencia valiosa.

–Debes ser el hombre más afortunado, Mundrat. Tener una esposa con tantas habilidades para la odontología y, además de eso, con tal hermosura, ¡tú sí que te sacaste la lotería! –exclamó uno de los hermanos del señor Franco.

–Pues ¿qué te puedo decir? Yo sé bien lo que tengo, y no lo cambiaría por nada.

–Por eso mismo deberías de hacer caso y dejar de beber, buscarte un trabajo y tratar de ser feliz con ella –exclamó otro de los asistentes a la reunión.

–Sí, eso quiero hacer. Ya verán que este año sí habrá cambios, seré un hombre renovado.

–Eso mismo has dicho cada año y sigues igual, no cambias. Todo lo que haces es mirar el fútbol, tragar y emborracharte –reclamó fuertemente Vivianka.

–Ya no lo regañen tanto, yo creo que esta vez sí hará caso –comentó la señora Laura, siempre dispuesta a perdonar este tipo de cosas.

–Ya veremos. ¿Qué te sirvo? ¿Vas a querer de todo un poco?

–Sí, de preferencia bastante para no pararme de nuevo –contestó Mundrat, quien apenas podía hablar debido a su gordura y su embriaguez.

En realidad, los padres y todos quienes conocían a Vivianka no lograban comprender el por qué seguía con él. Había tenido novios antes, y se había quedado con el peor, pero eso siempre pasaba. Sus padres querían que lo dejara y que iniciara una nueva vida aparte con sus hijos. Sin embargo, su voluntad era débil, y, si seguía con él, se trataba más por lástima que por amor. La comida se sirvió y transcurrió el tiempo en su habitual dirección entre charlas mundanas y sonidos execrables al masticar. Pasadas unas horas, se partió el pastel, se tomaron fotos, se vaciaron las botellas y los platos. Así fue como los invitados se retiraron calmadamente tras haber dejado su regalo. Los únicos que quedaron fueron los más allegados a la familia, quienes se enzarzaron en una discusión iniciada por la hermana de la señora Laura, quien comentó lo bello que resultaba vivir en el mundo. Respecto a esto, los ahí conglomerados alrededor de la mesa tuvieron opiniones dispares. Restaban Vivianka, la señora Laura, su hermana, Erendy y Alister. Tanto Mundrat como el señor Franco se habían retirado ya, el primero a dormir y el segundo a leer.

–No lo creo así –dijo la señora Laura, que como toda buena hermana siempre llevaba la contraria a su compañera de mesa–. El mundo no es un buen lugar para vivir, solo basta salir a la calle y ver cuánta gente de hambre y sed ha de morir.

–Eso pasa de esa forma debido a que las personas no viven en la gracia de dios, han decidido darle la espalda y seguir en su sufrimiento –contestó orgullosamente la hermana de la señora Laura, quien era una total y ferviente creyente religiosa.

De inmediato, intervinieron Alister y Erendy, argumentando algunas cosas. La única que permaneció en silencio fue Vivianka, quien no lucía interesada en tales disquisiciones.

–No creo que la religión pueda hacer de este mundo algo menos horroroso. A final de cuentas, lo que sostengo es que se trata únicamente de una forma bonita en la cual se busca perjudicar a las personas, de hacerles creer en entes imaginarios para obviar su ominosa realidad –expresó Erendy.

–Yo pienso algo similar –continuó la señora Laura–. Si realmente sirviera la religión, ¿qué hay de todo lo jodido en este planeta? Los ciclones, tormentas, terremotos, etc. Seguramente, él quiso que tantas personas muriesen debido a causas supuestamente naturales; gente inocente hecha pedazos por dichos acontecimientos. Y, si nos vamos más lejos, ¿también dios quiso que existieran violadores, pederastas, extorsionadores y, en general, todo el conjunto de gente execrable? ¿Qué hace dios por los niños que diariamente mueren de hambre en todo el mundo, por esos otros esclavizados? ¿Qué hace dios cuando se está violando a una mujer o se encarcela injustamente a un hombre? ¿Dónde estaba para aquellos que imploraron su nombre en los campos de concentración o en las guerras, en los hospitales o en los accidentes? ¿Dónde está dios ahora, cuando más se le necesita?

–Pero todo eso que mencionas no es sobre dios. Es el hombre mismo quien con sus actos ha decidido alejarse de la divinidad y ha tergiversado y usado el mensaje sublime a su conveniencia. Si el hombre está así y vive execrablemente, es porque así lo ha querido él mismo –replicó la hermana de la señora Laura, ahíta de confianza.

–Y ¿qué le dirías o cómo le explicarías eso a un niño que muere de hambre? Acaso le dirías algo como “lo siento, pero dios quiere más a la gente blanca”, o “tu nivel de fe es insuficiente y por eso dios no puede ayudarte”, o quizás “dios te ama, pero estaba escrito que morirías” –insistió la señora.

–Es complicado el tema de las religiones –interrumpió Alister, con esa melódica voz, mientras terminaba su vaso de agua simple–. Cada uno tendrá

sus convicciones al respecto, y no se puede hacer que otras personas creen lo que tú, ese es el mayor error. Lo que considero necesario sobremanera es generar la duda. Trataré de explicarme mejor sobre este asunto. Verán, desde nuestro nacimiento somos educados por nuestros padres y familiares, tomamos de ellos todo lo que son; se nos inculca una forma de pensar, una religión, un conjunto de tradiciones y costumbres. En esencia, se puede decir que ya somos alguien sin haberlo decidido así, ya se nos han implantado ideologías y teorías que debemos obedecer, patrones a seguir en esta sociedad de esclavos. Todo cuanto la mayoría de las personas son, no se debe a que en realidad ellos quieran ser de ese modo, sino que son por obligación, porque eso les ha sido introducido desde su llegada y su crecimiento en el mundo. Más tarde, los profesores se encargan de fraguar la estupidez que de por sí desde casa ha sido pregonada. Es como la analogía del pescado que no se percata de que vive en el agua nunca en su vida, así el humano no tiene conciencia de ser producto de arcaicas concepciones y de aquello que le fue inculcado sin nunca cuestionarse algo al respecto. Por desgracia, cuando se da cuenta de que se es solo un producto defectuoso sin ideas propias, se llega al suicidio.

–Eso es cierto, es parte de lo que se infiere al reflexionar sobre la sociedad. Y, dentro de todo ese conglomerado ominoso de cosas que somos obligados a absorber, se encuentra la religión –completó Erendy.

–La religión es un mal innecesario, una plaga que se debe exterminar. De hecho, siempre ha frenado el progreso del hombre, excusándose en la compasión que se debe de sentir por alguien que se cree dio su vida por nosotros. Yo, sin remordimiento alguno, digo que jamás se lo pedí y no tengo nada que agradecerle, puesto que para empezar no considero tener ya desde antes de existir un pecado en mí que me persigue por culpa de un ser de otro cuento que se rebeló contra las órdenes de dios –arguyó nuevamente Alister.

–Pero, como dicen, dios y la religión son dos cosas distintas. El que la religión haya realizado actos ominosos y atroces en el pasado no tiene algo que ver con el hecho de que dios sea total amor y liberación, eso lo sé muy bien porque yo misma he experimentado a dios día con día. El vivir en la gracia del señor es lo más hermoso que me ha pasado. Dios se encuentra en el corazón de todos, solo debemos encontrarlo y hacer fulgurar su energía en

nosotros –argumentó la hermana religiosa con fanatismo, nuevamente recobrando su fortaleza en dios.

–Entonces debe existir una contradicción; en realidad. bastantes. Por ejemplo, si dios se supone ya tiene trazado un plan para cada uno de nosotros, anulando de ese modo el libre albedrío y el azar, así como tantas otras cosas, resulta trivial orar. ¿Qué sentido tiene que atribuyamos a dios toda la responsabilidad? ¿No sería rezar ir en contra de la voluntad y el plan de dios? –sentenció Alister con ironía.

–Por eso mismo es que tantas personas, que al final de sus vidas se confiesan después de haber sido una escoria, pueden irse al supuesto cielo. Le creencia en dios difumina la responsabilidad del hombre en el mundo. Además, la promesa de una vida ahíta de paz y belleza en un cielo donde podremos encontrarnos con nuestros seres amados es quimérica, ¡qué hermoso y placentero sería esa historia! Sin embargo, lo más seguro es que se trate de un cuento para que las personas se mantengan sometidas y no alcen la voz, para que se resignen a su miseria en esta vida y esperen la ostentosa y gloriosa estancia en los cielos del todo poderoso –complementó Erendy sin temor.

–Sí. Probablemente en todo eso tienen razón. Yo no niego que se use la religión como un medio de control. Incluso, he conocido aquí en la mía personas malévolas; empero, igualmente existe gente que vive en la gracia de dios. Aquel que no acepta a dios en su corazón no conoce la máxima felicidad –argumentó con recelo la hermana de la señora Laura, ansiosa del reino de los cielos.

–He ahí el problema –adujo Alister con seriedad, mordiendo una manzana que comía de postre–. Personalmente, respeto las creencias de todas las personas. Me importa un bledo si se cree incluso en el espagueti volador o en el creador universal. Simplemente me causa confusión, como ya lo he comentado en coloquios con otros religiosos, el entender por qué todas las personas allegadas a cierta fe, creencia, religión o lo que sea, se hallan tan completa, absoluta e indudablemente convencidos de quién es dios, qué quiere, cómo lo quiere y demás cuestiones adyacentes. No logro digerir su afición, porque eso es lo que atisbo, una afición hambrienta de la supuesta y

tergiversada palabra del señor. No soy capaz de dilucidar cómo esas personas conocen de antemano y a la perfección todo sobre dios y su voluntad. Seguramente son una clase de iluminados a quienes dios eligió para guiar a los demás, y, sin embargo, se cae nuevamente en una contradicción, pues son elegidos por un dios que ellos mismos arguyen como real; en pocas palabras, se están auto eligiendo a través de algo improbable y de una presencia invisible.

—Y no es la única contradicción —aprovechó Erendy para arrojar más fuego a la leña—. Otra de las cosas que he elucubrado es: si realmente dios quiere al humano, o si realmente le importamos. Si fuese todo poderoso, entonces podría acabar con todos los males que atormentan al hombre, pero no lo hace, entonces no le interesa el mundo, ¿por qué deberíamos atenernos a una presencia tal?

—Y aún hay más —intervino Alister nuevamente, ya animado por el furor de la charla—. ¿Cómo se puede concebir que el demonio, satanás o en quien se cree representa el mal, es verdaderamente malvado si se supone que se dedica a castigar a los malos? ¿No lo haría eso alguien bueno? Y la otra cuestión es si dios realmente quiere que el hombre lo conozca. ¿Por qué negaría a Adán, en esa supuesta historia fantasiosa, que comiera del árbol del conocimiento? ¿Acaso tendría miedo de que el humano vislumbrara con sus propios ojos la verdad y se percatara de que no necesita de ningún dios? ¿No es entonces Lucifer un ser de benevolencia al intentar proveer al hombre de ese conocimiento que dios en su ambición se reservó? ¿No fue arrojado a los infiernos por su imprecación, la cual consistía en una rebelión contra dios, pero una tal que cualquier ser sensato hubiera hecho lo mismo? Incluso, en sus mitos se contradice todo lo que se supone sustenta las bases religiosas. Los evangelios, de hecho, fueron elegidos por una persona, un emperador, en el momento en que Roma se hizo al cristianismo.

—Yo quiero agregar también —interrumpió Erendy con presteza— ¿Por qué se quemarían los evangelios llamados apócrifos? ¿Qué había ahí que incomodaba a la religión o que no cuadraba con su mágica empresa con la cual han reinado durante tantos años aniquilando a aquellos reticentes de lo que pregonan e izando la bandera de la generosidad a favor de una mentira tan

bien difundida que ya casi nadie duda de ella?

Se produjo un silencio, nadie se atrevía a tomar la palabra, la discusión se hallaba atorada. Nuevamente, la hermana de la señora Laura intervino defendiendo su fe:

–Pero lo que quiero expresar es que dios vive en el corazón de las personas, sin importar si estas se percatan de ello. Ustedes quizá no pueden sentirlo, pero yo sí. Dios está conmigo y es algo que no puedo evitar pregonar, pues me llena de una dicha imposible de contener.

–Ese es el punto. Cuando alguien religioso se queda sin argumentos siempre recurre a decir eso, que dios vive en su corazón. A lo que debo responder que, si no sentir a dios equivale a la no salvación, y por tanto uno se ve conminado a los infiernos, entonces es un dios opresivo sobremanera.

–Dios da a cada quién la posibilidad de elegir y será cuestión tuya si decides no ser salvado.

–Pero, como ya se dijo, eso no se le podría argumentar eso a un niño moribundo que reza todos los días –replicó Erendy frunciendo el ceño.

–Ahora bien –dijo Alister, tomando nuevamente la palabra tras haber terminado su manzana–. La cuestión, después de todo lo comentado, sería si una persona compasiva, honrada y buena, que ayuda a los demás, que no asiste a la iglesia, que está alejado de cualquier enseñanza religiosa... Si dicha persona, de hecho, aborrece y descarta a todo tipo de dios o religión, entonces ¿se iría al infierno por el simple hecho de no aceptar a dios en su corazón? ¿No importaría que haya llevado una vida honorable? Una mucho mejor que la de esos fanáticos y los sacerdotes que ataviados en joyas y oro no lo donan, aunque pregonan ayuda a los miserables.

–Pues, a final de cuentas, la decisión de ser buena persona es de cada uno.

–Pero no has respondido la cuestión –interrumpió la señora Laura con diligencia–. ¿Sería o no enviado a los infiernos esa persona?

La hermana religiosa no supo qué decir, se sentía atacada y cuestionada

sobremanera en sus principios y convicciones. Realmente, no quería creer que dios no existiese, no quería abandonar su creencia por miedo al absurdo. Dios llenaba su vida, aunque fuese mera ficción. Incluso, si este ser supremo no fuese real, no importaba ya, era la simple concepción de este lo que la mantendría en la fe irrevocable.

—Evidentemente, yo pienso que no —dijo Alister, impaciente—. Existe gente que detesta la religión y ha hecho más por el mundo que el mismísimo dios. De tal forma que dios no es absolutamente necesario, y, por tanto, se torna inútil. El hombre tiene el poder para desechar a dios y, aun así, ser lo más elevado espiritualmente. La moral y la benevolencia son independientes de la fe y las creencias. ¿Cuántos pederastas no hay en las iglesias? ¿Por qué dios no castiga a esos malhechores cerdos? ¿Acaso dios observa todo y lo permite porque ellos lo han aceptado en su corazón? Sencillamente es más fácil ser una asquerosidad de persona y luego aceptar a dios para salvarse, suena ilógico e injusto, pero en este mundo donde reinan esos dos factores, nada me sorprende.

Se sintió una pesadez en el aire, la plática había alcanzado derroteros insospechados. Al parecer, la hermana religiosa se había quedado sin argumentos para defender su creencia en dios, y lo único que tenía era su fe, esa que nadie comprendía.

—Yo he visto a dios como una energía divina y no como un ser de carne y hueso o alguien que lo puede todo. Posiblemente lo relaciono con el gran espíritu o la naturaleza. En mi opinión, todos los dioses convergen en una sola entidad, todo el universo lo hace, ciertamente —comentó Erendy, tratando de neutralizar el asunto.

—Sí, eso parece algo más sensato. Otra posibilidad, aún más intrincada, es que sea nuestra mente la que lleve a cabo todos esos milagros y lo inexplicable que en ocasiones acontece. El factor dios actúa como una poderosa sugestión mediante la cual nuestra mente realiza obras nunca imaginadas. Además, lo que se conoce y se ha explorado sobre ella es nulo. La mente es algo demasiado complejo, y no me sorprendería que dios se alojase ahí, pero ahora lo llamaríamos intelecto, capacidad o magia, una que reside en

cada persona y no es la salvación eterna, únicamente el don que nos ha sido concedido para alcanzar la divinidad prohibida. Al final, ningún camino, ni religión, ni fe, ni creencia, ni ciencia, ni ideología puede ni tiene el poder suficiente para liberar al hombre de las cadenas que lo mantienen atado a este plano. Ninguna de las invenciones que se aceptan y se siguen en la sociedad representa la libertad y la espiritualidad; el hombre no puede ni debe seguirlas. La única forma en que se puede alcanzar la sabiduría divina es mediante el desenvolvimiento interno, la soledad del alma. Y cada ser debe buscar en su interior todas las respuestas independientemente de las invenciones exteriores. El único camino valioso que debe seguirse es, posiblemente, el que han marcado los pétalos del fulgor en la flor del esplendor: la muerte.

El intercambio de ideas terminó ahí, todos se abstraieron en sí mismos y no se pronunció palabra alguna durante los minutos siguientes. La señora Laura se levantó y se dirigió a su habitación, su hermana se retiró nerviosa y cabizbaja ante los herejes infernales. Por su parte, Vivianka preparaba todo para apagar las luces y su esposo solo observaba, quizá presa todavía de una inmunda resaca, pues el desdichado bebía diariamente, sin importarle algo más. Tal vez muy parecido al vicio humano de creer que existe por estar en esta realidad cada día que transcurre, situándose un paso más cerca de su absurda muerte. De la tarde a la noche todo pasó irrelevantemente, al menos para aquellos seres incapaces de la percepción más agudizada. Ya por las 11 de la noche se preparó café con leche y cada uno tomó sus respectivos puestos para otorgar ese descanso tan merecido al cuerpo después de la ajetreada jornada que se había vivido, incluyendo esa discusión sobre religión en la que cada quién defendió como pudo sus ideales.

Por otra parte, en algún otro lugar de la prisión infinita llamada mundo, Yosex perfeccionaba su plan para proporcionarse un festín ilimitado con Cecilia. No había descansado ni un segundo desde que regresó a casa. Había pensado por un muy breve periodo de tiempo en llamar a Alister y enterarlo de todo lo que hacía, de confesarse; no por culpa, sino que incluso el narrar lo execrable de sus actos podía elevar su autoestima. Estaba orgulloso de lo que había logrado y de las mujeres que había sometido y engullido. Los gritos eran para él un premio y un reconocimiento imposibles de obtener por otros

medios. No le bastaba con violar a sus víctimas, lo que conseguía excitarlo sobremanera era deleitarse con su carne. Ya hasta había conseguido un recetario y pensaba en formas innovadoras de tortura.

El momento había llegado. Se encontraba escondido en un callejón oscuro, utilizaba una máscara del Lucifer, a quien adoraba por ser el único rebelde contra el todopoderoso. Llevaba algunas horas siguiendo a Cecila y a su novio. En realidad, tan pronto llegó a su casa, se masturbó tres veces seguidas, ingirió un poco de viagra y damiana, y al no saber qué mujer deseaba someter, recordó como una chispa fulgurante la excitación que le produjo aquella mujer, Cecila. Siempre la había deseado desde la universidad, pero la muy puta culeaba con todos menos con los tipos de su calaña. Esta vez no escaparía de sus garras, la comería poco a poco, sin apresurarse, sintiendo cómo escurría la sangre por sus labios al desgarrarle las piernas con los dientes cariados y chuecos.

Había analizado los movimientos que realizaba la pareja, se preparó. Cecila y su amante, el fortachón Héctor, paseaban tan calmadamente, no sospechaban que sus vidas estaban por terminar; ciertamente, quién lo haría. Es peculiar ese conocimiento, muchos dicen haber experimentado mensajes que los previnieron y prepararon antes de abandonar este mundo, otros tantos han muerto sin el más previo aviso, sin el más mínimo sentido. Para esos dos jóvenes, la mala suerte se había impuesto a su libre albedrío de seguir viviendo. Cecila se detuvo cuando escuchó unas risas macabras, como provenientes de unas sombras en las paredes de las calles, incluso argumentaba haber sido rozada por una clase de tentáculo.

Yosex continuó monitoreando sus movimientos, los siguió hasta el hotel donde viese entrar las nalgas de Cecila, quien ya había sido embestida por aquel afortunado fortachón. Se pidieron sus números y acordaron verse nuevamente el próximo fin de semana, así como no mencionar a nadie su maravilloso encuentro, ni tampoco el hecho de que se hubiera venido Héctor en su boca. Nada era trascendente, Cecila partió sola hacia un destino ya anunciado como fatídico. Entre las tinieblas de la noche, Yosex apareció con una capucha y, de un solo golpe, tan bien asestado con su característico desarmador, desgarró una de las piernas de la joven recién follada, para

continuar con el proceso de dormirla, para lo cual utilizó la fórmula básica del cloroformo más un químico que solo él había concluido agregar después de varias pruebas.

De Cecilia nunca se supo nada, de Yosex su historia es de otro universo. Todo lo referente a su caso y a su enfermedad se puede encontrar con más detalle en un diario que guardaba oculto bajo el colchón de su vieja cama. De lo referente a esta parte de su vida, solo narra cuán grande fue su rabia al ver clausurado su centro de entretenimiento, ese cuarto infernal donde cometía sus más ignominiosas depravaciones, por la policía. Lloró incansablemente con Cecilia tirada en el suelo y recargado sobre la motocicleta que alquilaba para transportar a sus víctimas. Según cuenta en su diario, el llanto se prolongó casi durante una hora. El ver cerrado su único refugio le ocasionó un grave choque mental. Fue enviado a un manicomio cuando los oficiales revisaron su casa por alerta de los vecinos. Para ese entonces había abusado de su propia madre y se había comido a su abuela. Cecilia logró escapar tras varias semanas recluida, aunque su rostro quedó desfigurado, ya que Yosex diariamente lo mordisqueaba. Y bueno, esa fue la infeliz historia de Yosex, quien siempre estuvo íntimamente vinculado con Alister, tan es así que todo su futuro cambió cuando este último declinó en su propósito de ir a verlo. Quizás en un universo alterno eso sí ocurrió y ahora Yosex sería un exitoso psicólogo, defensor de los derechos de las mujeres y filántropo.

En cuanto al causante de tal divergencia en los posibles destinos de Yosex, descansaba en una colchoneta que le había sido dada para pasar la noche, meditaba todo el tropel de bagatelas y cosas que consideraba interesantes. Su vida había transcurrido de manera extraña, por caminos nunca sospechados si quiera. Y todo cuanto veía a partir de aquel día era oscuro, la luna opaca y el sol sombrío. No lograba conciliar el sueño, la intranquilidad reinaba en su compungido espíritu, su aura fulguraba de un rojo insaciablemente pecaminoso. Por una parte, barruntaba acerca de su posición en el universo y buscaba fútilmente entender la postura que el ser debía admitir ante su propia ignorancia e incapacidad de definir una abstracción a partir de la cual matizarse como real hacia el mundo material, la simple ilusión quimérica de un descubrimiento en el cual la conciencia cósmica fuese

imperante le parecía ya lejana, ya imposible. Por otra parte, cuestionaba su descontrol y desenfreno interior, añoraba la paz que otrora llenara su alma.

Se escuchó algo en sus adentros, un piquete doloroso; se produjo un incremento en sus latidos, un relámpago de emociones mixtas invadió su ser. Alguien, muy paulatinamente, descendía por las vetustas escaleras, con una soltura inhumana, calculando exactamente cada paso para realizar el menor esfuerzo posible y así, el menor ruido también. Seguramente se trataría de Erendy, ya veces anteriores habían tenido encuentros de ese tipo, en los cuales mantenían relaciones a espaldas de los demás. Sin embargo, de un tiempo a la fecha, Alister no deseaba más hacer el amor, se hallaba convencido de que el humano tenía que ser más espiritual, de que aquello que tanto se gozaba no era valioso ni merecedor de dicha. Si el humano deseaba progresar en todos los aspectos, debía también abandonar la copulación a favor de una fuerza pura y magnánima. Y entonces ¿por qué se había tirado a Cecila y a esa puta llamada Mindy? ¿Era él mismo cuando lo hizo? A la vez no sabía si se trató aquello de un sueño o realidad, daba igual.

Justamente parece que si existía el destino o si es la misteriosa forma en que actúa esa energía divina, ese espíritu superior, esa incertidumbre sinvergüenza, lo que sea que fuera, se desternillaba y osaba burlarse de la debilidad que tanto pregonan como fortaleza los humanos. La única verdad referente a los deseos ocultos en una parte interna de las personas que se reprime y florece con destellos iridiscentes es que todos, sin excepción alguna, aceptamos, de forma consciente o inconsciente, el querer follar a quien no amamos, porque el placer de la satisfacción sexual inherente al ser interno supera el amor que se demuestra en el exterior hacia un ser valioso. Y, a final de cuentas, amar a una persona en el plano físico es banal, amarla en el espiritual es divino, pero tener sexo sin sentimientos es lo más humano que podemos hacer.

Se trataba de Erendy, a primera instancia era ella. Luego, cuando ya se hallaba aquella figura muy cerca de Alister, este se percató con un mal disimulado asombro que no era la persona que creía amar quien se encontraba frente a él, quien desteñía las cortinas del telón para esparcir la bruma en el paisaje de las colinas doradas. No, no era la mujer que entendía sus problemas

y su filosofía, la que lo amaría hasta que se extinguiera incluso la eternidad misma. No, no era esa mujer curiosa y perspicaz que investigaba y aprendía teosofía. Se trataba, en vez de Erendy, de una mujer más vacía, atormentada por múltiples pesadillas y lacerada por los demonios de la infelicidad y el conformismo. Al mirar sus piernas delgadas y blanquecinas, al levantar la mirada y raspar sus ojos en los diamantes que refulgían en el rostro de la figura femenina, todo cambió. Ya no interesa si era absurdo aquello, pues el placer y la concupiscencia, el deseo de esa esencia era mayor que cualquier raciocinio. El desdichado espiritual no lograba entender el por qué esta figura tan vacía y sinsentido lograba una excitación tal en él. Probablemente, así era el humano: desdeñaba el amor puro que lo cobijaba para ir y envolverse en las fauces de una sensualidad prohibida y un goce fatídico. Esa figura tan bien contorneada físicamente y tan corroída espiritualmente era Vivianka.

—Pero ¿qué es lo que estás haciendo aquí?

—Yo nada, más bien te lo pregunto a ti, y ¿por qué luces excitado?

Alister no supo qué decir, se limitó a hipnotizarse con esos labios rojos tan intensos. Sí, debía ser ese rojo intenso el que lo estaba cegando, sintió como si un hechizo le hubiera caído de alguna dimensión tangente. Un enorme sopor lo invadió, todo comenzó a dar vueltas, estaba briago de sexualidad y deseoso por poseer esos labios rojos cuya intensidad se le antojaba tan sugestiva como la sangre misma.

—Iré por un vaso de agua —afirmó mientras se levantaba, cubriéndose el falo—, lo mejor será que duerma un poco más.

Con tal estratagema, Alister pensaba escapar de su inevitable destino. Tal vez aún tenía la fuerza de voluntad suficiente para imponerse, tal vez eso que alguna vez sintió por Erendy y que llamó amor aún no se había extinguido del todo. Definitivamente, aunque se quitase la vida ahí mismo, las cosas no podían terminar así. No debía pasar, pero...

XX

Pero Vivianka, quien había bebido no tan moderadamente como se creía, lo detuvo. Y, aun así, no se podía atribuir su impulso a la embriaguez. Lo tomó del brazo y lo apretujó contra ella, sintiendo su pene erecto y delirando con múltiples fantasías. Sin embargo, Alister no cedió y fue a colocarse en el sillón, donde meditó por unos instantes.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿No me deseas? ¿Acaso no es esto lo que querías?

—No creo que sea correcto, tú sabes bien las razones.

—Y ¿qué es lo correcto entonces? ¿Por qué te importa tanto la moral? O ¿es que no puedes complacerme un poco?

—Pero ¿qué pasará si se enteran los demás? Ahora todos duermen y solo nosotros danzamos en la noche eviterna, pero ¿cómo terminará la melodía cuando el sol arroje su luz sobre nosotros y la oscuridad no nos proteja más?

—Una de las cosas que más he disfrutado de ti es escucharte. Tú no tienes idea de lo vacía que estoy, de lo miserable que es mi vida. Ahora que has venido y compartido lo que piensas, estoy convencida de que no anhele más esto. Vivo esclavizada por estos pensamientos, manteniendo a un esposo hundido en la bebida, con dos hijos pequeños que demoran tiempo y presupuesto. Estoy atada a esta rutina, no tolero más mi vida. Necesito escapar, deseo empezar de nuevo y olvidarlo todo. Por favor, si tú quisieras, podríamos irnos juntos. Tú tampoco estás conforme con esto, sería perfecto desaparecer, podría ser tuya por siempre.

Alister no se esperaba algo así. En realidad, sí sospechaba que Vivianka guardaba ciertos deseos hacia él, pero esto iba más allá de la realidad.

—¿Qué dices entonces? ¿No te gusto? ¿Es que no soy más atractiva que mi hermana? ¿Por qué no me jodes el coño ahora y luego piensas en mi oferta?

Vivianka lucía demasiado hermosa para no sentir una incontrolable ansiedad. De hecho, esa noche ella había intentado mantener relaciones con Mundrat. Sin embargo, debido al estado de ebriedad en que este se hallaba, no fue posible tal empresa. Vivianka estaba ardiendo en deseos de ser penetrada, y qué mejor ocasión para mostrarse como era ante el trágico amante. Además, estaba en el periodo correcto para quedar embarazada.

—Yo no... ¡No sé qué decir! No podemos seguir con esta historia. Lo nuestro es imposible, ya el destino ha trazado otros planes.

Entonces, presa del pánico y del adormecimiento que sentía, quizá representativo del indecible cansancio que le producía la existencia absurda que llevaba y que imperaba en la vida, Alister se apoyó en el hombro de Vivianka y, por cuestión del azar, su brazo resbaló bajando el reducido escote de la princesa blanquecina que ahora ardía y se derretía en un calor demoniaco y lascivo. Entre aquel suceso inesperado, producto del azar o de la voluntad sublime, se liberó uno de los carnosos senos de Vivianka. El pudor prendió la mecha, aquellos pezones hinchados provocaron una subrepticia candidez en el filósofo incandescente, y su parte oculta y animal emergió tomando el control de cualquier clase de espiritualidad que hubiese desarrollado. Y aquí surgía de nuevo el eterno diálogo y la discusión sin rumbo alguno que tantos debatían. Tal vez, sin importar cuán fuerte fuese el grado y el entrenamiento espiritual, a final de cuentas siempre se podía doblegar con el aliciente adecuado. El deseo del humano por poseer otro cuerpo lo gobernaba todo, incluso era más poderoso que el amor y el odio, que los sentimientos y la razón. Bajo las condiciones adecuadas, toda persona, sin importar en lo más mínimo su formación, personalidad o esencia, terminaba por ceder ante los arrebatos de la locura sexual.

El ser era fácilmente inducido al acto carnal como una forma de dispersar su absurdo sempiterno por solo unos breves instantes. Fue así como, olvidando a Erendy, la religión, a Cecilia, transformándose en ese otro yo que rondaba su puesto, obviando cualquier tipo de enseñanza, Alister quiso que los dos amantes se complacerían hasta el amanecer. Los testigos de aquel desliz que jamás debiera ocurrir fueron las sombras risueñas y los tentáculos en los cuales parecían descansar interminables alimañas sexuales. Las alas inmensas

de un destino modificado para aquellos indefensos se extendían esparciendo la fragancia del amor y la muerte en un solo almizcle. La mezclanza de fluidos y el flujo del espacio se habían alineado para dar nacimiento a una nueva percepción en las infinitas ya existentes. Las ropas cayeron, los cuerpos desnudos se entrelazaron siguiendo una sinfonía cósmica. Una vez unidos, formaron un solo ser. Y la fusión total a través del olvido y el sinsentido lograba lo que tantas doctrinas jamás podrían atisbar.

–No sabía que lo hicieras tan bien. Mira nada más cómo me coges, ¿así de bien lo haces siempre? –inquirió Vivianka gimiendo peor que cualquier animal.

Alister ni siquiera podía pronunciar una palabra, difícilmente su aliento le era suficiente y no conseguía articular un sonido que no fuera el del placer máximo. Introdujo un dedo en la boca de Vivianka mientras arremetía contra ese maldito trasero enorme y estriado, tan blanco y sensual como ningún otro. Continuaron con el funesto acto sexual, que para ellos representaba la elevación sobre la intrascendencia de sus vidas. Tan aburridos estaban en el exterior, tan podridos en su interior.

Vivianka no soportaba más a su alcohólico esposo, anhelaba un falo que entrara y saliera de su jodida vagina cada noche. Tantas veces había contenido inútilmente este deseo que ahora admitía sin remordimiento. Por su parte, Alister experimentaba algo similar desde un panorama distinto. Se sentía infame y controlado, esclavizado por su relación con Erendy. No toleraba sentirse menospreciado por él mismo, se amaba demasiado inconscientemente como para entregar su amor a un ser tan perfecto como le parecía la princesa teósofa. Y, en esta ocasión, aunque Vivianka era una mujer vacía y patética, complementaban ambos sus necesidades físicas, existenciales y hasta mentales. Era evidente que la teoría de la sumisión se ponía de manifiesto e inevitablemente el humano era arrastrado por su corriente tan llamativa como peligrosa, y, una vez cayendo, era imposible salir.

Probaron toda clase de posiciones, follaron como nunca en toda la historia de su miserable existencia en el infame mundo humano. Experimentaron nuevos enfoques, Alister introdujo su mano completa en la

vagina y la boca de Vivianka, también hizo lo mismo con su pie. Le escupía y la cacheteaba, la ahorcaba e intentaba ahogarla con su falo. Mientras la follaba en cuatro patas, introdujo un pepino por su ano inhumanamente y luego se lo dio a chupar. Lamió sus pies tras haberlos bañado de su esperma, exprimió sus senos hasta beber la leche que de ellos emanaba todavía, succionando hasta la última gota. Ambos se chuparon hasta lo más prohibido y el asco quedó en cualquier parte donde ellos no habitaban. Los besos en la boca se los dieron con rabia y pasión, se mordían y sangraban de tanto pudor. Vivianka se hallaba completamente destrozada y embadurnada por todos lados de semen, pues Alister se habían corrido en su boca como una manguera en absoluto descontrol. Y sus senos y sus piernas estaban tiesas por el esperma seco. También por su ano, después de algunas flatulencias, emanó el líquido blanco cuyo sabor tanto degustó. Finalmente, en un arrebató de locura, ligado posiblemente a su indiferencia por la existencia precaria, ya con el alba a punto de conquistar la oscuridad en sus corazones, ninguno de los dos resistió más.

—¡Quiero que te vengas adentro! ¡Hazlo, por favor! ¡Córrete y lléname toda con tu exquisito semen! Luego, si quieres, ¡puedes matarme y consagrarme como la mayor putipuerca en tu destino!

—Yo no estoy seguro de ello, pero también quisiera saber cómo se siente llenarte de esperma caliente. Quisiera saber qué experimentas cuando salga y te escurra, cuando te haya preñado.

—¡Ya cállate y suéltalo! ¿Acaso no quieres preñarme como a una maldita perra? Probablemente, no volvamos a hablarnos, ni siquiera a vernos. O, tal vez, follaremos sin control siempre que podamos. No sé qué pasará, solo que nadie sabrá que tengo un hijo producto de tu semen.

Y se produjo el tan anhelado suceso. Inmensas cantidades de ese líquido blanco que se confundía con la piel de Vivianka conquistaron su interior, rebotaron contra lo menos horadado, cubrieron de majestuosidad la vellosidad exuberante, se fundieron con el núcleo y ocasionaron, por azar, destino, voluntad, casualidad, suerte, divinidad o naturaleza, que un nuevo ser iniciase su absurda existencia en el plano terrenal. Los dos amantes paradójicamente

concomitantes habían llegado al límite de sus emociones, sus corazones estaban por detenerse. Después de la corrida interna en Vivianka, Alister regresó. Sí, recobró su lugar el original ante el ladrón, resurgió de entre las tinieblas aquel muchacho que otrora mostrase virtudes y talentos únicos. La culpa y el remordimiento quisieron invadirlo, pero él impuso su rebelión, y su indiferencia y el sinsentido que atribuía a la vida funcionaron por unos instantes, luego todo se fue apagando hasta dejarlo a merced de un cáncer sin cura.

Este cáncer podía traducirse en el mayor repudio que experimentase hacia sí mismo. Nada se comparaba ahora con la inmensa e intensa presión que sentía en su cabeza, en todo su cuerpo, de hecho; parecía que iba a estallar su alma, o eso creía experimentar. Por todos lados aparecían fragmentos de su vida en los cuáles Erendy había estado con él. Recordaba y atesoraba esos recuerdos tan profundamente que ni siquiera el deseo sexual con tal derroche y muestra de lascivia podía tocarlos. Comprendió entonces que había arruinado su mayor tesoro, había desperdiciado su única luz en la oscuridad infinita y preponderante. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Qué quedaba por decir? Antes pudo ocultar su infidelidad y ahora confiaba en lograrlo nuevamente, pero una especie de estupidez no concebía tan estulta falacia. De alguna forma, un ser que no era él luchaba por confesar su sacrilegio y salir de ese contenedor carnal. Vivianka no expresó nada, se limitó a besar en la boca a Alister, quien se negó rotundamente. Acto seguido, ambos fueron a sus respectivos lugares para dormir y pensar en su excusa maestra. Habían estado copulando por más de cinco horas seguidas y el resultado era un vacío que el tiempo no lograba soportar, mucho menos dos seres carentes de evolución lograrían tal hazaña.

Un nuevo día comenzaba, una creciente y anunciada oscuridad se apoderaba de los cielos y de ella caían pesados carretes de incertidumbre. A través del proceso se experimentaron múltiples conocimientos puestos a colación, todos con el único e irrevocable fin de la inocencia en la calma infernal. La destrucción anunciaba la creación de nuevos mundos, de seres imperfectos en la experiencia metafísica. Se movían los brazos de la entidad y las alas coronaban su dualidad en la duplicidad lozana, destruyendo lo efímero y anodino del tiempo. Ya casi cerraba sus puertas la vida absurda ante los

desquicios de los dedos largos y punzantes que atacaban las mentes más frágiles. La divergencia lo era todo, ya nada podía atribuirse al azar ni al destino, simplemente ocurría por ser y sin explicación alguna.

–Muy buenos días. ¿Cómo amanecieron todos? ¿Sí descansaron? – preguntó el señor Franco, quien había sido el primero en despertar y organizaba todo para el desayuno.

En la mesa estaban colocados simétricamente Alister, Erendy y Mundrat, los tres formando un triángulo que se disolvió cuando Erendy se levantó y ayudó a lavar los trastes de la noche. Vivianka tardó en bajar y, cuando lo hizo, lucía desvelada sobremanera, cruda y agotada.

–Y ahora ¿qué te pasó, hija mía? ¿De dónde viene que tengas ese aspecto tan demacrado? –preguntó la señora Laura, incrédula.

Una especie de perniciosa risa mal disimulada se escuchó salir de la mujer quien usaba unos pants holgados y una sudadera descolorida. Había vuelto a su estado anterior, había vuelto a ser la mujer atareada y desmaquillada, descuidada y despistada.

–¡Ah, no me digas! Ya sé por qué estás así. No me quiero imaginar lo que pasó en esa habitación –contestó para sí misma la madre de las dos hermanas.

Alister se agachó. En él la culpa afloraba sin importar cuánto intentara reconciliarse consigo mismo. Aunque extrañamente, todo eso le ocasionaba risa, una tal que se mordía la lengua para no desternillarse. Los únicos que conocían la verdad eran esos dos amantes indeseables y tan fragmentados en sus paredes internas.

–Pues eso ni se pregunta. Ya se debería de saber que todos tenemos necesidades físicas.

–Y tú ¿no estás cansado, Mundrat? –preguntó el señor Franco, quien parecía ser el mejor observador de los ahí presentes.

–No, hasta eso no. Quizás aproveché bien mis horas de descanso – contestó Mundrat agradecido de que nadie ahí supiera de su ebriedad.

–Pero Alister también luce sumamente cansado. De hecho, tienen el mismo aspecto –colegió de nuevo el señor Franco.

–Ya dejemos ese asunto para después. Qué más da si están cansados o no, el simple hecho de existir resulta atrozmente cansado y tedioso. Lo mejor es que cada uno se sirva de lo que más le agrada –comentó la señora Laura en su defensa.

–Sí, eso mismo pienso yo –intervino Vivianka mientras lanzaba una fulminante mirada a Alister, cuyo fuego incineró cualquier respuesta.

Todos degustaban su comida con desesperación, ya había nimbado el día lo suficiente y no había tiempo que perder, no para Alister. Luego del peculiar y ahora repugnante acto que llevase a cabo en la madrugada, se sentía más inútil que nunca, pero todo daba igual.

–¿En qué tanto piensas? Come tu ración o se enfriará y te molestará terminar con ella en ese estado –exclamó la señora Laura al tiempo que acomodaba sus largos y lacios cabellos dorados.

–En nada; es decir, en todo. Últimamente me siento consumido por el simple hecho de existir. Todo es cansado aquí, estoy hartos

–No seas tan exagerado, yo creo que hay cosas valiosas por experimentar, así como también personas a las cuales disfrutar –afirmó Vivianka, manteniendo la esperanza de haber cambiado algo en su amante.

–Y a final de cuentas, si uno se cuestiona, eso ¿a qué conllevaría? –interrumpió Erendy displicentemente–. El punto en cuestión es que, al fin y al cabo, todo resulta absurdo. Incluso, el cumplir nuestros posibles sueños no llenaría el vacío existencial. Me resulta sorprendente el por qué la mayoría de las personas se engañan tan fascinadamente; sus anhelos materiales y económicos son repugnantes. La gente vive con la idea de viajar, de conocer playas, de ir a fiestas y bailes, de asistir a conciertos de música y así entablar conversación con aquellas celebridades que tanto admiran. Cualquier cosa resulta provechosa para cegar sus ojos con una perfección deslumbrante. ¡Cómo me gustaría que las personas pudieran despertar y atisbar la verdad! Aunque muy probablemente así es como el mundo está diseñado, a la medida

de los profanos y estúpidos seres sistematizados.

La tristeza en Alister se incrementó sobremanera, alcanzando al sinsentido que lo laceraba y tornaba su cielo grisáceo, que opacaba todos los colores en su reducida percepción, que mutilaba la esperanza de una vida eterna y la salvación de los renegados. Sin duda alguna, todo lo que imperaba en su mente era esa nauseabunda y vomitiva concepción que, paralelamente a la idea de matar, representaba el único camino para aquel ser que ha sido consciente de la verdad, para ese ente cuya alma ha sido iluminada y transfigurada en la cima de los arcontes, cuya realidad se ha desprendido de ese velo ignominioso y fútil, cuyas falacias se han consumido en el fuego que derrite el complot del mundo, pues, para ese perseguido y rebelde, el único camino, relumbrante y atractivo como una ingente concentración de geometrías inhumanas, es el del suicidio. Sí, la puerta para la liberación y el regocijo del alma.

—Y tú ¿qué piensas, Alister? ¿Cuál es tu posición respecto a estos asuntos? —inquirió la señora Laura.

Qué lástima que aquel joven tan ideal en la concepción de Erendy había ensuciado así su espíritu tras revolcarse con una mujer tan precaria e insulsa internamente. Ahora Alister tomaba plena consciencia de ello. Todo lo que aquella joven estudiante de teosofía le ofrecía, ese amor puro, ese entendimiento y esa concepción de la vida, ese nihilismo y existencialismo que ambos discutían fervientemente, esa sabiduría y curiosidad, todo ya se extinguía. Erendy representaba indudablemente el tipo de persona que jamás imaginó conocer, pero que, en sus tormentosas reflexiones y teorías sexuales, había destruido. Si tan solo pudiese el humano experimentar la locura y el placer máximo con la persona que amaba, pero no, pues ahora tan solo eran palabras vanas, pasos en falso. Y ningún lugar lo sentía como el descanso de su espíritu, el hecho de existir lo enloquecía y lo agobiaba sobremanera. Y, aún en este delirio tan pútrido, en esa mente tan compleja donde revoloteaban tantas quimeras, había lucidez para expresar lo que nunca olvidaría. Surgía, posiblemente antes de su fin, esa personalidad imperante en la sublime multiplicidad de su interior.

–Bien, pues no sé cómo decirlo. Supongo que, de cualquier modo, se trata de expresar lo que uno piensa sinceramente, aunque ese concepto sea contrario a la naturaleza humana tan ahíta de argucias. Para comenzar, comparto de forma inevitable lo expresado por Erendy. En realidad, es poco lo que he leído de existencialismo y nihilismo, conozco a los autores básicos. Lo que me agobia va más allá de una simple lectura, puedo sentir cómo desgarrar mi interior. Los humanos, ¡qué seres tan curiosos resultan si aceptamos nuestra existencia!, aunque sea una tan irrelevante. Siempre estamos pensando que representamos algo más, que somos el punto de la creación divina, que alcanzaremos el máximo esplendor y que merecemos todo lo que tenemos. Ninguna criatura, seguramente, ha causado tanto mal a su propia existencia como el humano, sustrayendo de esta cualquier clase de sentido. Esto lo ha logrado de diversas formas, tan variadas y exitosas que difícilmente pensaría en que dios sigue apoyando al hombre. Las personas, la cotidianidad, la forma en que hoy en día se ha elegido vivir. Los castigos han evolucionado de forma estética, se ha conseguido que las personas vivan en una libertad imaginaria. Los barrotes de la prisión en que habitamos son infinitos en el plano terrenal. Y, al mismo tiempo, no existen como tampoco nosotros, todo es ilusión y nada más. Dichos barrotes de la eterna prisión han sido implantados en nuestras mentes, desde el nacimiento se han fortalecido. El humano actual no cuestiona más, su único objetivo es seguir patrones y buscar la aprobación en la sociedad. Entre mejor encaje en los círculos de estulticia que se han conformado, entre más clasificado se sienta, mejor y más deseoso estará de vivir y prolongar el error que representa, contaminando todo lo que pueda y alcance. Se ha arrebatado la curiosidad, la creatividad y la imaginación de los seres. Pero no, ya nadie busca en su interior, todas las respuestas, todo lo que hay en las personas se lo ha dado el exterior. Se vive en una burbuja prácticamente irrompible, tan bien diseñada y alimentada durante tantos años por nuestros padres, que generalmente inculcan el principal y más efectivo acondicionamiento. Y luego sigue la escuela y se termina con el trabajo, de ahí hasta la muerte, la única justicia quizá. Se busca la continuidad del ciclo ominoso y execrable que tan bien visto es por los seres abundantes en la realidad pecaminosa; esto es, el hombre aprende a imitar y actuar como una máquina que no cuestiona órdenes, que jamás en toda su vida ha dudado de lo

que es, de si en realidad existe. Este ser no duda de ser, su autenticidad es inmediata, se percibe como parte de un sistema en donde podrá desarrollarse entre la inmundicia, adora sentir la libertad ficticia y hará cualquier cosa por perdurar el medio en que subsiste, el absurdo en que se ahoga voluntariamente para nacer y arrojarse de nuevo al mar de la vida cotidiana. A este raro ser de baja categoría llamado humano le parece admirable obtener bienes materiales, edificar templos y lujosas mansiones, abordar suntuosos carruajes y ataviarse con ropa cara y joyas, clasificar y juzgar por la apariencia física, adorar deidades inventadas por su estupidez al intentar comprender la naturaleza, regocijarse con las migajas de aquello que, en su miseria, es todo lo que podría lograr: recibir dinero, trabajar intensamente para pagar sus vicios y satisfacerse con lo más simple que encuentre. El humano actual ya no se complica la vida, todo es sencillo y digerido, gusta alimentarse de porquería que otros han diseñado para mantenerlo en su precario estado de desarrollo. Ya no se preservan las antiguas creencias de ciertas sectas o pueblos indígenas, pues este mono parlante promueve la globalización y el exterminio de cualquier clase de corriente o percepción que destruya el sistema que lo mantiene respirando. El hecho de que hoy en día las personas nazcan, estudien si es que lo hacen o pueden hacerlo, crezcan, se emborrachen, se casen, se reproduzcan, pasen toda su vida en un trabajo, envejecan y mueran, dice todo lo que hay que saber sobre la humanidad. Difícilmente se encuentra a un ser libre de tal ciclo maldito, pues las personas gozan en cumplirlo por encima de un progreso mucho mayor. El gusto por la soledad, la meditación y la espiritualidad ha decaído a tal grado que dichos conceptos han desaparecido casi por completo de la supuesta sociedad moderna. Por desgracia, tampoco resulta un mejor camino el abrir los ojos y atisbar la verdad, pues esto conllevará al individuo a una sucesión de crisis existenciales, a una desesperación y ansiedad mortífera, a la total decepción y desesperanza, a derroteros donde solo la tristeza y la resignación abundan como flores en la primavera de los desterrados. Cuando realmente se ha sufrido tal despertar cósmico, el humano se desprenderá de todo cuanto es, resbalarán por doquier las ideologías y el moldeamiento impuesto, entonces quedará vacío en absoluto. Este proceso generalmente toma tiempo, es paulatino y va aunado a la fragmentación de la identidad, pues, al haberse desprendido de todas las

argucias, o al menos de la mayoría, el ser comenzará a interrogarse, imperará la incertidumbre, la crisis, la persecución, la rebelión, el resurgimiento. Y casi se volverá a nacer para fatídicamente morir. Cuando el hombre, en su ostracismo, percibe la existencia vacía que ha llevado y el absurdismo que reina por doquier, es natural y totalmente aceptable una sola elección: la culminación del majestuoso desapego a la fatalidad del mundo no es otra cosa sino el suicidio, tan cálido y reconfortante, tan bondadoso y afable, pues solo él traerá la libertad que nunca en la realidad se conseguirá.

El caos de la vida se presentaba en un absurdo desbordante de emociones perturbadoras en lo más intrínseco del humano. La persecución que sintiese al percatarse ínfimamente de una realidad superior y desdeñar la actual no ocasionaba sino la desesperación en un contenedor material. Sería precavido ese que no respirase el aroma de las bugambilias muertas al caminar por el tambaleante destino con el corazón congelado y las extremidades fulgurando. Cada vez que renacía, pasaba lo mismo, volver de nuevo y librar la galopante y encarnizada querella por la estancia en el traje efímero. Y, entre más creía liberarse el ser de las cadenas del libre albedrío, mejor se ajustaban estas a las ensangrentadas llagas de lo no carnal que acompañaba su deambular al descender a los planos inferiores.

Nadie, nuevamente, esperaba tan inquietante discurso por parte de Alister. Todos se miraban los unos a los otros, todos excepto Erendy, cuyos ojos fulguraban en un peculiar matiz con cada palabra exclamada. Sin embargo, cuando salió de su ensimismamiento, el responsable de tan controvertidas sentencias sintió un asco tan profundo hacia sí mismo que corrió inmediatamente al baño. Quizá tenía el vómito, uno más espiritual que físico. A final de cuentas, no pertenecía a esa clase de personas de las que hablaba, era un esclavo más que cedía ante sus impulsos sexuales, que se había follado a la hermana de su novia. ¡Qué ignominioso resultaba recordar su previo discurso, pues quería suicidarse lo antes posible! Decidió calmarse y, después de un tiempo, salió, aunque ya todos se habían dispersado para realizar sus respectivas actividades, solo Erendy esperaba por él. El resto del día transcurrió absurdamente, con Alister asqueado al recordar cómo se tiraba a Vivianka al tiempo que ahora abrazaba a Erendy, fingiendo una

inocencia tan lejana.

XXI

Ya había pasado más de una semana desde aquel día en que Vivianka y Alister fundieran sus cuerpos. Erendy dormía apaciblemente hasta que una pesadilla atroz se presentó cual relámpago destructor. A la misma hora, pero en una existencia paralela, aquel hombre causante del desequilibrio en los universos no lograba conciliar el sueño. ¡Qué curioso resultaba presenciar a los humanos y aquello que los preocupaba, mientras la pluma sagrada dedicaba sus palabras a filosóficas y disfrazadas zarandajas! En un libro, sin pasta ni autor, se tenían las siguientes elucubraciones, en donde, a modo de ensayo, se presentaba la viva imagen del mismísimo autor del libreto en marcha.

Cavilando mientras ambos seres de la historia narrada permanecían congelados, analizaba y pensaba que se presenta al amor como un concepto ilógico y contrario a la difusa existencia humana, tan improbable que admitirla como verídica en cada faceta ocasionaba dolores extraños para los exégetas de la creación. En contraste con el amor que el humano ha desdeñado y arrojado al abismo de los condenados, se tiene el deseo de la libertad para todos los deseos humanos, de la rebelión espiritual y mental que cada ser logra tras una iluminación esplendorosa y casi milagrosa. El humano, en su estado de irrelevancia, ha consagrado en la inmoralidad de los deseos su mayor arma, que a su vez rige e idolatra con vehemencia.

La espada que se ha forjado con las cenizas de los sentimientos dirige los ejércitos del nihilismo. Justamente, tras esta postura es que el ser se visualiza como una entidad intrascendente y diáfana en cuanto a sus acciones y valores pudiera referirse. No interesan ya las percepciones que la sociedad haga ni los juicios emitidos por los pendencieros blasfemos, y curiosamente

esta blasfemia insensata reforma cada principio y desgarrar la moral ficticia y tambaleante de la época. Follar a tu madre y matar a tu padre, regocijarse con aquello que se añora poseer físicamente para matarlo espiritual e intelectualmente en beneficio de un sacrificio de amor. No es posible para el ser servir a este último y a la vez al deseo. Y se llega por este camino a un simple conformismo.

En su delirio, el ser se constata y evidencia de todo cuanto puede, su autoengaño es tal y tan persuasivo que, en la semblanza de los muertos desdeñados, llega a creerse el dueño de su destino; esto es, imagina que tiene un libre albedrío. Aquí ya se puede atisbar la insistencia por parte del humano a una emancipación absoluta de la naturaleza, por temor o ira, por insensatez o desdicha. Todo cuanto el hombre sabe es producto de un acondicionamiento, todo cuando se puede aprender ha sido ya rechazado de antemano por la barrera indestructible formada hace años. Desde la infancia hasta la vejez se prolonga un estado vegetativo de estupidez y simpleza en el ser. Y, sin olvidar la parte sexual, pues para el humano no cabe duda de que esto lo reafirma, el hecho de engendrar descendencia lo llena de un dudoso sentido existencial atribuido quiméricamente. La descendencia se entiende entonces como el deseo intrínseco del ser en sus banales y anodinos intentos por perpetrar la fallida obra de un dios anormal. Tan extraño y peculiar resulta este dios que debe rechazarse por sentido común su adoración. Ninguna clase de ser superior se dignaría en existir o hacerse pasar por real para responsabilizarse por las acciones del hombre.

Esto se entiende de mejor manera si se sabe de antemano que el dios inventado por los humanos tiene como único fin sustraer la responsabilidad de vivir, engloba la moral atroz y los valores mal infundados. Por tratarse de una idealización del espíritu, el hombre ha cometido el mayor de los pecados: atribuir y caracterizar en dios aquello que en su mediocridad y sinsentido es completamente incapaz de probar como real.

La mayor fuerza, que contrariamente se niega por cuantos seres consagran sus vidas a la lucha de los demiurgos, es la sexual. Esta provee al ser de sensaciones tan variadas y poco exploradas que, incluso, se mataría con tal de realizar el acto de penetración. Bajo las condiciones adecuadas,

cualquier persona termina por ceder, inclusive sin un esfuerzo ingente por conseguir el objetivo. Desde este punto de vista se conciben los anhelos y la excitación como el proceso de reconstrucción en las mentes ocultas a la luz radiante del entendimiento. No es sino el propio humano quien se entrega voluntariamente a las pasiones terrenales, consolidándose en su fragancia como un animal hambriento de placer. Es imposible encontrar a un terrenal mendigo cuya vida no haya caído por una ocasión en la obsesión por fornicar, pues eso es todo lo que el ser tiene para defenderse del absurdo y la rueda eterna del fracaso individual.

Terminaban ya las reflexiones profanas de un demente escritor. Se continuaba en el plano de los sueños, donde también se podía no soñar y anular la realidad ficticia de la cuarta dimensión. Las ilusiones no representaban como tal lo que el ser anhelaba, sino que mostraban un cálido paisaje en que se solazaba su espíritu al sentirse afligido por la trivialidad de la vida. El suicidio, en resumen, terminaba siendo la única solución viable para subsanar y purificar el moldeamiento y los vicios que guardaban en ellos mismos la esencia de la vida moderna. Aquel ser que vivía conforme, y al que el mundo le parecía justo y en progreso, carecía de cualquier espiritualidad y originalidad. Los perseguidos, para quienes el simple hecho de levantarse de la cama resultaba absurdo, sostenían el más encarnizado enfrentamiento contra la irrelevancia de la vida misma, se abstraían en un constante estado de meditación autoinducido en el cual detestaban cualquier cosa relacionada al ser y sus ramificaciones o creaciones. A final de cuentas, nada podía llenar el vacío de aquel que había vislumbrado la tan oculta y tergiversada verdad de los universos cualesquiera en su interior.

Y, al terminar las meditaciones precedentes, nuevamente entraba en acción Erendy, quien sentía un sopor demoniaco. Por breves y muy finos instantes, creía alucinar como en tantas ocasiones, pero no creía ser responsable de atisbar a una entidad delirantemente agresiva para la existencia. Ya no sabía Erendy si se hallaba dormida o despierta, o un poco de ambos. Caminaba por un pasillo muy angosto, una suerte de lumbre escarlata dominaba el firmamento y llovían unas florecitas violetas, se trataba de bugambilias congeladas. De pronto, mientras caminaba como un autómatas,

observó a Alister, quien apresuradamente corría hacia un templo muy parecido al que otrora ella soñase tan real. Sin embargo, al intentar seguirlo, sus pies se derretían, se pegaban al suelo irremediablemente.

Cuando intentó voltear, una pared invisible se interponía entre ella y sus pasos anteriores. Era como si en ese sitio estuviese prohibido el pasado, ya nada se podía lograr ahí, todos los pensamientos previos eran una blasfemia. Sin quedarle de otra, guiada por quién sabe qué fuerza o entidad, Erendy resolvió avanzar nerviosamente. En su recorrido por aquel estrecho camino rectilíneo atisbó toda clase de cosas que se cruzaban. Y entre estas estaban una parvada de cuervos que se devoraban entre sí, una señora embarazada que se desgarraba el vientre para sacar de su interior una malsana forma, y unos caimanes que perseguían a un pavo real con los matices más bellos y tristes que hubiese observado alguna vez. También ahí se encontró con diablos de inmenso falo, quienes lo colgaban en su cintura y charlaban en dialectos totalmente ajenos a su lengua. Un factor peculiar era que ninguna de todas esas visiones o entidades parecían percatarse de su presencia. Cada vez que Erendy sentía alcanzar a Alister, una barahúnda de florecillas violetas caían desmesuradamente, nublando su visión de por sí precaria. Cuando recuperaba la vista, el supuesto gnóstico ya había avanzado muchos pasos. Así continuo por una eternidad, según le parecía su patética concepción del tiempo.

Finalmente, a lo lejos se presentó algo. Se trataba del mismo templo con el que había soñado tantas noches, ese donde las personas colgaban de arneses embadurnadas de heces y porquería, maltrechas y corroídas. Entre más se acercaba al templo, menos real le parecía su forma física y más vacía sentía su desvaída forma en que se hallaba contenido su espíritu inmarcesible. Cuando dejó de caminar, todo se torció y unas aves rapaces intentaron atacarla; sin embargo, fueron detenidas por unos crucifijos que abundaban en la densidad del lugar. Al aproximarse al templo, el capullo se hallaba desgarrado, ese que anteriormente le había parecido singularmente raro. Además, el árbol guardaba un vapor sofocante en donde el color mismo parecía murmurar sentencias vetustas, como proféticas. Estos susurros infames se arremolinaban y en el centro una batahola de bugambilias ardía en un violeta demencial, como el fuego divino purificador de la verdad. A Erendy le pareció haber

entendido algo como: el que ha explorado y horadado en los misterios del cosmos, ha enloquecido en tanto su exégesis de la artística y febril consciencia unificada en el radiante brillo rasgó los cielos en el tiempo distorsionado.

Meditó el significado posible de tan peculiar apotegma, pero sin llegar a algo claro. Todo en su percepción era alterado por las fuerzas de esa realidad soñada. En alguna parte lejana escuchaba la colisión de las estrellas fulgurantes y binarias. Su muerte la presentía como propia, finalmente el momento en que el amor y la libertad serían conciliados en el maridaje de la eternidad sobrepasaría los empaques triviales que osaron esconder el espíritu ataviado de mundanidad. Lo que esos antiguos inefables paradójicamente ocultaron como una desgracia, para el supuesto evolucionado y escaso intelecto humano representaba la deliciosa y fastuosa bebida embriagadora de una sabiduría sempiterna.

La neblina violeta se propagó suntuosamente por los límites funestos del ensueño vivificador. El pasado inmediatamente difuso no era sino la debilidad de los recuerdos en el interior. Todo pasaba y quedaba en ese singular y extenso molde de carne y hueso. La utopía de un tiempo hacia una dirección precisa, o incluso de un ciclo en el orden conocido, era motivo de burla para las entidades sin subterfugios existenciales. Bien conocían ellos la imposibilidad e ignorancia humana para la comprensión de algo que no podía ser tangible, y su debilidad espiritual y mental solo denotaba la pertenencia a un plano inferior en el cual su destino era perturbado por la mismísima demoniaca divinidad de tentáculos y alas monstruosas.

No cabía duda, la criatura había surgido producto de las emociones irreparables. Cuando Erendy dilucidó los misterios del árbol fulgurante y de las bugambilias ardientes, la puerta del templo se abrió de par en par. Lo que observó al entrar no fueron cuerpos mutilados ni colgados, tampoco alguna otra aberración de esta calaña. Había admitido los temores de su corazón, transmitiéndolos en una visión bochornosa. Ahí, frente a ella, con todo el templo derrumbándose por dentro y elevándose hacia el gran destructor de los mundos, el masculino y femenino a la vez se mezclaban combinando sus almas indivisibles. Ahí, en ese lugar, la representación del fulgor incorruptible contempló con horror cómo una funesta, infame y execrable escena era vivida

mientras ella desaparecía.

Frente a sus ojos, ahora escurriendo de sangre y siendo lacerada por sombras, Alister follaba violentamente a su madre. Sí, la vagina de aquella mujer que otrora diera nacimiento a lo que ella era estaba siendo arremetida salvajemente por el hombre que amaba. El destino cruel que adornaba su desfigurada esencia se tornó más sombrío cuando unas manos blancas con puntos negros jalaron los hilos del tiempo, haciendo que el escenario voluptuoso avanzara considerablemente, quizá eones, en los cuales Alister seguía tirando de ese trasero malgastado como un animal o más que eso, peor que un demonio se enganchaba a aquella vulva flácida.

Erendy no podía mover uno solo de sus miembros, sus oídos sangraban también cuando su madre gemía cada vez más duro debido a las fuertes embestidas del sujeto revelado, quien poseía el falo de un minotauro y usaba unos cuernos de oro en los cuales extraños símbolos demoniacos adornaban su majestuosidad. Para terminar con la prolongación atemporal de ese fatídico encuentro, la madre de Erendy fue chorreada por una inusual cantidad de esperma cremoso y espeso que brotaba como nunca del falo de Alister. La proporción desmedida de tal corrida era tan abundante que no solo llenó la vagina de la sometida, sino que además invadió todo su interior, escurriendo por su boca, sus ojos, sus oídos, su nariz, e incluso lo sudaba y lo sentía burbujeando en sus intestinos.

A pesar de todo, el esperma no paraba de salir. Nuevamente la princesa onírica se contorsionó en una dolencia más que física o soñada, ya nada tenía sentido, como tal vez jamás lo tuvo. El tiempo fue controlado cual muñeco de trapo por las manos blancas de puntos negros y, en esta ocasión, también se podían apreciar en toda su magnificencia unas alas preciosamente diabólicas con picos y capas que parecían no pertenecer a ninguna criatura en particular, sino a todas a la vez. El tiempo, tan moldeable y ajeno a las idealizaciones terrenales, avanzó en un santiamén, y una panza asquerosa brotó de la mujer blasfema y follada. Se trataba de un embarazo, estaba preñada de Alister y a punto de dar a luz.

El cielo retumbó y ni siquiera era eso, sino múltiples agujeros de gusano

a través de los cuales se deslizaba el templo. Por fin, las miradas se encontraron, la de Erendy y Alister, amabas llenas de odio, rabia y tristeza. Surgieron bugambilias en todos los rincones del templo, pero ya no fulguraban más, estaban congeladas con un hielo grosero y agresivo, uno que se extendía devorándolo todo. Hubo lástima en los universos supremos, las miradas concomitantes se pegaron en un choque místico. Se despedazaba el templo y el árbol refulgente colgaba de este, tambaleándose cual frágil entidad. Paulatinamente, surgió una iridiscencia tras las miradas encontradas, misma que dispersó absolutamente todo lo aborrecible, dejando únicamente al trágico amante con su falo putrefacto. La madre de Erendy explotó y de su vientre salió un colibrí benevolente de hermosas combinaciones y matices, entre azul, verde y amarillo. Este bello pajarillo escapó y, con un aleteo, ocasionó una lluvia de meteoritos que corrompieron el curso del libre albedrío y acusaron al destino de entrometido.

El templo cayó encima de la mujer traicionada que, sin poder moverse, sintió como un líquido bañaba sus pies. La sensación fue peculiar, ya no creía estar más soñando, había vuelto de un solo golpe a la realidad. Tal vez incluso fuese lo contrario, pues siempre había vivido en sueños y soñado en el mundo real. Cuando volvió por completo al plano terrenal, con una insaciable melancolía añoró nuevamente el sueño de la distopía petrificada, pues resultaba más soportable que estar ahí y ser ella misma. Ante sus ojos incautos yacía su hermana, Vivianka, o la que había sido o quedaba de ella. Se hallaba envuelta en un charco inmenso de sangre que escurría por una gran abertura en su cuello, en su mano izquierda un cuchillo bien afilado podía atisbarse. Se había cortado la garganta no hace muchas horas antes, dejando un mensaje para Erendy que versaba así:

Perdóname, hermana, pero me follé a tu novio y me embaracé de él. Prefiero dar muerte aquí al sacrilegio que vivir soportando el dolor de la culpa y la blasfemia. No te confundas, lo que me hace quitarme la vida no es el hecho en sí, puesto que, en realidad, nadie pertenece a nadie y todos somos libres de coger con quien queramos, sino la tragedia de imaginar que ese hombre ya no volverá a satisfacer mi delirio. Eso es, al fin y al cabo, lo que me repugna, que tú nunca aprobarías que tu novio me prefiera a mí... Y que yo no podría vivir sin anhelar de nuevo su miembro.

...

Los padres de Cecilia estaban preocupados ya que no había vuelto aún y el reloj marcaba las 3 de la mañana. Su padre, un mujeriego drogadicto, lo tomaba con calma; su madre, una ama de casa que se ganaba la vida vendiendo dulces, estaba en total pánico. Recordaba todas esas noticias sobre mujeres desaparecidas y violadas, temiendo que su hija se hubiese convertido en una integrante más de la lista. Habían marcado a todos los números posibles, habían contactado a todas sus amistades y familiares; nadie sabía un carajo acerca de la infeliz mujer. Su manía de irse a tomar cada fin de semana ya no asombraba a sus padres, quienes, en su reducida concepción, creían que eso le servía como una distracción. Mientras tanto, atrapados en el universo tangente y en un tiempo anterior, podía presenciarse el recuerdo de Yosex y su fehaciente vanidad.

—¿Te ha gustado verdad? No puedes negarlo, yo sé que en el fondo te gusta. Sabes una cosa, es parte de una teoría que desarrollo con un amigo. Le he propuesto terminarla lo antes posible, aunque hay mucho por leer y aprender todavía. Sin embargo, más importante que eso es experimentar.

Yosex caminaba con aire cerval y desesperado. Hacía ya semanas que consumía todo tipo de drogas y experimentaba con sus víctimas situaciones de estrés y torturas ignominiosas. Las forzaba y las llevaba al límite, todo puesto que Alister y él habían unido sus intelectos en el desarrollo de la teoría de la sumisión, la cual no sabían si sería filosófica o psicológica, daba igual. Trataban de reconstruirla lo mejor que podían.

—¿Por qué haces esto? ¿Acaso te divierte? Yo jamás te hice daño —farfullaba una voz debilitada por los constantes castigos, era la de Cecilia.

—No lo comprenderías. Yo sé que en el fondo has deseado ser atormentada, es natural. Lo que crees como correcto no es aquello que tu criterio mismo ha deducido tras tus experiencias de vida, sino un simple producto del acondicionamiento realizado por tu familia y maestros desde tu existencia en este mundo. Y, en pocas palabras, tú no eres tú misma.

—Y ¿cómo puede ser bueno esto que haces? Recibirás tu merecido, no eres sino un demente pervertido.

Cecila yacía en un rincón del nuevo escondite de Yosex, quien hábilmente se las había arreglado para mudarse y traspasar nuevos instrumentos. Ya había devorado parte de un brazo de Cecila, había realizado incisiones en los dedos gordos de los pies para succionar sangre y morderlos también. La había rapado y sus cabellos los enrolló en su cuello, la había drogado y violado; incluso, el muy animal había defecado en su boca.

—Los deseos humanos son extraños y complejos. Lo que tú crees malo y aborrecible es el regocijo y la liberación del abismo insondable. No siento culpa alguna por lo que he hecho y no me arrepiento de nada. Con esto, si dios quisiese castigarme, que lo haga si puede; empero, he continuado mis experimentos y saciado mi hambre de sexo y carne, todo sin que a él le interese. ¿Cómo se explicaría que existiese un dios no indiferente? De ninguna forma podría el todopoderoso permitir tales actos, o probablemente en sus misterios los consiente, respetando el orden de las cosas, el destino y la naturaleza que me permiten realizar actos tales. Dios no puede, aunque quisiera, modificar los acontecimientos; e incluso él está supeditado a las fuerzas superiores y ocultas del universo.

—Estás demente, necesitas ayuda inmediatamente. Ya no me interesa lo que me pueda pasar, pero seguramente te pudrirás en el infierno, maldito cerdo ateo y demente pervertido.

—No creo que eso pase. La moral, para mi gusto, es el excremento de dios. En ese caso, tú igualmente te pudrirás sin importar tu condición. Si yo merezco dicho castigo, ¿qué haría que tú no? ¿Cuáles son los juicios que permiten la salvación? Todo es un cuento y una historia pésimamente confeccionada que solo las personas más ingenuas como tú creen. Sin embargo, ahora estás acabada, ya no podrás más vivir en tu felicidad ficticia, ya no serás más felizmente ignorante.

Yosex se aproximó a Cecila y la asfixio salvajemente, pensando en el placer que le produjo violarla y comer su carne horas atrás, se estaba excitando. Finalmente, decidió que la conservaría como un trofeo, no se la comería, no tan raudamente. Todavía podría divertirse con su cadáver unas cuantas semanas. Y ¡cómo le encantaba el momento en que los gusanos

comenzaban a invadir la vagina de sus muertas! Dio media vuelta y salió a fumar un cigarrillo y realizar anotaciones acerca de la teoría de la sumisión. Su participación en este universo había llegado a su fin, pero tendría oportunidad de mostrar su potencial en el suyo, quién sabe cuándo ni cómo, ya tendría su escenario y su actuación sería magnífica. Salió apresuradamente de su nuevo recinto, un antiguo kínder casi en ruinas donde halló en sus paseos nocturnos una construcción subterránea de perfecta condición. Caminó hacia la tienda, compró los víveres para su madre inválida, sus medicinas, un chocolate fino y partió sonriente y tranquilo como un hombre que recién ha salido de prisión.

XXII

El día nimbó, la noche se esparció con calma y el mundo lucía impertérito. El mal y el bien se anulaban, se extinguían los sentimientos y los amantes ya no copulaban, se asomaba ya una nueva faceta para la cual la muerte era la única llave. El cielo y las demás combinaciones ya no eran grises ni cafés, ya nada conservaba un irrisorio toque de claridad. El universo y en absoluto la figura del filósofo maltrecho estaba infectada de una oscuridad imposible de apartar, las sombras lo perseguían y algo lastimaba su precaria condición. Nada quedaba ya de su anterior estado, se había encargado de arruinar su destino. Solo esperaba que Erendy no se enterase de lo ocurrido entre Vivianka y él hace unas cuántas noches. No lograba conciliar el sueño tan vivificador que otrora lo acercase a su amada traicionada. Tenía pesadillas, a toda hora se sentía perseguido y afligido. No se arrepentía de haberse follado a Vivianka, sino de su propia fragilidad ante tales nimiedades que seguramente nadie recordaría en cien años, como cualquier problema humano.

—Hola Alister, ¿qué tal va tu día? —exclamó una voz desconocida.

El día había estado fatal, todos los profesores habían terminado la clase

exactamente a la hora y la salida resultaba el mayor alivio. Alister viró y observó a una mujer cuyo nombre no recordaba, pero a la cual había olvidado ya. En la preparatoria convivieron demasiado, de hecho, tuvieron algo íntimo, hasta que él decidió cambiar su vida.

–Hola, qué tal. ¡Vaya sorpresa verte por aquí, no tenía idea de que también venías a esta universidad!

–No estudio aquí, mi novio sí. No te había visto, ya tiene un tiempo que vengo y lo espero a la salida para regresarnos juntos.

–Vaya, ¡qué bien! Me da gusto que hayas encontrado a alguien. Seguramente te irá bien, lo mereces mucho.

La antigua amiga de Alister no era mal parecida; de hecho, ellos dos se habían entendido muy bien, pasaban mucho tiempo juntos en la preparatoria. Eran como esa pareja ideal en su grupo, ambos inteligentes y atractivos, asistían a fiestas y se emborrachaban, incluso, a veces fumaban marihuana y probaban lsd. Dicha amiga era blanca, con expansiones, con perforaciones en la lengua y la nariz. Sus cabellos negros con las puntas rojizas resaltaban sobremanera su rostro sumamente hermoso. Poseía buenos senos y un trasero firme. Sus atributos eran excelentes, era la mujer ideal para cualquier hombre común.

–Nunca pensé que dirías esas palabras, tú siempre evitabas que terminásemos. Yo siempre volvía a ti de alguna forma, como ahora.

–Sí, ya lo sé. En aquellos días todos pensaban que estaríamos juntos el resto de nuestras vidas. Sin embargo, ya lo ves que todo ha cambiado tan rápidamente. Parecía que fuese ayer cuando caminábamos odiando al mundo como ahora lo hacemos en esta realidad absurda.

–Me gustaba escucharte, siempre admiré tu valor para rebelarte contra todo lo que yo no podía. Gracias a ti me superé y progresé, me alejé de lo malo.

Ambos caminaron un buen rato, rieron recordando experiencias pasadas, encontraron su compañía agradable; de hecho, cuando sus miradas se

cruzaban, un coqueteo disfrazado ostentaba en sus rostros angelicales.

—Y ¿qué es de tu existencia? ¿Cómo ha ido tu nuevo modo de vida? ¿Has conseguido progresar espiritualmente como tanto anhelabas? ¿Tienes novia?

—Me va bien —aclaró primeramente Alister, mientras, en el fondo, se despedazaba lentamente por contar todo su malestar y sus crisis—. Sí tengo novia, conocí a una mujer hace tiempo, casi cuando entré a la universidad. Me he dedicado a estudiar y a pensar, medito acerca del mundo. En cuanto a mi progreso espiritual, va normal.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? —inquirió un poco sorprendida la muchacha de escote pronunciado—. No luces como aquel hombre que conocí, te noto tan cambiado, tan reservado. Sabes, parece que algo te atormenta. Lamento que no hayas encontrado esa paz y ese estado divino que tanto añorabas.

—No es fácil. Ocasionalmente se cree que sí, pero la verdad es que cuando uno busca tal cambio es susceptible y natural atravesar crisis existenciales y hasta querer suicidarse.

—Te entiendo, me contabas mucho de eso. Al menos sigues con vida, eso me da gusto. Deberías intentar ser feliz con tu novia.

El último comentario causó una risa sarcástica en Alister, quien, en sus adentros, no concebía más estar cerca de Erendy. ¡Quién sabe si volvería a verla después de todo lo ocurrido!

—No te compliques tanto, mejor recuerda lo que decías antes: si la vida es absurda, también es irrelevante cualquier cosa que ocurra o que hagamos, pues no trascenderá. Eso representa la libertad total en la esclavitud viral.

Alister recordó la frase, tan acongojado y maltrecho se hallaba. Esa misma frase la repetía constantemente. A su memoria llegaron las pláticas filosóficas que sostenía con aquella mujer ahora tan ajena a él después de haberse consumido sexualmente. Los recuerdos brotaban y lo envolvían todo, eran misteriosos esos fugaces e imborrables cuadros tan bien pintados donde

se veía a sí mismo en los días más felices de su época, al menos hasta que conociera a Erendy. Había abandonado esa vida con tal de realizar un cambio, quería progresar en todo sentido y, para ello, había decidido recluirse en la soledad. Sin embargo, el destino tenía otros planes. La naturaleza no respetó su libre albedrío esta vez, quizá nunca, y fue así como Erendy llegó a su vida, drogándolo con el fragor dulcemente seductor del amor, ese mismo que ahora era incapaz de oler por más que lo intentase.

–Perdóname –exclamó Alister–, nunca fue mi intención lastimarte o dejarte. Quién sabe qué hubiera pasado si... Ahora es un tiempo extraño para mí, últimamente han pasado tantas cosas que siento desaparecer,irme muy lejos de mi propio yo.

–Tan raro te conocí y no has perdido tu toque.

–Fue bueno conocerte, y encontrarte ahora todavía más. Espero que puedas cumplir tus sueños de ser diseñadora de modas.

En el fondo, sabía que esa mujer, otrora representante de todo lo bello en el mundo, era un ser acondicionado, pero incluso eso no obturaba un peculiar aprecio y cariño. Al igual que con Erendy, sentía que su amor había terminado, tan solo quedaba una sensación concomitante de posesión. Y ¿qué significaba todo aquello? ¿No iba a intentar ser un monje? Para nada lo estaba consiguiendo, se había alejado tanto de sus ideales sublimes, había dejado que el mundo de los humanos moldeados lo cobijase.

–Ahí viene mi novio –expresó la mujer mientras se ponía de pie.

–Ya veo, sí lo conozco. Es el capitán de la selección de fútbol, ¿no?

–Sí, es muy bueno, pero quizá no tanto como tú... ¡ja, ja! En fin, ya debo irme. Te pido que te cuides demasiado, no te des por vencido. Intenta ser feliz con tu novia y vive, solamente eso queda. Adiós, siempre te recordaré como algo valioso en mi vida. Con suerte, podremos vernos de nuevo y charlar, aunque no estoy muy segura, pues el próximo mes iré con mis padres a Canadá por motivos laborales de mi papá. Y tal vez decida no regresar y quedarme con una tía que reside allá. De cualquier modo, te aprecio, y eso jamás cambiará, sin importar en lo que te hayas convertido o cuánto hayas

cambiado.

Y se marchó, tan fugazmente como llegó. Él se quedó ahí, sin decir una sola palabra, callado como le gustaba. Un tropel de emociones lo atacaron cual manada de perros rabiosos. ¡Qué absurdo era todo, qué maldita resultaba la naturaleza y qué trivial le era un supuesto dios! Esa mujer, su exnovia y su actual novio, ¡qué vida tan vacía llevaban y llevarían! ¿Él podría llegar a algo así? De seguro no, puesto que él jamás podría entregarse de tal forma a la terrenidad del mundo. Y ¿no lo había hecho ya? ¿Cómo vencer los placeres carnales? Ya era demasiado tarde para intentar cambiar algo, o ¿no? ¿Qué quedaba por hacer? ¿Seguir con Erendy era una opción? ¿Se sentiría mejor si confesaba la verdad y partía para siempre? ¿Qué significaba este último encuentro? ¿Por qué sentía unas alas y unos tentáculos que atravesaban su alma?

—¡Maldición, si tan solo fuese más fuerte, si pudiera estar en el canal de dios! —se espetaba con desesperación.

Quizá ni eso le serviría ahora, estaba podrido y, aunque ciertamente sabía de la irrelevancia de sus problemas, aun así, le aquejaban. Esto último obturaba su libertad, pues se sentía así, absurdo, dado que él mismo atribuía importancia a fútiles sucesos. Sus reflexiones tan emotivas fueron interrumpidas de la forma más estrepitosa posible. Un mensaje de Erendy aparecía en su celular con una sola frase: ven pronto.

Caminaba impacientemente hacia lo que sabía era su desgracia más fúnebre. Presentía ya la verdad de las cosas: seguramente Erendy, de algún modo, era consciente de lo ocurrido con Vivianka. Pensaba en todos los lugares que ahora otras personas disfrutaban y que otrora ella y él pisasen. Los recuerdos le parecían ya lejanos, ya muy cercanos; paradójicamente, una dualidad surgía en su interior. No comprendía en qué contenedor mágico y místico aquellas vivencias podían quedarse grabadas. Si se trataba de múltiples universos englobados por una sola dirección o lo contrario. Quizá eran los desperdicios de la eternidad conceptualizados en su mente, tergiversados de tal forma que dieran un sentido a su vida. Su pasado lucía atractivo y, por eso aparecían ahí en la infelicidad o la felicidad. Se trataba de

recipientes estimulados por el exterior que desencadenaban la culpa y la redención.

Comprendió por qué era un hombre absurdo, como todos los demás. La diferencia radicaba solamente en que él, en contraste con ellos, no podía disfrutar de las cosas más irrisorias que acontecían ante su agobiada mirada. Al llegar a casa de Erendy, atravesando y recorriendo los diversos lugares que tanto agitaron las olas de sus memorias, un torbellino acabó con su lucidez. Se desquició ante la casa de la traicionada mujer y se doblegó. El peso fue demasiado, no podía mantener la indiferencia sobre sus hombros tan desgarrados. Llamó casi sin aliento y, pasados unos minutos, apareció una persona extraña que no reconocía más: era su novia, su compañera cósmica, la que trágicamente había rechazado sin saberlo, era Erendy.

—Tus cosas están listas, ahora quiero que te largues y que jamás vuelvas aquí. Mis padres no están, todos se fueron al entierro de mi hermana. No entiendo por qué lo hiciste, es algo misterioso y poético incluso, pero lamentable para alguien como tú.

Ni siquiera tuvo Alister la oportunidad de explicar o negar algo. Se hallaba en tan decadente estado que la culpabilidad resaltaba por sí misma. Y no quería negarlo ciertamente, solo entender. Sí, eso deseaba, comprender el sinsentido en el que apaciblemente había resbalado su carruaje, en el que opresivamente había sido lanzado e incrustado.

—Lo siento, yo nunca...

—Sellemos esto con un silencio sublime, uno que debió haber sucedido desde nuestro primer encuentro.

La puerta casi azotó en su rostro, Erendy no quería saber absolutamente nada de él o de sus ominosas explicaciones. Lo último que pudo escuchar fue un llanto, unos quejidos, unos lamentos espantosos. Al principio le fue devastador aquello, pero, tras alejarse con sus cosas, su ropa, sus regalos, sus poemas, sus libros, con todo lo que restaba de él, la sensación de inutilidad lo enfermó y lo desquició. Ya no creía ser más un hombre absurdo, tenía la certeza de ello. Rio unos instantes y luego arrojó todas sus cosas muy lejos, a

un terreno baldío. Por alguna razón que no lograba dilucidar, sabía que no requeriría más de estas, ya ni siquiera necesitaba su vida, ya todo había sido fundido en el funesto escenario de una existencia sin sentido, representada por él, por alguien que, en su búsqueda de conocimiento y progreso, había caído en el vacío, y a quien las tinieblas habían recibido entre gritos de clamor y lujuria.

Erendy salió, totalmente devastada, apenas podía sostenerse. Sin saber hacia dónde dirigirse o con quien ir, caminó. Lo había perdido todo, su vida se había ido al carajo. Ninguna corriente filosófica ni esotérica podía ayudarla. Se sentía desgarrada y humillada, tan difícilmente aceptaba lo ocurrido. De alguna forma, tenía la certeza de que era verdad, no dudaba de que Alister y Vivianka hubieran copulado, algo se lo indicaba y no podía ignorarlo. Tras haber visto los ojos de la persona que más amó, lo comprobó. Tomó el último poema que recibiera por aquel que sostenía su corazón y lo abrazó para hacerlo trizas y dejar que un fuerte viento lo llevara a un universo paralelo. Simplemente, caminó al igual que su otrora compañero cósmico, se alejó sin dirección alguna. Ambos seres unidos por un destino infame llegaron por diferentes vías al mismo lugar: el bosque de los árboles rosas.

Los pensamientos de ambos, antes tan contrastados, dispersos y rencorosos, ahora se alineaban. Mientras su caminar continuaba, en extremos opuestos recorrían el bosque de esas florecitas rosas. Algo notaban de diferente, algo inusual pasaba, las florecitas tan fulgurantes de ese violeta rosado tan hermoso y apolíneo se encontraban curiosamente congeladas. Un frío demoniaco podía sentirse en el bosque, era la primera vez que un aire tan helado golpeaba la región. Lo raro es que, aun sin nevar, las bugambilias se congelaban, se marchitaban en un hielo quemante. La tristeza del bosque era tanta que las personas huían irremediablemente, como presintiendo un nefando suceso. Sin saberlo, con la visión obturada por el árbol más gigantesco y ahíto de bugambilias, el mismo donde tiempo atrás compartieran un descanso suntuoso, los protagonistas del actual destino infame se acercaban viniendo de direcciones opuestas, tal como la primera vez, como cuando el libre albedrío los fundió, cuando su predestinado encuentro alteró las probabilidades dadas sus reencarnaciones anteriores. Igualmente, así como empezó aquello con

extraños matices del gran espíritu y la naturaleza indescifrable, así quizá terminaría.

Sin embargo, justo antes de que ambos seres, víctimas de un intercambio de destinos, fuesen a recostarse en caras opuestas del principal y frondoso árbol que se levantaba majestuosamente y se separaba en los aires, como indicando una supremacía no conocida ni concedida a los seres mundanos, previo a la última colisión de las estrellas binarias matizadas de carne y hueso, se produjo un desvarío en las dimensiones bajas. La criatura cuya esencia infecta y, a la vez, purifica el libre albedrío había triunfado como siempre desde el comienzo de aquella oscura sociedad. En un tropel de sombras se encasillaron los soñadores de las utopías vetustas. Una gran vorágine parecía abrirse para devorar su alma. Un gusano funesto se tragaba la opaca y efímera luz. Y ahora todo era oscuridad y miedo, uno tan penetrante que preñaba el cuerpo con la muerte, uno tal que incluso la vida era ya una ilusión de pésimo gusto.

Caminaban tan separados, observaban esos seres terrenales sus posibles futuros en tan variadas posibilidades, conociendo diversas personas, teniendo experiencias imposibles de medir. Y absolutamente todo era alterado y tergiversado por una simple decisión. Las escisiones sumamente múltiples escapaban a su imaginación, aunque quizás en este punto ya habían enloquecido. Atisbaron escenarios donde eran exitosos, donde nada los perturbaba, donde aquellas alas infinitamente formadas por el conjunto de indecibles picos y fluidos fulminaban inmediatamente toda concepción de la voluptuosidad. En los destinos inferiores se observaban ellos mismos siendo absorbidos por el vacío de la existencia, permaneciendo juntos y obstruyéndose en todo sentido.

Fue entonces cuando todo terminó, ya ambos habían alcanzado el árbol, ese del que colgaba el capullo y que custodiaba el templo. Así, se rindieron finalmente las esperanzas aplastadas por el destino. Comprendieron aquellos seres la imposibilidad de su unión; de hecho, de la absurda vida que llevaban las personas. El verdadero amor no consistía en el sexo, ni tampoco en el respeto, la moral, la honestidad o el tiempo. Pues todo esto resultaba terrenal y humanizado, tal era como se entendía en la sociedad el amar a alguien. Para

aquellos que lograban despertar la conciencia cósmica en la tragedia y el sinsentido de su existencia, entendían que el amar significaba el más puro y ostentoso acto de libertad, una tal que el ser amado se sintiese tan irremediabilmente libre que seguramente no regresaría nunca con su libertador.

El deseo sexual por una persona ajena a la que se ama atormenta a los seres, presas de banales laceraciones. El amor no exige actos carnales ni materiales, no se pide ni se otorga, no se trata de una posesión o de algo intercambiable. Y, por eso, ese sentimiento se presentaba más raramente que cualquier otro, porque su incomprensibilidad deslumbraba y adormecía la gran roca que caía una y otra vez sobre los condenados al trabajo forzado por la eternidad. ¡Qué poderoso y triste era el amor, qué feliz y lamentable, qué estúpido y bendecido! Amar, a final de cuentas, no era la entrega de un cuerpo o una mente, del tiempo o el espacio. El amar representaba dolor, agonía y nostálgica muerte. Y, sin duda, aquel que realmente amaba era ese que, teniéndolo todo, que estando en el cielo, lograba renunciar a eso y hundirse en el infierno con tal de preparar la iniciación para el ser amado.

En otras palabras, amar representaba dejar ir lo que más se amaba, así de paradójico era el amor, así de triste y fugaz: más pasajero que la vida, más temporal que el tiempo, más absurdo que el sinsentido, más real que la realidad, más libre que la libertad y más espiritual que el oculto dios interior. Aquel que ama es capaz de romper las cadenas que lo atan a la humanidad. La mejor y más hermosa muestra de amor es dejar que el pajarillo benevolente vuelve lo más alto que pueda sin limitar sus alas. ¿Quién diría que el amor representaría eso: desprendimiento? Es la lección más grande que se puede aprender, la fortaleza y el poder supremo no rechazan. Una vez que se ha superado el amor, se estará superando el absurdo, se puede comenzar a vivir sin ningún miedo, ya se ha desprendido el ser de todos los estorbos y ha comenzado su reencarnación sin morir.

Para aquellos seres que al final de su vida entendían su intemporalidad y lejanía de una realidad funesta, que por el camino más amargo comprendían lo que no representaba el amor, lo que ellos siempre pudieron atisbar y se negaron a creer, pues para esas dos estrellas a punto de convertirse en

supernovas, todo había terminado. Sin quizá quererlo, al recostarse ambos en el árbol, las yemas de sus dedos se unieron en el roce más etéreo, tal vez ni se unieron. Se hallaban tan cerca y tan lejos, tantas ilusiones reveladas y sueños flotando, y una existencia que convergía en la desgracia y la percepción interna. De algún modo, sus últimos pensamientos fueron que siempre se mantendrían conectados, de alguna absurda y extraña forma podían sentirse así y un vínculo vetusto se los indicaba. Ni siquiera necesitaron ya observarse, sabían perfectamente quiénes eran sin nunca haberse visto, todo el engaño cedía y la batalla no era ganada ni perdida, no se trataba de eso, solo de vivirla. Pero la más grande verdad relucía por sí misma, era ostensible perfectamente, y se trataba de la negación misma, de la oposición al sinsentido, de la inevitable y melancólica muerte de su amor, ese que otrora ataviara sus espíritus con elegantes sensaciones. Las últimas palabras se pronunciaron con el último aliento de dos puntos insignificantes en la densa marea del cosmos secular:

—Te amé tanto como pude, fuiste lo que me mantuvo con vida durante tanto tiempo. Jamás sabrás que te ofrecí libertad, y, a pesar de todo, estarás en mi interior donde nada te removerá, pues gracias a ti conocí el dolor más grande y el mayor desprendimiento del ser, el misticismo con el cual soñábamos fundirnos. Es extraño todo lo ocurrido, pero nada fue entendible ni descifrable. Tantas veces la marea intentó ahogarme, que terminé por sumergirme para no soportar más su agresivo ataque. Ahora ya se acaba de forma magistral y patética nuestra historia, pero nunca olvidaré el destino que nos unió, el azar que fulguró en tus ojos al mirarte. Y todo cuanto he aprendido no se irá, formará parte de nuestra eternidad.

Poco tiempo después una llovizna infame azotó el bosque, seguida de un resplandeciente sol, formando ambos un beato arco iris. Las personas que acudieron al lugar notaron los cuerpos de los dos seres, cuyos dedos se hallaban en la sincronía perfecta, a punto de tocarse, pero sin hacerlo, tan cerca pero tan lejos, tan espiritual pero tan real. Lo que más cautivó a los observadores fue que alrededor de esos dos cuerpos inertes las bugambilias seguían congeladas y no fulguraban más con ese hermoso rosa, uno que ahora parecía ser absorbido por el gélido fenómeno, ese en donde se pierden los

sentimientos.

–¡Miren, vengan pronto! ¡Algo inusual pasa aquí! –exclamó un viejo vagabundo que se había acercado de más– ¡Parece que siguen con vida!

Y parecía que sí, pero no. Una exégesis no es aceptable para tan atroz e inexplicable situación. Pasaba que los corazones de esos seres destinados a encontrarse, y a la vez al trágico despliegue de la vida, aún latían e, incluso, un halo dorado se atisbaba. Así es, sus corazones latían con más fuerza que nunca; empero, el resto de ellos había eclipsado hace tiempo, todo lo que denotaban estaba en un lugar del que jamás volvería.

–Sus corazones laten y emiten un fulgor dorado de lo más hermoso, pero el resto de ellos parece estar sumido en el hielo –afirmó otro de los curiosos ahí conglomerados.

–En efecto, es como si sus cuerpos estuviesen muertos, pero algo en ellos siguiese con vida. Se niegan a desaparecer, se mantienen el uno al otro a pesar de su rechazo. Es como si sus corazones estuviesen conectados más allá de este plano.

Y así pasó, como si su existencia terrenal hubiese sido congelada, pero en el espíritu ardiera esa llama insaciable con más fuerza que nunca. A los pocos minutos comenzó de nuevo la lluvia, más mortífera que antes, obligando a los confundidos espectadores a huir sin dar previo aviso a las autoridades. Más tarde, cuando regresaron las personas con asistencia médica, su sobresalto fue inmenso al percatarse de que ninguno de los dos cuerpos se hallaba ahí. Y, en su lugar, había dos montículos de bugambilias congeladas que habían caído del árbol, el cual lucía despejado, sin una sola de estas florecitas violetas en sus ramas. Las personas se marcharon pensando en todo aquello como una ilusión, pero ¿qué era ilusión y qué realidad?

A lo lejos, partiendo paralelamente al colapso fundamental e inevitable de aquel quimérico universo donde nada parecía tener un sentido, dos entidades completamente renovadas se elevaban por encima del mundo. Se trataba de una niña desnuda con alas de tonalidad necroazul y un pájaro multicolor de matices verdiazules imperceptibles para el común receptor. Y

dichos entes volaban con impasibilidad y buscaban, con aparente minuciosidad, la siguiente etapa donde la inmortalidad es tan natural como la belleza de la destrucción y la creación. Así, el fantástico y enloquecido corazón dominado por la infidelidad y la sumisión es el mismo que se ahoga en su propia sangre para nunca más renacer.